



RICK RIORDAN PRESENTA

se

Aru Shah Y EL NECTAR DE LA INMORTALIDAD



DE LA AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

ROSHANI CHOKSI

Lectulandia

¡La conclusión de la saga Las hermanas Pandava!

Las Pandava solo tienen de plazo hasta la próxima luna llena para evitar que el Durmiente consiga el néctar de la inmortalidad, que le dará poder infinito. Pero ¿cómo van Aru, Mini y Brynne a derrotarlo sin sus armas celestiales? El durmiente y su ejército ya están desvalijando el laberinto, y las hermanas aún no pueden ni entrar. Para lograrlo deberán llamar a antiguos amigos, descubrir nuevos aliados y enfrentarse a temibles pruebas como... ¿tocar en un concierto de rock? Cuando llegue el momento de luchar, Aru deberá decidir quién merece la inmortalidad, los devas o los asuras. Y la respuesta más inesperada llegará del lugar más insospechado.

Más sorpresas y maravillas, dioses y demonios, sonrisas y lágrimas te esperan en la increíble conclusión de este fantástico viaje que empezó al frotar una lámpara.

Roshani Chokshi

Aru Shah y el néctar de la inmortalidad

Las hermanas Pandava - 5

ePub r1.0

Marethyu 30.11.2023

Título original: *Aru Shah and the nectar of immortality*

Roshani Chokshi, 2022

Traducción: Scheherezade Suriá

Ilustración de cubierta: Abigail L. Dela Cruz

Editor digital: Marethyu

ePub base r2.1

Aa

Índice de contenido

Cubierta

Aru Shah y el néctar de la inmortalidad

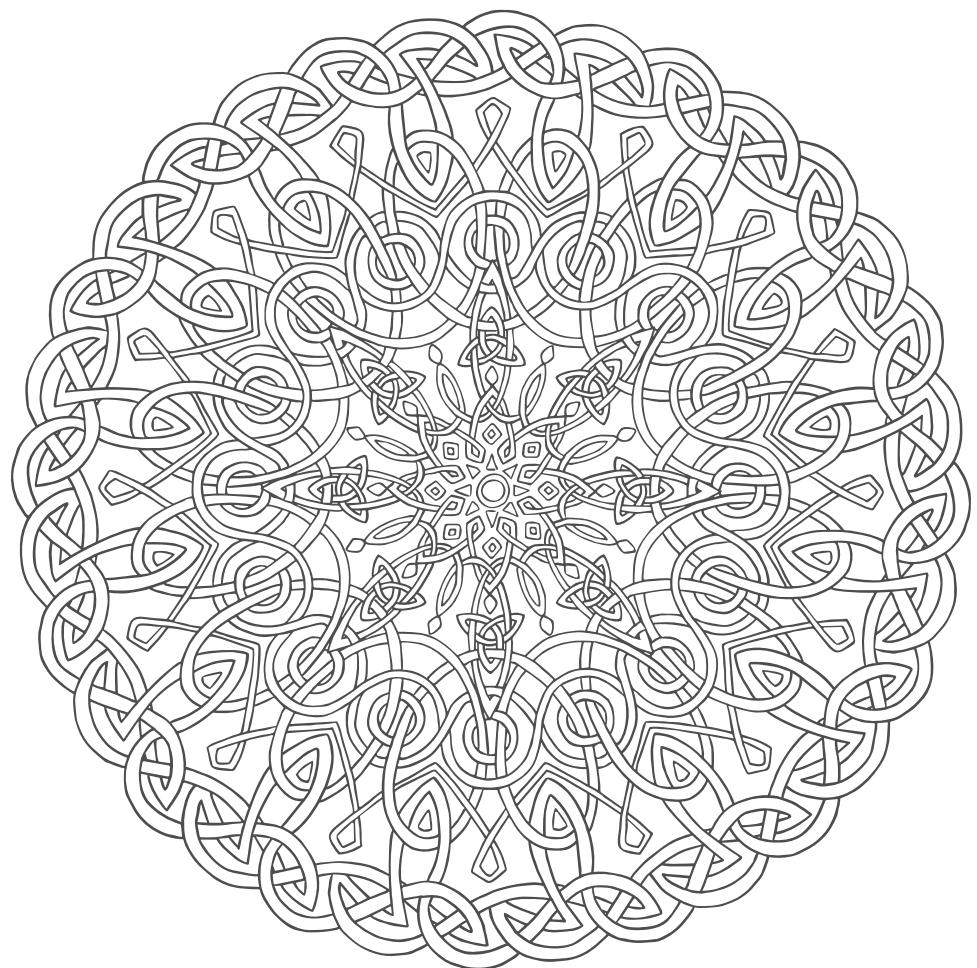
1. No todos los que vagan están perdidos
2. Odio todo esto
3. Lo sentimos, el teléfono al que llama no se encuentra disponible en estos momentos
4. Y dicho esto... LARGO DE AQUÍ
5. Aquella vez que nos colamos en una boda
6. Una calurosa bienvenida. En realidad, un poquito demasiado calurosa
7. La Joya del Sol
8. Sufriendo por mi arte, como de costumbre
9. Nuevo triunfo vital a cambio de unas babas de nada
10. Lo que más temen los hombres débiles
11. El cuento de las vishakanyas
12. ¡¿Quién nos lo iba a decir?! ¡Otra reunión familiar!
13. ¡Por fin! ¡El paraíso! Y con paraíso, me refiero al Leroy Merlin
14. Me dijeron que habría porgs, pero era mentira
15. El rey oso
16. Brynne Rao no ha venido aquí a jugar
17. Oficialmente integrado
18. Cabeza vacía, cero pensamientos
19. Un pequeño descanso de la locura
- 20.¡El fin del mundo! Pero en plan divertido

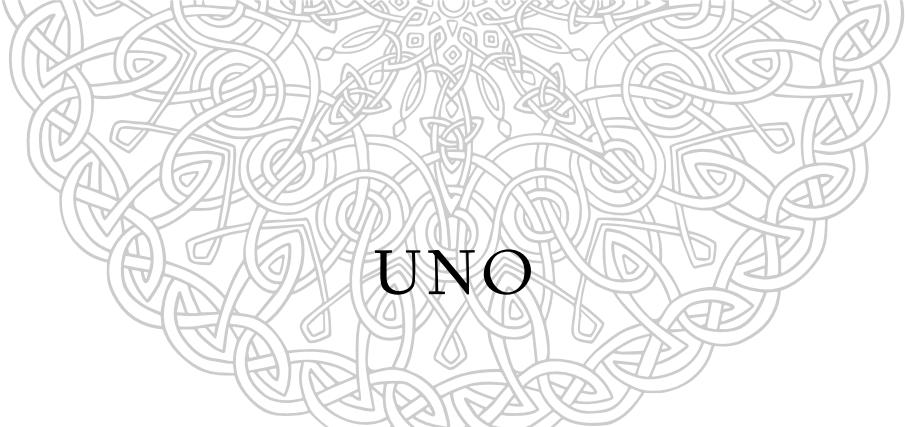
21. Con todos ustedes, ¡Los Ángeles de Rudy!
22. Ahora me gustaría hablar con un humano
23. Menaka
24. Un caballo
25. ¿YO? ¿Sorprendida por esta última muestra de falta de respeto? ¡NAH!
26. Las panderetas están infravaloradas
27. Capuzada
28. Los salones de Nidra
29. Bueno, esto no es para nada incómodo
30. Hola, oscuridad, vieja amiga
31. Fijo que usan un montón de jabón
32. La peor nana del mundo. ¿Me devuelven mi dinero?
33. Bebé Bu después de la siesta
34. Me llevarás a la muerte
35. La hija de la muerte abre los ojos
36. Buenas noticias, malas noticias
37. Ya no hay nada más que decir
38. Puedo poner una reseña negativa a este U.B.E.R?
39. El principio del canto de una cabra
40. A tu izquierda
41. No te preocupes, tiene ayuda
42. Dicha
43. Con pedir perdón no basta
44. Interrumpimos la fatalidad y el pesimismo para tomar un helado. ¡Síííí, helado!
45. ¡Patatas, reuníos!
46. Aquí, donde todo acaba

47. Era una noche oscura de tormenta

Glosario

Para ti, que me lees. Que este libro te haga sentir reconocido y amado, poderoso e infinito, porque lo eres. Por lo demás, que este libro te ayude a aplastar muchas arañas.





UNO

No todos los que vagan
están perdidos

La primera reacción de Kara cuando entró en el laberinto que albergaba el néctar de la inmortalidad fue, más bien, decepción. Se había imaginado que sería como algo sacado de aquellos cuentos de hadas que había leído una y otra vez hasta que los lomos del libro se partieron por la mitad. Pensó que sería precioso, con unos descomunales túneles verdes tallados en el follaje selvático, donde unas hermosas panteras de ojos brillantes al acecho les gruñirían guardando las distancias.

Pero no era así. Era una cueva. Y estaba oscuro.

La única fuente de luz provenía de lo que sujetaba firmemente con la mano derecha: Astro, su tridente, forjado a partir de una gota pura de sol. Nada podía penetrar la oscuridad salvo Astro, y como hija de Surya, el dios del sol, solo Kara podía abrirse camino a través del laberinto. Ningún enemigo podría seguirla y mucho menos atacar. Ya se había encargado de eso hacía unos días. El calor le recorrió el pecho. No sabía cómo referirse a ese sentimiento... Incluso la idea de sentirse culpable la hacía sentir... culpable.

«Hiciste lo correcto», le había dicho su padre repetidamente.

Pero entonces, ¿por qué ese momento le resultaba tan ponzoñoso? ¿Por qué no podía dejar de pensar en la cara de Aru? ¿O en cómo Brynne casi había gritado de dolor? ¿O cómo Mini, la más amable de las Pandava, se había acurrucado sobre sí misma como si le hubieran dado una patada?

—¿Estás lista, hija?

Kara miró a su padre. Alto y noble, rebosaba alegría mirándola con sus ojos marrones y azules.

—Estoy orgulloso de ti —dijo con su voz profunda y retumbante—. Te has enfrentado a decisiones muy difíciles, y en todas esas veces has hecho lo correcto.

Aquellas palabras fueron como un bálsamo para Kara. Volvió a recordar que Suyodhana era su padre en todos los sentidos. Él la había rescatado de un mal lugar. Había cuidado de ella cuando su propia madre, Krithika Shah, la había abandonado.

A pesar de eso, Kara imaginaba de vez en cuando cómo una voz suave le hablaba en sueños...

«Te está mintiendo».

La voz pertenecía a una chica joven. Casi podía verle el rostro si se concentraba mucho. Piel morena oscura, unas trenzas que le enmarcaban las mejillas, un par de ojos azul eléctrico. Se parecía a Sheela, una de las mellizas Pandava.

«No eres real», le dijo una vez la Sheela de los sueños.

Sheela la había mirado con dulzura. «¿O quizás simplemente no quieres que sea real?».

Kara supuso que su mente estaba buscando una estrategia esmerada de protegerse de la verdad, de que finalmente había conocido a su madre, y ahora estaba segura de que Krithika la había abandonado. «¿Y quién podía culparla?», pensó Kara con una punzada de dolor.

Krithika había seguido adelante con su vida. Tenía otra hija: Aru. Aru era divertida e inteligente. Además, tenía el alma de Ar juna, el héroe de todas las leyendas. Kara tenía el alma de un error. Ella misma era un error, y era solo gracias a la misericordia del Durmiente que aún seguía con vida.

—Recuerda lo que te espera —dijo su padre posando una mano cálida en su hombro—. Reformaremos el mundo. Estaremos todos juntos... como una familia. Como prometí.

Una familia.

Eso era precisamente lo que quería Kara. Lo que le había dicho a Aru en el momento en que había roto el collar *astra* iba en serio. Quería a su madre y a su hermana. Estaba haciendo todo eso para que pudieran volver a estar juntas, para no volver a pelear. Esta era la única manera.

«Te está mintiendo...», susurró esa voz en el fondo de su cabeza.

Kara la apartó y se irguió.

—Estoy lista —dijo.

Levantó su tridente y un torrente de luz solar apareció en medio de la oscuridad. Este era el verdadero camino hacia el interior... el único.

Detrás de ella, las tropas de su padre contenían la respiración. Su ejército era una extraña mezcla de individuos.

Algunos eran *raksosas* pálidos y deformes, llenos de quemaduras y cicatrices debido a sus combates con los *devas* hace mucho tiempo. Otros eran *yakshas* inmaculados, cuyas familias habían perdido su hogar por la invasión humana. A cada hora que pasaba, más seres se unían a la causa de su padre: ninfas celestiales y de los bosques maltratadas por los reyes humanos que habían ganado el favor de los dioses, fantasmas que una vez rondaron los bordes de los campos de incineración, miembros de las razas de los osos y los monos que lucharon en las guerras de los *devas* sin gloria.

Su padre les había prometido a todos ellos que esta vez el néctar de la inmortalidad no les sería usurpado. Esta vez, serían ellos los que tendrían el poder. Cada vez que hablaba Suyodhana, sus acólitos escuchaban. La esperanza les brillaba en los ojos.

Sin embargo, a veces, Kara se preguntaba qué sentía él de verdad. Cuando pensaba que nadie lo estaba mirando, Kara lo había visto tocar un colgante que llevaba al cuello. Nunca se lo quitaba y, cada vez que tocaba la piedra, una expresión de dolor se asomaba a su rostro.

—¿Y bien, hija? —preguntó Suyodhana, lo que la devolvió a la realidad
—. Muéstranos el camino. Sé el héroe que nos guíe hacia la nueva era.

Kara tuvo que contenerse para no corregirle. «Heroína». Eso era lo que Aru, Brynne y Mini decían siempre.

Pero el heroísmo no se parecía en nada a lo que ella había deducido de leerlo en todos sus libros. No había armadura brillante que la protegiera de las emociones que no quería sentir. No había un caballo mágico que la llevara a una batalla entre un bien y un mal claramente divididos. Ni siquiera los monstruos eran tan monstruosos.

«Entonces, ¿en qué te convierte eso?», susurró una duda en lo más profundo de su corazón.

Kara hizo caso omiso y se adentró en la oscuridad.



DOS

Odio todo esto

La vida de Aru Shah era, por decirlo suavemente, un completo desastre.

Su anterior mentor alado, Bu, era por aquel entonces un pájaro en llamas. Su amor platónico, Aiden, la había besado y ahora hacía como si ella fuera invisible. Su amiga Kara había resultado ser no solo su hermanastra en la vida real, sino también la hija del dios sol. Y como si eso no fuera suficiente para las últimas veinticuatro horas, Kara los había traicionado, había unido fuerzas con el Durmiente para localizar el néctar de la inmortalidad y habían incinerado las armas celestiales de las Pandava.

En el cumpleaños de Aru. Encima.

Pero aunque Kara y el Durmiente se habían desvanecido, al menos Aru ahora sabía dónde encontrarlos.

Era casi de noche en Atlanta, y el viento gélido de febrero hacía que le ardieran las orejas mientras miraba la verja de piedra que indicaba la entrada al parque Lullwater. Según Krithika Shah, este era el escondite actual del laberinto que albergaba el néctar de la inmortalidad, pero solo durante los próximos diez días. La única manera de orientarse dentro del laberinto era por la luz del sol, y ahora que el Durmiente tenía los poderes solares de Kara de su lado, las posibilidades de las Pandava de llegar primero al néctar eran, en fin, bajas.

A lo mejor no lo serían tanto si simplemente pudieran atravesar la barrera mágica que rodeaba el parque. Por segunda vez desde que llegaron, Aru extendió la mano. Notaba un pulso de energía cerca de la puerta. Era como una cortina cerrada. No podía traspasarla.

—Te lo dije, Aru —dijo Krithika suavemente posando la mano en el hombro de su hija—. No podrás entrar sin tus armas divinas. Cabe esperar

que a los *devas* se les ocurriera alguna forma de impedir la entrada a los humanos.

—¡Pero no somos humanas! —se quejó Brynne—. ¡Somos semidiosas!

En ese momento, pasó una joven familia blanca. La madre sonrió a las Pandava y alzó el puño.

—¡Ese es el espíritu del futuro! ¡Todos somos semidioses! —Acto seguido, se echó a reír y siguió caminando.

—¿Estás bien, Brynne? —preguntó Mini—. Se te está hinchando bastante la vena de la frente...

—¡No, no estoy bien! —bramó Brynne—. No tenemos nada. ¡No podemos luchar sin nuestras armas!

—Técnicamente, sí que podríamos... —contestó Mini, levantando débilmente los puños—. Pero sería una lucha corta, la verdad. Porque moriríamos casi *ipso facto*.

—Solo alguien con un arma divina puede controlar al ejército Nairrata —repuso Brynne—. ¡Pero ya no las tenemos! ¡Y tampoco podemos entrar al laberinto! —Se le quebró la voz y apartó la mirada justo antes de murmurar—; No podemos proteger a nadie.

—Eso no es cierto, Bee —le dijo Aru—. Todavía tenemos esto.

Aru se metió la mano derecha en el bolsillo. Con los dedos buscó instintivamente su rayo, *vajra*, que normalmente estaría hecho un ovillo brillante de electricidad estática o tendría enrollado a la muñeca a modo de brazalete chispeante. Pero ahora sentía un dolor punzante. Sin el *vajra*, el mundo era un poco menos brillante.

Retiró la mano. Quería sacar la moneda PIU(F) de Agni, el dios del fuego, pero debió de haber metido la mano en el bolsillo equivocado, porque en su lugar sacó la mitad de una barrita Twix caducada y potencialmente fosilizada. Mientras buscaba la moneda encantada en el otro bolsillo, se encogió de hombros y le dio un mordisco.

—¡Aru! ¡NO! —gritó Mini, golpeándole la espalda tan fuerte que esta escupió la chocolatina.

—Pero si estaba comestible... —dijo Aru.

—¿A ti qué te pasa? —preguntó Mini—. ¡No puedes comerte eso! Los dulces caducados pueden contener microbios. Algunos incluso tienen cepas de salmonela. Y si te lo comes, ¡podrías morir!

—Bueno, ¡ya vamos a morir! —replicó Brynne, cruzándose de brazos—. Sobre todo, si Aru cree que una chocolatina mohosa es una forma de evitarnos la ruina.

—Lo que quería sacar era esto —dijo Aru, levantando la moneda brillante.

Brynette seguía sin estar convencida.

—Ya, pero no parece que funcione, ¿no?

Aru suspiró. Nada le salía bien. Ni siquiera podía comer chocolate sin arriesgarse a estirar la pata. Cuando habían intentado contactar con Agni a través de la moneda, Mini, Brynette y Aru se habían turnado para sostenerla con fuerza y pedir un deseo. Incluso gritaron el nombre de Agni y la levantaron hacia el cielo, pero no había funcionado.

—¿Cómo vamos a encontrar al dios del fuego, Shah? —quiso saber Brynette—. Si ponemos un pie en el Más Allá y empezamos a hacer preguntas, los *devas* se darán cuenta de que ya no tenemos armas. Todo el mundo entrará en pánico. ¿Y si ya lo saben? ¿Y si Rudy vuelve al reino Naga y no mantiene la boca cerrada?

—Creo que Rudy y Aiden todavía están en casa peleando por quién se queda con BB —dijo Mini.

BB era como habían decidido llamar al bebé Bu, que había salido del cascarón en el museo aquella misma mañana y ya había chamuscado el suelo. Mini no había querido sacarlo, preocupada por si se resfriaba (a pesar de que Aru había apuntado que era literalmente un pájaro de fuego), así que lo habían dejado con los chicos.

Brynette se quejó.

—No podemos ocultarlo que nos ha pasado. Hanuman y Urvashi llegarán en cualquier momento.

Aru jugueteó con la moneda entre los dedos, sopesando otra idea.

—¿Mamá? ¿Puedes hablar con los padres de Sheela y Nikita? A lo mejor las gemelas pueden ayudarnos.

—Claro —respondió Krithika—, pero las chicas son demasiado jóvenes para haber heredado un arma divina, así que dudo que puedan abrir la barrera.

—Pero siguen teniendo poderes Pandava —dijo Mini.

Brynette parecía estar mordiéndose el interior de la mejilla. Al igual que Mini y Aru, había perdido el control del viento, su elemento. Sin embargo, era medio *asura*, y eso significaba que todavía podía cambiar de forma. El único problema era que ya no podía convertirse en nada grande.

Brynette negó con la cabeza.

—¿Y qué? No podemos hacer que las gemelas libren una guerra entera por su cuenta.

—Ya lo sé —contestó Aru—, pero necesitamos una profecía. Algo que nos permita movernos por el Más Allá y buscar a Agni sin que nadie nos moleste durante los próximos días.

Brynette chutó un tapón de botella en la acera.

—Vale. Pues iremos a una tienda y cogeremos una profecía de cualquier estante, ¿no?

Aru ignoró el tono de su hermana. Sabía que Brynette estaba dolida — todos lo estaban —, pero ella se lo estaba tomando peor de lo que esperaba. Muy en el fondo, Aru se sentía responsable de todo este lío.

De camino hacia el parque Lullwater, repasó todas las cosas que podría haber hecho de otra manera. Tendría que haber formulado mejor su respuesta cuando el dios de los tesoros, Kubera, le había pedido que decidiera quién lideraría el ejército Nairrata. Tendría que haber detenido al Durmiente la primera vez que tuvo la oportunidad. Tendría que haberse enfrentado a su madre y pedirle la verdad hace muchos años.

Pero ya era demasiado tarde.

Aru se puso firme y frunció el ceño al ver aquel cielo, cada vez más oscuro, antes de dirigirse a su madre y a sus hermanas.

—No he dicho que tenga que ser una profecía real.



TRES

Lo sentimos, el teléfono al que llama no se encuentra disponible en estos momentos

Una hora más tarde, Aru estaba sentada en un taburete frente a una encimera que ofrecía de todo menos comida. Había un estante giratorio que contenía multivitamínicos variados, una batidora de apariencia letal, tarros llenos de un polvo verde, una pizarra con una lista de los múltiples beneficios de las frutas y las verduras, y una pila enorme de libros con títulos del tipo: *Cómo criar a un niño prodigo* o *Los secretos para entrar en las universidades más prestigiosas*.

Delante de ella, Brynne cerró la nevera con tanta fuerza que los imanes de la puerta se cayeron y los papeles en la encimera salieron volando y terminaron en el suelo.

—¡Cuidado! —dijo Mini, agachándose para recoger una tarjeta roja con letras doradas—. No puede quedar nada fuera de lugar o mis padres sospecharán cuando vuelvan a casa.

Los padres de Mini (y tíos de Brynne), Gunk y Funky, se habían ido de crucero por San Valentín y no volverían hasta dentro de cuatro días. Se habían llevado consigo al hermano de Mini, pero esta se había negado a ir porque caía muy cerca del cumpleaños de Aru. Cuando la familia de Mini se enteró del ataque del Durmiente, casi dieron media vuelta, pero Mini los convenció de que no volvieran. Además, era más seguro que las familias de las Pandava estuvieran lo más lejos posible.

Brynne se dejó caer en un taburete al lado de Aru.

—Mini, ¿cómo es que tus padres no tienen helado, pero sí diez tipos de magdalenas vegetales?

—Son unos apasionados de la vida sana —contestó Mini a la defensiva.

—Unos locos, querrás decir —repuso Brynne por lo bajo.

Aru contuvo la risa. El doctor y la señora Kapoor-Mercado-López le caían bien, pero eran un poco... intensos. Igual que su hija, vaya. Una vez, invitaron a los Patatas a una noche de pelis de terror en casa de Mini. Fue indudablemente terrorífico, pero sobre todo porque la peli resultó ser un documental sobre enfermedades y virus que se podían pillar besándose y con «otras actividades de naturaleza adulta».

A partir de ese momento, a Mini se le prohibió organizar la noche de pelis.

—No entiendo por qué Ammamma salió corriendo tan deprisa cuando llegamos —dijo Brynne—. Creía que querría ver a las gemelas en cuanto estuvieran aquí. ¿Se habrá cansado de hacer de niñero? BB da guerra y Rudy no está aquí para ayudar.

La familia del príncipe *naga* lo había mandado llamar para que volviera a casa, pero estaba listo para ayudar a los Patatas en cualquier momento.

Aru se miró el regazo, en el que BB estaba acurrucado envuelto en un jersey que se chamuscaba lentamente dentro de un molde ovalado para horno. Era lo más parecido a un nido que habían podido improvisar sin quemar nada. BB dormía plácidamente y unas nubecillas de humo se arremolinaban sobre su ardiente cresta azul.

«¡Tan chiquito y tan letal!», pensó Aru, resistiendo el impulso de acariciarlo.

—A lo mejor... —dijo Mini—. Aiden está un pelín raro últimamente. ¿Tú qué opinas, Aru? —preguntó con un deje avisado y cómplice.

Aru titubeó. Con todo lo que había pasado, no había tenido ni un segundo para contarle a sus hermanas lo del beso, pero en aquel momento tampoco sabía qué decir. Aiden estaba muy raro. Apenas le había dirigido la palabra. ¿Y si había sido sin querer? ¿Y si se había tropezado y ella no se había dado cuenta y simplemente... había pasado sin más?

El repentino graznido del reloj de cuco en la pared salvó a Aru de contestar. Mientras repicaba ruidosamente, la pared se partió por la mitad y apareció una entrada encantada. Solo las Pandava podían accederías unas a las otras durante una emergencia. (Aunque Brynne tenía una definición de emergencia muy distinta. Una vez, Aru se despertó y encontró a Brynne hurgando por la cocina del apartamento en el museo en busca de azúcar). A través del portal, Aru atisbo el interior de un cálido salón. Había fotos de

familia colgadas en la pared del fondo. Aunque no podía ver quién estaba hablando, reconoció a su madre con el señor y la señora Jagan.

—... prometo que estarán a salvo y se acostarán a su hora.

Krithika asomó la cabeza por el portal.

—¿Lo habéis oído, chicas? Tenéis una hora. Los Jagan estaban a punto de irse a dormir.

—Una hora —repitió Aru.

Su madre asintió.

—Me quedaré con los Jagan hasta que acabéis.

La madre de Aru desapareció. Al cabo de un momento, las gemelas entraron en la cocina de Mini. Sheela llevaba un pijama rosa y zapatillas de peluche, con el pelo recogido en un gorrito rosa. Nikita también llevaba un gorrito de dormir y un pijama, pero su conjunto era de un brillante dorado.

—¡PAJARITO! —exclamó Sheela, aplaudiendo con entusiasmo y corriendo hacia Aru. BB sacó la cabeza del jersey chamuscado y pestañeó mirando a Sheela.

Nikita les lanzó una mirada asesina y se cruzó de brazos.

—¿No podíais esperar un par de horas para visitarnos en sueños? —Quizá vio algo en sus caras, porque el ceño fruncido le desapareció al instante—. Ay, no... ¿Tan grave es?

—Un pelín —dijo Aru—. Bueno, el destino del universo entero está en juego, así que yo diría que es... ligeramente importante, sí.

Durante los siguientes veinte minutos, Aru le explicó toda la movida: que la moneda Agni no funcionaba, lo de la barrera impenetrable en el parque Lullwater y el puñado de días que tenían para arreglar las cosas. Cuando terminó, habían pasado dos cosas. Una, que Nikita (que había estado escuchando en silencio y tejiendo lo que parecían una docena de parras encantadas) casi había terminado de construirle un nido a BB. Y dos, que Brynne se había rendido y se había comido todas las magdalenas vegetales.

Sheela se mordió el labio inferior.

—No me gusta nada mentir, pero creo que puedo inventarme una profecía falsa. Algo para que ganéis tiempo...

—Algo lo bastante dramático para que nadie quiera acercársenos —añadió Brynne—. ¿Puedes hacer eso?

Sheela asintió.

Brynne soltó un suspiro de alivio.

—Genial. Ahora, si esta dichosa moneda pudiera sernos útil...

En la encimera al lado de la sofisticada tarjeta roja, la moneda Agni se iluminó.

Sheela ladeó la cabeza y examinó la moneda con una mirada soñadora.

—¿Habéis probado a prenderle fuego?

—Hablas como Aru —dijo Mini.

Sheela sonrió de oreja a oreja.

Nikita levantó la vista de su labor.

—Sheela tiene razón. Quiero decir, él es el dios del fuego, a fin de cuentas.

—¿Y cómo se le prende fuego al metal? —preguntó Aru.

Brynette echó un vistazo por la cocina.

—Podríamos probar con la vitro.

—No va —dijo Mini.

—¿Tenéis cerillas?

—Mis padres las escondieron después de la última visita de Aru.

—Me siento ofendida y halagada a la vez —dijo Aru.

En ese momento, BB sacó la cabeza del molde, la inclinó hacia un lado y gorjeó. Su cresta azul parecía fluctuar un poco más alto, como si le hubiera picado la curiosidad.

—¿Tú que dices, BB? —le preguntó Aru, enseñándole la moneda.

—¡Espeera! —gritó Nikita. Cerró los ojos y le brillaron los dedos mientras hacía un complicado gesto con las muñecas. Un segundo después, cayeron sobre la encimera un par de guantes de color amarillo girasol—. Póntelos.

Aru se puso los guantes con esmero. La tela parecía seda fría pero más resistente.

—Es resistente a las llamas, tiene una elegancia atemporal y rinde homenaje a la colección de 2008 de Dior —dijo Nikita imperiosamente antes de sonreírle a BB. Colocó el nido tejido de parras a su lado, que BB picoteó con recelo—. He usado la misma tela vegetal para su cuna —dijo—. Francamente, Aru, no puedes meter a una cría así en un molde para horno. Queda feo.

BB graznó como si estuviera de acuerdo.

—Ponte los guantes y así no te quemarás cuando lo cojas —dijo Nikita—. Brynette, los tuyos serán azules. Mini, violetas. Hum... ¿y los de Aiden?

Mientras Nikita trasteaba con un nuevo par de guantes, Aru alargó una mano protegida hacia BB. En el pasado, tocar a BB había sido como agarrar

el mango de una sartén caliente, pero ahora sintió solo el cálido y suave peso del pájaro de fuego.

Con la otra mano enguantada, Aru cogió la moneda de Agni y la acercó al pico del pájaro.

—Vale, a ver, ¿podrías darmelos un pequeño eructito? —le pidió.

BB escupió una llama del tamaño de un plato llano. Aru chilló, tambaleándose hacia atrás y casi tirando al polluelo, y entretanto la moneda Agni se prendió. Sheela se echó a reír. Mini gritó. Brynne empezó a agitar las manos, lo cual solo hizo que la moneda ardiese con más intensidad.

Nikita las observó durante unos diez segundos y puso los ojos en blanco. Luego, estiró los dedos, sacudió la muñeca y, al momento, hizo aparecer una minúscula mantita que tiró por encima de la moneda; esta se apagó al instante.

—*Voilà* —dijo.

Brynne bajó las manos, con aire decepcionado. Detrás de ella, Mini se había tapado la nariz y la boca con la camiseta. Sheela, todavía riéndose, apartó la mantita. La moneda Agni solo brillaba un poco más. Pero ya.

Aru se dio la vuelta, con la cara roja de vergüenza. Inventarse una profecía falsa y buscar a Agni habían sido ideas suyas, pero ¿y si no funcionaban? ¿Qué pasaría entonces?

Colocó a BB delicadamente en su nueva cuna. El pájaro de fuego ya se había quedado dormido, y aunque Aru estaba contenta de tener a Bu de vuelta de alguna forma, aún se sentía perdida. El viejo Bu las podría haber ayudado a encontrar la manera de sacarlas de ese aprieto.

Aru miró la encimera fijamente. Por suerte, las llamas no habían quemado la piedra, pero la tarjeta roja ahora tenía las esquinas chamuscadas. «Ups», pensó Aru, mientras trataba de limpiarla. Se dio cuenta de que era una invitación fechada para el día siguiente.

ESTÁN CORDIALMENTE INVITADOS A LA BODA DE
RAVI Y TRENA.

LAS ENTRADAS A LOS PORTALES SE CERRARÁN AL
COMIENZO DE LA CEREMONIA, DE MODO QUE LES
ROGAMOS QUE ACUDAN CON PUNTUALIDAD. EN
ESTOS MOMENTOS, LOS ESPOSOS NO ACEPTAN
NINGÚN REGALO ENCANTADO.

MUCHAS GRACIAS

Brynne gruñó.

—Bueno, ha sido un fracaso total...

En ese preciso instante, un extraño sonido llenó la cocina. Un zumbido muy fuerte e incesante.

—¡Viene de la moneda! —dijo Mini.

Las Pandava observaron el disco dorado. Empezó a vibrar sobre la encimera de piedra. Una voz amable y automatizada anunció:

—HOLA. LO SENTIMOS, PERO SU SOLICITUD NO PUEDE SER ATENDIDA EN ESTE MOMENTO. POR FAVOR, REVISE SU CONEXIÓN CON UNA LLAMA SAGRADA Y VUELVA A INTENTARLO. MUCHAS GRACIAS.

La moneda se quedó quieta.

—¿Llama sagrada? —preguntó Brynne—. ¿Qué significa eso? —Tenía el ceño fruncido, pero había una nueva luz en sus ojos, que tenía mucho de esperanzada.

—¡Eso encaja! —dijo Mini—. ¡Agni siempre está presente en las funciones sagradas que tienen que ver con fuego! Como las puyas cuando se hacen en casa, o los funerales, o las...

—Bodas —dijo Aru, sujetando la invitación—. Esta es mañana mismo. Podríamos ir y hablar con Agni.

Aru no había estado en muchas bodas —en la mayoría de las invitaciones se rogaba cordialmente que Aru no asistiese—, pero recordó que, en las ceremonias hindúes, los esposos caminaban alrededor de un fuego sagrado mientras un sacerdote cantaba e invocaba a varios dioses..., entre ellos Agni.

—Pongamos que lo conseguimos —dijo Brynne—. ¿Qué hacemos después? ¿Nos plantamos en mitad de la ceremonia y tiramos la moneda al fuego? ¿No creéis que alguien, no sé, podría DARSE CUENTA?

—No si lo hacemos con cuidado —dijo Aru.

—Querrás decir a escondidas.

—Lo mismo da que da lo mismo —apuntó Aru—. Y si Sheela dice la profecía falsa por la mañana, nadie esperará vernos, de todas maneras.

—Necesitaréis un armario completamente nuevo —dijo Nikita, enarcando una ceja.

—Disculpad —interrumpió Mini—, pero no podemos ir a la boda. ¡No estamos en la lista de invitados!

Aru sonrió.

Mini la miró a la cara y se le hundieron los hombros.

—Esto no me va a gustar, ¿verdad?



CUATRO

Y dicho esto... LARGO DE AQUÍ

A una hora de que diese comienzo la ceremonia nupcial, Aru permanecía inmóvil mientras su madre le abrochaba el último enganche en la parte de atrás de la blusa. Nikita había estado encantada de hacerles unos flamantes trajes nuevos durante la noche, y Aru, que amaba la ropa india pero siempre le tocaban las prendas que más picaban, se había llevado una agradable sorpresa cuando le llegó el suyo por la mañana. Era un *lehenga* de un dorado precioso. La falda suntuosa estaba cubierta de espejitos con formas intrincadas, y la blusa de manga caída tenía unos rayos en miniatura con hilo de color azafrán.

Era precioso.

Era absurdamente útil.

Y, encima, era cómodo.

Todos los conjuntos de los Pandava (incluyendo el de Aiden, que prefería referirse a sí mismo como «adyacente Pandava») eran ignífugos y estaban decorados con pequeños espejos encantados que refractaban la luz y volvían invisibles a los que los llevaban. Nikita había lanzado un hechizo sobre los hilos para disfrazar las voces de los Pandava también.

—Estás preciosa, Aru —dijo su madre, sonriéndole desde el reflejo en el espejo de cuerpo entero.

Aru no la tomó demasiado en serio, pero sonrió igualmente. Durante toda la noche anterior, no habían hablado sobre el viaje que le esperaba a Aru, o sobre cómo esta podría ser la última vez que las dos estuvieran juntas. En lugar de eso, su madre había pedido comida a domicilio, había puesto *La*

búsqueda, y se habían reído cuando Aru recitó todos y cada uno de los diálogos. Habría sido un día genial si Aru hubiese estado segura de que les esperaban más días.

—Ojalá pudiera ir contigo —le dijo Krithika.

Aru la abrazó con fuerza y volvió a ser consciente del peso que había perdido su madre durante los últimos meses mientras buscaba la ubicación del laberinto.

—Acabas de volver, mamá. Necesito que te quedes aquí. No quiero que te pase nada.

Krithika suspiró y le frotó la espalda a su hija.

—Me quedaré vigilando. Te estaré esperando, Aru, y si por casualidad ves a Kara... Bueno, quizás algún día tengamos tiempo para explicar las cosas.

Cuando Aru pensó en la expresión perturbada de Kara y el dolor en el rostro de Krithika, sintió una profunda tristeza. El Durmiente había tergiversado la verdad. Había hecho que pareciese que Krithika no había querido a Kara, y ahora lo que tendría que haber sido una familia completa estaba rota.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Krithika.

Aru se quedó callada. En cierto sentido, el plan era sencillo. Recuperarían las armas, impedirían que el Durmiente robase el néctar de la inmortalidad, y después, los Pandava harían aquello para lo que se habían formado desde el principio: poner fin a la guerra.

Eso significaba pararle los pies al Durmiente. Que fuera su padre, que la hubiera querido, que su propia hermanastra estuviese del lado de él, y que aquellos que luchaban en su nombre fueran merecedores de compasión... no cambiaba nada.

—¿Esforzarme al máximo para no decepcionar al universo? —propuso Aru.

—Ay, *beti* —dijo Krithika—. Es como dicen en el *Guita*. «Es mejor vivir tu propio destino de manera imperfecta que vivir una imitación de la vida de otro a la perfección». ¿Lo entiendes?

Aru parpadeó. «Mmm... No». A veces pensaba que su cerebro se congelaba involuntariamente cada vez que su madre se iba por las ramas filosóficas. A Krithika Shah le encantaba citar las sagradas escrituras del *Guita*, pero Aru solo entendía un cuarto de lo que quería decir.

—Eh..., buen consejo —probó a decir.

Su madre se rio.

—Quiero decir que... seas fiel a ti misma.

Aru apretó la mandíbula. ¿Cuándo le había funcionado eso? Su instinto parecía estar siempre equivocado. Su madre solo lo decía para hacer que se sintiera mejor. Ambas sabían que sus únicas opciones eran rendirse o luchar de una vez por todas, y solo había una decisión que tomar.

En aquel momento, sonó el timbre. Krithika la soltó. Se frotó los ojos, y Aru juraría que vio lágrimas en ellos.

Cuando Aru bajó las escaleras para abrir la puerta, el estómago le dio un vuelco. Aiden estaba en el umbral. Su cámara, Sombragrís, y su mochila oscura le colgaban del hombro. Llevaba una kurta negra con las mangas enrolladas a la altura del antebrazo. El pelo oscuro le caía sobre los ojos, y el sol se emperraba en iluminarle solo a él. Aru vaciló, no sabía qué decir.

Pero Aiden fue el primero en hablar.

—¿Se lo has dicho a alguien?

Aru sintió como si le tiraran agua helada encima.

—¿El qué?

—Lo del... —se interrumpió, mirando al suelo.

—¿Lo del beso? —Se cruzó de brazos—. No.

¿Había sido su imaginación o se le habían relajado los brazos un poquito?

—Ah —dijo él—. Guay.

«¡Guay!?", pensó Aru. Sintió como si alguien le hubiese arañado el alma con un rallador de queso. «Guay». Eso significaba que él no quería que nadie lo supiese... porque había sido un error.

¿Por qué se le había ocurrido pensar lo contrario?

—Creo que no deberíamos haberlo hecho —dijo él, con la mirada fija en el suelo—. Lo siento.

Aru se concedió apenas tres segundos para estar triste. Luego, apartó aquel sentimiento de un empujón.

—¿Estás... Estás bien? —le preguntó Aiden—. ¿Podemos seguir siendo amigos?

Aru nunca había echado tanto de menos su rayo. El *vajra* lo habría electrocutado de buen grado en el acto.

—¿Que si estoy bien? —dijo Aru, dando un paso amenazador hacia él.

Aiden se tambaleó nerviosamente hacia atrás.

—¿Aru? No eres tú, soy...

—Termina esa frase y te frío incluso sin un rayo —dijo Aru.

Aiden cerró la boca.

—No, Aiden, no estoy bien. Mi cumpleaños fue una basura. Mi hermanastra me odia y he perdido mi arma. —Se incorporó—. ¡Tengo que

salvar el mundo entero, literalmente, en nueve días! ¡No tengo tiempo para esto!

—Eh... —dijo Aiden, abriendo mucho los ojos.

Aru se echó el pelo por detrás del hombro.

—Claro, Aiden, podemos ser «amigos», más que nada porque esta tontería es lo último que necesito ahora mismo. Pero cuando todo esto se acabe, no vuelvas a dirigirme la palabra nunca más. Seguro que te será fácil.

Acto seguido, se dio media vuelta y se alejó a pisotones. Advirtió el reflejo de Aiden en el espejo. Parecía aturdido. Y tan guapo...

Pero sobre todo aturdido.

«Ja», pensó Aru, a pesar de la terrible y punzante sensación que notaba en las costillas.

Fue solo cuando llegó a la sala de exposición y vio el tempestuoso ceño fruncido de Brynne y la cara estupefacta de Mini que se dio cuenta de que lo había retransmitido todo a través del vínculo mental Pandava.

Brynne habló telepáticamente: «Será mi mejor amigo, pero os juro que lo voy a...».

«¡Podrías habérnoslo dicho!», interrumpió Mini antes de que Brynne pudiese terminar. «Si vas a llorar, bebe agua, porfa. ¡La deshidratación es cosa seria!».

Brynne: «¿En serio, Mini?».

Mini: «¡Me preocupo por ella! Aru, ¿qué podemos hacer?».

«No tiene sentido», dijo Brynne. «Tiene que haber una razón para que recule de esa manera. Deja que yo hable con él...».

«Ni de broma», dijo Aru. «Por favor, déjalo estar».

Ni Brynne ni Mini parecieron convencidas, pero en ese momento la madre de Aru carraspeó y levantó la mano para atraer su atención.

—Ah, hola, Aiden —dijo Krithika—. Creía que tu madre iba a venir.

—Está de camino —dijo Aiden. Levantó su cámara, evitando cualquier contacto visual con las chicas—. Yo, eh, tengo el vídeo de la profecía falsa de Sheela para enseñároslo.

Dirigió una mirada furtiva a Aru, Brynne y Mini. Como ninguna de ellas dijo nada, sacó las imágenes de la pantalla, que flotaron en el aire. Aiden debía de haberlas grabado a escondidas, porque el ángulo estaba fatal, y Aru apenas podía ver bien la parte inferior del cuerpo de Sheela y de Nikita. A juzgar por el suelo resplandeciente, estaban en la academia de baile de Urvashi.

—... ¿una visión? —preguntó Urvashi fuera de plano. Su voz denotaba preocupación.

Sheela empezó a temblar. Aru oyó que Nikita susurraba:

—No te compliques.

La voz de Sheela sonó alta y clara.

—«No puedes saber, no puedes ver, la dirección que los Pandava han de escoger... Si los buscas, encontrarás... destrucción y nada más...».

—¡Aiden! —gritó cortante Urvashi—. ¿Qué haces grabando? ¡Busca ayuda!

—Lo siento, *masi* —musitó Aiden.

El punto de vista de la cámara se desvió hacia el suelo y se fundió a negro.

—¿Y se lo tragaron? —preguntó Brynne.

Aiden asintió.

—Hanuman y Urvashi se fueron después de eso. Están siguiendo varias pistas sobre el resto del ejército del Durmiente.

—¿Qué pistas? —preguntó Aru fríamente.

Aiden evitó mirarla a los ojos.

—No se puede acceder al laberinto sin un arma celestial. Pero una vez dentro, ¿cómo haces para que entre alguien? Hanuman y Urvashi están intentando descubrir sus planes.

Aru reflexionó sobre ello, con un nudo en el estómago. Se habían estado concentrando en descubrir cómo entrar en el laberinto. No se había planteado siquiera cómo iban a meter a todo un ejército dentro.

—¡Siento llegar tarde! —dijo una voz musical desde el pasillo.

Malini Acharya entró en la sala y todo el aire pareció salir de ella. Malini era alta y esbelta, con la piel de un exuberante moreno y hermosos ojos que parecían joyas de ámbar bajo la luz de la luna. Su elegancia sobrenatural era la única pista de que había sido una célebre *apsara* antes de abandonar su ciudad celestial para casarse con un hombre mortal.

Malini sonrió a Krithika y a Brynne, asintió hacia Mini y, como de costumbre, pasó olímpicamente de Aru. Por alguna razón, parecía que a la madre de Aiden no le caía muy bien Aru. Malini fue hacia Aiden y le colocó la palma de la mano en la mejilla.

—Es la hora —dijo Krithika, haciendo un gesto hacia Greg, el elefante de piedra.

La mandíbula de la estatua se desencajó y se extendió hasta el suelo.

—Tenéis nuestras bendiciones —dijo Krithika.

—Y esto —añadió Malini—. En caso de que lo necesitéis.

Canturreó una rápida melodía, y la música fue como Aru se imaginaba que sonaría una estrella fugaz: le embargó los sentidos, le erizó el vello de la nuca y centelleó por sus huesos. Cuando parpadeó, Malini sujetaba una pieza de luz del tamaño de una moneda, que le dio a Aiden.

—Toma. Una nota de música pura. Te permitirá invocar a mi familia —dijo Malini—. Pero solo debe usarse en caso de emergencia.

Aiden tomó la nota de música, con una curiosa combinación de furia y asombro en la cara mientras se la guardaba.

—Confío en vosotros. En todos vosotros —dijo Krithika—. Por favor, volved sanos y salvos.

Aru inspiró profundamente. Mini, que llevaba un *lehenga* cubierto de estrellas plateadas, fue la primera en cruzar el portal. Después lo hizo Brynne, en un *salwar kameez* azul oscuro con rayas doradas. La siguió Aiden, y entonces fue el turno de Aru.

—Recuerda darle de comer a BB mientras estamos fuera —le dijo Aru a su madre—. Y no le hinches a galletas Oreo; le daría indigestión y acabaría incendiando el museo.

Krithika se echó a reír.

—Me lo apunto.

Mirando por última vez a su madre y al lugar en el que había vivido durante casi diez años, Aru cruzó el portal.



Aquella vez que nos colamos en una boda

Aru había imaginado que colarse en una boda consistiría en una persecución de coches a toda velocidad, pero, en realidad, era cuestión de mezclarse con los invitados y de llegar al fuego sagrado sin que nadie los viese. Después, solo tenían que lanzar la moneda de Agni a las llamas y salir de ahí. Fácil.

El lugar donde se celebraba la boda parecía bastante lujoso. El exterior del hotel estaba cubierto de hiedra y de un emparrado de rosales. Unos leones de bronce encantados bostezaron como si tuviesen sueño al ver a las Pandava. Detrás de ellos, la gente pasaba corriendo y paseando a los perros sin inmutarse. A los humanos, el hotel encantado les parecía una construcción en obras.

Unas velas flotantes formaban una caligrafía que decía:

¡PARA LA FIESTA DE RAVI Y TRENA, ENTREN, POR
FAVOR!

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Mini en voz baja mientras los cuatro entraban sigilosamente.

Todo estaba en silencio. «Demasiado silencio», pensó Aru. El interior del hotel desembocaba en un atrio maravilloso, donde una nieve encantada caía de nubes plateadas.

—Esas las han encargado exclusivamente para el tema del país de las maravillas invernal —dijo Mini—. Magia supercara. Mi primo se puso histérico cuando el primer artista intentó usar bolitas de espuma de poliestireno en vez de nieve de verdad.

—Las bodas están muy sobrevaloradas —dijo Brynne, sacudiéndose la nieve del hombro—. A ver, ¿dónde está la comida?

—¿Chicas? —dijo Aiden.

—¿¡QUÉ!? —gritaron las tres hermanas.

Aiden se estremeció y señaló un par de puertas abiertas de par en par a la derecha. Un débil resplandor en el umbral le hizo saber a Aru que el lugar tenía una barrera de sonido encantada, lo que explicaba que no hubiesen oído a nadie dentro. Los invitados ya estaban sentados a cada lado del largo pasillo, decorado con ramas nevadas y velas flotantes. Al final, se alzaba el *mandap*, la carpa de boda, que habían adornado con cientos de rosas espolvoreadas con nieve. Desde ahí, Aru detectaba el leve olor del fuego sagrado. La novia y el novio estaban sentados detrás de las llamas mientras el cura lanzaba las ofrendas.

—¿Ya ha empezado la boda? —preguntó Mini, que estaba comenzando a hiperventilar—. ¡Tendríamos que haber llegado antes! ¡Me habré equivocado de hora! ¿Qué hacemos?

Aru se metió la mano en el bolsillo. «Todas las faldas deberían venir con bolsillos», pensó. Tocó la moneda de Agni. Estaba caliente al tacto.

—Fácil —dijo Aru—. Iremos al altar.

«Nikita ha dicho que, siempre y cuando no hagamos ruido, la ropa debería camuflarnos», dijo Aru a través del vínculo mental Pandava mientras, en parejas, recorrían el pasillo de puntillas. Por suerte, los ojos de los quinientos invitados estaban puestos en la pareja.

«Me tranquiliza un montón», dijo Brynne.

Había insistido en ir a retaguardia con Mini por si salía algo del suelo y los atacaba, porque «las bodas nunca salen según lo previsto». Y, como Aru tenía que ir delante para arrojar al fuego la moneda de Agni, a ella le tocó recorrer el pasillo con... Aiden.

Por ahora, estaban a unos cuatro metros y medio del fuego sagrado.

«Despacio... Nada de movimientos bruscos, gente», dijo Brynne.

«¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos?», preguntó Mini. «¿Y si les fastidiamos la boda?».

«El mundo versus... una boda, Mini», dijo Brynne. «Díselo a la familia de mi madre».

Se estaban acercando al altar; menos de tres metros. La novia y el novio estaban radiantes. No dejaban de sonreírse y de mirarse furtivamente. No

parecían darse cuenta de lo que estaba pasando a su alrededor, y probablemente fuese lo mejor, teniendo en cuenta que los invitados no hacían más que cotillear durante toda la ceremonia.

—¿Ha matado la novia a la familia del peluquero? Es la única forma de explicar lo del peinado...

—Qué manera de desperdiciar el dinero... Odio el capitalismo.

—El exnovio de la hermana de su primo me dijo que...

Aru estuvo a punto de tropezar por intentar escuchar lo último, pero Aiden la sujetó y le lanzó una de sus típicas miradas cargadas de intención. Les quedaban un par de pasos para llegar al fuego sagrado, apenas medio metro. Aru esperaba que el fuego fuese enorme; sin embargo, este se encontraba en un recipiente de aluminio del tamaño de una caja grande de zapatos. Mientras, el cura recitaba en un tono monótono y lanzaba monedas y pétalos a las llamas.

Si todo iba según lo previsto, nadie, salvo los Pandava, se percataría de que se había arrojado algo más.

«Vale, pues vamos allá...».

Aru cruzó los dedos con la esperanza de que la magia de la moneda solo les afectase a ellos y de que nadie más viese nada. Alzó la moneda con la otra mano, preparándose para...

«¡Lánzala DEBAJO, no encima, Shah!», la riñó Brynne.

«Ups», pensó Aru mientras ajustaba el lanzamiento.

La moneda de Agni cayó en el humo formando un arco perfecto.

Aru se preparó para lo peor. Pensaba que el fuego estallaría o que el suelo empezaría a temblar, pero no pasó nada. Solo se oyó el débil crepitar de las llamas.

Aru estaba dándose la vuelta para mirar a sus hermanas cuando, de repente, un hombre bajito y de piel clara, que llevaba un *kurta* de tela vaquera, inapropiado para la ocasión, se levantó de su asiento en la segunda fila y dijo:

—¡NO SIGAS ADELANTE CON TODO ESTO, TRENA! ¡Nunca te hará feliz!

Un grito ahogado recorrió la multitud. Incluso el cura dejó de recitar. Aru dio saltitos, se frotó las manos y dijo:

—Bueno, pues se ha liado la cosa.

«Ups».

Durante un momento, los invitados estaban mirando horrorizados —y encantados— al chico que acababa de hablar. Al siguiente, todos los ojos

estaban fijos en Aru. La novia y el novio se quedaron mirándola por encima de las llamas.

—¿Tú quién eres? —preguntó la novia.

—¿Familia? —intervino Mini.

—¡Enhorabuena! —exclamó Aru.

Aiden se llevó la mano a la frente.

El novio se levantó.

—¿Qué creéis que...?

Pero un gorgoteo fuerte que provenía del fuego lo interrumpió. En un abrir y cerrar de ojos, las llamas salieron disparadas a cuatro metros y medio. Luego, se separaron en el medio como cortinas que se abren.

—¡La decoración! —gimió una de las tías.

—Te dije que deberíamos habernos fugado —murmuró la novia.

Desde dentro de las llamas, la voz de una mujer anunció:

—CONEXIÓN DE LA LLAMA SAGRADA CONFIRMADA. SE ESTÁ TRANSFIRIENDO LA LLAMADA. ESPERE, POR FAVOR.

—¿Qué está pasando? —gritó el novio.

Una columna de fuego giró en espiral hacia los Pandava, formando un túnel de llamas.

—¡Agarraos! —chilló Aiden mientras cogía a Aru de la mano.

Aru extendió el otro brazo y sintió un alivio en el pecho cuando Brynne y Mini se acercaron. Un ráfaga de aire caliente le echó el pelo hacia atrás mientras las llamas los empujaban al portal. Intentó parpadear, pero las ráfagas de viento y llamas le hicieron cerrar los ojos.

Lo último que oyó fue que uno de los invitados preguntaba:

—Pero ¿va a haber banquete después de esto?



SEIS

Una calurosa bienvenida. En realidad, un poquito demasiado calurosa

Aru sintió como si hubiese aterrizado en asfalto caliente. Le hormigueaban los brazos y el calor le reptaba por la piel. Parpadeó, intentando asimilar el entorno, pero algo le impedía ver. Algo con pelo grueso y... ¿pezuñas? Aru se incorporó de golpe y echó a correr hacia atrás, pero se encontró cara acara con... una cabra.

La cabra no se parecía a otras cabras. En primer lugar, llevaba una camisa que rezaba «la mejor cabra del multiverso». Aparte de eso, tenía un pelaje de color canela y unos cuernos regordetes en forma de llamas anaranjadas. La miró con las pupilas rectangulares y luego baló con indiferencia, como diciendo «Tu presencia es una decepción inmensa». Dio un resoplido y desapareció.

Aru vio por fin dónde estaban. Brynne y Mini se encontraban a su izquierda. Brynne había sacado la cimitarra, y Mini se limpiaba la cara con una toallita húmeda.

—¡Qué calor hace en este sitio! —dijo Mini—. Y encima, se me ha acabado el agua. ¡Puede darnos un golpe de calor!

Aiden, que estaba a la derecha de Aru, le ofreció una botella de agua llena.

A Mini se le iluminó la cara al instante.

—¡Gracias, Querida! —exclamó, y fue a por ella antes de lanzarle a Aru una mirada cargada de culpa.

Aru lógicamente sabía que solo era una botella de agua; aun así, una parte refunfuñona de su cerebro murmuró «Traición...».

—¿Te ayudo? —preguntó Aiden.

Con un poco de retraso, Aru se percató de que seguía sentada en el suelo. No le hizo ni caso y se incorporó sola.

Los Pandava estaban en una cámara vacía que a Aru le recordaba al vestíbulo de un hotel pijo. Las paredes eran bloques de obsidiana brillante con riachuelos de lava que se deslizaban desde la parte superior y se perdían en el suelo más extraño que había visto jamás. Desde cierto ángulo, el suelo parecía estar hecho de trozos de rubí y topacio pulidos, que se entrelazaban formando un conjunto deslumbrante. Pero, al ladear la cabeza, vio imágenes que oscilaban en las baldosas de joyas. En una, vio la habitación que una familia usaba como templo e incluso parte de su cocina. En otra, vio a una mujer con un *sari* blanco que sollozaba en las orillas de un río. En la tercera, la novia y el novio de hacía unos instantes caminaban despacio en círculos y con una cálida sonrisa en la cara.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Brynne.

Aru miró hacia arriba desde el suelo. El sudor le cubría la frente, y el *lehenga* sofisticado que llevaba puesto le pesaba demasiado. Un techo de vapor y humo se elevaba a decenas de metros por encima de ellos y se estrechaba como la boquilla de una tetera. Le hizo pensar en...

—Ay, dioses, estamos en un volcán... —dijo Mini—. Un volcán de verdad...

La cabra, que había estado deambulando a su alrededor y olfateando el suelo de vez en cuando, baló con fuerza. Golpeó el suelo con la pezuña, y este comenzó a temblar. De inmediato, una figura alta salió de las baldosas de joyas. Aru enseguida reconoció al dios del fuego. La piel de Agni era de un color rojo bruñido, y su pelo parecían llamas desiguales. Llevaba puesto un *kurta* escarlata con fuego en los bordes y una cadena brillante en el cuello. En ella, un colgante del tamaño de un huevo de petirrojo americano brillaba con tanta intensidad que a Aru le costaba mirarlo directamente.

Agni negó con la cabeza y luego se pinzó el puente de la nariz.

—¡Justo ahora venía la mejor parte! —Inspeccionó el suelo y entrecerró los ojos mientras miraba las baldosas. Luego, gruñó y estiró el cuello—. ¡Arg! ¡Los de seguridad han echado a ese tío! Ojalá le hubiera visto la cara.

La cabra se le acercó trotando y, Agni, abstraído, le acarició la cabeza antes de mirar a los Pandava.

—¿No os dais cuenta de que estoy prácticamente en todo? —preguntó, señalando hacia abajo.

—¿Estabas... dentro del suelo? —preguntó Mini.

—En cierto modo, sí —dijo Agni, cerrando los ojos. Cuando hablaba, Aru sentía como si sus palabras echasen chispas de calor—. Estoy... en todos los sitios. Soy la llama sagrada. Estoy en hogares y templos. Asisto a bodas y funerales. Lo purifico todo. Le doy energía a todo. —Agni abrió los ojos y se quedó mirándolos—. A ver, ¿quiénes sois y qué queréis?

Brynne y Mini miraron a Aru con expectación.

«Es tu moneda, te toca», dijo Brynne por telepatía.

—¡Nos ha parecido que era un buen momento para una reunión familiar! —dijo Aru, sonriendo tanto que pensaba que se le iba a romper la cara—. ¿Te acuerdas de mí? ¿Hija de Indra? Y Mini, hija de Dharma Raja...

Mini saludó con la mano.

—Y Brynne, hija de Vayu.

Brynne asintió con la cabeza.

—Y también está... Aiden.

—¿Otro semidiós? —preguntó Agni.

—Eh, no. Más bien... una antigua esposa colectiva que se ha reencarnado.

—Hola —dijo Aiden de forma inexpressiva.

—¡Ah, pero si eres tú! —le dijo Agni a Aru, dando una palmada—. Por poco no te reconozco con ese pelo nuevo...

Aru se tocó el pelo. Excepto la longitud, estaba exactamente igual.

—Y por la altura.

Había crecido... cinco centímetros.

—¿Nunca has tenido alas? —preguntó Agni.

—Por desgracia —dijo Aru.

—Mmm —dijo él—. Hay algo diferente en ti... No sé muy bien qué es.

¿Cuánto ha pasado? ¿Un milenio?

—Eli, ¿dos años? —dijo Mini.

—Si llega —añadió Aru.

Agni parpadeó un par de veces y luego se echó a reír.

—Ah, el tiempo. La mejor broma cósmica del universo.

—Sí, oye... Hablando del tiempo —dijo Aru—. Tenemos... nueve...

—Ocho —murmuró Aiden, mirando su reloj.

A Aru se le encogió el corazón. Viajar al reino del dios del fuego les había quitado tiempo.

—Nos quedan ocho días para conseguir el néctar de la inmortalidad antes de que lo encuentre el Durmiente y le declare la guerra a la existencia. Y, ahora mismo, está con nuestra hermana... (bueno, técnicamente es mi hermanastra, pero mejor no entrar en eso hoy...) avanzando por el laberinto

en el que está escondido el néctar, y no podemos luchar contra él sin las armas divinas.

—Anda —dijo Agni—. ¡Suena fatal! ¿Crees que habrá una llama cerca para poder verlo?

Aru frunció el ceño. Esa no era la respuesta que esperaba.

—Puede que sí.

—¡Genial!

—¡No, genial no! —dijo Aru—. Mira, hace un tiempo, nos dijiste que tenías un arsenal de armas que íbamos a necesitar y que, cuando llegase el momento, te llamásemos. Así que... ¡eso es lo que hemos hecho!

Agni cogió una bocanada de aire. Hizo el tipo de sonido que haces cuando estás a punto de darle malas noticias a alguien. A Aru le invadió el pánico, pero lo contuvo.

—A ver..., ¿qué quieres que hagamos? —preguntó, mirando la habitación fundida—. ¿Tienes una pista de obstáculos? ¿Vamos a hacer cosas propias de un entrenamiento? Ya sabes, como eso de «dar cera, pulir cera». Tú dices cosas crípticas e inspiradoras y nosotros nos sentamos y nos desesperamos hasta que esas cosas crípticas adquieran sentido, y luego... ¡burn! Las armas vuelven y todo es genial.

Agni parecía confundido.

—¿«Dar cera, pulir cera»?

Aiden reprimió una carcajada.

Mini suspiró a través del vínculo mental Pandava.

«No es momento de citar *Karate Kid*».

—Olvídate de esa parte —le dijo Aru a Agni—. La cuestión es: ¿puedes ayudarnos?

Agni se tocó el collar brillante y negó con la cabeza.

—Ya sé qué es diferente... —dijo antes de señalarlos—. Las armas. No las tenéis.

Al lado de Aru, Brynne hizo una mueca. Se llevó los dedos al cuello, donde normalmente llevaba el bastón de viento como gargantilla.

—Las armas eran una muestra del favor divino. Sin eso, tampoco podéis empuñar mis armas —dijo Agni con cautela.

Aru se tambaleó sin moverse del sitio. Su plan había fallado y ahora no había manera de luchar contra el Durmiente. Cerró los ojos con fuerza y sus pensamientos la transportaron al momento horrible en que Kara los había traicionado.

«Hago esto porque os quiero».

Aru seguía sin entender cómo había podido pasar. ¿Cómo pudo decir Kara que los quería y luego dejarlos desprotegidos? ¿Y por qué elegía el Durmiente la destrucción en lugar de intentar proteger a Aru?

Si las Pandava estaban en el «lado bueno», ¿por qué no les habían devuelto las armas? ¿Qué sentido tenía todo esto?

La voz de Brynne sacó a Aru de sus pensamientos.

—¿Cómo recuperamos el favor divino? —le preguntó a Agni.

—Por medio de una prueba, imagino —dijo Agni, acariciándose la barbilla.

A Brynne se le iluminó el rostro.

—¡Estamos preparadas! Hagámoslo. ¿Qué será? ¿Un reto de obstáculos? ¿Una comida de diez platos? Puedo con todo.

—Quizá sea más difícil que todo eso —dijo el dios Agni—. Os lo voy a enseñar.

De la espalda de Agni surgieron cuatro brazos más, y los levantó grácilmente en el aire. Se acercó y le tocó la frente a cada una con un dedo índice distinto. Aru se alegraba de que no les hubiese tocado la nariz. El día ya estaba siendo bastante malo como para que encima los vacilara.

Aru sintió una punzada repentina de calor en la piel, y se le nubló la visión. Cuando se le despejó, ya no estaba en un volcán, sino en la terraza palaciega de un reino antiguo. Se giró, buscando a sus hermanas, pero estaba sola. A lo mejor estaban viendo esta visión de Agni individualmente.

«Holaaa», las llamó a través del vínculo mental Pandava. No hubo respuesta.

La terraza daba a un valle verde exuberante. A menos de tres metros, un rey alto, con la piel oscura y los ojos solemnes, estaba sentado en un trono de oro mientras hablaba con un grupo de consejeros congregados a su alrededor. A su izquierda, había una gran balanza con sacos enormes de monedas amontonados debajo, que vigilaban dos soldados equipados con cuchillos y espadas. Había un fuego sagrado frente al rey y, mientras este lanzaba una ofrenda de arroz a las llamas, se oyó un suave graznido.

—¡Ayuda!

Una paloma descendió del cielo y se posó en el reposabrazos del trono.

—¡Tiene que ayudarme, rey Shibi! —exclamó el pájaro.

—¿Qué te aflige, criatura de mi reino?

Aru tomó nota de la frase para usarla algún día.

—¡Me sigue un halcón que quiere comerme!

El rey asintió con la cabeza.

—Te protegeré.

Aru se preguntó si el rey le ofrecería a la paloma un trabajo en su reino, pero, un instante después, un gran halcón rojo se acercó al pájaro.

—¡Alteza, entréguemela esa paloma! —dijo el halcón—. ¡Me corresponde a mí comérmela!

—No puedo —dijo el rey Shibi—. Está bajo mi protección.

—¿Y no estoy yo bajo su protección también, gran rey? ¿No soy yo una de las criaturas que vive en su tierra? ¿Acaso mi familia debe morir de hambre por falta de carne fresca?

El rey Shibi inclinó la cabeza.

—Si necesitas carne fresca, entonces toma la mía.

Señaló a un soldado para que colocara a la paloma en uno de los platillos de la gran balanza. Después..., bueno, Aru no era capaz de mirar, pero, por los gritos «¡Ah! ¡Mi pierna!», dedujo que el rey estaba cortándose trozos del muslo y los estaba poniendo en el otro platillo para igualar el peso de la paloma.

Y aun así, cuando Aru echó un vistazo a la balanza, el lado de la paloma seguía estando más bajo.

Se quedó mirando a los consejeros del rey. Algunos lloraban compadeciéndose de la situación, pero ninguno lo detenía. Nadie decía «Miran, pues, extrañamente, pesa mucho esa paloma» o «Guau, pero ¿qué les damos de comer a estos pájaros?». ¡Nada!

Finalmente, se oyó un sonido metálico fuerte cuando el rey Shibi se subió a la balanza y gritó:

—¡Tómame a mí! ¡Perdónale la vida a la paloma!

Un intenso resplandor rodeó al rey, la balanza, las aves y la terraza. Aru parpadeó un par de veces mientras el calor abrumaba sus sentidos. Dos voces divinas gritaron, y sus palabras sacudieron el suelo e hicieron que le repiquetearan los huesos.

—AH, REY SHIBI, HEMOS SIDO TESTIGOS DE SU BONDAD, Y HA SUPERADO LA PRUEBA. CUÍDESE Y SE RECUPERARÁ.

Cuando Aru parpadeó, volvió a la guarida del volcán del dios Agni. Los brazos extra habían desparecido, y estaba mirando a los Pandava con entusiasmo.

—Uf —dijo Mini, tambaleándose un poco—. Estoy mareada.

—¡Bueno! —exclamó Agni—. ¡Creo que ha quedado bastante claro!

—Eh, no —dijo Aru—. ¿Es que el rey Shibi no podía haberle pedido al cocinero real que preparase un bocadillo de pollo para el halcón? ¿Tenía que

ofrecerle su pierna directamente? —Aru se puso a pensar durante un momento en Bu moviendo las plumas y se apresuró a añadir—: Tampoco es que yo quisiera que le pasase nada a la paloma.

—¿Cuál era el objetivo? —preguntó Brynne—. ¿Qué es la prueba? ¿Algún tipo de... reto de comida?

—No —respondió Aiden en voz baja, y todos los ojos se volvieron hacia él—. La prueba es sobre lo que hacemos cuando creemos que nadie nos está mirando, ¿no?

Agni sonrió.

—Deseáis entrar en el laberinto que contiene el néctar de la inmortalidad, ¿verdad?

Los Pandava asintieron con la cabeza.

—Pues entonces hacedlo —dijo—. Y a lo mejor la manera en que lo hagáis os puede hacer ganar el favor de los dioses.

—¿«A lo mejor»? ¿«Puede»? No son palabras de ánimo precisamente —comentó Aru—. ¿Cómo lo vamos a saber con certeza?

—Bueno, para empezar, porque posiblemente seguiréis con vida.

—¿«Posiblemente»? —repitió Brynne.

—Pero solo podemos recorrer el laberinto con la luz del sol —dijo Mini—. ¿Cómo lo vamos a hacer? El Durmiente ya va con ventaja porque Kara es la hija del dios del sol.

—Dijiste que nos ayudarías —presionó Aru—. Si no puedes darnos armas, tiene que haber algo.

Al decir esto, la cabra, que había estado arrastrándose de forma persistente detrás de Aiden e intentando mordisquear la correa de cuero de Sombragrís, baló con entusiasmo. Aru no hablaba la lengua de las cabras, pero supuso que estaba diciendo algo como «¡Venga! ¡Enséñaselos!».

—Aquí está —dijo Agni—. Aunque se sabe que hace más mal que bien...

—El dios del fuego se soltó el collar brillante del cuello y se lo tendió—. Solo una cosa puede guiaros por el laberinto. Esta es una parte de la gema Syamantaka, pero puede que la conozcáis por su otro nombre: la Joya del Sol.



Siete

La Joya del Sol

—¡Es perfecta! —dijo Brynne cogiendo el collar—. La usaremos para entrar al laberinto y...

—Con solo esa pieza no vais a conseguir nada —explicó Agni—. Su luz solo puede guiaros cuando esté completa.

—¿Por qué no está completa? —preguntó Mini.

Agni suspiró.

—La joya no ha traído siempre felicidad. Sembró la discordia entre los que estaban tan cegados por su brillo que no podían percibir ninguna otra luz. Para proteger a la humanidad de la tentación, la joya se dividió en tres partes. Yo tengo una de las piezas; Vasuki, el gran rey de los *naga*, tiene otra; y Jambavan, el rey de los osos, tiene la última.

Cuento más tiempo pasaba Aru mirando la gema Syamantaka, más escuchaba la banda sonora de *El Señor de los Anillos* retumbando en su cabeza. «Un anillo para gobernarlos a todos...».

—¿Qué? —dijo Agni.

—¿Qué? —replicó Aru.

—¿Acabas de decir: «Y atarlos en las tinieblas»? —preguntó Agni con el ceño fruncido.

—PUES, COMO ÍBAMOS DICIENDO... —dijo Brynne con fuerza—, lo que tenemos que hacer es reunir las tres piezas y la joya funcionará, ¿verdad? ¿De esa forma conseguiremos entrar al laberinto y recuperar el favor de los dioses?

—Eso si podemos encontrar las piezas... —dijo Aiden.

Agni giró la muñeca y una pequeña llama flotó en la palma de su mano.

—Tomad esto. Os servirá como billete. Solo tenéis que decir adonde queréis ir.

Aiden se mentalizó mientras Agni depositaba la llama en sus manos, pero no parecía que fuera a doler. Aiden relajó los hombros. La llama se cristalizó en forma de rubí, y se guardó la piedra roja como el fuego en el bolsillo de la sudadera. Después, se puso con cuidado la mochila al frente, la abrió despacio y echó un vistazo al interior. Aru puso los ojos en blanco. Aiden hacía como si su mochila fuera un cofre del tesoro o algo así.

«No eres tan guay», pensó Aru.

—¿Dónde vive el rey Vasuki? —preguntó Brynne.

—¿Dónde no vive? —respondió Agni—. Es el amo y señor de los *naga*. Está tanto en su sangre como en su tierra.

«Vaya, qué útil», pensó Aru.

Aiden tenía cara de haber mordido un limón.

—Creo que ya sé quién puede ayudarnos a encontrarle. Los ojos de Mini se ensombrecieron.

—¿Rudy?

Aru pensaba que estaría emocionada, pero Mini puso cara de haberse olvidado el desinfectante de manos.

—Bueno, es un príncipe *naga*. Creo que el rey Vasuki podría ser uno de sus bisabuelos —explicó Aiden—. Además, Rudy dijo que nos ayudaría cuando lo necesitáramos.

—¿A qué estamos esperando, entonces? —preguntó Brynne mientras daba unas palmadas—. Tenemos un tercio de la joya, nos quedan ocho días y sabemos dónde ir. Vamos allá.

«Eh... ¿No nos olvidamos de algo?», anunció Mini a través del vínculo mental.

—Ups —dijo Brynne.

Los Pandava se arrodillaron y presionaron la frente en el suelo ante Agni. Después, juntaron las manos en oración y *pranama*.

—Id con mis bendiciones, Pandava —dijo el dios del fuego—. Pero antes, dejadme que os ofrezca un último consejo. Hay más de un tipo de oscuridad y ninguno es tan profundo como la duda, porque la luz necesaria para iluminarla no pertenece ni a una joya ni a una llama, sino a vuestra propia alma.

Aru sintió cómo esas palabras se clavaban en los miedos que había enterrado en lo más profundo de su mente. Desde que Kara había destruido las armas, la mayor preocupación de Aru había sido qué pasaría si no las

recuperaban. Toda la gente a la que amaban estaría condenada... Todos los avances que habían hecho habrían sido inútiles.

Deabajo de aquellas preocupaciones anidaba un miedo más profundo de lo que pasaría si recuperaban las armas. Si eso pasaba, no tendrían otra opción que luchar. No contra enemigos anónimos y malvados, sino contra gente que conocían, gente por la que se preocupaban de alguna manera. A Aru aún le carcomía la expresión abatida de Kara cuando había destruido las armas de las Pandava. Y por mucho que deseara no haberlo visto, aún recordaba cómo el Durmiente la había mirado tanto a ella como a su madre, no con odio, sino con amor.

«Te prometí que, si hacía falta, partiría el mundo por la mitad para que nuestra familia estuviese completa y fuese feliz», había dicho él. «Tengo la intención de cumplir esa promesa».

—¿Qué haréis cuando recuperéis las armas? —preguntó Agni.

Aru abrió la boca, pero Brynne respondió primero.

—Pues lo que tenemos que hacer —dijo con firmeza—. Nos aseguraremos de que el Durmiente no se haga con el néctar de la inmortalidad.

—¿Y después?

El rostro de Brynne se transformó en una máscara de furia y se golpeó la palma con el puño, con una sonrisa casi despiadada.

—Y después lo aplastaremos a él y a su ejército... de una vez por todas.

Aru se estremeció. Se alegraba de estar detrás de Brynne y Mini, así sus hermanas no podían verle la cara. ¿Qué pensaría de todo el caos que había dentro de ella? Sabía que Brynne tenía razón, pero cuando intentaba imaginarse en un campo de batalla, se quedaba paralizada.

«¿Podría hacerlo?», se preguntó Aru. Tenía dos caminos frente a ella: destruir o ser destruida, y no podía soportar la idea de tomar ninguno de los dos.

«Ni todas las armas del mundo pueden salvarte si no sabes qué vas a hacer con ellas», dijo Agni. «¿Qué harás, Aru Shah?».

Aru levantó la mirada con rapidez. Los labios del dios del fuego no se habían movido. Le había hablado directamente en pensamientos.

—¡Vamos, Shah! —dijo Brynne, que ahora estaba detrás de ella.

Aru levantó la vista. Aiden sostenía el rubí con forma de llama con Brynne y Mini a ambos lados. Entonces, se dio cuenta de que estaba sola: el dios del fuego había desaparecido. No estaba ni la cabra.

«Paso a paso, Shah», se dijo a sí misma.

No servía de nada entrar en pánico sobre lo que haría en una pelea hasta que estuviera segura de que podría llegar a pelear. Y, ahora mismo, su única oportunidad de alcanzarla residía en la Joya del Sol.

Aru se unió a sus hermanas. Por un momento, los ojos de Mini se encontraron con los suyos por encima del resplandor de la llama, y la preocupación se asomó a sus facciones. Parecía que quería decir algo, pero ya era tarde.

—Llévanos a la casa del príncipe Rudra en Naga-Loka —pidió Aiden—. ¡Pero no dentro! Fuera... por favor.

Les rodeó una repentina oleada de calor intenso. Aru cerró los ojos mientras las llamas revoloteaban sobre su cabeza y la arrastraba una fuerte ráfaga de viento. Duró apenas unos segundos, pero para ella fue como esos minutos agobiantes en los que te subes a un coche ardiendo y tienes que esperar a que el aire acondicionado te salve la vida. Cuando pudo abrirlos ojos, vio los jardines subacuáticos del palacio de la finca de Rudy. Sobre ellos, se extendía por el agua una burbuja brillante que les permitía respirar y nadar al mismo tiempo.

—Por aquí —dijo Aiden, haciendo un gesto hacia la gigantesca puerta cubierta de corales serpenteantes y anémonas brillantes.

Aru miró a Mini. Parecía desanimada. Brynne no se había dado cuenta, estaba repasando posibles estrategias militares con Aiden, que apenas la escuchaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Aru, aminorando la marcha para que Mini y ella se quedaran un poco por detrás de los demás.

—¿Mmm? —dijo Mini, mirándola—. Ah. Es... Bueno, es una tontería. —Soltó una pequeña carcajada—. ¿Has pensado alguna vez cómo seríamos si no tuviéramos nuestros poderes?

—¿Un poco menos alucinantes? —trató de decir Aru, pero le salió un tono ahogado.

—Algunas personas no necesitan tener poderes para ser increíbles —dijo Mini más para sí misma—, pero yo no creo que sea una de esas personas. Sin la *danda*, solo soy... yo.

—Pero si eres increíble, Mini... —insistió Aru.

Mini dejó de andar y se enfrentó a Aru, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Me aguantarías a mí y a mi insoportable palabrería con estadísticas sobre mortalidad y bacterias letales si no fuera también hija del dios de la

muerte? ¿Seríamos siquiera amigas si esa cosa de los Pandava que llevamos dentro no se hubiera despertado?

Aru se había quedado estupefacta. No se imaginaba la vida sin Mini, pero luego pensó en lo diferente que habría sido su vida si nunca hubiera descubierto quién era en realidad. Quizá aún seguiría pasando por delante de la Sala de los dioses todas las tardes, sin saber nunca qué, o quién, aguardaba dentro de la lámpara.

—¿Ves? —dijo Mini, dando un paso atrás—. Lo sabía.

—No. Estaba pensando en otra cosa —soltó Aru con rapidez—. Escucha, si no nos hicéramos amigas de inmediato, sería un gran error. Uno gigantesco.

Mini casi sonrió.

—En algún momento me dejarías patitiesta por lo increíble que eres —continuó Aru.

Mini no parecía muy convencida. Frunció el ceño.

—Lo siento. No ha sido justo que te preguntara eso. Sé que todos estamos sufriendo con todo esto... Quizá solo necesito un poco de espacio. —Y continuó la marcha sin mirar a Aru.

Llegaron ante las puertas del palacio de Rudy.

—¿Deberíamos... llamar? —preguntó Brynne—. ¿Hay siquiera un pomo?

De repente, se abrieron las puertas cubiertas de coral. La luz del interior del palacio dibujó la silueta de una persona que prácticamente se abalanzó sobre ellos.

—¿QUÉ PASA, PATATAS? —dijo Rudy. Dirigió la mirada hacia Mini de inmediato y Aru sospechó que bajó el tono de voz a propósito cuando dijo —: ¿Qué hay, Mini?

—Hola —dijo Mini con timidez.

—Rudy..., ¿qué llevas puesto? —preguntó Aiden.

En lugar de su habitual atuendo de colores llamativos, Rudy vestía de negro de los pies a la cabeza y se había peinado el pelo para que le cayera como una cortina delante de uno de los ojos.

—¿Te gusta? —preguntó.

—No —dijo Aiden, seguido de un—: ¿Eso es un pendiente falso?

Rudy bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro.

—Es parte de mi disfraz.

—¿Qué disfraz? —preguntó Brynne.

Oyeron la voz de una mujer que provenía de algún lugar detrás de Rudy.

—¿Beta? ¿Quién es?

—¡NADIE! —gritó Rudy—. ¡UNA ENTREGA DE MIS MATERIALES DE ARTE!

Señaló uno de los senderos exteriores y susurró:

—Nos vemos allí. Os dejaré entrar por la parte de atrás y os contaré lo que está pasando. —Olfateó el aire—. Y puede que también os consiga algunas toallas para que podáis ducharos. Si os soy sincero, todos, excepto Mini, oléis como patatas de hace dos semanas. Ya sabéis, como las que Brynne se olvida en el armario donde se pasa todo el tiempo.

Brynne levantó una ceja.

—¿La despensa?

—¡Sí!

—Yo también me alegro de volver a verte, Rudy.



OCHO

Sufriendo por mi arte,
como de costumbre

Mientras Rudy los guiaba por el palacio, Aru no paraba de distraerse con las obras de arte que adornaban las paredes. Reconocía algunos de los cuadros que salían en sus libros de texto. Otros eran pósteres de conciertos de hace muchos años. En uno de 1964 ponía: «UNA ACTUACIÓN ÚNICA DE LOS GANDHARVA Y LOS BEATLES EN EL PLANO ASTRAL, PATROCINADO POR *LUCY IN THE SKY WITH DIAMONDS*». Otro de los pósteres mostraba a tres hermosas mujeres vestidas con trajes dorados y guantes hasta el codo. Aru se quedó quieta. La piel de la mujer estaba teñida de verde. El titular del póster encantado flotaba en la superficie:

¡LAS DULCE VENENO LLEGAN A LANKA Y SUS
TEMAS SON... PARA MORIRSE!

Esas mujeres eran *vishakanyas*..., doncellas venenosas.

«Eran sutiles y letales, entrenadas en todas las artes y alimentadas desde pequeñas con una dieta especial de venenos para que cualquiera que las tocara enfermara y muriera», le había dicho su madre. «En la antigüedad, se las enviaba a los reinos como asesinas secretas, disfrazadas como cortesanas o artistas».

A Aru le encantaba esa historia. Hubiera sido increíble poder decir: «¡Tócame y muere, mortal!». Una vez, incluso había intentado convertirse en *vishakanya* masticando y escupiendo una hoja de hiedra venenosa.

Había sido... un error.

«¡Date prisa, Aru!», le dijo Brynne por el vínculo mental.

Aru corrió para alcanzar a los demás. Al final del pasillo de la galería estaba la entrada a los aposentos de Rudy, con dos grandes puertas plateadas. Rudy agitó la mano ante las puertas y estas se abrieron. Un centinela medusa se alejó de la pared y flotó hasta la puerta con un cartel que rezaba: «No molestar, artista trabajando».

La habitación de Rudy era del tamaño de una casa pequeña pero acogedora. En el interior, había cientos de piedras alineadas en las estanterías de las paredes, junto con miles de discos de música. Los padres de Rudy, a pesar de ser de la realeza, tenían un negocio de joyería. Rudy, al ser daltónico, no tenía el mismo talento en la gemología como sus padres y hermanos. Sin embargo, aunque no distinguía la diferencia entre algunos colores, podía ver algo totalmente distinto: trazos de magia. Gracias a esa visión, Rudy podía crear una música hermosa capaz de despistar a los adversarios y crear campos de fuerza sonoros.

Aru no pensaba decírselo, pero era un don bastante guay.

Rudy arrancó una de las piedras de cuarzo rosa del tamaño de un huevo y la puso debajo de la puerta. La piedra empezó a emitir suspiros y a murmurar cosas con la voz de Rudy como: «¿Por qué tengo que sufrir para crear?» y «No, madre, ¡no puedo comer! ¡Necesito estar solo, con el aplastante esplendor de mis oscuros pensamientos! ¡POR MI ARTE!».

Aiden frunció el ceño.

—Rudy, ¿qué es eso?

—¡Es parte de mi disfraz! —dijo Rudy—. Supuse que vendrías a buscarme cuando necesitarais que os rescatase...

—¿Rescatarnos? —preguntó Brynne.

Rudy continuó:

—Y han llegado noticias a los reinos submarinos de que hay que dejar a los Pandava solos antes de la gran batalla, lo cual no me sonaba bien, así que me inventé todo este disfraz por si acaso. De esta forma, mis padres no me buscarán cuando me escape con vosotros, Patatas.

—¿De qué vas disfrazado, exactamente? —preguntó Aiden.

Aru miró a los dos chicos. Con la sudadera oscura y el pelo tapándole los ojos, Rudy parecía...

—De ti, obvio —dijo Rudy—. Todo eso del artista torturado, etcétera, etcétera. Es bastante convincente. Mi madre no para de hacer que los cortesanos dejen plátanos de comida frente a mi puerta. ¡Es increíble! Se me ocurrió la idea después de darme cuenta de la forma en que tu madre siempre

dice: «Ay, beta, no dejes que te moleste cuando estás soñando despierto», y todo eso.

Aru estalló en carcajadas mientras Aiden se sonrojaba.

—¿QUÉ?

—Así que... —intervino Rudy, ignorando por completo la reacción de Aiden—. ¿Qué necesitáis?

—¡Yo no hablo así!

—Anda que no...

En aquel momento, la voz dolida de Rudy resonó desde el cuarzo: «¡Ay, no! ¡Otra espiral de desesperación no! ¡Oh, arte, qué cosa tan CRUEL y hermosa eres!».

—¡Yo nunca he dicho algo así! —aseguró Aiden.

Brynne se llevó los dedos a los labios y silbó tan alto que Aru se estremeció.

—¡Ya basta! —exclamó—. Rudy, necesitamos tu ayuda.

—Ya lo sabía —respondió él con gesto engreído.

—Tenemos que encontrar a Vasuki —continuó Brynne. Sostuvo la Joya del Sol y le puso al tanto de lo que les había contado Agni.

Cuando Brynne terminó, Rudy tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿Queréis que le robe a T-Mil?

—¿Qué es T-Mil? —preguntó Aru.

—¡Nadie ha dicho nada de robar! —exclamó Mini, alarmada—. Tomar prestado, eso es todo.

—Posiblemente robar... —murmuró Brynne.

—T-Mil es como mis hermanos y yo llamamos a Vasuki —explicó Rudy—. Es como nuestro tatará tatará tatará mil veces abuelo. Es bastante complicado de decir, así que lo apodamos así.

—¿Le podrías explicar la situación? —sugirió Mini.

—No he hablado nunca con él —admitió Rudy—. Lo conocí..., bueno, una parte solo, pero como todo el mundo.

Mini frunció el ceño.

—¿Cómo puedes conocer una parte de alguien?

—Quiero decir, míralo —dijo Rudy señalando hacia arriba.

El techo de la habitación de Rudy era como una Capilla Sixtina en miniatura, solo que aquí los frescos habían sido hechizados para crear imágenes de cómo los dioses habían recuperado el poder. Después de que perdieran la inmortalidad por culpa de una maldición, convencieron a los *asura* de dejar sus diferencias de lado y remover el Océano de Leche para

encontrar el néctar que podría recuperarla. Según la historia que había contado la madre de Aru, el rey Vasuki había accedido a ser usado de cuerda y se enroscó alrededor del gran monte Mandara para batir el mar.

Aru no tenía mucha experiencia con las montañas. Había estado en la Montaña de Piedra en Georgia, la cual era muy grande, pero incluso pensando en ella le costaba imaginarse cómo de grande tenía que ser una serpiente para poder enroscarse alrededor de una montaña no solo una vez, sino diez.

—¿Por qué tienes eso en el techo de tu cuarto? —preguntó Aiden—. Pensaba que harías una constelación con tu cara para poder mirarla cada vez que te fueras a la cama.

Rudy se quedó boquiabierto.

—Espera... Eso es una gran idea.

—Lo decía en broma.

Sin embargo, Rudy ladeó la cabeza, examinando el techo como si fuera la primera vez que lo veía.

—Mis padres lo instalaron cuando empecé a suspender las pruebas de identificación de joyas, era un recordatorio de mi valiosa herencia y todo eso. Se suponía que tenía que inspirarme, y así fue. Pero tienes razón, Aiden: yo tendría que ser mi propia inspiración. ¡Es una genialidad! —Rudy le dio una palmada en la espalda a su primo—. Gracias por creer en mí.

Aiden abrió la boca y la cerró.

—De... nada.

—¿Un abrazo? —preguntó Rudy.

—No.

—¡Bien! —continuó Rudy, volviendo a centrar la atención en las Pandava—. ¿Veis por qué no lo conocí nunca en realidad? Creo que una vez vi un trozo de su cola cuando nuestros padres nos llevaron de acampada. Mis hermanos y yo lo tocamos con un palo, pero las escamas empezaron a moverse y nos asustamos, así que nos alejamos nadando. Creo que nadie ha visto la cabeza de T-Mil en... ¿siglos? Es tan antiguo y grande que ya casi forma parte de la infraestructura de todo el reino.

—¿Cómo vamos a encontrar la pieza de la Joya del Sol si no podemos hablar con él? —preguntó Brynne—. ¿Tiene un trastero o algo así donde podamos echar un vistazo?

Rudy se estremeció. Su chulería desapareció por primera vez.

—¿Qué pasa? —preguntó Mini.

—Sé dónde tenemos que ir —sentenció Rudy. Se acercó a una de las estanterías y Aru vio que había una maqueta del reino en miniatura que nunca

había visto. Estaba hecha de joyas y cuevas conectadas, y las rugosas bocas de las cavernas se entrelazaban entre brillantes torres y chapiteles. Rudy tocó la punta de una de las cuevas en miniatura—. Aquí.

—¿Y qué significa «aquí» exactamente? —preguntó Brynne.

—Patala —dijo Rudy en un susurro, como si fuera un lugar sagrado. O encantado—. Hoy en día está en ruinas, pero antes era un antiguo reino y ahora es algo así como un monumento histórico. Creo que uno de mis primos está allí haciendo prácticas en el archivo. Los tesoros de T-Mil deberían estar en una de las cuevas.

—Si sabemos dónde tenemos que ir, eso es bueno..., ¿verdad? —dijo Mini.

Rudy hizo una mueca.

—¿Qué problema hay? —preguntó Aiden.

—Hum, ¿los guardias? —respondió Rudy con los ojos como platos—. No he estado nunca ahí, así que no sé quién o qué vigila esos tesoros, pero mi padre dice que están protegidos por el mayor temor de los hombres más débiles.

—¿Qué significa eso? —preguntó Aru.

Rudy se encogió de hombros.

—No sé. Cuando íbamos de excursión con el colegio, solo nos hacíamos una foto en el mirador del balcón. Ya nadie va a las ruinas, son demasiado peligrosas. —Cuadró los hombros—. Pero puedo llevarnos allí. Aunque tendremos que salir esta noche.

Brynne se desesperó.

—¿Esta noche? ¿Por qué no podemos ir ahora? ¡Ya hemos perdido mucho tiempo!

—Tenemos que esperar a que mis padres se vayan a dormir para poder usar el ascensor de lujo —se disculpó Rudy—. Mientras tanto, voy a buscar comida y algunas cosas. ¡Poneos cómodos! —Señaló con la mano los distintos pasillos que salían de su vestíbulo/habitación/cosa privada—. Hay un estadio de guerra ahí abajo. No sabía qué hacer con él, así que ahora es mi estudio de grabación. Las duchas y las piscinas están por ahí.

Tras eso, Rudy abrió la puerta y se fue.

—Tenemos tiempo suficiente para comer, refrescarnos un poco y echarnos una siestecita —enumeró Aiden con calma—. Tengo chocolate. ¿Quieres un poco, Brynne?

—No tengo apetito.

Aru y Mini intercambiaron miradas de asombro. Brynne Rao nunca rechazaba la comida.

«¿Estás bien?», le preguntó Mini a través del vínculo mental.

Brynne le envió un gruñido de vuelta.

«Me lo tomaré como un “puede ser”», dijo Aru, pero a Brynne no parecía hacerle gracia.

—Venga, Aiden —dijo Brynne—. Vamos a hacer algunos ejercicios. Tengo que mantenerme en forma. Quiero probar algunas nuevas técnicas de transformación y no puedo estar... —«débil», terminó de decir por telepatía.

Aru se preguntó si Brynne había querido decir eso en voz alta, porque sin decir una palabra más dio media vuelta y se alejó en dirección al estadio. Aiden miró a Aru de reojo. Por un momento, parecía que intentaba llamar su atención, pero Aru no le devolvió la mirada. Cada vez que lo hacía, echaba demasiado de menos las propiedades eléctricas del *vajra*.

—Estoy preocupada por ella —confesó Mini cuando estuvo a solas con Aru—. Estoy preocupada por todos nosotros. Y esa prueba que mencionó Agni..., ¿qué pasa si la echo a perder?

—Eso es imposible, Mini —dijo Aru—. Eres la semidiosa más obsesiva y maravidirosa que conozco.

—Esa palabra no existe, Aru.

—¿Ves? —Aru sonrió—. ¡No se te escapa nada!

Mini se rio.

—A veces me gustaría ser como tú.

Al oír eso, la sonrisa de Aru vaciló. No sabía cómo decírselo a Brynne y a Mini que, a pesar de todos sus planes, seguía sintiéndose perdida. ¿Y si, llegado el momento, hacía justo lo que no debía? Aru cambió de tema.

—Bueno, si te sirve de consuelo, creo que a Rudy le gustas tal y como eres.

Mini hundió los hombros.

—Estoy segura de que lo que más le gustaba era todo el poder que tenía. Palabra clave: «tenía».

—No pienses eso —repuso Aru—. Como dijo Bu: somos mucho más que las armas con las que luchamos, ¿no es así?

Mini le sostuvo la mirada.

—¿Y tú te sientes así?

Aru hizo una pausa. Mini había dado en el clavo.

—Eso pensaba —sentenció Mini.

Aquella noche, Aru creía que no se dormiría nunca, pero un instante estaba mirando a la pared y, al siguiente...

—¡ARU!

Ahora estaba de pie. Sheela le rodeó la cintura con los brazos. Al lado de su gemela, Nikita la saludó también. Las chicas iban vestidas con pijamas azules a juego y gorritos para dormir. Los trajes carecían del estilo habitual de Nikita, lo que significaba que los había diseñado a toda prisa.

En la cabeza de Aru saltaron las alarmas. Estaban en una playa fría. Arriba se veía un cielo gris, abajo arena del mismo color, y el agua tenía el color indistinto del humo. Unos tiburones fabricados con mecanismos de relojería se sumergían en el agua y volvían a salir. No se oía nada más que un tic tac constante, como si se acabara el tiempo...

—¿Dónde están Brynney Mini? —preguntó Aru. Nikita hizo una mueca.

—No hemos podido contactar con ellas. Están sumidas en sus propios sueños.

—Pero por lo menos hemos podido contactar contigo —dijo Sheela, todavía agarrada a Aru.

—¿Cómo podemos ayudar? —preguntó Nikita—. ¿Qué pasó cuando fuisteis a ver a Agni?

Aru les contó con rapidez lo de la Joya del Sol y que había sido dividida en tres partes: una para Agni, otra para Vasuki y la última para Jambavan, el rey de los osos.

—El nombre de Jambavan me sigue sonando —dijo Aru—, pero no sabemos dónde podemos encontrarlo. ¿Quizá podríais investigar por nosotras en el Más Allá?

—Claro —afirmó Nikita.

—Esto no me gusta —dijo Sheela, apartándose.

—¿El qué? —preguntó Aru.

Sheela miró a su gemela con nerviosismo, que asintió como dándole permiso para continuar.

—He intentado mirar el futuro, Aru, y... ha sido la primera vez que he visto algo así.

Aru intentó que no se le notara el pánico en la cara, aunque no estaba segura de haberlo conseguido.

—¿Algo como qué?

Sheela la miró y sus ojos azules parecían haberse congelado.

—Nada —dijo con su voz profética—. No vi nada.

Aru frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con que no viste nada?

Sin embargo, si Sheela pensaba responder, el momento fue interrumpido. El mar gris se partió en dos, el cielo se agitó y Aru sintió que se le hundían los pies en el suelo. Extendió los brazos, intentando recuperar el equilibrio...

—¡Hala, Aru! —gritó Brynne—. ¡Casi me arrancas el ojo!

Aru parpadeó. Brynne y Mini ya estaban vestidas. Dos medusas luna flotaban detrás de ellas como linternas vivientes.

—Es la hora —dijo Mini.



NUEVE

Nuevo triunfo vital a cambio de unas babas de nada

Cuando Rudy colocó las rocas lastimeras encantadas para despistara sus padres, los llevó por los pasadizos de su palacio hasta que llegaron a una sala donde había una decena de ascensores que flotaban a treinta centímetros del suelo. Cuando los Patatas entraron en la sala, salió un pedestal del suelo y apareció un teclado numérico.

Todos los ascensores parecían prácticamente iguales, excepto uno. Era un antiguo palanquín, del estilo que en su día había transportado a reyes y reinas, o así se lo había imaginado Aru. El palanquín era una caja de madera, tallada y pintada al detalle, abierta por los lados y con dos vigas largas por debajo que habrían levantado a hombros cuatro o más hombres para llevar dentro a la persona. En el ascensor cabían bien seis personas, pero no parecía que quisiera compañía. Por fuera, estaba cubierto de telarañas con escarcha y, aunque Aru estaba a más de seis metros, sentía un frío extraño que provenía del interior.

—No te preocupes —dijo Rudy mientras seguía su mirada—. En ese no va nadie.

—¿Hacia dónde se dirige? —preguntó Aiden.

Rudy se encogió de hombros.

—Mi madre dice que va al fin del mundo.

—¿Qué dices?

—Sí —dijo Rudy—. O sea, técnicamente, hay más de un fin del mundo. Y supongo que también depende del universo. No pregantes. Me duele la

cabeza solo de pensarlo, pero ese fin del mundo en concreto es muy frío y oscuro.

—¿Me vuelves a recordar por qué no intentamos usar un portal? — preguntó Aru mientras miraba alrededor de aquella sala de ascensores tan espeluznante.

—Es demasiado arriesgado —dijo Rudy. Puso la palma en el teclado de números del pedestal—. Patala no es como los demás lugares. Allí siempre hay personas de mantenimiento. También es muy inestable porque los demás mundos se amontonaron encima. Si te quedas atrapado, puede que no te encuentren.

«Pues vaya...», pensó Aru mientras miraba a Mini. Estaba boquiabierta, un claro indicio de principio de APCPOM, también conocido como Ataque de Pánico Clínico de Pesimismo Oscuro de Mini. Seguramente algo que tiene que ver con la privación de oxígeno. Y con la muerte.

—Todo irá bien, Mini —dijo Brynne mientras le daba unas palmaditas en la espalda. Brynne miró a Aru con intensidad, como pidiéndole que dijera algo que también tranquilizara a Mini, pero Aru seguía pensando en el sueño que tuvo con Sheela, en cómo se le había desenfocado la mirada.

«Nada. No vi nada».

¿Qué les esperaba en Patala? Rudy había dicho que unas feroces criaturas custodiaban los tesoros de Vasuki: «El mayor temor de los hombres más débiles». Ella no sabía lo que significaba.

—Por aquí —dijo Rudy mientras los guiaba hacia el interior de uno de los enormes ascensores.

No era tan refinado ni moderno como los demás. El cristal era de vidrio esmerilado y en él había diseños grabados de serpientes sinuosas. En las esquinas parpadeaban enormes trozos de rubíes y esmeraldas en bruto. En lugar de sillones, había almohadas antiguas de seda en el centro.

—Tardaremos un rato en llegar hasta allí —dijo Ruby, que se dejó caer en el suelo—, lo mejor es que nos sentemos.

Aru se apoyó en una de las almohadas y salió una nube de polvo. Mini tosió.

—¿Por qué huele a humedad? ¿Tus padres nunca van a Patala?

—No si pueden evitarlo —dijo Rudy—. Patala es precioso, pero no... no es agradable. Ya verás.

Cuando se cerraron las puertas, el ascensor cayó en picado silenciosamente a través del suelo de mármol. A Aru se le destaponaron los oídos a medida que cambiaba el paisaje. Al principio, las vistas parecían bastante normalitas para ser un reino bajo el agua. De vez en cuando, captaba el brillo ocasional de un calamar gigante de color naranja que flotaba por el oscuro mar. Después, aparecieron capas y capas de piedra rayada con partes incrustadas de barcos perdidos. Sin embargo, luego el escenario se volvió borroso y brillante, como si un arcoíris derretido resbalara por el cristal del ascensor.

En algún momento, debió de quedarse dormida porque lo que sintió después fue que alguien le zarandeaba el hombro.

—Ya hemos llegado, Shah.

Aru se despertó y vio la cara de Aiden a un palmo de la suya. Se miraron a los ojos. Por un momento, parecía que quería decirle algo, pero al cabo de un segundo apartó la mano del hombro, como si le hubiera quemado.

«Lo bueno es que esta vez casi no has babeado», dijo Mini a través del vínculo mental. «Ni siquiera tengo que sacar las toallitas».

Aru suspiró. «Está claro que estoy triunfando en la vida».

Las puertas del ascensor se abrieron hacia un largo y tenebroso pasadizo de luz tenue. Un techo rocoso se elevaba a muchos metros y el aire, cargado, olía a raíces y piedras mojadas. Al final del pasadizo, una luz brillante iluminaba las cavernas. En cuanto pusieron un pie en el suelo, apareció un sendero de un resplandeciente cuarzo multicolor por todo el pasillo y una voz retumbó a su alrededor:

—Os doy la bienvenida a Patala, que en su día fue el esplendoroso hogar de la antigua aristocracia *naga* y ahora es una de las ruinas más famosas de la historia del Más Allá —dijo la voz—. ¡Presenciad la majestuosa arquitectura gracias a la seguridad de nuestro pabellón! ¡Observad la caverna más famosa del mundo, de la que se rumorea que conserva los tesoros del propio Vasuki! ¡El escenario letal de las bellas *vishakanyas*! ¡Visitad nuestra exposición para ver la colección de los antiguos artefactos que se trajeron de varias excavaciones! En representación de la Sociedad para la Preservación Histórica, ¡gracias por apoyar este emblemático lugar!

Aru se giró hacia Rudy, que tenía las manos metidas en los bolsillos. Parecía asustadizo.

—Por aquí —les indicó.

Rudy había dicho que Patala no era agradable, pero hasta ahora no parecía que hubiera ninguna diferencia con las zonas del Más Allá que ya habían visitado. Se mascaba la tensión en el ambiente, algo que Aru identificó como una magia que fluía a través de la roca. Cuanto más se acercaban al final del «arcoíris» del túnel, más se imaginaba que oía algo en la piedra, como unos susurros muy muy suaves. Se estremeció y los sonidos desaparecieron. Igual se los había imaginado.

A su derecha, vio unas palabras rojas que brillaban: solo archivistas y personal autorizado. Sin embargo, bajo la señal no había nada más que roca sólida.

De repente, el pasadizo acabó con una reja alta pegada al borde del pabellón que sobresalía en el aire. Aru se quedó boquiabierto. Había dado por hecho que la luz que veía al final de la caverna la emitían potentes linternas o quizás un montón de velas, pero no. El brillo venía de las propias ruinas.

Alrededor de los Patatas, se desplegaba una ciudad hecha de cuevas adornadas con joyas dispuestas unas encimas de otras en un complejo tan inmenso que parecía que se prolongaba mucho más allá de las nubes multicolor. Unas gotitas salpicaron la reja y, al levantar la vista, Aru vio una cascada de plata fundida que se estrellaba retumbante en el suelo. Una piedra de luna encantada del tamaño de una mesa de comedor que merodeaba por el aire separó la cortina de plata fundida para que Aru y los demás alcanzaran a ver la antigua ciudad de Patala.

En el modelo a pequeña escala de Rudy, era preciosa, pero en persona era impresionante. Había torres de esmeralda sin pulir. Elaboradas esculturas de ónix de tigres y cobras agazapadas sobre las bocas de las cuevas abruptas. En los jardines había flores de cristales talladas al detalle que rebosaban por las terrazas de diamante puro. Los caminos estaban construidos con ladrillos de oro reluciente. Todas las cuevas se abrían sobre una antigua ágora. A lo lejos, Aru vio la estructura derruida de un escenario con cortinas desgarradas de seda, además de piscinas vacías de superficie espejada y los restos de lo que en su día pudo ser un mercado de mucho ajetreo.

Cuanto más miraba, más escuchaba los susurros de fondo. Se oía a pesar del estrepitoso estruendo de la cascada. Aru dio un paso más hacia la verja y se le puso la piel del brazo de gallina conforme intentaba separar las miles de voces. Rudy movió la mano para captar su atención y se llevó un dedo a los labios. Después, señaló hacia delante.

En aquel momento, el entorno inmediato de Aru se volvió más nítido. A menos de tres metros de ellos había un gran bloque de roca de ónix en cuya

parte frontal aparecían talladas las palabras mostrador de información. Detrás, había un *naga* adolescente que roncaba despatarrado en una silla. Aru sabía que era *naga* por las escamas de sus mejillas. Llevaba gafas, un uniforme oficial que parecía de la marina y un pin que ponía:

PARTH M.
MIEMBRO DE LA FAMILIA REAL Y BECARIO.
¿EN QUÉ PUEDO AYUDARLE?

Detrás del mostrador de información, había un pasaje abovedado con un cartel que rezaba sala de exposiciones. Al lado, Aru vio recortes que le resultaron familiares y placas de información como las que su madre había colocado alrededor del Museo de Arte y Cultura de la Antigua India.

CORONA AUTÉNTICA DE KALIYA
3227 a. C.
ELABORADA CON PIEDRA DE LUNA Y ÓNICE.
OBSEQUIO DEL PATRIMONIO REAL DE LA FAMILIA
KERR.
SIGLO VL

—Paaan comido —murmuró Rudy. Le dio la vuelta a la mochila y sacó una roca azul brillante—. Que nadie haga ni un ruido, ¿estamos? Tengo que robarle la llave para poder acceder a la puerta del personal y después poder llegar a la cueva del tesoro de T-Mil...

Rudy tropezó. La roca azul hizo clanc contra el suelo y el chaval se estampó contra el mostrador de información. Durante tres segundos, todos se quedaron sin aliento.

Pero el primo de Rudy seguía roncando.

Rudy los miró, después miró a su primo y levantó el puño.

—¡YUJUUU! Ups.

El adolescente que roncaba se despertó sobresaltado.

—¿Rudy? ¿Qué haces aquí?

—¡Rápido! ¡Piensa! —dijo Rudy mientras le lanzaba la roca a su primo.

El chico la cogió entre las manos, todavía con el ceño fruncido, y la roca empezó a zumbar. Acto seguido, el chico se desplomó en la silla y siguió roncando. Rudy rebuscó por el mostrador y sacó un cuadrado de esmeralda finísimo que tenía pinta de tarjeta llave.

—Por aquí —dijo Rudy mientras hacía gestos hacia uno de los pedruscos que había detrás del mostrador.

Rudy movió la tarjeta llave. El pedrusco se separó como las puertas de un ascensor y dejó ver en la oscuridad una enorme escalera de caracol que parecía conectar los diversos niveles del reino. Pero eso no fue todo, no. Una advertencia con letras rojas y brillantes se expandió a lo largo de las escaleras.

PROHIBIDA LA ENTRADA.
LAS CUEVAS ESTÁN EN MANTENIMIENTO.
RIESGO ELEVADO DE DESMEMBRAMIENTO
O DE DESPERTAR ANTIGUAS MALDICIONES.

—¿Antiguas maldiciones? —dijo Mini casi chillando.

—Bah, no es nada —dijo Rudy mientras movía la mano—. No conozco a nadie que haya bajado aquí y haya acabado maldito.

—O quizá nunca has vuelto a saber de esa persona... —repuso Mini con pesimismo.

—¡Anda! —dijo Rudy con alegría—. Nunca lo había visto así. Venga, ¡vamos!

Parecía que a Mini le habían entrado náuseas.

La escalera tenía cientos de escalones y casi la misma cantidad de descansillos que se desviaban hacia los anillos de las cuevas que rodeaban la plaza pública. En muchas de las entradas de las cuevas había sábanas colgadas. No hacía viento, pero las telas se movían. Un gemido pasó sigilosamente a través de la roca y a Aru se le puso la piel de gallina. Aguzó el oído, pero el sonido desapareció.

—Dicen que la cueva del tesoro de T-Mil está por ahí —dijo Rudy señalando una abertura a su derecha.

Era una de las pocas cuevas que no estaba cubierta por una sábana. En el aire brillaban partículas doradas a su alrededor y Aru vio que dentro había joyas que relucían.

—No —dijo Aiden.

Sujetaba la Joya del Sol y, aunque Patala irradiaba mucha luz, la gema era como una estrella. Aiden se la habría sacado de la mochila, que, por algún motivo, llevaba colgada por delante. La rodeaba con un brazo, como si la meciera contra el pecho.

—¿Qué quieres decir con ese no? —preguntó Rudy—. Todo el mundo sabe dónde está.

La Joya del Sol palpitaba mientras Aiden la movía frente a él. La bajó y la levantó, llevándola de un lado a otro antes de sostenerla justo encima de su cabeza. El collar brilló con más intensidad, como si reafirmara el movimiento.

—Entonces nos han estado mintiendo —dijo Aiden mientras señalaba la escalera que tenían justo encima.

Allí, Aru vio la boca de una cueva que era bastante distinta a la deslumbrante caverna que tenían muy por debajo de ellos; estaba adornada con una tela negra que no se movía como las sábanas que cubrían las otras cuevas.

Como si no quisiera que la encontraran.

Aiden los llevó escalera arriba. Con cada paso que daban, los extraños sonidos seguían detrás de Aru. Se imaginaba que oía retazos de alguien hablando.

«Y tenían unas manos tan suaves...».

«Nunca me apartaba cuando cocinaba; ay, cómo comía...».

«Me prometió a su verdadero amor...».

Aru se detuvo en la escalera y sacudió la cabeza.

—¿Me estoy volviendo loca?

—Creía que eso era más que evidente —dijo Brynne.

Aru no le vio la gracia.

—Lo digo en serio. ¿Lo oís también?

Brynne, que estaba a un par de pasos delante de ella, parpadeó.

—¿El qué?

—Las piedras —dijo Rudy, que estaba algo más abajo y al lado de Mini

—. ¿También las oyes?

Aru asintió.

Rudy miró hacia las ruinas de la ciudad.

—Aquí las piedras hablan —dijo—. Te dicen a quién conocen, a quién ven, quién ama a quién. Supongo que en cierta manera se les podría llamar fantasmas.

Ups. Qué siniestro. Mirándolo por el lado positivo, pensó Aru, si esto era lo único que les esperaba en la cueva de Vasuki, al menos no necesitarían las armas.

Aiden llegó al descansillo. La Joya del Sol que tenía en la mano emitió una luz antes de atenuarse. Parecía una señal: «Ha llegado a su destino». Aiden guardó la joya en la mochila mientras se acercaban a la cueva. Aru se

tranquilizó. Estaba totalmente preparada para apartar la sábana y entrar corriendo.

Sin embargo, para lo que no estaba preparada era para que una mano esbelta separara la tela desde el otro lado.

—Os estábamos esperando —dijo una voz suave.

Al abrirse la cortina, vieron a una bella mujer. Las luces con joyas del techo de la cueva le moteaban la oscura piel y daba la impresión de que la adornaba un arcoíris. Les sonrió.

—Debéis de estar aquí para el mantenimiento. Soy Aleesa. Venga, entrad.



DIEZ

Lo que más temen los hombres débiles

Al otro lado de la puerta, Aru accedió a una exposición de joyas la mitad de larga que un campo de fútbol. Parpadeó y la vista se le acostumbró al característico brillo de la sala del tesoro. El techo abovedado se alzaba unos treinta metros, la roca reluciente contaba con franjas de rubí y oro. En las paredes de piedra había incrustados enormes trozos de cuarzo y topacio, jaspe y amatista. Había dos vitrinas alargadas con joyas encima de almohadillas de seda que abarcaban toda la estancia. Parecía una enorme joyería, en todos los aspectos, salvo en uno.

Había mucho ruido.

De camino a la cueva, Aru solo había oído fragmentos de conversaciones en un tono débil, pero ahí era como si le estuvieran susurrando al oído y, aunque las voces eran suaves, las palabras eran insistentes.

«Observé su rostro en el campo de batalla cuando se dio cuenta de que iba a morir. Sentí su último latido y, si hubiera llorado, habría...».

«Subsistí con su prenda favorita, le barría el suelo del enorme palacio. Ahora nadie pronuncia su nombre, pero yo sabía que la querían...».

«Sin mí, él nunca la habría recordado. Y aun así me perdieron. ¿Por qué me extraviaron?».

Una oración se repetía cada pocos segundos y se hacía eco desde las diversas gemas esparcidas por toda la cueva: «¿Me oís?».

—Sí, tesoros —dijo Aleesa mientras le hablaba a la cueva—. Os oigo y os escucho.

El susurro se disipó.

—Llegáis bastante pronto —le dijo a Rudy.

Él la observaba boquiabierto hasta que Mini le dio un codazo en las costillas para que espabilara.

—Mmm, es una visita... de mantenimiento... a primera hora —dijo.

—Pero ¿tantos sois? —preguntó Aleesa—. Normalmente solo viene uno.

—Bueno... —dijo Rudy girándose para mirarlos.

—Somos becarios —apuntó Aru.

—Y yo, el fotógrafo del archivo —dijo Aiden mientras levantaba la cámara a la altura de la cara.

Aiden la tenía por astuta, pero Aru sabía bien lo que se traía él entre manos al sacar tantas fotos. Sombragrís tenía unos objetivos de gran aumento, por lo que, con cada foto, buscaba algún indicio de la Joya del Sol por alguna parte entre los tesoros.

—Si hubiéramos sabido que esta vez habría más de un inspector, habríamos preparado otras medidas de seguridad —comentó Aleesa inclinando la cabeza. Hizo un gesto hacia la puerta abierta de la cueva—. No os preocupéis, hay ventilación suficiente.

Aru asintió, pero no entendió a lo que se refería Aleesa. Miró alrededor de la cueva, preguntándose si había pasado algo por alto.

«¿Preocuparnos de qué?», dijo Mini por el vínculo mental. «¿De asfixiarnos por la falta de oxígeno? Porque la hipoxia es algo muy grave».

«Igual solo se refiere a que puede llenarse de gente», dijo Aru.

No se imaginaba de qué otra cosa podría estar hablando Aleesa. Rudy había dicho que las joyas de Vasuki las custodiaban las criaturas más feroces, pero Aru solo veía a una mujer de rostro amable. Aleesa se acercó a una de las vitrinas de las joyas, acarició el cristal y le canturreó con delicadeza. Aru se percató de que dentro había un brazalete dorado; lo habían abrillantado, pero seguía teniendo algunos rasguños. Le habían extraído algunas gemas y las que quedaban estaban agrietadas.

—Lo sé, es horrible recordar las batallas —le dijo Aleesa al brazalete antes de suspirar y volverse hacia ellos—. Bueno, ¿empezamos? Imagino que querréis revisar las cifras y comprobar la solidez de los cimientos, como siempre. Cada año, esta ubicación es un poco más endeble... Es triste ver cómo una ciudad antaño gloriosa como esta se hunde en la ignominia.

—Toda la razón —dijo Rudy con seriedad—. La i-nó-mi-na esa es fatal.

—Pero ¿tú sabes lo que es eso? —murmuró Aiden.

—Claro, es algo así como un barro extraño —replicó Rudy.

Aleesa continuó caminando frente a las hileras de las vidrieras, acariciando la parte superior del cristal mientras cantaba como si estuviera en

una guardería.

«¡No veo la Joya del Sol por ningún lado!», dijo Brynne a través del vínculo mental.

«¿Alguien más se siente así como... grogui?», preguntó Mini. «¿Hemos revisado los niveles de contaminación atmosférica de Patala? ¿Y si hay microbios extraños en el aire? ¿Y si nos afectan a los pulmones? ¿Y si...?».

—Como somos, esto..., becarios y así —le dijo Aru a Aleesa a la vez que interrumpía a Mini y su hilo de pensamientos catastróficos de siempre—, igual podría hablarnos de lo que hace usted. Y, eh..., de las joyas que requieren más protección.

Aleesa se detuvo en seco y se giró con una mirada ofendida.

—¡Todas las piezas requieren el mismo amor y cariño! ¡Somos los custodios de los cuentos que el mundo ha olvidado y que el propio Vasuki reunió! Somos los guardianes de la memoria y protegemos el lugar donde no llegan los rayos del sol.

—Ya que hablamos del sol... —dejó caer Aru.

Pero Aleesa no había terminado.

—Pero fijaos... Observad lo preciosas que son. —Señaló la vitrina de cristal que estaba a unos centímetros. Movió la mano y el cristal desapareció para que pudiera introducir la mano y sacar con cuidado una sarta de perlas negras.

—Shhh, mis encantos —dijo Aleesa—. Estas adornaron en su día a la princesa Bhanumati, la esposa de Duryodhana, el gran enemigo de los Pandava. La gente lo conoce por sus delitos, pero él no juzgó cuando otros sí lo hicieron. Él tenía fe.

Aleesa sujetó las perlas, y las voces, que eran como el repique de unas delicadas campanas, inundaron el ambiente mientras decían al unísono:

«Estuvimos allí cuando la princesa y Karna, el amigo más apreciado de Duryodhana, jugaban a los dados. Cuando entró su marido, Bhanumati se levantó, y Karna, que no vio a Duryodhana y pensó que la princesa abandonaba el juego al que iba perdiendo, echó mano del chal de seda con coquetería. Fue un acto peligroso e impulsivo para un hombre que no estaba casado con ella. Nuestro hilo se rompió y nos desperdigamos por el suelo como la lluvia al chocar con la tierra. Mientras caímos, sentimos su pena y su terror..., ya que a las mujeres les han hecho daño por menos que eso. Aun así, Duryodhana se limitó a reírse. Dijo: “¿Recojo las perlas? ¿Quieres que vuelva a ensartarlas?”. Nos acordamos. Y recordamos que la quisieron. La recordamos antes de que se echara ceniza por el pelo y lamentara la muerte de

quienes amaba. Recordamos la época antes de que el mundo olvidara su nombre...».

A Aru se le puso la piel de gallina. Cuando se miró el brazo, vio una mancha roja en la muñeca. Se rascó, pero el picor fue a peor.

—¿Veis? —dijo Aleesa mientras dejaba con cuidado las perlas en su almohadilla de seda—. O mirad esta...

A través de su vínculo mental, Aru oyó que Brynne exclamaba en tono triunfal: «¡LA HEMOS ENCONTRADO!».

Aru miró de soslayo. Aleesa les daba la espalda a Brynne y a Aiden, quienes señalaban un puntito brillante que no estaba protegido por el cristal, sino que estaba incrustado en una doblez del rocoso techo que se encontraba a treinta metros.

—Esta es una de mis joyas favoritas —dijo Aleesa mientras sacaba un pequeño anillo. La piedra parecía una gota de lluvia.

Aru asintió mientras fingía que prestaba atención. Al fondo, Brynne se sacó una daga de la manga.

«Si me transformo y salto desde la vitrina de cristal, creo que podré sacarla con la daga», dijo Brynne. «¡Seguid distrayéndola!».

Aru volvió a prestarle atención a la guardiana. Junto a ella, Mini se dejó caer a un lado.

—No... No me encuentro muy bien —dijo Mini.

«¡Genial!», dijo Brynne por el vínculo mental.

«Lo digo en serio», contestó Mini.

—¿Qué hago? —preguntó Rudy mientras le tomaba la mano a Mini y luego se la soltaba de repente.

Mini ni siquiera se dio cuenta. Estaba pálida.

—¿No lleváis mascarilla? —preguntó Aleesa con el ceño fruncido—. Di por hecho que a partir de ahora os la pondréis, teniendo en cuenta lo lejos que estamos de la puerta.

Mini empezó a frotarse la frente. «No creo que pueda hablar, Aru. Tienes que distraerla».

—¡El anillo! —dijo Aru en voz alta, a pesar de que se le habían disparado las alarmas al ver a Mini marearse allí mismo—. ¿Qué decía de él?

Cuanto antes recuperaran Brynne y Aiden la Joya del Sol, antes saldrían de aquel horripilante lugar y ayudarían a Mini.

Aleesa sujetaba el anillo cerca del cuerpo.

—En su día perteneció a la reina Gandhari... Venga, habla, tesoro. Ya ves que no soy la única que está escuchando.

Una voz nítida y débil, y muy afligida, surgió de la gema translúcida.

«Me sujetó fuerte; predijo la destrucción de cientos de sus hijos en manos de los Pandava y sus aliados. Nos volvimos del color de las lágrimas de las que nadie se percató. Recordamos su fuerza, la que otros olvidaron...».

Detrás de Aleesa, se proyectaba una luz azulada al tiempo que Brynne se transformaba en un halcón con la daga bien agarrada en el pico. Aleesa no se dio cuenta. Tenía los ojos clavados en el anillo.

—¡Bien! —dijo Aru en alto—. Muy esclarecedor y nada inquietante, no.

Dio un paso hacia atrás y con una mano trató de sujetar a Mini. Rudy estaba al otro lado de Mini y la miraba cada vez más preocupado.

—¿Y ya está? —preguntó Aleesa con el ceño fruncido—. ¿Y los cimientos? ¿Están a buen recaudo las joyas para el año que viene?

«¡Allá vamos!», exclamó Brynne.

—Sí —dijo Rudy—, ¡a muy buen recaudo!

—Me alegra de que todo eso de las criaturas letales que protegen el tesoro haya resultado ser falso —dijo Aru, riéndose.

Un estruendo retumbó entonces por la cueva. Se oyeron decenas de voces estridentes.

«¡Madres! ¡Ayudadnos!».

«Se corta».

«¿Quién escuchará...?».

Aleesa se dio la vuelta y pegó un chillido. La cueva empezó a temblar y varias mujeres salieron disparadas de los agujeros de las paredes. La luz que tenían detrás era nítida, de un blanco brillante, y con su resplandor Aru vio algo en Aleesa y en las demás guardianas de los tesoros de Vasuki en lo que antes no había reparado. Tenían la piel teñida de verde, como las esmeraldas o...

Como el veneno.

—¡Brynne! —gritó Aiden mientras blandía una cimitarra.

Cerca del techo de la cueva, Brynne estaba en un saliente, batía las alas azules en vano hacia la roca. Graznó, y Aru supo que intentaba transformarse, pero se había quedado atrapada como halcón. El fragmento de la Joya del Sol todavía brillaba con intensidad en la pared que tenía detrás. Brynne dejó de batir las alas. El brillo azul se desvaneció y su forma de pájaro comenzó a flaquear. Cayó en picado hacia un saliente no muy lejos del suelo; movía las alas con debilidad.

«¡BRYNNE!», gritó Aru a través del vínculo mental. Le costaba respirar. El pánico la asfixiaba y el aire de alrededor se volvió denso, con un toque

fétido y pegajoso.

—¡Déjanos marchar! —intentó gritar Aru, pero solo le salió un susurro.

—No atendemos las exigencias de los ladrones —dijo una de las mujeres que se acercaba hacia ellos.

La salida estaba a escasos metros, pero en cuanto Aru la miró, la puerta se cerró de golpe. Las dos hileras de expositores, que antes desprendían un tenue resplandor, ahora despedían el brillo amenazador de dos cuchillas afiladas.

—¿Mini? —preguntó Rudy, aterrorizado.

Aru extendió los brazos, pero no pudo agarrar a Mini antes de que esta cayera al suelo.

«Veneno», dijo Mini sin fuerzas a través del vínculo mental. «El aire tiene veneno...».

Mientras las mujeres los perseguían, parecía que les cambiaban los rasgos bajo la espeluznante iluminación de la cueva. El pelo de aquellas mujeres los rodeaba. Estas se volvían más altas; las faldas de los vestidos se alargaban y se retorcían en lo que parecían enormes tentáculos. No eran menos hermosas, pero ahora su belleza tenía un deje peligroso. Algo letal.

—¿Osáis robarle a Vasuki? —preguntó una de las mujeres.

—¿Osáis dañar a nuestras protegidas? —dijo otra, burlona.

—Será lo último que hagáis... —les advirtió Aleesa.

Le salió un vapor plateado de la punta de los largos dedos. Emergió como una nube mientras se movía sin rumbo hacia Aru, Rudy y Mini. Aru intentó repelerla, pero, al tocarla, el dolor le rajó los pensamientos. Era como si el vapor estuviera hecho de cuchillas de afeitar. Le empezaron a salir ampollas en la piel. Las mujeres se acercaban cada vez más.

Cuando Aleesa sonrió, Aru le vio las puntas afiladas de los dientes. El hielo le corría por las venas cuando por fin se dio cuenta de quiénes eran exactamente las guardianas. La historia de Rudy no había sido falsa del todo. Las guardianas de los tesoros de Vasuki eran nada más y nada menos que las *vishakanyas* de la leyenda...

Las doncellas de veneno letal.



ONCE

El cuento de las *vishakanyas*

Aru intentó tomar aire. Veía algo borroso. Intentó mirar más allá de las *vishakanyas* pero era como si toda la cueva se estuviera ahogando en humo negro. Miró al suelo, donde Brynne había acabado inconsciente, pero no vio ni rastro de ella ni de Aiden. Se le encogió el corazón. Las *vishakanyas* los habían rodeado a ella, a Rudy y a Mini en un círculo de veneno muy cuidadoso. Aru apenas podía mantener sus pensamientos en orden. Si intentaba huir, moriría.

«¡Brynne!», la llamó a través del vínculo mental.

Solo oyó ruido blanco.

Aru se tambaleó un poco. Tanteó en busca de algo, cualquier cosa que pudiera utilizar para defenderse, pero la mano le resbaló en las vitrinas. A su lado, Rudy gritaba a las *vishakanyas*. Era el único que no parecía afectado por el veneno. Le brillaban las escamas de los pómulos. Se dio cuenta de que se había transformado en su media serpiente en los últimos segundos, porque ahora era más alto que Mini y ella misma. Las espirales de su cola de *naga* rodeaban a Mini, que estaba quieta y no reaccionaba.

—¡Soy un príncipe! —dijo Rudy desesperadamente—. ¡Un príncipe de verdad! No podéis hacer esto. Se lo diré... a mi padre. —Se encogió sobre sus espirales—. ¿Nos vais a matar?

—Tú, principito, estás exento de nuestra justicia, pero tus amigos han violado tierras sagradas —dijo Aleesa—. Ahora pagarán el precio.

—¡Aléjate de ellos!

Aiden atravesó la niebla negra de veneno, con las cimitarras en llamas. Tenía la cara medio oculta por la capucha que se había subido para taparse la

nariz y la boca. A continuación blandió una espada.

Una de las doncellas venenosas chilló, pero el arma de Aiden no la había tocado. La estrelló contra la vitrina e hizo añicos el cristal. Desde el interior, un collar de perlas comenzó a hablar con voz temblorosa y asustada:

«Ay, madres, ¿quién me escuchará ahora?».

Aiden se giró para ver a las doncellas venenosas cara a cara. Miró a Aru fugazmente. Algo feroz y decidido brilló en el fondo de su mirada antes de atacar con la espada a las *vishakanyas*.

—Como les hagáis daño, pienso... —pero no llegó a terminar la frase.

El techo de la cueva tembló. Aiden frunció el ceño y levantó la vista.

—¡Cuidado! —gritó Aru con voz ronca.

Aleesa avanzó a toda velocidad. Con un solo movimiento, le arrebató la cimitarra de la mano. Luego, agarró a Aiden por el cuello y lo arrastró por las paredes de la cueva. Aiden pataleaba salvajemente, pero no conseguía apoyarse en ningún lado.

—Nunca volveréis a tocar a nuestras protegidas —siseó Aleesa.

El tiempo parecía ir más despacio alrededor de Aru. Rudy agitaba la cola como si quisiera ayudar a su primo, pero tres *vishakanyas* atravesaron la nube negra que los rodeaba.

Una de ellas señaló a Mini con una garra roja.

—Un movimiento más y apuntaré todo mi veneno a su corazón.

La cola de Rudy se aflojó.

—Por favor, no podéis...

—Claro que podemos, principito —dijo otra doncella venenosa.

—Y lo haremos —dijo una tercera, sonriendo.

Una zona de la niebla de veneno se despejó lo suficiente para que Aru alcanzara a ver a Brynne. Seguía en forma de halcón azul, tendida en la cornisa justo delante de la reluciente Joya del Sol. Habían estado tan cerca, pensó Aru con una punzada en el corazón. Pero ahora el veneno empezaba a retorcerle los pensamientos. Por un momento, imaginó que el techo de la cueva ondulaba como las escamas brillantes de una serpiente.

No podía hacer nada.

Si aún hubiera tenido el *vajra*, podría haber electrocutado a las doncellas venenosas. Brynne podría haber usado el bastón de viento para limpiar el aire de aquel vapor nocivo. Con la *danda*, Mini podría haberlos mantenido invisibles a todos mientras robaban la Joya del Sol y escapaban.

Pero ¿qué tenía Aru ahora?

Sentía la lengua pesada. Cuando abrió la boca para hablar, fue como si arrastrara cada palabra por una pared de plomo.

—Lo sentimos —dijo Aru.

—Es demasiado tarde para disculparse —le espetó Aleesa. No había soltado a Aiden. Aru sintió una fuerte sacudida de pánico al ver cómo su pataleo se ralentizaba y debilitaba.

—Necesitamos la Joya del Sol —dijo Aru—. Se avecina una guerra, como aquella grande antes de...

—¿Una guerra? —susurraron las *vishakanyas* más cercanas a Aru.

La nube negra de veneno retrocedió y Aru pudo respirar un poco de aire limpio. Aleesa gruñó y soltó a Aiden, que cayó al suelo, medio asfixiado.

—¿Y qué nos importan las guerras? —preguntó Aleesa—. ¡Nos crearon para ser armas! A un arma no le importa de quién es la mano que la sostiene. Un arma solo quiere apuntar al blanco. No nos importan las batallas de mortales y dioses.

La nube de veneno se elevó una vez más. Aru sintió que sus pensamientos titilaban débiles en el fondo del cerebro y, sin embargo, una palabra sobresalía entre la dolorosa bruma: «Importa».

—Pero sí te importan —dijo Aru—. Te importan esas joyas..., las tratas como si fueran tus hijas.

Aleesa ladeó la cabeza.

—Te preocupas por ellas porque... las escuchas y ellas... ellas te ayudan a recordar lo que olvidaron todos los demás —le contó Aru—. Esta guerra no va de dioses y humanos.

—¿Entonces de qué va? —preguntó otra *vishakanya*.

Aru tragó saliva.

—Va de la inmortalidad...

Pero al pronunciar las palabras, se dio cuenta de que la respuesta tenía más matices. El Durmiente quería reescribir su destino, escapar de «la tiranía del destino». Las personas que había atraído a su lado querían lo mismo, como Lady M, que quería que se contara su verdadera historia, y Takshaka, que buscaba venganza por el asesinato injustificado de su familia a manos de los Pandava originales.

—Va de poder vivir la vida que eliges... y de quién será recordado y cómo —continuó Aru. Tosió y luego inhaló como pudo—. Si no podemos reunir las piezas de la Joya del Sol, el Durmiente destruirá este mundo y todo lo que hay en él se perderá para siempre.

Al parecer, eso surtió efecto. Aleesa se quedó inmóvil y eso le dio una última brizna de esperanza a Aru.

—Tú las proteges..., las escuchas —dijo Aru, señalando todas aquellas gemas preciosas—. Pero ¿qué hay de ti?

—¿Qué quieres decir, ladrona? —preguntó Aleesa.

—¿Qué hay de tu historia? —preguntó Aru—. Si nos sueltas..., si nos prestas la Joya del Sol..., entonces seremos... como tus protectores. Igual que tú con las joyas. Y si ganamos la batalla, me aseguraré de que lo sepa todo el mundo.

La nube de veneno retrocedió y Aru tomó una enorme bocanada de aire. Sobre ella, la cima de la cueva ondulaba. Las otras seis *vishakanyas* se apartaron a trompicones, susurrando entre ellas.

—¡Imposible!

—¿Debemos confiar en ellos?

—No han dicho...

—¡Silencio! —dijo Aleesa, levantando la mano—. Una propuesta muy inteligente, ladrona. Sin embargo, de lo que no te das cuenta es de que es imposible engañarnos. Nuestros venenos siempre sonsacan la verdad.

—Es la verdad —dijo Rudy. Se balanceaba lentamente y con la larga cola sostenía con sumo cuidado a una Mini inconsciente.

A menos de tres metros, Aiden estaba atado con cuerdas de humo encantado, con la mochila en los brazos. Este atrajo la mirada de Aru y vocalizó sin llegar a hablar: «Tú puedes, Shah».

Aru sintió una pequeña ráfaga de calor en los huesos. Se volvió para mirar a las doncellas venenosas.

—No estoy mintiendo. Escucharé vuestra historia. De verdad.

—Pregunta lo que quieras, entonces —dijo Aleesa con un ademán indiferente con la muñeca—. No puedes ocultar lo que de verdad piensas de nosotras, ladrona. Sabremos al final si tienes intención de cumplir tu promesa.

Aru no sabía por dónde empezar.

—Necesito tomar notas o...

—Espera —dijo Rudy, que empezó a rebuscar en su mochila—. Marchando un cuarzo de grabación especial.

Al instante, dejó el trozo de roca en el suelo ante ellas. Las *vishakanyas* miraban a Rudy, Aru y Mini, formando una V para mantenerlos juntos. Aru notaba la intensidad de sus miradas como una quemadura solar.

—Entonces..., ¿cómo os metisteis en este negocio del... veneno? —ensayó Aru.

—Supones que teníamos elección —dijo una de las doncellas con una risa aguda.

—¿No fue así? —preguntó Aru, frunciendo el ceño.

—Muchas éramos pobres y nuestra propia familia nos vendió por comida —dijo la tercera doncella venenosa—. O bien estábamos destinadas a convertirnos en viudas jóvenes y sin hijos y nadie creía que nuestras familias quisieran mantenernos, así que nos entregaron a los harenes.

—Nos daban de comer manjares envenenados —dijo otra—. Nos enseñaron a cantar y bailar, a conversar como las mejores cortesanas. Nos hicieron hermosas.

Las doncellas venenosas golpearon el suelo de la cueva con los pies y Aru vio imágenes que parpadeaban en la roca como si fuera una pantalla. En un *flashback* las jóvenes lloraban en estancias oscuras. En otro, una niña cuya piel estaba teñida de verde intentaba jugar con un gatito que había entrado en un patio. El gatito ronroneó y se frotó contra la muñeca de la niña, y, al instante siguiente, el animal dejó de moverse.

Las imágenes se desvanecieron.

—Fuimos creadas para ser armas —dijo Aleesa en voz baja—. Nos hicieron para ser odiadas, no amadas. Nos crearon para asesinar, no para tener hijos.

Aru pensó en cómo las doncellas venenosas cuidaban las joyas, cómo las tocaban con una delicadeza maternal. Cayó en la cuenta de que eran lo único que podían tocar sin matar.

—Cuando las guerras terminaron, no éramos más que un entretenimiento mortal, como cobras que se extraen de una cesta —dijo otra doncella—. Hay quienes pueden vivir ese tipo de vida, pero nosotras ya no podíamos soportarlo más. Vasuki nos dio refugio en sus salas del tesoro. —Señaló la cueva—. Nos dio algo que amar y cuidar. Un lugar donde nunca más tuviéramos que hacer daño.

Aru miró alrededor de la caverna, que contenía joyas, pero nada más.

—¿Y la comida?

—No comemos nada —dijo Aleesa—. Nuestros captores nos alimentaron con un veneno que nos dio una vida larga, pero no inmortalidad. Sin esa alimentación constante, va saliendo de nuestro organismo poquito a poco. —Inclinó la cabeza—. Algun día conoceremos la muerte que infligimos a otros. Algunas muertes las lamentamos. Otras... las disfrutamos.

No hizo falta que las doncellas venenosas proyectaran más imágenes en el suelo para que Aru se imaginara lo que habían hecho. Se imaginaba cómo los

reyes y príncipes enemigos podrían haber visto a una *vishakanya* como una hermosa muchacha más. Quizá algunas de sus víctimas habían intentado cortejarlas, les habían escrito poemas o cantado canciones.

Quizá algunos habían intentado arrebatarles lo que querían.

Ese pensamiento le revolvió el estómago aún más que los vapores venenosos que flotaban en el aire.

—Entonces, ladrona, ¿piensas recordar nuestra historia, como prometiste? —preguntó Aleesa, con la barbilla en un ángulo desafiante—. Sabemos que ahora nos consideras monstruos.

Aru no dudó.

—No creo que seáis monstruos.

Aleesa abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

Aru pensó en todas las personas que había conocido en los últimos años. Su padre, que había querido ser su padre y acabó siendo su némesis. Lady M y su belleza perdida, las esposas idénticas del dios del sol e incluso el Palacio de las Ilusiones, que vivía en un lugar entre la vida y la muerte. A todos los habían calificado de monstruosos en un momento u otro.

—Ni siquiera un monstruo es el monstruo de su propia historia —dijo Aru

—. Si nos dejas ir, recordaremos la vuestra.

Las *vishakanyas* se miraron unas a otras. Una a una, dieron un paso atrás.

—Lo dices en serio —dijo Aleesa, sorprendida.

—Nadie ha pedido antes escuchar nuestra historia —dijo otra, girando la cabeza.

—¿Qué me dice, Vasuki? —preguntó Aleesa, levantando la vista.

«Esto..., fijo que eso solo es un trozo de roca», pensó Aru.

Pero entonces un fuerte chillido atravesó la cueva. Las doncellas venenosas levantaron los brazos y los últimos vestigios de los nocivos vapores retrocedieron, fluyeron por el aire y luego desaparecieron por su piel. El saliente en el que estaba Brynne se rompió de repente.

—¡Brynne! —gritó Aru.

Las cuerdas que rodeaban a Aiden se esfumaron. Se lanzó para atrapar a Brynne antes de que cayera al suelo. Esta agitó las alas.

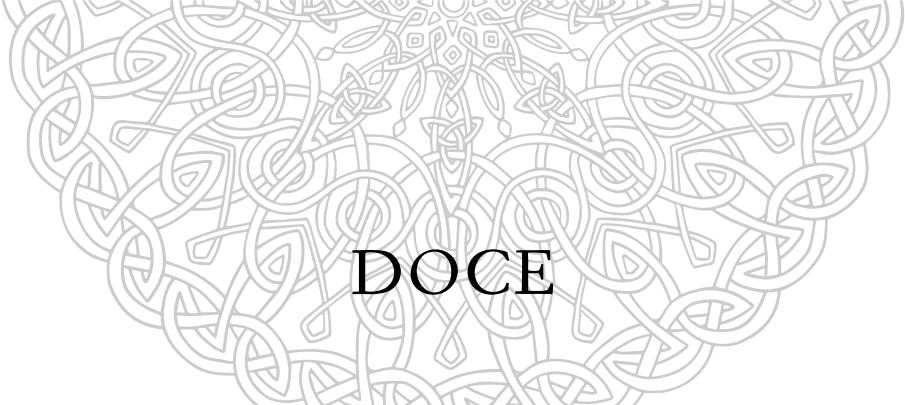
«¿Qué está pasando?», preguntó Brynne por el vínculo mental.

«Estás bien, Bee. Estás bien», dijo Aru, sonriendo de oreja a oreja.

Con cuidado, Aiden dejó a Brynne en el suelo. En un destello de luz azul, Brynne se transformó en su yo normal. Estaba agachada, con el cuerpo

doblado y una mano apretada. La luz empezó a filtrarse entre los dedos mientras los separaba lentamente.

En la palma tenía el segundo fragmento de la gema Syamantaka.



DOCE

¡¿Quién nos lo iba a decir?!
¡Otra reunión familiar!

Rayos de luz irregulares golpearon el suelo al abrirse el techo. A lo lejos, Aru oyó un estruendo, como el de una avalancha cogiendo carrerilla. Miró hacia arriba... y más arriba... mientras el techo se transformaba. Nunca había sido un techo, sino la gran capucha de Vasuki.

—*Ya ha sido más que suficiente* —dijo una voz grave y antigua.

Mientras se levantaba, la ciudad cueva de Patala brillaba a su espalda. La enorme capucha de cobra de Vasuki tenía la longitud de al menos seis camiones articulados uno detrás de otro. Tenía el color del crepúsculo y era tan viejo que entre sus escamas se habían formado gruesos tallos de cuarzo y joyas preciosas; escamas que Aru había confundido con rocas de las cavernas. Vasuki siseó y un viento cálido sopló entre las hileras de tesoros. Las *vishakanyas* hicieron una reverencia y Aru no tardó en hacer lo mismo. Rudy se replegó. Aiden se agachó y Brynne, aún desorientada, hizo algo parecido a una reverencia. Mini fue la única que no se movió. Respiraba, pero el veneno la había dejado inconsciente.

—*Así pues, ha vuelto a empegar, ¿verdad?* —preguntó Vasuki—. *El néctar de la inmortalidad se disputa una vez más... Todas las cosas se repiten, pero no como parecen...*

Aru no podía verle la boca. Apenas podía soportar mirarlo a los ojos, que parecían enormes como planetas y eran de un rojo feroz.

—*Mis hijas adoptivas no me despiertan por nimiedades y ahora veo que te has llevado una parte de mi tesoro.*

—Yo..., bueno, no nosotros... —tartamudeó Aru, mirando a la gran serpiente.

Las paredes restantes temblaron y Aru se percató de que la gran serpiente se estaba riendo.

—*¿Creéis que os daré mi parte de la joya porque os imagináis que sois qué..., héroes?*

«Y heroínas», refunfuñó Aru para sus adentros.

—*No hay nada que me sorprenda* —dijo Vasuki—. *Soltad la joya, coged vuestras vidas y marchaos. Esa es mi misericordia.*

—Tal vez pueda sorprenderos. Estoy bastante seguro de que no soy como sus otros descendientes.

Aru tardó un momento en darse cuenta de que era Rudy quien había hablado. El príncipe *naga* temblaba un poco mientras se levantaba sobre sus espirales y miraba fijamente a su antepasado.

La gran serpiente olfateó el aire y entrecerró los ojos.

—*¿Eres uno de los míos?*

—Sí —contestó Rudy.

—*Entonces, ¿quéquieres decir con que eres diferente? Eres como todos los míos, imagino. Un recolector de joyas, amante de todo lo que brilla y resplandece. Majestuoso, sí, pero no diferente a mí.*

—En realidad..., no me gustan... las joyas —dijo Rudy con cuidado. Las gemas bufaron en sus estuches—. Quiero decir, son geniales, sí, pero no les veo los colores como los demás. Las aprecio por otra cosa. —Metió la mano en la bolsa y sacó los trozos de roca—. Yo... hago música con ellas.

—*¿Música?* —preguntó Vasuki, ladeando un poquito la cabeza.

Al hacerlo, trozos de roca y escombros cayeron a su alrededor.

—Sí —dijo Rudy y empujó algunas de sus rocas hacia delante—. Así.

La música de Rudy fluyó por la cueva y fue como aquella primera vez que los había salvado, cuando apareció con altavoces y molestó tanto al rey *naga* Takshaka que los Pandava pudieron escapar del tesoro. Solo que esta vez la música era creación propia de Rudy y era muy distinta a cualquier melodía que hubiera sonado en una radio. Sonaba como las tormentas que trepan la ladera de una montaña e infundía la misma sensación de pasar el dedo por el filo de un cuchillo: peligrosa y afilada.

Los grandes ojos de Vasuki se cerraron. Meneó un poco la cabeza. Aru se agachó, como preparándose para que el rey serpiente arremetiera, pero no lo hizo.

—¿Se estaba... moviendo al ritmo de la música?

«Eso sí que no me lo esperaba», dijo Brynne.

—*Un músico en la familia* —dijo Vasuki cálidamente, abriendo los ojos.

La música se detuvo—. *Esto es... sorprendente.*

—¿Lo bastante sorprendente como para que nos deis vuestra parte de la Joya del Sol? —intentó Rudy.

Aru suspiró, pensando que se había pasado de la raya.

Vasuki hizo una pausa y luego, muy muy despacio, asintió con la cabeza.

—*Me fascina la posibilidad de que hagas algo diferente. Veamos si consigues sorprenderme de nuevo...*

—Gracias —dijo Brynne, apretando la joya contra su pecho.

Vasuki soltó una carcajada retumbante. Se acercó y su lengua bífida se dirigió hacia Rudy.

—*Hmm* —dijo pensativa la gran serpiente. Sus ojos adquirieron un tono verde hipnótico—. *Me caes bien, chaval.*

—¿Sí?

—*Así que te daré esta última advertencia. Me has despertado. Y cuando me muero, también se mueve el mundo...*

Vasuki se agachó más para inspeccionar su tesoro. A su alrededor, Patala comenzó a desmoronarse. Trozos de la pared de la cueva se desprendieron y cayeron, chocando unos contra otros. Todas las doncellas venenosas excepto Aleesa retrocedieron hacia la pared y los Patatas se agacharon para ponerse a cubierto. Aleesa extendió la mano y se abrió la puerta del final del pasillo.

—¡Marchaos! —les dijo. Les arrojó un farolillo. Aiden lo cogió con una sola mano—. ¡Y llevaos eso! Contendrá las piezas de la Joya del Sol y os guiará.

—¡Vamos! —gritó Rudy—. ¡Tengo a Mini! —La recogió aún con la forma de *naga*, Hinchó la capucha sobre ella a modo de escudo.

Aiden y Brynne echaron a correr. Aru sabía que también tenía que irse sin demora. Notaba cómo temblaba el suelo y oía cómo seguían cayendo las rocas. Pero no podía apartar la mirada de Aleesa. Supuso que nadie volvería a ver a las doncellas venenosas.

Aleesa sonrió. Se quitó uno de los brazaletes de la muñeca y se lo lanzó a Aru. Cuando ella lo cogió, se estremeció. Era como si hubiera tocado una sartén demasiado caliente.

—Ve y acuérdate de nosotras, hija de los dioses.

—Lo haré —dijo Aru—, te lo prometo. —Se dio la vuelta y echó a correr, metiéndose el brazalete al fondo del bolsillo.

—¡Aru! —gritó Brynne desde la puerta—. ¡Toda la ciudad se está desmoronando! ¡Tenemos que irnos ya!

Aru echó a correr. Acababa de cruzar el umbral cuando el suelo rocoso cedió bajo sus pies. Cien metros más abajo, una gran nube de polvo y roca brotaba de lo que había sido el ágora de la ciudad.

Las joyas incrustadas en las cuevas gritaban «¡EMERGENCIA! ¡EVACUACIÓN! ¡EMERGENCIA! ¡EVACUACIÓN!».

Aru se tambaleó y agitó los brazos como un molinete en busca de algo a lo que aferrarse. Alguien la agarró por la muñeca.

—Te tengo, Shah —dijo Aiden con vehemencia.

Fue lo último que oyó antes de que algo le golpeara la cabeza y el mundo entero se fundiera a negro.



TRECE

¡Por fin! ¡El paraíso! Y con paraíso, me refiero al Leroy Merlin

Al abrir los ojos, Aru se vio en el único lugar del mundo en que sentía que podía respirar un poco mejor, un lugar en el que se arreglaban los trastos rotos, en el que las respuestas se encontraban a plena vista y en el que, de los pasillos, emanaba un excepcional perfume de posibilidades, que estaba teñido con mucha ligereza mediante la dulzura del mantillo y de las astillas de madera...

—Aru, de verdad, tienes que superar esa obsesión con el Leroy Merlin —dijo Nikita mientras miraba hacia abajo con los brazos en jarra—. ¿No puedes soñar con otro lugar?

—Pues no —respondió Aru.

Desde luego, en el sueño, el Leroy Merlin no parecía el mismo. La primera diferencia se encontraba en que Aru estaba sentada en una butaca que, sin ninguna razón aparente, parecía hecha de algodón de azúcar. Por otra parte, en el cartel del pasillo, que tenía encima de la cabeza, ponía «PAVIMENTOS». Sin embargo, Aru vio una fila giratoria de medusas y de nubarrones en miniatura en lugar de estanterías llenas de cosas como, por ejemplo, laminados de madera o tablones de vinilo. Al final del pasillo que, por algún motivo, parecía que estaba muy lejos y, a la vez, lo bastante cerca como para tocarlo, había un podio enorme sobre el que rotaban muchísimas puertas. Al mirarlas, a Aru le latía el corazón cada vez más deprisa.

—Hemos girado donde no debíamos y hemos acabado en tu subconsciente —dijo Nikita, que señaló las puertas—. Tienes muchas cosas dando vueltas por ahí.

—¡Como todo el mundo! —exclamó Sheela, a la vez que se materializaba junto a su hermana gemela y le sonreía a Aru—. Aunque las tuyas son un pelín... diferentes.

Aru echó un vistazo al podio de puertas giratorias. Por desgracia, todas tenían una etiqueta.

En una puerta de color rosa, ponía: «SI NO SOY UNA SEMIDIOSA, ¿QUIÉN SOY?».

En una de color negro, se podía leer: «“LUKE, YO SOY TU PADRE” Y OTROS HORRORES RELACIONADOS CON LOS PROGENITORES».

A su vez, en una de color blanco, ponía: «¿CITO PELÍCULAS PORQUE NO ME FÍO DE MIS PROPIOS PENSAMIENTOS?».

Por último, en una puerta de un tono rojo chillón, se podía leer la etiqueta: «LO QUE PASÓ CON AIDEN/SENTIMIENTOS INOPORTUNOS».

—¿Qué hay ahí? —preguntó Nikita enarcando una ceja.

—MUY BIEN, ¡HASTA AQUÍ HEMOS LLEGADO! ¡FUERA! —dijo Aru, que dio una palmada. El sueño del Leroy Merlin se desvaneció y lo sustituyó una representación borrosa del vestíbulo del Museo de Arte y Cultura de la Antigua India—. ¿Por qué no puedes hacer como las hermanas pequeñas normales y pillar me cosas del armario o algo por el estilo? ¿Por qué me tienes que fisgonear en el cerebro?

—Me gusta tu cerebro —dijo Sheela—. Es curioso.

—Preferiría llevar un saco de patatas antes que la ropa que tienes en el armario —afirmó Nikita con rotundidad.

Aru le lanzó una mirada fulminante.

—¡Voy a por las demás! —comentó Sheela entusiasmada y, a continuación, se volvió a desvanecer.

Nikita daba golpecitos con el pie en el suelo del sueño. En esta ocasión, llevaba una bata roja, larga y de terciopelo —semejante a la túnica de un hechicero— con un ribete dorado en los puños. Además, llevaba un turbante para dormir a juego con la bata. Sacudió la muñeca y le subieron por el brazo unas enredaderas verdes y espinosas, de las que brotaban unas flores rojizas.

—Estoy preocupada —indicó Nikita, sin mirar a Aru—. No me gusta nada. Me estropea los diseños.

—Yo también te quiero —le dijo Aru.

Nikita emitió un gruñido, pero se le dibujó una pequeña sonrisa en los labios.

—El Más Allá no tiene muy buena pinta, Aru. La gente está nerviosa.

—Ya lo sé.

Las enredaderas espinosas descendieron por la mano de Nikita y se dejaron caer en el suelo. La vivacidad del verde se transformó en una palidez fantasmagórica. Aru conocía muy bien a su hermana y sabía que, a veces, expresaba con sus creaciones lo que no podía decir en voz alta.

—Todo va a salir bien —dijo Aru, pero su tono no era muy convincente.

—No lo puedes prometer —respondió Nikita—. ¿Qué pasa con los sueños de Sheela? —Nikita la miró a los ojos—. Aru, ¿qué va a ser de la batalla? ¿Qué pasa si perdemos?

Aru se libró de responder gracias a un fuerte ¡pop! De repente, aparecieron Brynne, Miniy Sheela.

—¡Aru! —gritó Mini, abrazándola.

—Me alegra de que estés bien —dijo Aru.

—En teoría, todavía no he recobrado la conciencia —señaló Mini, que arrugó la nariz—. Una lesión aguda por inhalación es algo grave. Si la exposición al veneno hubiese sido mayor, podríamos habernos, bueno, ya sabéis.

—Rudy nos llevó a su casa y nos estamos recuperando —dijo Brynne—. Esta vez nos ha ido de un pelo... Casi no conseguimos salir a tiempo.

Aru notó la punzada de pánico en el pecho y recordó que Aiden había estirado la mano para alcanzar la suya.

—¿Está todo el mundo bien? ¿Qué hay de la Joya del Sol?

—Está dentro de la linterna que nos dio la doncella venenosa —indicó Brynne con tristeza—. Pero aún tenemos que conseguir el último fragmento.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Nikita.

—Cinco días según el reloj de Aiden —respondió Brynne.

A Aru le parecían muchos días, pero sabía que no lo eran. El tiempo en el Más Allá era escurridizo, en el mejor de los casos. Sin embargo, por lo menos tenían el segundo fragmento de la Joya del Sol, que de algo tendría que valer...

—No me gusta esta sensación, Shah —dijo Brynne, mirándose las manos como si fuesen objetos extraños que nunca había visto antes—. No... No puedo hacer nada. Sin el bastón de viento solo soy... débil. No sirvo para nada.

—No, Brynne, no es cierto —dijo Mini, que la rodeó con el brazo—. Lo has hecho genial.

—¿Tú qué sabes? ¡Estuviste inconsciente todo el tiempo! —le espetó Brynne, mientras le apartaba el brazo.

Mini parecía dolida.

—Brynette, todos lo estamos pasando regulín —comentó Aru.

—Yo no —murmuró Nikita.

—Bueno, pues la mayoría —dijo Aru, que le frunció el ceño a la gemela.

—¿Qué pasa si todo se vuelve en nuestra contra? —preguntó Brynette—.

Sheela nos habló de su visión, aquella en la que no veía nada de nada. Nos lo ocultaste, Shah. Eso no mola.

—Seguro que Aru tenía sus motivos —dijo Mini con cautela—. Aru, tenías algún motivo, ¿verdad?

—Esa visión no me gustó nada —indicó Sheela.

—A mí tampoco. —Nikita cruzó los brazos.

Aru sentía el peso de las miradas expectantes de sus hermanas como una gran ola que amenazaba con romperse sobre ella. No se lo había dicho porque no estaba segura de lo que significaba y no quería asustarlas. La verdad era que todavía no lo sabía. Sin embargo, parte de la conversación que había tenido con Vasuki se inmiscuyó en sus pensamientos...

«Me fascina la posibilidad de que hagas algo diferente. Veamos si consigues sorprenderme de nuevo...».

«Algo diferente». ¿Algo distinto a tener que elegir entre destruir y ser destruida?

Aru se acordó de las *vishakanyas*, que eran mucho más de lo que parecían a simple vista. La guerra era igual de complicada. La gente luchaba por muchas razones. Por el momento, no había pensado en que era posible que existiese una tercera opción. Quizá tuviese que meterse en el campo de batalla para ver bien todo el panorama.

—Bueno, ¿Shah? —preguntó Brynette—. ¿Por qué no nos contaste la verdad?

Aru respiró hondo.

—Porque no sabía lo que significaba..., hasta ahora.

Nikita la miró fijamente.

—Mirad, que nadie pueda ver lo que va a pasar no tiene por qué ser algo malo —indicó Aru—. Significa que todavía se puede cambiar el futuro. Que aún podemos cambiarlo.

Sheela inclinó la cabeza como si estuviese fantaseando con esa idea.

—Es posible que aún no lo entendamos, pero todavía podemos hacer algo —dijo Aru—. Tenemos que centrarnos en lo que podemos hacer ahora, que es conseguir la tercera parte de la Joya del Sol. El propio Agni nos dijo que si podíamos demostrar que éramos capaces de llegar hasta el laberinto por

nuestra cuenta, había muchas posibilidades de que recuperásemos nuestras armas.

—Alguna posibilidad... —dijo Brynne negativamente.

—Es mejor que nada —afirmó Aru.

Brynne se quedó mirándola durante un buen rato y, finalmente, suspiró:

—De acuerdo. Supongo que tienes razón.

—¿Qué has dicho? —preguntó Aru, mientras se rodeaba la oreja con la mano—. No he podido oírte por encima del sonido de tu ego haciéndose añicos...

Brynne le dio un empujoncito y Aru sonrió.

Mini se giró hacia las gemelas.

—Bueno, la tercera parte de la joya la tiene Jambavan —dijo—. ¿Qué más habéis averiguado? ¿Quién es? ¿Dónde vive?

Nikita chasqueó los dedos. El aire se arremolinó a medida que se formaba la imagen de un oso enorme, que tenía el pelaje negro y una zona blanca en el pecho. Una constelación le rodeaba la cabeza a Jambavan, el rey oso.

Aru recordó que Jambavan formaba parte del Consejo de Guardianes. Lo había visto cuando Mini y ella tuvieron que ir a juicio porque, presuntamente, habían robado el arco y la flecha de Kamadeva. Aru no estaba segura de si había oído hablar al rey oso alguna vez. Nunca lo había visto en otro sitio del Más Allá.

—Es un verdadero ermitaño —dijo Nikita—. Aunque esa corona es magnífica. No sé de dónde la habrá sacado...

Brynne examinó la imagen del rey Jambavan.

—Ginky y Funky me contaban historias sobre él. Le llamaban el Maestro de Héroes. Se decía que si alguien luchaba contra él y lo derrotaba, era un gran guerrero, o algo así.

—Te encantan los combates —indicó Sheela, que hizo una pausa pensativa—. Y los dulces. Ese sueño del tiramisú que se enfrentaba a un montón de macarrones en un combate mortal fue...

—¿Inquietante y delicioso? —sugirió Aru.

—¡Exacto! —respondió Sheela.

Pero Brynne no sonrió.

—Puede que no tengamos que enfrentarnos a él —dijo Mini con un tono tranquilizador—. Si el rey oso es parte del Consejo, Hanuman y Urvashi le podrían sacar la Joya del Sol, ¿no?

Nikita negó con la cabeza.

—Hanuman y Urvashi no se han puesto en contacto con nosotras en lo que llevan de misión.

—¿Sabemos dónde vive, por lo menos? —preguntó Aru.

—Todo el mundo lo sabe —respondió Nikita, que arrastró la mano por el aire y apareció la imagen de un terreno escarpado y frío, rodeado por unos árboles cubiertos de nieve. Aru casi podía sentir el viento helado de aquel lugar, que intentaba tocarla.

—Guau —dijo Mini—. ¿Dónde está ese sitio?

—Está, literalmente, en el fin del mundo —contestó Nikita.

—El rey Jambavan no quiere que lo molesten —dijo Sheela.

—Eh, ¿sabemos si es peligroso o algo? —preguntó Mini, nerviosa.

—¡Este lugar es una copia idéntica de Ahch-To! —gritó Aru entusiasmada.

—¿Salud? —dijo Sheela.

—Ay, no, otra vez no —resopló Brynne.

—Ahch-To, de *Los últimos Jedi* —repitió Aru—. El lugar en el que se esconde Luke Skywalker cuando lo busca Rey, ¿sabes? ¡El sitio en el que habitan los porgs! ¿Qué pasa si el rey Jambavan es como Luke? Un pelín arisco y ermitaño, atormentado por una culpa secreta..., que está esperando a que lleguen unas heroínas como nosotras para salvar el mundo.

Brynne puso cara de fastidio.

—Ves demasiadas películas, Shah.

Aru no le hizo caso, levantó las manos y se tocó la trenza, que solía llevar bastante floja.

—Quizá yo pueda...

—Te lo digo de todo corazón. No puedes copiar el peinado de Rey —dijo Nikita—. Primero, no te favorece porque tienes mucha frente, y segundo, vas a parecer un erizo que se metió en una pelea con un cortacésped.

Aru frunció el ceño y se colocó la trenza sobre el hombro.

—Rudy nos dijo que os puede llevar hasta los alrededores de la cueva de Jambavan —indicó Nikita.

—¿Cómo? —preguntó Mini.

—Dijo algo sobre unos ascensores —repuso Nikita.

Aru se estremeció. No tenía ninguna prisa por volver a aquel lugar espeluznante del reino de Rudy.

—Le preguntamos cuando pasamos por su sueño —comentó Sheela.

—Me hace falta su dirección para enviar la ropa de invierno —añadió Nikita.

—Me gustan los sueños de Rudy —dijo Sheela, mientras que aplaudía—. ¡Son muy ruidosos y divertidos!

—Y están llenos de espejos para que pueda mirarse a sí mismo —refunfuñó Nikita.

—Los sueños de Aiden son mucho más tristes... —dijo Sheela—. Intentamos hablar con él, pero se enfadó al vernos. Estaba en el museo. De hecho, tú también estabas, Aru.

—¿Cómo? —preguntó Aru.

Nikita mandó callar a su gemela.

—La proyección astral es algo serio. Se supone que no podemos comentar lo que vemos.

—¡Pero acabas de contar lo de Rudy y los espejos! —se defendió Aru.

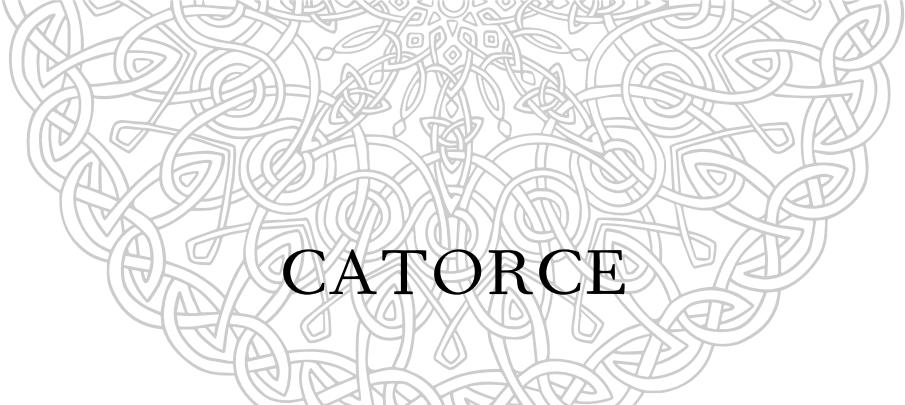
—Eso es distinto —dijo Nikita con remilgo.

Por alguna razón, parecía que Brynne se sentía muy culpable. Qué raro. Aru decidió que le preguntaría más tarde.

—Es hora de irnos —indicó Nikita, que miró hacia arriba. Se aproximaba una tormenta y se desataban relámpagos por todo el cielo.

Sheela se puso a temblar y empezaron a salirle unos destellos helados de los ojos, como siempre que tenía una visión.

—Veo mucha tristeza y mucho frío. Veo la grandeza que se esconde tras la debilidad.



CATORCE

Me dijeron que habría porgs,
pero era mentira

—¡Arriba, bella durmiente! ¡Ha llegado tu héroe! —anunció Rudy.

Aru parpadeó y clavó la mirada en los ojos del famoso mortal que más le gustaba a Rudy: Dwayne Johnson, la Roca. En la pared de la sala privada de Rudy se alineaban montones de pósteres de la Roca. Mirase donde mirase, Aru veía una imagen del famoso, que sonreía o ponía cara de enfado y observaba la habitación con una ceja tan levantada que, según Rudy, merecía ser monumento nacional.

—Es el mejor —le había explicado Rudy en una de las grandiosas noches de película de los Patatas—. Es decir, el tipo era una roca de verdad. Un día, alguien con poderes especiales lo vio y se quedó tan maravillado con lo genial que era como roca que lo transformó en una auténtica roca humana.

Todo el mundo se había quedado mirando para Rudy hasta que Aiden le dijo:

—Tío, no lo llaman así por eso.

Sin embargo, Rudy se negó a escucharlo.

Aru se sentó en el sofá. Mini, Brynne y Aiden se habían ido. Rudy le lanzó un paquete. En ese momento, Aru se dio cuenta de que el *naga* llevaba un atuendo de piel sintética muy colorido. Y aterciopelado. Era tan horrible que casi parecía... ¿chulo?

—Nikita nos ha enviado ropa de invierno hace un par de horas —dijo Rudy. A continuación, dio un giro—. Obviamente, la mía va acorde con mi nuevo estatus de salvador de los mundos, etcétera, etcétera, no tienes por qué darme las gracias. Estoy un tanto enfadado porque mi familia no está en casa

y no les puedo contar nada, pero un héroe de verdad, como yo, debe hacer sacrificios de este tipo.

Rudy sonrió satisfecho y Aru esbozó una sonrisa.

—Gracias, Rudy. Nos salvaste.

—Lo sé —respondió Rudy, que levantó la barbilla—. Ya ha llegado todo el mundo, ¡así que vistete! Nos vamos en diez minutos.

Según Rudy, sus padres y sus hermanos se habían marchado a asegurar sus bóvedas y no se lo habían llevado tras la juguete de las rocas lastimeras. Las noticias que llegaban del Más Allá eran cada vez peores. Se informaba sobre la escalada de violencia y se decía que cada vez más gente era favorable al Durmiente y a su visión de reconstrucción del mundo...

La profecía de Sheela había evitado que buscasen a las Pandava, pero no había detenido los rumores.

Se empezaba a rumorear que las Pandava habían reconocido que la guerra era una causa perdida y que habían dejado de luchar. Sin embargo, Aru intentó no pensar en todo eso mientras caminaba por las majestuosas y solitarias salas del palacio de Rudy.

Sentía una curiosa falta de gravedad, ya que no notaba el bolsillo calentito por su bola de luz ni las garras que Bu solía clavarle con delicadeza en el hombro. Se imaginó a BB echándose la siesta en su nido hecho de hierba. El pájaro de fuego tenía el alma de Bu, pero no se le parecía en nada. Estaba en paz y, quizás, era un poco más salvaje. Un pelín más libre.

¿Se podría sentir ella así algún día? ¿O se sentiría siempre doblegada a sus miedos e intentaría reducirlos al mínimo para seguir adelante?

Aru traspasó el umbral de la puerta para entrar a la sala de ascensores y se detuvo en seco. No había nadie más allí... excepto Aiden. A diferencia de Rudy, cuyo conjunto era una explosión de color, Aiden llevaba una chaqueta de esquí verde oscuro y unos pantalones a juego. En cuanto la vio, apartó la mochila y puso una mirada que rezumaba culpabilidad. Ese aire —cabizbajo, con la barbilla hacia el pecho y las manos metidas en los bolsillos— le sentó fatal a Aru. Era muy parecido a la lástima. Y, ante todo, Aru no quería que se compadeciesen de ella.

Se puso derecha y, sin el menor atisbo de vacilación, entró en aquella cámara con orgullo, se tiró en el suelo y se apoyó en uno de los ascensores de cristal. Con tranquilidad, observó a Aiden que, una vez más, miraba fijamente hacia el suelo como si fuese un amigo al que no había visto en siglos. Si no

podía soportar mirarla a la cara ni hablarle, era su problema, porque a Aru Shah no le importaba un...

—Has estado genial —dijo Aiden de repente.

—¿Cómo?

—Con las doncellas venenosas —contestó—. Supiste qué era lo que más querían y fue increíble.

Aru lo miró fijamente. ¿Era una trampa o algo?

—Gracias —respondió.

Aiden respiró hondo.

—Mira, sé que...

—¡HA LLEGADO EL MOMENTO DE LOS PATATAS! —exclamó Rudy, que cruzó el umbral de un salto.

Mini y Brynne venían detrás de él y traían la misma expresión sombría.

«¿Dónde os habíais metido?», preguntó Aru a través del vínculo mental.

«Rudy cambió de idea sobre su conjunto como diez veces y nos dijo que necesitaba nuestra opinión», señaló Brynne. «Como era de esperar, al final, eligió lo primero que se había puesto».

Mini se limitó a asentir.

«Mini, ¿te encuentras bien?».

«Estoy taquicárdica perdida, sudor a mares y creo que tengo angina de pecho», respondió Mini por el vínculo mental.

«No creo que sorprenda a la mayoría de las chicas...».

«Es un ataque al corazón, Aru».

«Ah».

Brynne soltó un resoplido, que era casi una carcajada y, por lo tanto, una victoria para Aru.

—Cuando recuperéis vuestros poderes, ganéis la batalla y todo eso, podremos utilizar estos ascensores para hacer viajes superchulos —comentó Rudy.

—¿Y todo eso? —repitió Aiden en voz baja.

—¿Dónde os gustaría ir primero? —preguntó Rudy.

—A la playa —respondió Brynne.

—A una cabaña en la montaña —dijo Aiden.

—A la playa, vamos, sin dudar —señaló Aru.

—Yo quiero ver las fosas de la peste en Londres y las catacumbas repletas de huesos que hay debajo de París —indicó Mini pensativa.

Aiden, Brynne y Aru la miraron horrorizados.

Rudy aplaudió y la señaló con el dedo índice.

—¡Yo puedo llevarte! —exclamó. ¡Será genial! ¡Me puedes contar todo lo que quieras sobre enfermedades!

Por lo general, esa afirmación habría animado a Mini. Sin embargo, en esta ocasión, solo se encogió de hombros. Aun así, no pareció que Rudy se hubiera dado cuenta, ya que gesticulaba con entusiasmo en el palanquín desde el otro extremo de la cámara, el que estaba cubierto de escarcha y envuelto en sombras.

—Aiden, échame una mano —dijo Rudy, mientras se acercaba a examinar las vigas de madera de nuestro medio de transporte—. Tengo que ponerlo en la posición correcta.

Las hermanas Pandava se quedaron atrás y Aru supo que no era la única con el ánimo por los suelos.

«Pensé que estarías contenta porque se ve que a Rudy le encanta el altar de Yamini Kapoor-Mercado-López», le dijo Aru a través del vínculo mental a Mini.

«Yo también», afirmó Brynne.

«No sabe de lo que habla», indicó Mini. «Piensa que voy a recuperar mis poderes y que seré la magnífica hija del dios de la muerte de nuevo».

«Aún lo eres», señaló Aru. «Eso no ha cambiado, ¿no crees?».

«No es lo mismo», dijo Mini.

Aru se dio cuenta de que su hermana no quería hablar, pero recordó el momento en el que Mini perdió el conocimiento donde los tesoros de Vasuki y la manera en que Rudy había cambiado de forma y se había enroscado a su alrededor para protegerla. No estaba tan segura de que Mini tuviese razón.

El palanquín tenía el techo de madera, unos laterales abiertos con una barandilla de aspecto bastante precario y tres hileras de bancos acolchados. Era como una lata de sardinas y la madera olía a podrido. Rudy se sentó en el banco delantero y dio unos golpecitos en el techo. Aru observó que había unas palancas no muy resistentes al lado de Rudy y un palo pequeño lleno de nudos, que parecía algún tipo de dispositivo para conducir.

—¡Adelante! —ordenó Rudy.

El palanquín no se movió.

—¿Estás seguro de que no hay que hacer otra cosa? —preguntó Aiden, que se inclinó hacia delante. Estaba sentado al lado de Brynne en la fila del medio, mientras que Aru y Mini se encontraban en el banco trasero.

—¡Los que se sientan atrás no conducen el palanquín! —resopló Rudy, que golpeó la madera otra vez—. En serio, se supone que tendría que moverse...

FIUUUM.

Los Patatas se pusieron a gritar mientras el palanquín caía en picado a través del suelo de mármol. A Aru se le revolvió el estómago. En ese momento, se agarró con fuerza a la endeble barandilla de madera, que era lo único que se interponía entre su cuerpo y una inmensa cantidad de... nada.

—¡TODO VA A SALIR BIEN! —gritó Rudy por encima del silbido del viento.

Aru notó que el palanquín se inclinaba muchísimo. El codo de Mini se le clavó en las costillas. Aru se deslizó hacia la izquierda buscando algo a lo que agarrarse con las manos. Podría haber abierto los ojos, pero, cada vez que lo intentaba, un viento frío le azotaba la cara.

—¡Pensé que habría algún tipo de parabrisas! —dijo Rudy.

—¿Qué quieres decir con «pensé»? —gritó Aiden por la ventana—.
¿Cómo conduces este trasto, Rudy?

—¡POR INSTINTO!

Aru salió volando hacia atrás y se golpeó la columna contra la parte trasera del palanquín cuando la estructura empezó a ascender por el aire. Se notó el cuello superrígido, como si estuviese en la cima de una montaña rusa, a punto de caer en picado. Entreabrió los ojos y enseguida deseó no haberlo hecho. El palanquín iba directo hacia la ladera de una montaña.

—¡RUDY! —exclamó Aiden.

—¡INSTIIIIINTO! —gritó Rudy con fuerza, mientras aporreaba como un loco todas las palancas.

Aru torció la cabeza según se aproximaba la montaña. De repente, el vehículo dio un giro brusco hacia la derecha. Mini gritó, se deslizó hacia un lado y estuvo a punto de salirse del palanquín. Aru intentó agarrarle la mano, pero a su hermana le resbalaban demasiado los dedos. Justo cuando parecía que se iba a caer, Mini chocó contra algo.

—¡Ay! —exclamó, mientras el palanquín se enderezaba y ella misma se ponía derecha.

Mini apretó la palma de la mano en el aire y extendió los dedos hasta que tocó la superficie sólida de un parabrisas que, unos minutos atrás, no había estado allí. El bramido del viento se desvaneció y se instaló un ligero zumbido.

—¿Lo veis? —preguntó Rudy—. ¡Parabrisas! ¡Instinto! ¡Ya os he dicho que todo saldría bien!

Parecía que Brynne estaba a punto de vomitar. Rudy tampoco tenía muy buen aspecto. Las escamas de *naga* le habían cubierto todo el cuello, como si el pánico hubiese desencadenado la transformación en serpiente.

—Rudy... —murmuró Aiden.

—¡Mirad a vuestro alrededor! —dijo Rudy, con una sonrisa un tanto culpable—. ¿No os parece que las vistas son increíbles? Perfectas para sacarse una foto...

Aru echó un vistazo a su derecha, mientras se esforzaba por combatir el mareo que le produjo darse cuenta de que apenas estaban protegidos frente a una caída en picado, y de cientos de metros, que los llevaba a una muerte segura. Cuando se asomó a mirar por el parabrisas, vislumbró los picos afilados de las montañas que traspasaban una neblina blanca como la nieve. Daba mucho miedo. Aun así, tenía que admitir que era un paisaje precioso.

Volaron a través de las montañas y las capas de neblina. Hubo un instante en el que Aru creyó haber visto el solemne ojo de un elefante observándolos entre la niebla. Sin embargo, cuando pestañeó, desapareció.

—¡PREPARAOS PARA EL ATERRIZAJE! —vociferó Rudy.

No tuvieron tiempo para prepararse. Estaban volando, con calma, subidos en el palanquín y, de repente, empezaron a caer.

Aru comenzó a chillar cuando desapareció la parte superior del palanquín y el asiento acolchado salió disparado de debajo de ella y se transformó en un paracaídas, que se abrió en cuanto el banco la catapultó por los aires. Durante unos segundos, Aru no sintió la gravedad; el frío le azotaba en la cara y le impedía ver nada. Cuando por fin pudo abrir los ojos, la neblina se disipó y el terreno se elevó a su encuentro...

Pataplum.

—¡Au! —exclamó Aru.

El paracaídas se desplomó a su alrededor y las cuerdas se desataron por arte de magia del abrigo dorado que la protegía del frío. Se levantó y puso mala cara al notar que tenía un objeto puntiagudo en el bolsillo. Lo sacó y emitió un gemido. Perfecto... Se había quedado sin móvil. Era el séptimo que rompía en un año.

—Mamá me va a matar —dijo Aru.

—¡Me encanta! —exclamó Brynne.

—¡Ese comentario sobra! —respondió Aru, justo cuando se dio cuenta de que Brynne estaba hablando de otra cosa.

Se encontraban a unos treinta metros del fin del mundo. Era precioso y estimulante, como aguantar la respiración debajo del agua, abrir los ojos y saber que no podrás verlo para siempre. Los copos de nieve se arremolinaban a su alrededor y hacían desaparecer la hilera de árboles a su derecha en una neblina plateada. Los Patatas estaban sobre unas losas nevadas de roca gris, entre las que, de vez en cuando, se interponían unos matojos de hierba azul. A unos treinta metros, las losas desembocaban en un acantilado y, cerca del borde, había una especie de cueva excavada en una gran vertiente rocosa. Sin embargo, unas rocas enormes bloqueaban la entrada. Además, la cueva tenía un lado flanqueado por un gigantesco pilar gris que desaparecía en las alturas, entre las nubes de nieve.

—Seguro que al dueño le gustan mucho las visitas —comentó Brynne con ironía.

No muy lejos de ellos, había un círculo de unos tres metros que estaba formado por piedras pequeñas y afiladas que relucían entre la nieve. Estaba rodeado por unas placas de hielo muy resbaladizas. ¿Sería algún tipo de barrera que hubiera colocado el rey Jambavan?

—¿Qué hacemos? —preguntó Mini—. Eh..., ¿pasamos por encima como si nada?

—¿Deberíamos anunciar que estamos aquí? —preguntó Aru—. Por ejemplo, podríamos decir: «Somos héroes que vienen en busca del trasto brillante».

—Tenemos que mejorar un poco esa retórica —apuntó Aiden.

Aru no le hizo caso.

—O... Espera. Rudy, ¿qué haces? —preguntó Mini, con cara de preocupación.

A pesar de que hacía un frío que pelaba, el *naga* se había quitado la chaqueta y el gorro de invierno y daba saltos por la nieve.

—He oído... que... Jambavan... lucha con... todo el... mundo... que... llega... hasta... aquí, así que... estoy... calentando —dijo.

Brynne meneó la cabeza.

—Terminemos con esto de una vez por todas. —Aru aguantó la respiración, mientras Brynne movía el cuello de un lado al otro y se metía dentro del círculo de piedras blancas—. ¡REY JAMBAVAN! ¡Con mucho respeto, le solicitamos que nos deje entrar para hablar con usted!

—Sobre la brillante... —susurró Aru.

—¡SOBRE LA BRILLANTE..., es decir, SOBRE LA LEGENDARIA JOYA SYAMANTAKA! —gritó Brynne.

No pasó nada. El viento silbaba y las piedras crujían.

—¿Habrá una puerta delantera que no estamos viendo? —preguntó Mini.

Se alejaron de la cueva y observaron la hilera de árboles para comprobar si había un cartel escondido a plena vista. Aru, que estaba examinando el círculo de piedras, vio otra cosa, una sombra que se extendía sobre el suelo cubierto de nieve. Antes de que pudiese siquiera sorprenderse, un viento cálido y húmedo le alborotó el pelo. Se dio la vuelta.

—Eh, ¿chicos? —dijo—. Creo que... que sabe que estamos aquí.

Jambavan respiraba con fuerza detrás de ellos, desde lo alto de una roca lisa. No se parecía en nada al animal que Aru recordaba haber visto en las reuniones del Consejo. Para empezar, era enorme. Nunca había visto un oso tan grande como tres elefantes adultos.

Jambavan se bajó de la roca clavando las garras afiladas en la nieve. Lo envolvía un manto de pelo negro y denso, que solo se veía interrumpido en el pecho por una luna blanca. Tenía un hocico largo, estrecho y rodeado por un pelaje enmarañado y mojado con... ¿sangre? Aru tragó saliva. Jambavan giró la cabeza hacia ellos. Parecía un animal salvaje. Tenía unos ojos negros, brillantes e inexpresivos. Cuando resopló, se dispersó una nube de vapor por el aire.

—Oh, Señor Jambavan... —empezó Aru con una voz chillona.

—¡FUERA DE AQUÍ! —rugió—. ¡LOS VISITANTES NO SON BIENVENIDOS! ¡NUNCA JAMÁS!

—¡Estamos aquí porque no tenemos elección! —replicó Brynne.

Jambavan emitió un rugido y el suelo empezó a moverse.

—¡Corred! —exclamó Mini.

Los Patatas dieron media vuelta y echaron a correr, mientras las rocas blancas empezaban a temblar. Las rocas, que no eran más que unos triángulos clavados en el suelo, se habían transformado en unas torres altas, afiladas como dientes y estrechas como agujas. La separación entre las columnas no era ni de medio metro.

Aru resbaló y se detuvo a escasos centímetros de la barrera. Jambavan, que estaba detrás de ella, se dispuso a embestirla. La nieve saltaba alrededor de sus garras. Tenía la cabeza agachada y, cuando enseñó las encías, le vio los dientes manchados de sangre.

—¡Pasad por en medio! —gritó Mini, que se puso de lado y trató de meter la pierna por medio de una apertura entre las rocas.

Brynne agarró una barra blanca y puso cara de dolor.

—¡Escuece con tan solo tocarla!

Jambavan los estaba rodeando. Estaba a menos de quince metros... A menos de siete...

Aiden, que blandía sus cimitarras, saltó en frente de Aru.

Rudy empezó a rebuscar en su mochila de rocas musicales mágicas.

—¿Dónde está? —dijo muy nervioso—. Creí que había metido el cuarzo de interferencia de enemigos, pero ¡ES LA BANDA SONORA DE *LABELLA YLABESTIA*!

—¿Por qué la tienes siquiera? —preguntó Aiden.

Jambavan se apoyó en las patas traseras, estaba a menos de medio metro de ellos. Aiden blandió las cimitarras y Jambavan, con un zarpazo perezoso, lanzó una de ellas hacia un lado e hizo que diese vueltas durante varios metros. A continuación, el rey oso gruñó y se volvió a poner a cuatro patas.

—Nos envía Agni —dijo Mini con la voz más tranquila de que fue capaz—. Seguro que podemos llegar a un acuerdo.

Jambavan se volvió a poner a dos patas. Medía por lo menos veinte metros. Cuando los observó desde las alturas, tenía los ojos totalmente negros.

«No».

El monstruo abrió la boca y Aru se quedó pálida. Tenía la espalda apoyada en una de las columnas blancas. Notaba una sensación de escozor a través de la ropa de invierno, que era similar a un leve pellizco.

«Ha llegado mi hora», pensó Aru. «Engullida por un oso de verdad. No somos nadie...».

El rey oso se alzaba sobre ellos, amenazante, con las garras extendidas y con las fauces abiertas para gruñir...

En ese momento, un crujido lo hizo parar. Aru, que había cerrado los ojos en sus últimos momentos de vida, levantó un párpado. Parecía que lo habían pillado en la versión más rara del juego de la estatua.

—Eh, ¿qué acaba de pasar? —preguntó Rudy, mientras observaba al oso, que se había quedado paralizado.

Jambavan aún no se movía. Aiden, que todavía tenía una cimitarra en las manos, la bajó poco a poco. Con precaución, dio un paso al frente y empujó al rey oso en el costado.

No se movió.

—¡SABÍA QUE ESE TRASTO ESTABA ROTO! —exclamó una voz distante—. ¡Dichoso robot!

Aru estiró el cuello y vio que, detrás de Jambavan, estaba... Jambavan. Era casi igual al rey oso asesino que se cernía congelado sobre ellos. Casi. A

este Jambavan le sobresalía la barriga y parecía que estaba encorvado y cansado, a diferencia del autómata que permanecía recto y erguido. El oso real llevaba una bufanda de punto roja atada al cuello, unos calcetines de color beis y unas sandalias. Sin embargo, la mayor diferencia radicaba en que el Jambavan de carne y hueso tenía unos ojos que brillaban con calidez y con vivacidad.

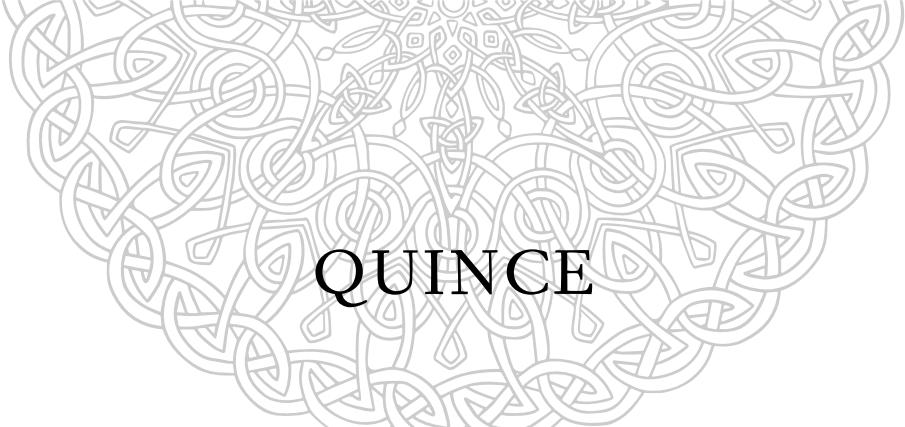
—¡Ay, pequeños humanos! —dijo, a la vez que aplaudía de alegría con las patas—. ¡Seguro que estáis helados! No sé por qué la chimenea no me ha avisado de que tenía visita... Habrá sonado la alarma y no la he oído. A veces me pasa.

Se encogió de hombros e inclinó la cabeza.

—¡Vaya! Me recordáis a mis cachorros cuando tenían vuestra estatura...

Aru, cuyo corazón seguía a cien, intentó no pensar en oseznos de metro y medio.

—¡Vamos, venid, aquí podéis resguardaros del frío! —comentó el Jambavan real, mientras bostezaba y observaba con los ojos entrecerrados la tierra desierta y gélida a la entrada de su cueva—. Tenía ganas de tomar chocolate caliente. ¿Os apetece?



QUINCE

El rey oso

El palacio-cueva de Jambavan era sorprendentemente acogedor. El suelo era de roca pulida, adornado con alfombras tejidas. Desde el pasillo principal, la cueva se abría a una espaciosa cámara. En el centro había una enorme chimenea flotante apagada, cuyo embudo de piedra desaparecía en el techo. Un suave musgo color esmeralda, repleto de florecitas silvestres moradas y rosas, cubría la pared derecha de la estancia, mientras que la izquierda tenía un panel de cristal con vistas a la vasta y desierta tundra. Aru frunció el ceño. A lo lejos, vio algo que parecían enormes troncos grises. Nunca había visto árboles así.

—A ver si me acuerdo de quitar el polvo de esas fotos —dijo Jambavan, lanzando una mirada crítica hacia los grandes marcos que dominaban la pared del fondo—. ¿Sois del Consejo, mmm? —preguntó, bamboleándose con un viejo albornoz—. ¿Sois becarios del censo, quizá? Odio viajar al Más Allá. Hanuman y Urvashi detestaban que solo enviara a mi copia, pero ¿y qué?

Movió una pata con aire indiferente, sin molestarse en esperar la respuesta de los Patatas.

—¿Alguna vez le habéis puesto sal al chocolate caliente? —preguntó Jambavan mientras caminaba delante de ellos—. Es mi ingrediente secreto para disfrutar de una taza de cacao de lo más excepcional, modestia aparte.

Aru miró nerviosa a Brynne. Normalmente, cuando surgía algún tipo de conversación relacionada con recetas, Brynne no se cortaba al decir lo mucho mejores que eran sus ingredientes, pero de un tiempo a esta parte no tenía apetito. Ni siquiera se había molestado en preparar tentempiés antes de partir. Así pues, los Patatas tenían que conformarse con barritas de proteínas de

algas marinas que el hermano mayor de Rudy comía «para aumentar la masa muscular».

Y sabían a calcetines viejos salados.

Como Brynne no respondió en absoluto, Aru y Mini se miraron preocupadas.

—Poneos cómodos junto al fuego —dijo Jambavan, extendiendo una pata hacia los enormes sofás. Un solo cojín parecía que podía albergar cómodamente a una familia de cinco miembros. Jambavan miró al escarpado techo, donde había una lámpara de araña hecha de astas blanqueadas—. ¡Música! ¡Luces! Ya sabéis que hacer.

Al instante, prendió fuego en la chimenea y empezó a chisporrotear. Las llamas escarlatas proyectaban enormes sombras sobre la pared musgosa, y el olor a leña quemada y el suave crujido de la savia aliviaban la tensión de los hombros de Aru. Una música suave inundó el ambiente, solo interrumpida por el ruido ocasional del obturador de la cámara de Aiden. Aru miró alrededor de la habitación, pero no había ni rastro de la gema Syamantaka. Tampoco había pasillos, puertas ni arcos que llevaran a otras habitaciones del palacio-cueva de Jambavan.

El oso caminó pesadamente hacia una mesa colocada contra la pared del fondo. Aru vio cómo atravesaba la roca con el brazo peludo. Se oyó un ligero repiqueteo, como si estuviera rebuscando en un estante que no podían ver. Cuando extrajo la pata, llevaba una bandeja dorada con seis tazas de chocolate humeante y un plato de galletas.

En parte, Aru se alegró. ¡CHOCOLATE!

Pero, por otra parte, se desesperó. ¿Dónde guardaba Jambavan la Joya del Sol? ¿Y si Agni estaba equivocado y el rey oso no la tenía? Entonces, ¿qué harían?

—Ahhh, ¿de qué está hecho este sofá? —preguntó Rudy, frotando el suave cuero de color rubí—. ¡Me gusta!

Aru se fijó en el diseño. Tenía unos surcos extraños que le resultaban familiares.

—Ah, pues lo de siempre —dijo Jambavan alegremente mientras se dirigía hacia ellos—. La piel de un enemigo, no recuerdo cuál... Era un *naga* o algún tipo de cosa con alas, creo. He perdido la cuenta de mis victorias.

Rudy dejó inmediatamente de acariciar el sofá.

Jambavan les dio una taza a cada uno, luego se dejó caer en un cómodo sillón y soltó un enorme bostezo.

—Bueno —dijo Jambavan—, ya que habéis venido hasta aquí, será mejor que empecemos. Tengo que echarme la siesta dentro de nada.

—¿Empezar con qué? —preguntó Mini, confundida. El gran oso sonrió de un modo cálido y compasivo—. Entiendo. Puede ser abrumador estar en presencia de una leyenda, pero si habéis venido hasta aquí para entrevistarme, no quiero decepcionar a unos jóvenes tan aventureros.

Aiden bajó la cámara y miró a Brynne, a Mini y a Aru.

—¿Crees que somos periodistas? —preguntó Aru.

—¡Periodistas! —repitió Jambavan, riéndose entre dientes—. Es una palabra muy grande. ¿Quién confiaría en las voces de unos niños? Sois del censo, ¿no?

A Aru le molestó un pelín. Jambavan le recordaba a uno de esos tíos de buen corazón y buenas intenciones, pero a la vez tan pagado de sí mismo.

—Creía que solo los héroes llegaban hasta aquí —dijo Aru—. Por algo te llaman el Creador de Héroes, ¿no?

—Sí, claro, claro. Muchos han venido a mi casa pensando que si consiguen hacerme caer en un combate de lucha libre, ganarán fama y renombre eternos —dijo Jambavan, manifiestamente aburrido—. Pero solo hay que veros... No tenéis mucha pinta de héroes.

A Aru se le encendió el rostro. A su lado, Brynne levantó la vista del suelo y miró al rey oso con el ceño fruncido.

—¡Estoy acostumbrado a que los guerreros irrumpan en mi cueva! —exclamó Jambavan. Se dio una palmada en el muslo para darle más énfasis—. Bueno, ¡echad un vistazo a mi muro de la fama aquí! —Sonrió a Aiden con indulgencia—. Puedes hacerle una foto para tu proyecto escolar, si quieres. Pero ten cuidado con la cámara, chavalín. Me da que te queda grande.

Aiden abrió la boca para responder y Brynne negó suavemente con la cabeza. «No vale la pena».

—¿Qué os dice esa pared sobre mí? —preguntó Jambavan, sorbiendo el chocolate.

Aru examinó los objetos enmarcados. Había trofeos y cintas, premios que declaraban a Jambavan «el mejor luchador de todos los tiempos» y montones de fotos tomadas con hombres que parecían capaces de aplastar un bloque de cemento con solo estornudar. Cada foto tenía una firma del perdedor, con alguna variación de: «Fue increíble acabar derrotado por ti». Y había un buen puñado de fotos de Jambavan señalando con entusiasmo una montaña cubierta de nieve.

Aru se cruzó de brazos.

—Eres superfuerte y te gusta... ¿el senderismo?

Mini se atragantó con el cacao.

—¿Senderismo? —repitió Jambavan, mirando las fotos—. Ah, son solo unas fotos de la familia que se han colado. Ese es mi hermano, Himavant. Es parco en sonrisas.

Aiden entornó los ojos para ver mejor la foto.

—No veo a nadie.

—¿Cómo puedes no verlo? ¡Está ahí mismo! ¡Es enorme!

—¿Tu hermano es... una montaña? —preguntó Mini.

—No os dejéis engañar por su exterior gélido. Es un verdadero cúmulo de risas —dijo Jambavan. Se reclinó en su silla y se miró las garras—. ¡Y sí, tenéis razón! Soy tremadamente fuerte. Fui lo bastante fuerte para luchar con Krishna durante veintiocho días antes de que revelara su naturaleza divina, y tuve que rendirme. ¡Veintiocho, eh! ¡Con el amo y señor del Universo!

—¿Por qué luchaste con Krishna? —preguntó Aru. Jambavan chasqueó la lengua.

—¿Habéis venido hasta aquí sin hacer los deberes? Tú deberías saberlo mejor que nadie, niña.

Aru le dio un sorbo al chocolate para no contestarle. ¡Bah! El de Brynne era mucho mejor.

—Se me conoce bien por eso —dijo Jambavan—. Krishna vino aquí en busca de la gema Syamantaka. Le había sugerido a un noble llamado Satyajit que la cediera a su rey, para que su riqueza pudiera compartirse con el pueblo de Dwarka. Sin embargo, Satyajit se negó por pura codicia y egoísmo. —El oso negó con su gran cabeza—. El ser humano es terco. Puedes guiarlo a un estanque de rectitud y seguirá prefiriendo su pozo envenenado. Al cabo de un tiempo, todo lo hermoso y brillante se empaña bajo su mirada...

Mientras decía esto, Jambavan miraba fijamente al fuego. A pesar de sus esfuerzos, parecía viejo y cansado. Hebras plateadas surcaban su ancho pecho y su largo hocico. Y cicatrices de las que Aru no se había percatado hasta entonces le cubrían las ancas con rayas gruesas y pálidas.

—La joya había sido un regalo —continuó el oso—. Del dios del sol, Surya, para Satyajit. A quien poseyera la gema se le prometían riquezas y la erradicación de enfermedades, y cuando Satyajit la llevaba, la gente lo confundía con el mismísimo dios del sol.

Aru veía cómo se desplegaba la historia entre las llamas. Un noble de mediana edad con un collar de luz ilustre. Su sonrisa pasaba de tímida a engreída.

—Satyajit le prestó la joya a su hermano, Prasena, quien la llevaba como si no fuera más que un adorno.

Las imágenes se agitaron y Aru vio a un hombre diferente cazando en el bosque. Lo rodeaba una luz tan intensa que hasta los animales quedaron momentáneamente paralizados por el fulgor. De repente, un cuerpo delgado y peludo saltó de la maleza...

—Lo mataron, por supuesto, como debe hacerse con los hombres incautos —resopló Jambavan—. El león se largó con la joya, y así fue como llegó a mis patas.

Las llamas destellaron y proyectaron un forcejeo entre el enorme Jambavan y el musculoso león. Aru apartó la mirada cuando Jambavan clavó las garras en las mandíbulas del felino.

—En ese momento, Satyajit había acusado a Krishna de haber matado a Prasena para conseguir la gema Syamantaka. Para limpiar su nombre, el Señor Krishna me buscó. No me importan nada las joyas de los hombres, y se la había dado a uno de mis hijos para que jugara con ella —dijo Jambavan con indiferencia.

Efectivamente, las llamas mostraban a un osezno juguetando con la joya. Detrás de él, apareció una figura que solo podía ser Krishna. Llevaba una pequeña corona con una pluma de pavo real insertada en la ornamentación metálica.

—Soy el ser vivo más fuerte —dijo Jambavan—. Si alguien deseaba quitarme algo, tenía que demostrar que era digno de mis pertenencias.

Las imágenes cambiaron y formaron un claro delante de la cueva. Krishna se había quitado la corona de pavo real. Jambavan llevaba un *dhoti* alrededor de las caderas y las piernas. Con un rugido furioso, cargó contra el dios, que le devolvió la sonrisa con picardía. Una multitud se congregó allí para verlos. Los talones de los oponentes cavaban grandes zanjas en el suelo mientras el sol y la luna giraban en espiral sobre ellos.

—Después de veintiocho días cedí y le entregué la joya —dijo Jambavan—. Como muestra de buena voluntad, incluso le ofrecí a mi propia hija, Jambavati, como esposa.

En las llamas, Aru vio cómo una osa alta vestida de seda y con una corona de flores tomaba la mano de Krishna en su pata. Él la miraba con amor, y lentamente ella acabó envuelta por la luz. Cuando dicha luz se desvaneció, apareció ante él una hermosa mujer. Tenía el pelo del mismo color que el pelaje del oso y, cuando sonreía, sus dientes eran un poquitín más

puntiagudos que los de un humano normal. Krishna le sonrió y le colgó una guirnalda de flores alrededor del cuello.

—Cuando Krishna dejó el mundo material, me devolvieron un trozo de la gema Syamantaka —dijo Jambavan—. Muchos han venido a buscarla, pero ninguno la merece. Los humanos simplemente no son aptos para semejante tesoro y, sin embargo, todos creen lo contrario.

Todos los guerreros que han pisado mi cueva esperaban que, al derrotarme, me la arrebatarían.

—¿Le darías la joya a alguien que te venciera en combate? —preguntó Brynne.

Jambavan se echó a reír.

—Es imposible. Nadie salvo Krishna era lo bastante fuerte para hacerme renunciar a mi tesoro. Y menos mal. El mundo está llegando a su fin... Lo noto. —Hizo una pausa, estirando una pata hacia el fuego—. Nadie, ni siquiera yo mismo, es lo bastante fuerte para detener el cambio.

—Quizá no sea cierto —dijo Aru.

Jambavan enarcó las cejas; penachos de pelo blanco sobre los ojos.

—¿Cómo dices?

—Que no somos becarios —dijo Aiden, levantándose del sofá. Rudy se unió a él y parecía encantado de levantarse rápidamente de ese cojín «de pieles de mis enemigos».

—Somos las reencarnaciones de los Pandava —dijo Mini, levantando la barbilla—. Somos semidioses.

—Las cosas en el Más Allá están mal, rey Jambavan —dijo Aru—. Ahora mismo, el Durmiente y... —Se le entrecortó la voz. No se atrevía a decir el nombre de Kara, y casi se le escapó «mi hermana»—. Y su mmm... cómplice están recorriendo el laberinto para encontrar el néctar de la inmortalidad y acabar con el Tiempo. No podemos detenerlos sin esa última pieza de la Joya del Sol.

—Si nos la das, podemos cambiar todo esto —dijo Brynne—. Podemos evitar el fin del mundo.

Jambavan los observó, con los ojos llorosos y brillantes. Lentamente, dejó el chocolate caliente y se puso de pie. Antes, el rey de los osos había caminado encorvado, pero ahora se estiró todo él. Era más alto que la chimenea y llegaba casi a los seis metros.

—Ay, niños, estáis trabajando con un concepto erróneo —dijo Jambavan en voz baja y grave—. Veréis, estoy listo para que el mundo se acabe.

—¿Qué? —preguntó Aru. A punto estuvo de caérsele la taza de chocolate.

Jambavan sonrió, y la visión le erizó los pelos de la nuca. Lentamente, el rey oso juntó las garras.

—Pero somos... somos Pandava —repitió Mini, confusa—. Podemos cambiar...

Jambavan comenzó a reírse entre dientes. Era un sonido suave y lastimero, e hizo ademán de no herir sus sentimientos girando la cabeza.

—Niños —dijo, secándose los ojos—. ¡Si eso fuera cierto, demostraría aún más lo que digo! He visto las reencarnaciones pasadas de los Pandava. El que era juez, el otro que era atleta olímpico..., y si vosotras sois lo único que el universo tiene que ofrecer mientras nos acercamos al final de una era, pues... seguramente estaréis de acuerdo en que todos los poderes del mundo no tienen fe en vosotros.

A Aru se le secó la boca y se le hundieron los hombros: las palabras de Jambavan le habían dado donde más dolía. ¿Y si tenía razón? ¿Y si todo esto era una terrible broma cósmica? El corazón le latía aún más rápido y las palmas de las manos le empezaron a sudar.

—¿Dónde están vuestras armas celestiales? —preguntó Jambavan, observándolos.

—Hubo una pelea y... y... —tartamudeó Mini.

—Y las perdisteis —terminó Jambavan, chasqueando la lengua—. Bueno, pues ahí lo tenéis. Que no os hayan devuelto vuestras armas es señal de vuestra ineptitud. Y lo digo, por supuesto, de la manera más amable posible. Tendríais que haber sabido desde el principio que no estabais destinados a ser los agentes del cambio. Sois demasiado jóvenes. Y, perdonadme, pero nunca he oído hablar de una chica que...

—Ya basta —dijo Brynne en voz alta.

Aru se giró, atónita de ver a Brynne levantarse del sofá con los ojos en llamas.

—No sabes lo que estás diciendo —dijo Brynne—. No has salido de esta cueva en mucho tiempo. Y no sabes de lo que somos capaces.

«Sí, ¡toma ya!», quería gritar Aru, pero Jambavan se cernía sobre ellos, el chocolate se había enfriado y, tal vez, no era el mejor momento para hablar.

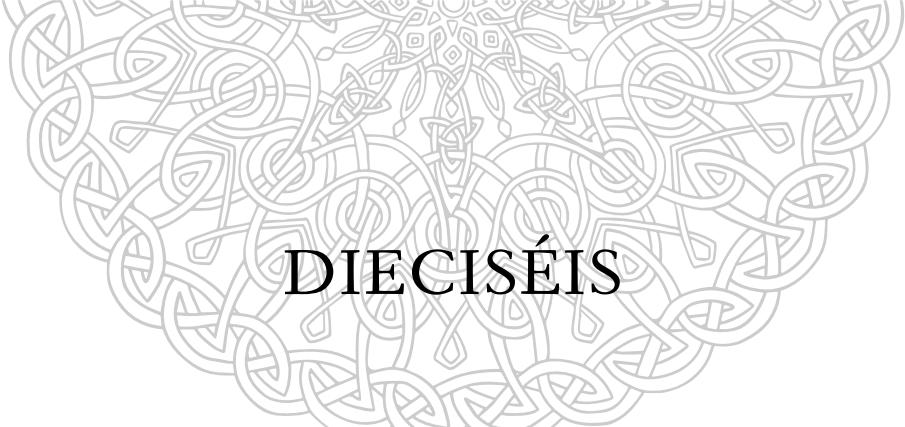
—Sigue soñando, niña —dijo Jambavan con un gesto desdeñoso de la pata.

—Lo demostraré —dijo Brynne—. Luchemos. Tú y yo.

Mini enarcó las cejas. Incluso Aru tuvo que reprimir una mueca. ¿De verdad era la mejor idea? Brynne era superfuerte, pero ¿lo bastante para derrotar a Jambavan? Las probabilidades no parecían muy buenas, vaya.

Jambavan se echó a reír.

—Aunque me he cansado del mundo, no he perdido las ganas de triunfar. Si deseas probar la derrota, ¿quién soy yo para impedírtelo? —El fuego le arrancó un brillo orgulloso en la mirada—. Las reglas son sencillas: derríbame o renuncia a todos tus esfuerzos por arrebatarme la Joya del Sol.



DIECISÉIS

Brynette no ha venido aquí a jugar

Brynette Tvarika Lakshmi Balamuralikrishna Rao siempre había sido fuerte. Tan fuerte que hasta su sombra tenía músculos y las demás sombras se acobardaban ante ella. Probablemente. Sin embargo, desde que había perdido su bastón de viento, parecía que toda esa fuerza se había evaporado junto con su arma celestial.

Brynette sabía que, a veces, ser fuerte exigía el valor de ser débil, pero la debilidad no era una opción en este momento: era algo que se le había impuesto en cuanto Kara utilizó el *astra* para destruir sus dones celestiales. Sin el bastón, Brynette era muy... inferior. Cuando cambiaba de forma, ya no podía transformarse en criaturas gigantescas. Cuando se elevaba en el aire, ya no podía crear ciclones de la nada. Era como si el mundo le estuviera diciendo que no tenía nada de especial.

Pero en aquel momento, Brynette estaba bastante segura de que se había equivocado. A su lado, Aiden le tocó el brazo.

—No tienes por qué hacer esto. Ya encontraremos otra forma de conseguir la Joya del Sol. Podemos ir al Consejo y...

—Mira el reloj. Nos quedan cuatro días, *Ammnanma* —dijo Brynette—. Si nos vamos ahora, tendremos que encontrar el camino al Más Allá, explicar que hemos perdido las armas, ¿y luego qué? Perderemos más tiempo y confianza. Esta es la única manera.

Los Patatas se encontraban ahora en un estadio en las entrañas del palacio cueva de Jambavan. Era un gran espacio abovedado en la roca marrón. En las profundas hornacinas de las paredes, las velas encendidas retorcían las sombras. El suelo era de tierra lisa y barrida, solo roto por un círculo dibujado con tiza blanca.

Al otro lado de la estancia, Jambavan se quitó el pesado manto. Debajo llevaba unos pantalones blancos holgados. No hizo estiramientos de ningún tipo. Se limitó a observar a Brynne, esperando a que estuviera lista.

—¿Bee? —dijo Aru—. Sé que lo que ha dicho ha sido, bueno, horrible, pero...

—No ha sido horrible —dijo Brynne—. Es que se equivoca.

Mini, que tenía los brazos alrededor de sí misma, levantó la vista.

—Es como lo que nos dijo Bu —dijo Brynne—: somos mucho más que las cosas con las que luchamos.

Esa había sido una de las últimas cosas que Bu les había dicho. Brynne llevaba pensando en eso desde que Aru les había hecho citar algo de *El señor de los anillos* y hacer un juramento para recuperar las armas.

Brynne deseaba con todas sus fuerzas poder preguntarle a Bu a qué se refería, pedirle que se lo demostrara...

Pero en ese momento, Bu era un pajarillo de fuego mucho más interesado en las galletas que en la guerra. Y no podía culparlo.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —preguntó Mini, nerviosa—. Podría hacerte mucho daño, Bee.

Brynne miró el rostro de sus hermanas. Sabía lo que habían estado pensando estos últimos días..., que había estado demasiado perdida en su propio mundo para darse cuenta de lo que estaban sufriendo las dos. Pero se equivocaban. Vio lo atormentada que estaba Aru cuando creía que nadie la miraba. Vio cómo se había desmoronado la confianza de Mini. Y entonces Jambavan pronunció su gran discurso.

«Es señal de vuestra ineptitud...».

«No estabais destinados a ser los agentes del cambio...».

«Nunca he oído hablar de una chica que...».

En cuanto Brynne vio el destello de las lágrimas en los ojos de Mini y cómo le temblaba el labio inferior a Aru, algo en ella se rompió.

—Sé lo que estoy haciendo —dijo—. Al menos..., lo sé ahora.

Brynne dio un paso hacia el estadio, emborronando la tiza del suelo que notaba frío bajo sus pies descalzos.

Detrás de ella, Rudy susurró entre dientes:

—Tengo la lista de reproducción *Intenta no palmarla...* ¿Crees que a Brynne le gustaría que la ponga? ¡Ay! No me pellizques las escamas, Aiden. Eso no se hace...

—¡Estoy lista, Jambavan! —rugió Brynne.

Apenas pronunció estas palabras, el suelo empezó a temblar. Terrones de tierra y guijarros rebotaron a su alrededor. Las velas parpadeaban en los candelabros de piedra. Brynne tuvo un segundo escaso para recuperar el aliento antes de que el enorme cuerpo de Jambavan apareciera en escena. Para ser un oso viejo, se movía con una gracialidad pasmosa. Trituró el aire con las garras y luego presionó los hombros de Brynne hacia abajo. Esta clavó los talones en el suelo y se estremeció cuando las piedras afiladas le desgarraron la piel.

—¡RÍNDETE, PEQUEÑA! —rugió el rey oso.

Brynne gruñó, temblando por el esfuerzo de mantenerse erguida. Se agarró a sus brazos peludos e intentó apartarlos. Levantó la barbilla y se encontró con la mirada de Jambavan de frente. En la penumbra, sus ojos llorosos parecían desorbitados.

—Tú primero —dijo ella.

Jambavan se echó a reír.

—Niña, ni siquiera me estoy esforzando.

Empujó hacia abajo con más fuerza. Brynne intentó resistirse, pero era como mover un rascacielos con el meñique y esperar que se derrumbara.

«Brynne, esto no pinta bien», le dijo Aru a través del vínculo mental. «Ya se nos ocurrirá otra cosa, ¡te lo prometo! ¡Pero esto no es seguro!».

«Bee, vamos, esto me da mucho miedo», dijo Mini suplicante. «¡No eres lo bastante fuerte!».

Brynne apretó los dientes mientras sonreía.

«Ese es el asunto», dijo Brynne.

«Espera, ¿qué...?».

Brynne bloqueó las voces de sus hermanas. Agachándose y dando una vuelta, se zafó de Jambavan, y luego se escabulló.

El rey oso giró, gruñendo. Le salía vapor por las fosas nasales.

—No te felices mucho por esa maniobra —dijo—. No estoy acostumbrado a luchar contra oponentes tan pequeños.

A Brynne le resbalaron sus palabras. Dio un salto hacia atrás, poniendo aún más espacio entre ella y el rey oso, antes de rugir y correr hacia él. Jambavan la atrapó y, con las garras, le traspasó el abrigo encantado que le había confeccionado Nikita, y la obligó a volver al suelo. Brynne sintió que algo estallaba en una rodilla mientras resistía el intento del rey oso de hacerla caer. Se cernió sobre ella y tapó la luz.

—Ríndete —gruñó—. No eres ni lo bastante fuerte ni lo bastante grande para doblegarme, niña.

Brynette volvió a clavar los talones. El esfuerzo hizo que el pulso le zumbara en los oídos. Cuando parpadeó, veía puntitos danzando en los ojos. Sentía como si le comprimieran la columna vertebral, y aun así se mantuvo firme.

Se mantuvo firme porque se había dado cuenta de algo cuando Jambavan les había hablado con tanto desprecio. Él no sabía quiénes eran ni lo que habían hecho; les había echado una mirada y supuso que eran débiles. En cuanto oyó eso, Brynette entendió algo.

Sí, era más pequeña.

Sí, no era tan poderosa.

Sin embargo, había fuerza en esa perspectiva. Cuando alguien elige verte solo como alguien pequeño y débil, eso le vuelve descuidado. Lo bastante descuidado para no darse cuenta cuando algo pequeño y débil puede superar sus expectativas y tenderle una trampa que no espera.

Jambavan se levantó sobre sus patas traseras y apretó con más fuerza los brazos de Brynette. La estancia se volvió oscura, y el aire, recargado. Así de cerca, captó el hedor animal de los dientes del rey. Esperó hasta que le cedieron las rodillas, hasta que vio a Jambavan tambaleándose en sus esfuerzos por empujarla hacia abajo. Y entonces, Brynette cerró los ojos... y se transformó.

En el pasado, se habría hecho enorme. Se habría transformado en elefante, oso o gorila. Esta vez, se transformó en un pequeño carbonero azul.

Al instante, sintió el alivio de no estar bajo las garras de Jambavan y la repentina ingratitud que provocaba el vuelo. El oso abrió los ojos de par en par. Se había inclinado demasiado para que ella cediera... yeso le hizo perder el equilibrio.

Brynette batió las alas con furia. Voló hacia atrás justo cuando Jambavan caía al suelo. Una enorme nube de polvo y tierra se esparció por el aire. Las rocas de la cueva temblaron. Tras la caída de Jambavan, se habría hecho un silencio estremecedor si Rudy no hubiera puesto su lista de reproducción. De fondo, Brynette oyó a Aretha Franklin cantar:

R-E-S-P-E-C-T,

FIND OUT WHAT IT MEANS TO ME

Seguido de Rudy diciendo:

—¡Vale, vale! ¡Ya lo apago! Si es que no tenéis sentido del ambiente...

Brynette cerró los ojos y volvió a adoptar su forma humana. Dejó caer los hombros y estiró el cuello de un lado a otro mientras se acercaba a Jambavan.

El rey oso rodó sobre la espalda, con expresión atónita en el rostro. Desde la banda, sus hermanas se habían recuperado del susto momentáneo y ahora gritaban y vitoreaban.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Jambavan—. Si no eres...

—Lo sé —dijo Brynne, interrumpiéndolo—. Pero no tengo que ser más fuerte o más grande para vencerte. Soy mucho más que las cosas con las que lucho.

En ese momento, Brynne sintió una suave brisa que recorría la cueva. Las velas se apagaron y luego volvieron a encenderse. Una dulzura fría envolvió sus sentidos y, por primera vez en días, su estómago emitió un fuerte gruñido. Se lamió los labios con hambre.

—Y, por cierto, tu chocolate caliente no es tan bueno —dijo poniendo los brazos en jarra—. Para un chocolate caliente excepcional de verdad, ¡échale una pizca de cayena!

El viento se levantó, arremolinando los guijarros y despeinando a Mini.

—Ponle nata líquida para que esté más rico. Ralla nuez moscada y echa dos ramas de canela a la olla.

Algo azul brilló en el aire y, ligeramente, Brynne se dio cuenta de que ya no tocaba el suelo con los pies ni el pelo le descansaba sobre los hombros. ¡Pero no podía detenerse ahora, a mitad de la receta!

—¡Y luego recubre el borde de las tazas con Nutella antes de verter el cacao! —dijo Brynne, levantando los brazos—. ¡ASÍ SE HACE EL MEJOR CHOCOLATE A LA TAZA!

En cuanto levantó las manos, Brynne sintió que algo volaba hacia ellas. El viento azul la envolvió como una brisa tranquilizadora. Se arremolinó dentro de su caja torácica como si un ciclón se le hubiera enraizado en los huesos.

Y entonces Brynne tocó el suelo con fuerza. Parpadeó un par de veces cuando el polvo se asentó. Miró lo que tenía en las manos y se quedó con la boca abierta.

En las palmas de las manos tenía el bastón de viento celestial, de un color turquesa intenso y resplandeciente por el poder de Vayu, dios del viento.



DIECISIETE

Oficialmente integrado

Aru no podía para de mirar.

—Ha vuelto —dijo—. Tu arma ha vuelto.

Era como la decimoquinta vez que lo decía en diez minutos. Mini había estado callada, estupefacta. El bastón de viento se había transformado después en su habitual gargantilla de color azul. Aru no pudo evitar ponerse la mano en el bolsillo y sentir pena al no notar su rayo.

Ese no era el único cambio. Jambavan estaba irreconocible. Al principio, Aru se había asustado al pensar si tendrían que huir de un rey oso con el orgullo herido que les pisaría los talones. Sin embargo, había estado eufórico.

—¡POR FIN, UN OPONENTE QUE VALE LA PENA! —gritó haciendo vibrar las stalactitas de la cueva—, ¡ESTOY OFICIALMENTE INTRIGADO!

Que acto seguido Brynne hubiera decidido transformarse en un gran oso azul lo deleitó aún más.

—¡Quizá somos familia! —dijo dándose golpecitos en el estómago—. Eso explicaría por qué has podido ganarme. ¿Tenemos la misma sangre?

—Eh... —dijo Brynne—. Puede ser.

Jambavan soltó una ruidosa carcajada.

—Y ahora mis descendientes estarán involucrados en la nueva versión del mundo. Excelente. Venid. Hay algo que debo daros.

Jambavan los llevó por el estadio y a través de los caminos en forma de panal de su casa hasta llegar a otra pared llena de fotos.

—¿Qué veis? Acercaos, niños.

Los Patatas se acercaron a la pared. Aru inclinó la cabeza y repasó las imágenes de Jambavan con varios de sus oponentes, pero era difícil distinguir

las expresiones de todos. Todas las fotos estaban cubiertas con una gruesa capa de polvo.

—Soy más que una antigua —dijo Jambavan con una voz sonora—. Mis descendientes murieron hace tiempo y yo soy lo único que queda del mundo antiguo y la época de los héroes. Estoy bendecido, o lastrado, más bien, con la longevidad. Estaba destinado a presenciar la historia y ahora recuerdo mirar el mundo de nuevo —suspiró fuerte—. Te has ganado mi pieza de la gema Syamantaka.

Jambavan llegó a la pared y cuando retiró la pata, tenía en la palma la última pieza de la gema Syamantaka. Aiden sacó de su mochila un farolillo con las otras dos piezas de la Joya del Sol. Brynne cogió la gema del rey oso y cuando juntó unas piezas con las otras, el brillo que inundó las cuevas pudo haber sido el surgimiento de un segundo sol. En esa luz, el rey oso sonrió y se rio.

Jambavan no quería dejarlos marchar sin comer y, teniendo en cuenta que los Patatas llevaban días subsistiendo a base de barritas proteicas de algas, no se negaron. En el pasillo junto a la galería de fotos, la cueva se abrió hacia una habitación con bóveda. Una mesa de plata algo baja ocupaba casi cincuenta metros y contaba con al menos cientos de cojines suaves y sedosos repartidos.

—Esta no es una mesa cualquiera —dijo Jambavan con orgullo—. Una sola comida aquí y vuestra fuerza mejorará, os hará sentir como si hubieseis dormido durante siete noches seguidas. Hay que respetar el descanso por encima de todo. Ni siquiera los seres más poderosos descuidan lo que le deben a Nidra, la diosa del sueño.

Como muestra de agradecimiento, Brynne se había ofrecido a deleitarle con un banquete digno del rey oso y él aceptó de buena gana.

En una habitación al lado de la mesa de plata estaba la cocina de Jambavan. Al ser un oso comía carne cruda, por tanto, los estantes estaban llenos de tarros de frutos secos y fruta y cestas con bayas oscuras y brillantes. En una parte del muro solo había colmenas, cuyos chorros de miel caían a un cuenco dorado. Las abejas grandes entraban y salían medio dormidas y desaparecían por los recovecos de la cueva.

—Si os ha gustado mi sillón de piel de enemigos, esperaos a ver las maravillas de las otras cámaras de relajación —dijo Jambavan mientras les hacía un gesto a Aiden y a Rudy, que parecía algo mareado, para enseñarles la casa.

Cuando las tres se quedaron solas, Aru se dejó caer en el suelo y Mini se apoyó en una de las encimeras.

—¿Cómo has recuperado el bastón? —le preguntó Mini a Brynne—. ¿Qué ha pasado? ¿Has oído una voz o has visto una señal? Cuéntanos todos los detalles con pelos y señales.

Brynne comenzó a preparar un pastel de frutas. Tamizó harina, nuez moscada y canela. Luego, cortó en rodajas unas ciruelas para añadirlas con los frutos coloridos.

—Sinceramente, no lo sé. Estaba pensando en todo eso de la fuerza y la debilidad.

—¿Cómo? —Aru la miró.

—Sé cómo suena, Shah, pero es la verdad.

—Agni dijo que los dioses nos ponen a prueba de formas extrañas —dijo Mini lentamente. El horror se asomó a su mirada—. ¿Crees que ya nos han puesto a prueba a Aru y a mí... y hemos fallado?

—Claro que... no —dijo Aru, aunque ella también estaba preocupada.

—No creo que las pruebas funcionen así —dijo Brynne pensativa—. Es más para que reflexionemos nosotras mismas.

—Y tú has reflexionado sobre... —comenzó Aru.

—Sobre lo fuerte que soy.

—¡Menuda novedad! —dijo Aru.

—No sé cómo explicarlo —dijo Brynne—, pero es una buena señal, ¿no? Quiero decir, si puedo recuperar mi arma, vosotras también podéis.

Ojalá llevara razón. Aru se sintió muy feliz por su hermana, pero también le picó la envidia. ¿Y si Aru terminaba siendo la única que no consiguiera recuperar su arma? Tampoco tenía sentido pensar en eso ahora... Preocuparse no cambiaría nada.

—Echo de menos mi rayo —dijo Aru.

—Yo también echo de menos la *danda*. —dijo Mini flexionando las manos—. ¿Qué vas a hacer cuando recuperes el *vajra*, Aru?

—Electrocutar a Aiden —respondió ella rotundamente.

Mini resopló.

—Pobre Querida.

Brynne estaba callada, algo muy raro en ella.

—¿Por qué no dices nada? —preguntó Aru—. Estás rara.

Brynne se sonrojó y se dio la vuelta para coger un tarro de miel.

—Esto..., no es lo que piensas —balbuceó.

—¿Entonces? —preguntó Aru.

—Es por lo que te dijo él en la entrada del museo... —soltó Brynne de forma atropellada—. Hay mucho más que no te contó. O que no puede contarte.

A Aru se le aceleró el pulso.

—Vale, pues cuéntamelo tú.

—No puedo —dijo Brynne.

Mini miraba a Brynne y a Aru con los ojos como platos.

—¿Por qué no? —preguntó Aru.

—¡Porque es mi mejor amigo!

—Y yo soy literalmente tu hermana —le espetó Aru. Brynne soltó un quejido y hundió los hombros.

—Ya, ya lo sé. Por eso mismo todo esto me está matando.

Aru se cruzó de brazos.

—Pues a mí me parece que estás muy viva.

—A él lo conocí primero —balbuceó Brynne.

—Pero ¿qué es esto? ¿Una versión mala del juego de *me lo pido*? —dijo Aru—. ¡Que soy tu hermana!

Justo en aquel momento, entró Jambavan con su risa, que llenaba la habitación. Aru miró por el arco y vio a Aiden y Rudy detrás. Aiden parecía encantado mientras echaba un vistazo a las fotos que había hecho con Sombragrís.

Rudy, sin embargo, parecía mareado y se acostó sobre uno de los cojines.

—Hay... demasiados... sillones —dijo.

—Dale tiempo, Shah —dijo Brynne mientras ponía el pastel en el horno —. Y confía en mí. No es lo que estás pensando, pero este no es el lugar para hablar del tema.

—Te odio.

—Yo también te quiero —dijo Brynne mientras pasaba por su lado con una bandeja llena de manjares.

Aru no se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que se sentó frente al banquete. Había enormes bandejas con mango y jaca cortados, cuencos de fruta de la pasión con nata, delicados bombones de flores comestibles, dados de queso y humeantes trozos de *paratha* untados con *ghee*. Jambavan chasqueó los dedos, aparecieron unas jarras plateadas con aguamiel en la mesa y llenó unos vasos brillantes que salieron de la mesa de plata.

—La mesa tiene su propia vajilla y cubertería —dijo Jambavan con orgullo—. No es que las use mucho, pero son hermosas.

Una luz recorrió la superficie de la mesa de plata como si estuviera dando las gracias por el cumplido. Luego, sin que Aru supiera bien por qué, sacó una sopera, unos maceteros, los utensilios para cocinar y una cucharita para el postre. Con cada pedazo de comida, Aru sentía que recuperaba las fuerzas. Cuando miró a Mini, vio que resplandecía, que a Aiden le brillaba el pelo, que Brynne estaba radiante y hasta Rudy parecía descansado y feliz.

La comida llegó a su fin y el viejo rey oso ya no sonreía. Giró la cabeza hacia el arco oscuro que daba al exterior de la sala del banquete.

—Os queda mucho por delante —dijo el monarca.

—Solo el laberinto —dijo Brynne metiéndose otro trozo de queso en la boca.

Jambavan hizo un ligero gruñido.

—Estará bien protegido. Esos lugares no tienen solo un punto de entrada, tienen muchos accesos. Aquellos que protegen las puertas pueden ser aliados, enemigos o estar como yo: impaciente por ver el fin del mundo. Desesperado por volver a empezar.

—Estamos preparados —dijo Brynne.

«¡Yuju!», pensó Aru con desgana.

—¿Cómo llegaremos hasta ahí? —preguntó Rudy—. El ascensor está completamente destruido.

Aru hizo una mueca al pensar en el palanquín destrozado.

—De eso me encargo yo —dijo Jambavan.

Dio unos golpecitos en la mesa. Una gota de líquido salió de la superficie y se convirtió en un espejo ovalado. Cuando Jambavan tocó el espejo, Aru vio las vistas desde el exterior de palacio. Era exactamente lo que habían visto al llegar: las ramas desnudas de unos árboles delgados abrazando un cuarto del mundo que parecía caer en el olvido. En algunos lugares, la niebla se arremolinaba en el horizonte y convertía el cielo estrellado en algo oscuro y borroso. Lo único que Aru alcanzaba a ver entre la niebla y las luces eran esos extraños troncos grises que desaparecían en un manto de nubes.

—¿Nos tiramos desde lo más alto del mundo y cruzamos los dedos? —preguntó Aiden.

—Claro que no —dijo Jambavan—. Vais por las escaleras y llegaréis a las puertas.

—¿Escaleras? —repitió Mini.

—¿Puertas? —replicó Aru.

Jambavan pellizcó el espejo con el pulgar y el dedo índice como si estuviera haciendo *zoom* en una pantalla. Y sí, tras los árboles, y casi invisibles por la neblina, estaba el comienzo de una escalera blanca.

—Subid por esas escaleras hasta la plataforma que está junto a las rodillas de los elefantes y la Joya del Sol os guiará hasta la puerta que lleva al laberinto —dijo Jambavan.

Aru se lo quedó mirando.

—¿Elefantes?

—Claro, niña —dijo Jambavan—. ¿Qué te creías que eran?

Señaló los enormes pilares grises y luego miró de nuevo a los Patatas. Cuando Jambavan les viola cara, alejó el *zoom* poco a poco..., más y más..., lejos de la neblina plateada de la creciente, lejos de las escaleras blancas que serpenteaban por un lugar oscuro, lejos del banco de nubes que tapaba la parte superior de los pilares que, ¡sorpresa, eran un animal de verdad!, hasta que Aru se vio ante el espacio exterior. Planetas congelados y estrellas distantes que se movían lentamente como un baile cósmico. Ríos de polvo y luz que aparecían a través de la oscuridad y se mezclaban unos con otros. La vastedad era demasiado grande e incomprensible, pero una cosa era segura...

Todo estaba cargado sobre el lomo de cuatro elefantes gigantes, cada uno de ellos mirando hacia los puntos cardinales. Aru no imaginaba qué pasaría si uno de ellos estornudase. O, no lo quisieran los dioses, qué pasaría si de repente empezaran a tener picores.

—Justo al lado de las rodillas hay una plataforma con puertas giratorias que os llevarán adonde queráis —dijo Jambavan—. Tened cuidado al acercaros. Las puertas pueden ser... —Hizo una pausa y se rascó el hocico mientras reflexionaba.

—¿Difíciles de abrir? —preguntó Aru.

Ella ya sabía que algunas puertas se burlaban de una. A fin de cuentas, había perdido mucho tiempo de su vida empujando puertas que tenían un cartel que decía: TIRAR. No le gustaba hablar del tema.

—No —dijo Jambavan bajando la pata y sin mirarle a los ojos—. Las puertas pueden tener... hambre.

—¿Cómo dices? —preguntó Rudy ojiplático.

—Las puertas van donde quieran en cualquier momento —explicó Jambavan—. Están sostenidas por los sueños y las pesadillas de la humanidad. Las puertas no suelen encontrarse con individuos de carne y hueso. Supongo que cualquier pensamiento que tengáis les dará mucha intriga.

—Normal —dijo Rudy mientras sacaba pecho.

Aiden suspiró y se frotó el puente de la nariz.

—No puedo creer que seamos familia.

—¿Y cuando lleguemos qué hacemos? —preguntó Mini.

Jambavan giró la cabeza hacia el farolillo que estaba junto a Brynne y que contenía los tres fragmentos de las Joyas del Sol. Su brillo ahora era un plácido resplandor, como si estuvieran durmiendo.

—Ahora que las tres piezas están unidas, la gema hará las veces de brújula y os guiará hacia la puerta correcta. Pero no os demoréis. Intentad concentraros solo en una cosa para no llamar la atención de las puertas. Cuando aparezca la correcta, abridla y entrad.

«No parece muy difícil», pensó Aru, más relajada. Lo único que tenían que hacer era seguir las Joyas del Sol. Daban bastante luz, así que eso no sería un problema.

—Una última cosa —dijo Jambavan—. Hagáis lo que hagáis, no toquéis a los elefantes. Se asustarán.

—Tranquilo, no lo haremos —respondió Brynne dándole unos golpecitos al farolillo.

En aquel momento, empezó a soplar el viento por los arcos de la cueva de Jambavan. El ruido le puso a Aru la piel de gallina. Era como si alguien estuviese chillando.



DIECIOCHO

Cabeza vacía, cero pensamientos

Puede que el viento ululara, puede que el reloj avanzara y que los Patatas estuvieran cada vez más nerviosos por atrapar al Durmiente, pero al menos tenían las Joyas del Sol.

—¿Cuánto crees que vale esto? —preguntó Brynne midiendo el farolillo.

—Ni idea —respondió Mini—, pero creo que podrías alimentar a todo un país.

—O comprarlo —dijo Brynne—. O muchas islas privadas.

—Voto por lo último —dijo Aru señalándola.

Mini suspiró y le echó una mirada tipo «¿por qué son así?» a Aiden. Este se limitó a reír, mientras que Rudy reflexionaba sobre el precio de varios objetos en el mundo humano que le habían llamado la atención.

—Seguro que puedes comprar por lo menos cinco chinches con la gema Syamantaka —dijo mientras se preparaban para salir del reino de Jambavan —. O una caja entera de clips.

Rudy creía que las chinches eran las armas más avanzadas que la humanidad podía ofrecer. Nadie le había dicho nunca lo contrario. En cuanto a los clips, le gustaba prendérselos de las uñas y fingir que eran garras.

—¿Estáis listos? —preguntó Jambavan con decisión—. Os acompañaré hasta las escaleras, pero luego tengo que volver.

Antes había salido para limpiar el camino de las escaleras que llegaban hasta los elefantes que sostenían el mundo. Aún tenía nieve en polvo en el bigote y sobre el denso pelaje negro de los hombros. El viejo rey oso parecía

triste por verlos marchar. Desde la pelea con Brynne había más brillo en sus ojos y parecía un poco más recto.

Los Patatas se miraron unos a otros, como si se dijeran cosas sin hablar. A partir de ahora, quedaban cuatro días hasta que la entrada del laberinto se cerrara para siempre. Cuatro días en los que Aru esperaba recuperar su arma divina, al igual que Brynne.

Incluso en ese instante el bastón de viento brillaba en el cuello de su hermana, que estaba mucho más serena. Aru se sentía aún más rara y desequilibrada. Intentaba no pensar mucho en eso, pero el sentimiento seguía ahí.

—Estamos listos —dijo Aru.

Jambavan señaló la puerta. Un viento invernal lo siguió hasta adentro y aunque la chaqueta de Nikita la mantuviera caliente, sintió un escalofrío que le atravesó el abrigo.

Desde el momento en el que pusieron un pie fuera del palacio de Jambavan, Aru no despegó los ojos del farolillo. Como Brynne era la única que había recuperado su arma divina, los Patatas habían decidido que fuera ella quien encabezara la marcha junto a Jambavan. Detrás de ella iba Aiden con sus dos cimitarras escondidas en las mangas. Rudy lo seguía portando una roca encantada para crear una barrera de sonido y evitar distracciones. Luego iba Mini y, después, Aru.

Aru intentaba pensar solo en el brillo de la nieve a medida que zigzagueaban entre los árboles y pisaban el suelo húmedo durante lo que parecían eones. Al final, se detuvieron.

—Echad un último vistazo, chicos —dijo Jambavan.

Aru levantó la cabeza. Estaban en la base de una enorme escalera hecha de piedra blanca. Los escalones medían casi diez metros de ancho y llegaban tan arriba del cielo que desaparecían entre las nubes. Debajo de la brillante escalera no había nada salvo espacio... y una pata de elefante gigante cuya piel gris estaba marcada con cicatrices. El resto del cuerpo era demasiado grande para verlo bien desde donde se encontraban.

—Venga, marchaos —dijo Jambavan—. Tened cuidado con lo que os aguarda al otro lado. Como ya he dicho, hay muchos que solo quieren que el mundo empiece de nuevo.

Brynne asintió y dio el primer paso. Aiden, Rudy y Mini la siguieron, todos agacharon la cabeza y unieron las manos en señal de respeto al pasar

por delante de Jambavan. Cuando le tocó a Aru, el rey oso extendió una pata.

—Esto es para ti, hija de Indra —dijo Jambavan. En la mano tenía la punta de una afilada garra negra, más o menos del tamaño de un lápiz. Aru la cogió con cuidado. Pesaba menos de lo que pensaba, como si estuviera hueca.

—¿Para qué es? —preguntó con optimismo. Quizá fuera un arma chula que podría usar para no sentirse tan inútil.

—Para que me recuerdes —dijo Jambavan.

—¿Por qué me la das a mí? —preguntó tratando de ocultar su decepción.

El rey oso miró a sus hermanas y amigos mientras estos subían por la escalera.

—Porque creo que tú ves más de lo que dices —murmuró—. Quizá esto te ayude cuando tengas que tomar una decisión.

—¿Qué decisión? —preguntó Aru mientras se guardaba la garra en la mochila.

Como Jambavan no respondió, Aru alzó la mirada, pero el rey oso ya se había ido.

Mientras subían las escaleras, nadie dijo ni mu. Nadie se quejaba de que le dolieran los pies o la espalda. Parecía que llevaban escalando toda la vida. Aru sabía las normas.

«Concéntrate».

«No llames la atención de las puertas».

Al final, Aru notó que las nubes les abrían paso. La superficie de los escalones se suavizó y se aplanó tanto que parecía un espacio mucho más ancho. Como el gimnasio de un colegio. En la piedra blanca, vio las sombras de un montón de puertas que giraban a su alrededor. Era como si los Patatas estuvieran en una noria.

«El farolillo parece que brilla más en una de las puertas», dijo Brynne a través del vínculo mental. «Despacio. Cuatro escalones cuando os avise. Tres..., dos...».

Cuando dijo «uno», Aru dio un paso. Mini siguió a Rudy y Aiden se movió en sincronía con Brynne. Aru respiró y relajó los hombros un instante. Lo estaban haciendo... Un poco más y lo habrían conseguido.

En el tercer escalón, Aru cerró los ojos. Se suponía que solo era un segundo. La luz de la Joya del Sol le estaba dando dolor de cabeza. Sin embargo, en cuanto Aru cerró los ojos, hizo algo que no quería hacer...

Sintió esperanza.

Y con esa esperanza vio la entrada del laberinto en el parque Lullwater donde su madre los había llevado. Aru se imaginó a su madre sonriendo con orgullo mientras el brillo del *vajra* competía con la misma Joya del Sol.

«¿QUÉ ESTÁ PASANDO?», preguntó Brynne con miedo.

Aru abrió los ojos de repente. Las sombras de las puertas se habían acercado como un cepo. Ahora estaban tan cerca que Aru veía la sombra de algo que le resultaba familiar. Era la entrada de caoba del despacho de Krithika Shah. En una esquina de la madera estaba el gatito que Aru había dibujado con un rotulador negro cuando tenía ocho años. Aru apartó la vista rápidamente.

Demasiado tarde. Había mirado por la puerta... y la puerta se había dado cuenta.

«¡Está girando, se va!», dijo Brynne por el vínculo mental. «Ahora está a la izquierda. Dad seis pasos. No miréis...».

«Concéntrate», se dijo Aru mientras se le aceleraba la respiración. Intentó vaciar la mente, pero era como si las puertas supieran que habían encontrado una brecha en ella. Con cada paso, Aru se percataba de una entrada más cercana. Ahí estaba la puerta de cristal que llevaba al despacho del director. Ahí...

«Me están siguiendo», dijo Mini por el vínculo. «Lo huelo. ¿Falta mucho para llegar?».

«¡No pienses en eso, Mini!», exclamó Brynne.

«Es como mi...».

La alarma se disparó en la cabeza de Aru.

«NO, MINI, NO PIENSES EN ESO».

«Sótano», dijo Mini.

En cuanto Mini dijo «sótano» fue como si lo hubiese invocado. Aru sintió que su sombra caía sobre ella. Intentó no mirarla, pero cazó su mirada igualmente. La puerta era de madera y de un alegre color rosa. Un pestillo de metal deteriorado colgaba a la altura de su rostro como si fuera una lengua. Y se abrió con un chirrido.

Un día del verano pasado, se fue la luz en la casa de los Kapoor-Mercado-López y toda la comida que había en la nevera del sótano se estropeó. Nadie se dio cuenta hasta que pasaron unas semanas. Aru aún recordaba el hedor de la carne podrida y toda esa fruta llena de gusanos. El suelo de ladrillo desapareció bajo sus pies y cambió a la dura alfombra roja que los padres de Mini se habían traído de un viaje.

—¡NO! —gritó Aiden.

Aru vio que Mini tenía los ojos llorosos y miraba al frente de forma inexpresiva. Por lo menos quince puertas los rodearon. Aru reconoció la puerta iluminada de su biblioteca favorita, abierta de par en par para que pudiera sumirse en su calor. Luego estaba la peligrosa puerta del aula de su profesora de geometría de sexto. Al lado, una puerta llena de luces que reconoció como la entrada de un restaurante italiano al que había ido con su madre y...

—Mírame, Shah —dijo Aiden agarrándole la mano.

Aru apartó la mirada de las puertas y lo miró a los ojos. Notó que las puertas giraban a su alrededor, cada vez más y más cerca. Sentía el áspero roce de la madera y el sonido de música a lo lejos, como si la puerta ardiera en deseos de atraparla.

La mirada de Aiden la tranquilizó y, por primera vez, alcanzó a ver lo que sucedía a su alrededor.

Más adelante, Rudy sostenía una de sus piedras encantadas. Las puertas retrocedieron por el estruendo que esta emitió. ¿Era como de... trituradora? ¿Un cortacésped? A su lado, Mini se mecía de un lado a otro. La puerta de su sótano se le acercó poquito a poco hasta quedar muy muy cerca. Aru estaba a punto de cogerle la mano a Mini para alejarla de allí cuando Brynne pegó un grito.

—¡AQUÍ ESTÁ! —exclamó—. ¡El farolillo dice que es esta!

Efectivamente, la puerta que Brynne tenía delante era un rectángulo de oro líquido. Al lado, una puerta de cristal que parecía humo teñido de violeta se movía como si quisiera llamar su atención. Junto a esa, había otra cubierta de partituras.

—¡Solo tengo que abrirla! —gritó Brynne. Luego, abrió muchísimo los ojos—. MINI, ¡NO!

Brynne levantó la mano. El bastón de viento voló directo a su palma; el cabezal apuntaba hacia la puerta del sótano que se había abierto cuando Mini la había tocado.

«Quiero irme a casa», pensó Mini. «Quiero que todo vaya bien. Quiero que mis amigos estén bien. Quiero que nos despertemos todos ya de esta pesadilla...».

Brynne apuntó con el bastón y una ráfaga de viento se estrelló contra la madera sólida. Aru pensó que se cerraría al instante, pero solo le temblaron un poco las bisagras. Era como si los pensamientos de Mini la mantuvieran abierta. Mini se acercó a ella.

Brynette refunfuñó. Esta vez, lanzó el bastón de viento entero hacia la puerta. La fuerza del impacto la cerró con un chirrido enfadado de las bisagras.

Mini tropezó hacia atrás. Se estremeció y miró a su alrededor.

—¿Qué acaba de pasar?

—Nada —dijo Aru—. Bueno..., casi, pero no pasa nada porque...

Antes de que Aru pudiera terminar la frase, la plataforma se inclinó hacia un lado para evitar la repentina nube de tormenta que se estaba produciendo en el vacío.

Brynette, que tenía la mano estirada para coger el bastón de viento que se movía como un búmeran, patinó. Estuvo a punto de cogerlo, pero le fue de unos milímetros.

Aru vio el arco que dibujaba el bastón de viento mientras el tiempo se ralentizaba a su alrededor.

—Oh, oh —dijo Rudy.

Aiden dio un gran salto para coger el bastón. Con los dedos rozó el metal, pero no consiguió cogerlo. El bastón golpeó la dura piel del elefante que sujetaba el mundo. Luego, se dirigió hacia Brynette de nuevo, que lo agarró con una sola mano. Bajo los pies, la plataforma se enderezó.

Los cinco Patatas se quedaron helados. Incluso las puertas que les rodeaban se quedaron quietas. Aru miró a sus hermanas.

—Quizá el elefante no se ha dado cuenta.

Muy a lo lejos se oyó un barrito de elefante. Era un sonido de enfado e hizo que el suelo temblara y se rompiera la piedra.

—Vale, tenemos que movernos rápido —dijo Brynette sujetando el farolillo.

Sin embargo, el enfado del elefante al que habían golpeado no era nada en comparación con el de las puertas. Todas se cerraron a la vez, girando como un torbellino sobre la plataforma. Aru ya no sabía qué puerta era la entrada del laberinto. La luz de la Joya del Sol rebotaba por todos lados como una linterna defectuosa, paseándose por las diferentes superficies.

—¿Adonde vamos? —preguntó Aru forzando la vista para ver a través de todo aquel batiburrillo de puertas.

—¡Por aquí! —dijo Brynette mientras daba un paso hacia adelante... para luego retroceder—. No, por aquí mejor.

Aru extendió la mano para agarrar fuerte a Brynette, con la otra sujetaba a Mini que, a su vez, agarraba a Rudy, que se aferraba al hombro de Aiden.

—¡Aquí! —dijo Brynette.

La luz abrió una de las puertas. Aru no veía la superficie. Todo estaba completamente oscuro como si una mandíbula los engullera.

—¡Por aquí! —dijo Brynne mientras caían al vacío—. O eso creo.



DIECINUEVE

Un pequeño descanso de la locura

—Qué raro es esto —dijo una voz familiar.

Aru abrió los ojos. Se sintió ligera, como si estuviera soñando, pero su entorno no se parecía en nada a un sueño. Mini, Brynne y ella estaban encima de un disco blanco. A su alrededor, parpadeaban unas luces reflectantes, como si los Patatas estuvieran pasando por un túnel a toda velocidad.

Sheela y Nikita flotaban frente a ellos, pero no estaban del todo presentes. Por un lado, solo la mitad de las gemelas había aparecido a través de las paredes del túnel y, por otro, sus cuerpos eran translúcidos. Cuando Aru estiró el brazo para tocarlas, atravesó el aire con los dedos. Retiró la mano rápidamente.

—¿Qué está pasando? —preguntó Brynne, dándose la vuelta—. ¿Dónde estamos?

Sheela se chupó el dedo y lo levantó como un marinero tratando de averiguar la dirección del viento.

—Sabe a ensueño —proclamó.

Nikita olfateó el aire y frunció el ceño.

—Os estáis moviendo, pero no estáis inconscientes. Esto no es un sueño cualquiera. Me atrevería a decir que uno de los sitios por los que estáis pasando es el reino de los sueños. O quizás es un plano astral.

—¿Por qué podemos hablar con vosotras, chicas? —preguntó Aru.

—Bueno, nosotras siempre tenemos acceso al plano astral —respondió Nikita con un puntito de arrogancia.

—Creía que íbamos a la entrada del laberinto —dijo Brynne, mientras miraba fuera del túnel de las luces—. Esto no me encaja.

Sheela chupó el aire y cerró los ojos con fuerza.

—No. Este túnel está cerca del laberinto, más o menos, pero... ¿hacia atrás? No sé cómo explicarlo.

Mini lloriqueó. Tenía la mirada fija en las manos y grandes lágrimas le brotaban de los ojos.

—Hemos abierto la puerta que no era, ¿a que sí? Es mi culpa. Lo siento. No quería distraerme.

—No pasa nada, Mini —dijo Aru—, esas puertas daban muy mal rollo. A mí casi me absorbe una...

—Casi —repitió Mini—, pero no. A mí sí. ¿Y si me pasa otra vez? Es como si mi intuición jugase en mi contra.

Aru le dirigió una mirada mordaz a Brynne.

—Eso no es verdad, Mini —dijo Brynne con un tono poco convencido.

—Dadnos buenas noticias —rogó Aru a las gemelas—. Por lo menos hemos conseguido juntar las tres piezas de la joya.

Sheela y Nikita se miraron incómodas y a Aru se le cayó el alma a los pies.

—¿Qué pasa?

—Tenemos novedades —dijo Nikita, mientras escudriñaba el túnel iluminado como si esperase que algo les saltase encima.

—El Durmiente casi ha cruzado el laberinto —dijo Sheela—. Pronto empezará a abrir nuevos caminos para que sus soldados se unan a ellos.

—¿Cómo es posible? —preguntó Aru—. Pensaba que se necesitaba un arma divina para entrar.

—Exacto, para entrar, pero no para salir —repuso Nikita—. Así podrá introducir a su ejército.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Por qué no seguimos a los soldados y entramos de la misma manera? —preguntó Brynne.

Nikita negó con la cabeza.

—Si hacéis eso, solo conseguiréis adentraros en territorio enemigo. Hanuman y Urvashi ya están buscando esas entradas para intentar bloquearlas. Además...

—No servirá de nada si no tenemos cómo vencerlo —dijo Aru cabizbaja.

—La buena noticia es que la Joya del Sol no solo os ayudará a recorrer el laberinto, ¡también romperá todas las barreras a la vez! —exclamó Sheela—. Así que, una vez que estéis dentro, ¡sabremos cómo encontrarlos y lucharemos a vuestro lado!

A Aru le zumbaban los oídos y una presión le atenazaba el pecho. ¿Y si eso nunca ocurría?

Nikita la miró a los ojos y no importó que casi fuera translúcida, porque Aru sintió la intensidad de su mirada como si fuera un sopapo.

—Él ya está presumiendo de su victoria, Aru.

—¿Y la gente se lo cree?

—Si no regresáis pronto... —dijo Sheela con esa mirada medio perdida de una profecía—, le creerán.

—¿Y cuándo podemos salir de aquí? —preguntó Brynne. Intentó salir del disco, pero una especie de barrera invisible la empujó hacia atrás.

Nikita levantó la cabeza como si hubiera visto algo a lo lejos. Sin embargo, Aru solo alcanzaba a ver un interminable túnel de luces multicolores.

—No queda mucho —respondió Nikita. Cerró los ojos, apretó la mano en un puño y la abrió. Cinco coloridos y sólidos pétalos descansaban en su mano —. Colocáoslos en la ropa. Os permitirán camuflaros y os mantendrán ocultos.

—Pero ¿cómo has hecho...? —empezó a decir Aru.

—Hazlo, ¡ya! —dijo Nikita.

Aru los cogió.

—¿Ahora qué? —preguntó Mini.

—Ahora depende de vosotros —dijo Sheela—. No lo veo con claridad. Si no actuáis rápido...



VEINTE

¡El fin del mundo! Pero en plan divertido

—!Ay! —se quejó Aru, avanzando torpemente mientras se masajeaba las sienes.

—¡Oye! —alguien gritó detrás de ella—. ¡No os coléis! ¡Nosotros estábamos antes!

«¿Colarnos?», pensó Aru.

Parpadeó tratando de descubrir dónde estaba. Dio un golpecito con el pie y notó que lo del suelo era arena. De refilón, vio algo enorme, alado y con colmillos, y al dar un salto hacia atrás vio un enorme tocado tambaleándose a un par de metros. La persona que lo llevaba se dio la vuelta. Tenía la cabeza estrecha y plana de un lagarto, la piel rosada y un par de ojos saltones que escudriñaron a Aru de arriba y abajo antes de emitir un sonido desdeñoso con la lengua bífida.

«Qué maleducada», pensó Aru.

—Ay, mi cabeza —dijo Mini, que estaba a su lado.

Excepto Aiden, todos los Patatas se tambalearon y parpadearon varias veces mientras se agarraban la cabeza como si acabaran de sobrevivir a la peor migraña del mundo. Pero, por algún motivo, a Aiden no parecía que le hubiera afectado. Cuando Aru pudo ver bien, él ya había cogido el farolillo con la Joya del Sol y se lo había metido en su mochila *tanvaliosaquemadiepuedetocarla*. Seguía mirando la mochila con cara de extrema preocupación.

—Tomad —dijo Aru aturdida, mientras extendía los pétalos de camuflaje de Nikita—. Pegáoslos en la ropa.

Con un gruñido e igual de aturdidos, todos cogieron un pétalo y se lo pegaron en la camiseta.

Mientras se le iba despejando la cabeza poquito a poco, Aru se dio cuenta de que habían salido por un muro lleno de espejos y habían ido a parar a una cola que se extendía al menos un kilómetro en cada dirección. La gente aparecía por la izquierda y la derecha, salía del mismo muro con un sonoro ¡pop!, lo que significaba que el muro era una especie de entrada.

Pero ¿adonde? A juzgar por el cielo medio diurno y medio nocturno sobre ellos, se encontraban en algún lugar del Más Allá. Sin embargo, Aru nunca había pisado aquellas tierras. Era un desierto de arena negra formado de dunas cambiantes y brillantes que le recordaban a las crestas ondulantes de una enorme criatura.

Aiden levantó a Sombragrís e hizo un par de fotos.

—No veo nada por aquí cerca. Ni edificios, ni carteles...

—¡EH! ¿Por qué os habéis quedado ahí plantados? —preguntó alguien más atrás en la cola. Era una mujer muy pálida y con pelo de fuego que llevaba puesto lo que parecía una cota de malla hecha con bastoncillos de algodón—. ¡Seguid avanzando! ¡No sois los únicos que esperan la oportunidad de alcanzar el estrellato!

«¿El estrellato?».

Una Brynne todavía tambaleante y mareada empujó a Aru hacia adelante con un ligero gruñido. Aru miró la cola que tenía delante. Estaba avanzando muy rápido. Antes apenas podían respirar, pero ahora la criatura con cara de lagarto y tocado estaba mucho más lejos.

Los Patatas trotaron para alcanzarlos, doblando la curva del muro hasta que vieron un edificio. Aru parpadeó. Al otro lado del muro se alzaba un pabellón de cristal. Muchos animales hechos de humo —peces saltarines, águilas voladoras y caballos rampantes— rodeaban la cúpula y se oía música proveniente del interior. No obstante, el cristal era esmerilado y no podía verse lo que había dentro.

—Está hechizado —dijo Rudy levantando una mano—. Creo que es una especie de... sala de conciertos.

—¿Sala de conciertos? —repitió Aru—. ¿En el medio de la nada? ¿Qué sentido tiene?

—¿Dónde está el laberinto? —preguntó Mini, mordiéndose el labio—. La he fastidiado de verdad, ¿a que sí?

Aru quiso consolar a su hermana, pero alguien empezó a gritarles desde más atrás.

—¡COMO NO OS MOVÁIS OS VOY A CHAMUSCAR!

Aru se dio la vuelta dispuesta a soltarle cuatro frescas, pero entonces descubrió que quien les estaba chillando era, literalmente, una columna de llamas viviente. Que encima medía tres metros. Así que cambió de opinión.

—Sí, venga, vamos —dijo Aru avanzando a toda prisa.

La cola se movió tan rápido que a los Patatas no les dio ni tiempo a charlar. De vez en cuando oían un chillido agudo o un sollozo profundo en la parte de delante, pero fueron cesando a medida que se acercaban. La pared de espejos se desvaneció. Una nueva parte del edificio se hizo visible: una gran puerta roja que flotaba a medio metro del suelo.

Junto a ella había un *yaksha* que parecía tremadamente aburrido. Era bajo y delgado, tenía la piel verde menta y algo de musgo sobre las orejas puntiagudas. Llevaba una camiseta blanca con agujeros y unos pantalones desgastados de cuero bajo un elaborado *sherwani* de brocado. En su serio rostro, un par de brillantes gafas de sol se posaba sobre la prominente nariz. Al otro lado del *yaksha* verde estaba la cortina que daba paso a la enorme carpa. Desde donde se encontraba Aru costaba ver el interior, pero a través de una grieta vislumbró un claro. Formas oscuras se movían al otro lado de la pared de cristal.

—Sí, mira, eres el séptimo que dice ser un as con el ukelele —decía *yaksha* verde. Estaba hablando con una pequeña banda de *vanaras* al frente de la cola. Iban ataviados con hojas de palmera y plátano, y llevaban varios instrumentos musicales encima.

Su líder, que estrujaba una gaita contra el pecho, empezó a llorar.

—¡Pero llevamos años practicando! ¡Solo queremos una oportunidad para actuar en la final!

El *yaksha* bostezó.

—No.

—¡Por favor! ¡Piense en mi familia! —exclamó el líder, que le puso una foto en las narices—. ¿Qué le digo yo ahora a mi hijo?

—Caballero, es un gato.

—BUENO, ES LO MÁS PARECIDO QUE TENGO A UN HIJO...

—Siguiente —dijo el *yaksha* con voz aburrida.

—Podemos hacer una gran versión de *Jolene* de Dolly Parton. Denos una oportunidad...

La puerta roja se tambaleó hacia delante. Se abrió y la banda desapareció con un chillido. Lo único que quedó de ellos fue una fotografía tirada en la

arena. En ella aparecía un gato naranja y gordo con un gorro de Papá Noel sentado en una silla. No parecía muy contento.

Ahora, la criatura con cara de lagarto y el tocado verde se movió hacia delante, lo que permitió a Aru ver mejor la entrada. Dentro había un amplio claro de hierba segada de, al menos, el tamaño de dos campos de fútbol. Las gradas se alineaban a los lados del claro y en el centro había un escenario de cristal brillante. Flotando justo encima había otra puerta púrpura y descolorida por los bordes. Unas volutas de humo salían de ella y al entrelazarse formaban fantásticos caballos alados y delfines que se retorcían en el aire.

Brynne miró por encima del hombro de Aru, con el ceño fruncido.

—Reconozco esa puerta de la plataforma del elefante, pero no es la que escogió la Joya del Sol.

—Creo que estaba junto a la puerta del laberinto —susurró Mini. Su mirada se desvió hacia el *yaksha*, que estaba a menos de tres metros de ellos y enzarzado en algún tipo de discusión con la persona con cara de reptil—. No debemos estar muy lejos de donde se supone que debemos ir, ¿no? Es tal y como dijo Sheela y...

—¿Cerca del laberinto y hacia atrás? —dijo Aru, repitiendo lo que su hermana había mencionado en el plano astral.

—¿Y si no encontramos la puerta del laberinto a tiempo? —preguntó Mini alzando la voz—. ¿Deberíamos cruzar esa? ¿Qué pasa si...?

—¡SIGUIENTE! —vociferó el *yaksha* verde.

La criatura con cara de lagarto se había desvanecido. Junto alyuC^a, la puerta roja se hinchó y luego se estrechó. Fue como si hubiera eructado después de haberse zampado algo.

Una pluma rosa giró en el aire.

Aru tragó saliva. Aquello no presagiaba nada bueno.

—Hola —dijo, avanzando un paso hacia el *yaksha*. Miró a sus hermanas y después la puerta morada que flotaba sobre el escenario. ¿Cómo iba a pedir indicaciones para llegar al laberinto?

—¿Y bien? —preguntó el *yaksha* dando golpecitos con el pie—. ¿Tienes algún talento? Y no me digas que el ukelele. Han pasado como unos cien ya. Y si empiezas diciendo que se te daba genial en la banda de música, déjame que te diga que no, niña.

Aru frunció el ceño. Para empezar, ni siquiera había tocado en una banda de música. Tras un pequeño incidente con el trombón, la habían animado a probar una actividad extracurricular distinta. Todavía estaba resentida.

—Eh..., ¿tenemos que tener un talento para entrar? —dijo Mini—. Esperábamos poder entrar al... laberinto...

El *yaksha* se bajó las gafas. Sus ojos eran del color de las rocas del fondo de un río, y la mirada que les echó fue igual de fría e indiferente.

—¿Y vosotros sois? —preguntó el *yaksha* burlándose de Mini.

Detrás de Aru, Rudy pareció a punto de estallar de la indignación, pero Aiden le dio un fuerte codazo.

—Los únicos a los que se les permite el acceso —dijo el *yaksha* enfatizando esa última palabra con los dedos como si fueran unas comillas— a la final son los artistas que se consideran dignos de actuar en ella. Y solo para tener el honor de presentarse a una audición, ¡hay que tener mucho talento! E incluso en ese caso, puede que la puerta no se abra. Se requiere la presencia de un verdadero genio, tener un *je ne sais quoi*.

«¡La Joya del Sol nos abrirá la puerta!», pensó Mini a través del vínculo mental.

«Podría elevarnos fácilmente con el bastón», respondió Brynne.

Aru sonrió; la esperanza anidó en su pecho. ¡Podían conseguirlo! Solo tenían que convencer al cazador de talentos o lo que fuera ese personaje.

—Lo haremos —dijo Aru en voz alta.

El *yaksha* resopló.

—Querida, miles han tratado de pasar a la segunda ronda y han fallado. ¿Crees que eres la única deseando actuar en el escenario del apocalipsis? Cuando el gran Señor de la Destrucción baile y destruya la existencia, ¡nosotros nos uniremos a él en esa danza! ¡Y no vamos a permitir que unos artistas de pacotilla nos arruinen el fin del mundo!

Aru pestañeó.

—Espere... Todos los que están aquí... ¿quieren ver la destrucción del mundo?

Cuando el rey Jambavan dijo que había otros como él, Aru se había imaginado a ermitaños en una cueva haciendo las paces con el fin de los tiempos. No a gente disfrazada de pollo, cantando ópera al fondo.

—Algunos bailan con la esperanza de que cuando volvamos a pertenecer al universo encontraremos la felicidad que perdimos durante nuestra existencia —dijo el *yaksha* con expresión melancólica—. Otros bailan porque han perdido la esperanza. El ejército del Durmiente es imparable. Incluso las Pandava nos han abandonado.

—Eso no... —empezó a decir Brynne, pero Aru la silenció con una mirada rápida y le dio una palmada al pétalo de camuflaje pegado a la ropa.

—Vale y la solución cuál es, ¿crear un *Factor X* versión apocalíptica? —preguntó Aru.

El *yaksha* no le hizo ni caso.

—Ya me habéis hecho perder bastante tiempo. ¿Tenéis algún talento o no?

Oh, oh. Esa parte no la había pensado...

—Es... un secreto —dijo Aru.

La puerta roja se acercó. Parecía extremadamente brillante..., como si estuviera cubierta de sangre. El *yaksha* sonrió.

—Pero si nos da la oportunidad, lo dejaremos de piedra —dijo Aru, mientras caminaba hacia atrás—. Es tan increíble que no podemos contarla.

El *yaksha* le hizo un ademán a la puerta roja del rechazo para que no se moviera del sitio. Mini hizo una mueca.

Brynne se conectó al vínculo mental.

«¿Y si salimos corriendo? Podría utilizar el bastón para abrirnos paso...».

—Y ni se os ocurra echar a correr —dijo aburrido el *yaksha*—. El estadio está protegido por huracanes vivientes. Os harán pedazos antes de que os deis cuenta, así que, al menos que conozcáis a algún pez gordo, es hora de irse.

—¡Conocemos a alguien! —dijo Aru—, ¿verdad? —Miró a sus amigos con un asentimiento para que le siguiesen el juego.

—¿De verdad? —dijo el *yaksha*—. ¿A quién?

Rudy abrió la boca, sin duda para soltar su frase estrella: «Soy un príncipe», cuando alguien más habló en su lugar. Alguien que Aru no esperaba.

Aiden se adelantó con el rostro un poco pálido y la cámara colgando descuidadamente de las manos. Cuadró los hombros, estiró el cuello y dijo:

—La *apsara* Malini.

El *yaksha* chilló.

—¿Malini?

Aiden se limitó a encogerse de hombros.

—Sí, ya sabe, antiguamente una de las mayores celebridades del cosmos. La que tenía tal voz que una vez provocó un tsunami.

El *yaksha* se le resbalaron las gafas de la nariz.

—¡Nadie la ha visto desde hace años! ¡Es imposible que la conozcas!

Aiden extendió la cámara y pasó las imágenes hasta encontrar una de su madre. Debía de ser la última que le hizo en casa antes de embarcarse en esta aventura. El rostro de su madre reflejaba preocupación y esperanza. El sol se colaba por las ventanas de la cocina y capturaba su encanto propio del Más Allá. Aiden pasó la imagen para enseñarle algo más informal, un selfi de los dos juntos.

—Dios mío... —dijo el *yaksha*. Es ella... ¡Estás diciendo la verdad!

Una ráfaga de viento despeinó a Aiden. El contorno de su cuerpo se iluminó.

—Qué dramáticos —murmuró Rudy.

«Bueno, bueno, ya tenemos aquí el encanto de Querida», pensó Mini.

—Soy su hijo —replicó Aiden—. Soy el único que heredó su don antes de que ella renunciase por completo al Más Allá. Venga, va, míreme.

«No miréis», dijo Brynne a través de sus mentes.

Aru apretó los párpados con fuerza. Los poderes de *apsara* que Aiden había heredado de su madre eran un arma temible. Si de verdad quería —y no solía ser el caso—, Aiden podía hacer que sus ojos brillaran tanto que parecía que hubieran absorbido toda la luz del mundo. Su voz adquiría entonces un tono agudo y aterciopelado y los atónitos mortales acababan haciendo alguna estupidez. Como bailar un vals sin música. O cantar. (No es que Aru hubiese hecho nada remotamente estúpido bajo la influencia de sus poderes de *apsara*...).

—Me cree —dijo Aiden.

Cuando habló, una cálida brisa los envolvió. El aire tenía un toque dulce a lilas. A Aru se le calentaron las mejillas.

—Ahora ya sabe quién soy —dijo Aiden—, y nos dejará entrar sin más preguntas.

—Por supuesto —dijo *yaksha* con voz embelesada.

—Muy bien.

Aru abrió los ojos cuando la voz de Aiden perdió ese dejo peculiar y volvió a la normalidad. La puerta roja parecía ahora un poco más lejana.

—El hijo de Malini siempre es bienvenido —dijo el *yaksha* con tono agradable. Sin embargo, un momento después se le endureció la mirada mientras repasaba al resto de los Patatas—. Pero ¿ellos qué?

Aiden los miró y Aru vio que se hallaba en un dilema. Y, entonces, Aiden suspiró.

A su lado, Rudy contuvo la respiración y luego susurró:

—Madre mía. Lo va a decir, ¿a que sí?

—¿Decir el qué? —preguntó Mini.

Aiden cerró los ojos mientras se daba la vuelta para mirar al *yaksha*. Levantó la mano señalando a los Patatas.

—Ellos...

«Ay, por Dios», pensó Aru.

—Ellos son mi banda.

Rudy no pudo contener un chillido.

El *yaksha* los observó con mirada indiferente. Se encogió de hombros.

—Muy bien. Te daré una oportunidad, hijo de Malini, pero si los jueces no creen que tu banda sea merecedora de un puesto en la final, estáis fuera. ¿Entendido?

La gran puerta roja se movió hacia atrás malhumorada.

Lina parte de Aru se regocijó. ¡Estaban dentro!

Sin embargo, la otra parte no estaba tan contenta. Aru no tenía precisamente un talento para la música... Podía tocar lo que ella llamaba la «guitarra nasal» —que consistía en tararear una melodía mientras se tapaba una fosa nasal y fingía rasguear el otro lado de la nariz—, pero no era lo que se dice muy popular en las fiestas. De hecho, Brynne había dicho en más de una ocasión que sería una técnica de tortura muy útil en los interrogatorios.

El *yaksha* agitó las manos en el aire y apareció un portapapeles rosa. Sus gafas de sol —que habían vuelto a colocarse en su sitio por arte de magia— se transformaron en un par de gafas de lectura.

—¿Cómo se llama tu grupo para que pueda añadirlo a la lista?

Aiden frunció el ceño.

—Esto...

—¡SOMOS LOS ÁNGELES DE RUDY! —gritó Rudy—. NOS CONOCEN COMO LOS ÁNGELES DE RUDY. NO HAY NOMBRE IGUAL.

Rudy estaba tan emocionado que Brynne tuvo que sujetarlo por los hombros para mantenerlo en su sitio. Incluso a Mini, que no había sonreído ni una vez desde el incidente con el elefante, se le escapó una sonrisa.

Aiden suspiró de nuevo y se volvió hacia *yaksha*.

—Eso es... Nos llamamos Los Ángeles de Rudy.



VEINTIUNO

Con todos ustedes,
¡Los Ángeles de Rudy!

En cuanto dejaron pasar a los Patatas a la carpa con un breve «Alguien os recibirá enseguida. ¡SIGUIENTE!», el interior de la sala cambió. Desde fuera, parecía hermoso y tranquilo, con su escenario de cristal y la puerta flotante del portal.

Sin embargo, dentro reinaba el caos.

Aru ahora veía un puñado de tiendas de campaña detrás de un semicírculo gigante de gradas. Los artistas entraban y salían entre las solapas. Varios artistas estaban ensayando en el claro: malabaristas, bailarinas aladas, un trío de criaturas arbóreas de las que brotaban rosas mientras cantaban y un grupo de artistas del fuego que eran, literalmente, llamas andantes. Varias tarimas de madera con banderas numeradas flotaban en el aire a la izquierda del escenario principal de cristal.

—Seguro que esos escenarios son para las audiciones —dijo Rudy mientras fulminaba con la mirada al resto de participantes—. Vamos a machacarlos a todos.

En ese momento, una roca rodó hasta ellos. Se detuvo a seis metros de Rudy. Unos huecos escarpados se abrieron en mitad de la superficie y adoptaron lo que parecía una cara de fastidio.

—Bueno, a casi todos —rectificó Rudy.

La roca se alejó rodando despacio.

—Olvídate de la competencia, anda —dijo Brynne, señalando el escenario de cristal a unos pocos metros—. Ese es nuestro objetivo.

Sobre el escenario, como un foco orientado hacia abajo, se alzaba el portal violeta. Aru sintió un nudo en la garganta al mirarlo. Con suerte, ese sería el último obstáculo entre ellos y el laberinto.

Aru se miró las manos vacías. Estaban tan cerca de la entrada y, aun así, no estaba más cerca de recuperar sus poderes.

—Esas cosas no parecen muy simpáticas —dijo Rudy.

Aru volvió a prestar atención. El *yaksha* había dicho que el escenario estaba bien protegido, pero no lo parecía cuando estaban en la cola. Ahora que habían pasado el umbral, vio que unos enormes jaguares acechaban alrededor del escenario. ¿Serían ellos los «huracanes vivientes»? Sus ojos no eran más que puntos de luz y sus largos dientes brillaban como cuchillos afilados.

—Yo podría derrotarlos —dijo Brynne, a quien le resplandecía la gargantilla que escondía el bastón de viento.

—Pero el resto no —dijo Mini bruscamente—. Por no hablar de que quien o lo que sea que esté acechando por aquí podría atacarnos si intentamos correr hacia el portal. Eso significa que para llegar a ese escenario tenemos que pasar las audiciones.

—Y con todos ustedes, ¡Los Angeles de Rudy! —coreó felizmente Rudy hasta que vio la mirada de pocos amigos de Mini.

—Con el pequeño inconveniente de que no tenemos ningún talento musical —dijo Aru.

—Todavía —replicó Aiden, susurrando para sí mismo mientras daba golpecitos nerviosos con los dedos en las correas de su mochila.

Brynne parecía terriblemente ofendida.

—Oye, que yo sé tocar el arpa.

«Es verdad», pensó Aru. «¡Pero no muy bien!».

No lo expresó telepáticamente, pero Brynne la miró con el ceño fruncido igual.

—Una vez toqué el violín... —dijo Mini con el ceño fruncido—, me provocó una hemorragia nasal.

Aru estaba a punto de preguntar cómo demonios era posible cuando oyó un gran alboroto detrás de ellos. Tres *yakshas* de aspecto importante pasaron por su lado, seguidos por un séquito de criaturas del Más Allá.

—¡YA OS LLEGARÁ EL TURNO! ¡ABRID PASO! —gritó uno de los miembros del séquito—. ¡HE AQUÍ LOS JUECES!

«¿Jueces? Ay, madre», pensó Aru.

Los *yakshas* llevaban trajes con hombreras acolchadas idénticos salvo por los colores: uno era de oro brillante, otro de plata resplandeciente y el tercero de una deslumbrante gama de purpurina. Los tres jueces llevaban gafas de sol con monturas elaboradas que escondían la mayor parte de su rostro moreno. Algunos de los artistas intentaron acercarse a ellos, pero el séquito los apartó.

La jueza con el traje plateado gritó.

—¿CÓMO VA A JUZGAR LA DAMA MEDIALUNA SIN SU ANILLO DE LA SUERTE? ¿ALGUIEN LO HA VISTO?

La mitad del séquito se dispersó por el claro y se dejó caer boca abajo para inspeccionar la hierba.

El juez *yaksha* con el traje dorado gritó:

—¡EL SEÑOR DEL ATARDECER EXIGE QUE SU HABITACIÓN ESTÉ A SESENTA Y SIETE GRADOS EXACTOS Y QUE HAYA UN CUENCO DE SUGUS AMARILLOS ESPERÁNDOLO DESPUÉS DEL DICTAMEN!

Aru hizo una mueca. ¿Solo sugus amarillos? Qué asco. Era el peor sabor de todos.

—¡EL ARTISTA ANTES CONOCIDO COMO LUZ ESTELAR EXIGE SABER POR QUÉ NO RECUERDA LO QUE ESTABA PENSANDO HACE UN MOMENTO! —gritó el *yaksha* de purpurina—. ¿ACASO ALGUIEN LE HA ROBADO SU ÚLTIMO PENSAMIENTO?

—Vosotros debéis de ser Los Ángeles de Rudy —dijo otra voz.

Aru se dio un susto de muerte al ver que alguien salía del suelo de repente. Era una *yakshini* menuda de piel lechosa con ojos oscuros y líquidos enmarcados por largas pestañas. Tenía una nariz respingona y una expresión seria, y llevaba el pelo negro cortado en una melenita alrededor a la altura la barbilla. Había un par de alas de cuervo cuidadosamente plegadas sobre las mangas de su traje de terciopelo rojo y transformadas en un bordado de plumas. Alrededor del cuello llevaba una acreditación en la que se podía leer:

«NATALIE D.
COORDINADORA DEL PROGRAMA, FINAL»

—Sí, ¡somos nosotros! —dijo Rudy con orgullo mientras se abría paso hasta el frente del grupo.

Natalie no sonrió. A pesar de ser más bajita que todos ellos, consiguió mirarlos por encima del hombro.

—Los jueces están deseando ver vuestra actuación —dijo antes de girar sobre sus talones—. Acompañadme hasta vuestra tienda, por favor.

Natalie los guio a través del claro. No tardaron en llegar a una tienda sin identificación en el lado oeste. El interior era mucho más grande que el exterior y a Aru le recordó al salón del ático de Brynne. Salvo que aquella tenía muchos menos muebles. Solo había un retrete, un espejo de cuerpo entero, un armario, un par de sillas y una mesita de café.

—Se sirven tres comidas al día —los informó Natalie, dejando una pila de carpetas en la mesita de café—. Si tenéis alguna restricción alimentaria, que sepáis que nos da igual.

Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un boli.

—Al firmar este acuerdo, admitís que estáis dispuestos a seguir las reglas y a acatar la decisión de los jueces *yaksha* para tener la oportunidad de actuar en la final, el único concurso de talentos del multiverso dedicado a acompañar el apocalipsis con la mejor actuación de la historia para ponerle el broche final —dijo Natalie con calma—. Por la presente aceptáis todos los riesgos de actuar en un anfiteatro cargado de tragedias y nos eximís de toda responsabilidad en caso de que sufráis, entre otras cosas, mutilaciones, transfiguraciones o seáis reducidos a cenizas.

Aru, Brynne y Mini pusieron la misma expresión horrorizada.

—Bueno, quizá podemos negociar eso de... —empezó a decir Aiden antes de que Rudy empuñase el bolígrafo.

—SÍ —dijo Rudy.

—Ya da igual —respondió Aiden.

Natalie se subió la manga para echarle un vistazo al reloj.

—Vuestra prueba será dentro de unas doce horas aproximadamente.

—¿Doce horas!? —exclamó Brynne—. ¡Pero nos estamos quedando sin tiempo!

Natalie los atravesó con una mirada helada que incluso Nikita habría envidiado.

—Pues como todos, concursante.

En cuanto se quedaron solos, Aiden se desplomó en el sofá y dejó caer la mochila entre los pies. Se tiró del pelo, con los ojos muy abiertos y frenéticos.

—¿Por qué somos tan...?

—¡¿AFORTUNADOS?! —lo interrumpió Rudy mientras sacaba todos sus cristales y los colocaba con delicadeza encima de la mesa—. Venga

chicos, sé que cuando decís que no tenéis ningún talento estáis bromeando. ¿Qué sabéis hacer?

—Bueno, yo sé tocar...

—Aru, ni se te ocurra decir «guitarra nasal» —dijo Brynne.

Aru se calló de golpe, ofendida.

La felicidad se desvaneció del rostro de Rudy.

—¿De verdad que no sabéis tocar nada?

Brynne abrió la boca.

—Bee, el arpa no cuenta —repuso Mini.

Brynne cerró la boca. Las tres hermanas se miraron enfadadas las unas a las otras.

—¡Si no sabéis hacer nada, nos van a echar a patadas de la prueba y no conseguiremos llegar a la final!

—¿Crees que no lo sabemos? —exclamó Aru—. Quizás podemos hacer otra cosa como..., no sé, ¿danza interpretativa?

—No —contestaron Rudy, Mini y Brynne al mismo tiempo.

—Bueno, pues esa era mi primera, última y única idea —dijo Aru—. Y los talentos no salen por arte de magia...

—De hecho, sí —dijo Aiden.

Todos se volvieron para mirarlo. Guardó silencio. Algo brillaba entre sus manos. Aru lo había visto antes, una única nota de música arrancada del aire por Malini en persona.

«Os permitirá invocar a mi familia».

Aru recordó la mirada de amargura en el rostro de Aiden cuando su madre había dicho eso.

La nota brilló aún más en la mano de Aiden y desprendió un perfume de canción que hizo que Aru se sintiera a la vez somnolienta y embelesada, como si se hubiera pasado toda la tarde en la piscina y estuviera desenvolviendo un polo para comérselo a la sombra antes de volver al agua.

—Esto nos transportará ante la familia de mi madre —dijo Aiden, sombrío—, los músicos y bailarines celestiales famosos por conceder bendiciones de vez en cuando... Podemos pedirles ayuda. Creo que doce horas son el tiempo suficiente para...

A Rudy se le escapó un chillido.

—Formamos una banda y ahora tendremos la oportunidad de conocer *apsaras*. Me encantan las aventuras. Voy a arreglarle el pelo. A vosotros también os hace falta. Excepto a Mini. —Se giró para mirar a Mini y le sonrió—. Tú estás perfecta.

Mini giró la cabeza.

«¡Ay!», pensó Aru. Pero Rudy no parecía haberse darse cuenta.

Brynné puso la mano en el hombro de Aiden.

—No va a pasar nada, también es tu familia.

Aiden resopló.

—No por decisión propia.

—Ella no te habría dado ese regalo si pensase que no te ayudarían —repuso Brynné con dulzura.

«Ella» refiriéndose a Malini, claro. Cuando decidió casarse con un mortal, Malini tuvo que ceder su sitio en la corte celestial y su exilio del Más Allá era permanente.

—Urvashi es tu tía y es bastante maja —dijo Mini.

—Técnicamente es la prima de mi madre, es distinto —dijo Aiden con brusquedad—. En realidad, mi madre quiere que vea a otra persona...

—¿A una tía superantipática? —preguntó Aru.

—Peor aún —dijo Aiden. Respiró hondo—. A mi abuela.

Aiden cerró los ojos, apretó el puño alrededor de la nota musical y el interior de la tienda cambió. Empezó a salirle luz de entre los nudillos, que adquirió la forma de cintas luminosas que empezaron a ondear y a entrelazarse para formar una escalera en el aire. Las escaleras acababan justo antes del techo de la tienda y se disolvían en un charco dorado. Muy por encima, Aru oía el sonido distante de la música.

Aiden se levantó y fijó la mirada en el primer escalón durante unos segundos. Después, empezó a subir. Sin volver la mirada hacia ellos, les dijo en un tono carente de emoción:

—Vamos.



VEINTIDÓS

Ahora me gustaría hablar
con un humano

En la imaginación de Aru, los salones divinos donde vivían los bailarines y los músicos celestiales eran una fiesta constante en las nubes. Todas las historias hacían que pareciera un lugar rebosante de alegría, belleza y canciones estruendosas, una interminable parranda celestial. En teoría no debía de ser aburrida, pensó cuando dejó el soleado portal y entró en una estancia completamente inmaculada, vacía... y silenciosa.

Los salones *apsara* se parecían mucho a un spa de lujo.

En cuanto bajaron las escaleras, los Patatas se encontraron en un gran vestíbulo. A lo lejos había unas piscinas estrechas con reflejos y una fuente hecha de mármol que gorgoteaba con suavidad. Más allá, había un par de puertas de plata ornamentadas que estaban cerradas. El suelo era de mármol macizo. Las paredes eran planchas de vidrio esmerilado de las que colgaban decenas de placas y de titulares y anuncios enmarcados:

EL SPA DE MENAKA CONSIGUE UNA PUNTUACIÓN DE
CINCO ESTRELLAS EN TODO EL MULTIVERSO
«UNA NUEVA ERA PARA UN NUEVO *APSARA*»,
AFIRMA MENAKA, DIRECTOR DEL SPA.
«LOS TIEMPOS HAN CAMBIADO, Y NOSOTROS
TAMBIÉN».
¡BIENESTAR Y MARAVILLAS A RAUDALES EN EL
ANTIGUO SALÓN DEL PLACER DE LOS DIOSES!
¡RESERVA YA!

Aiden miró por todo el salón, con el ceño fruncido.

—¿Estamos en el sitio correcto? —preguntó Rudy, desinflado—. ¿Y todo el tema del baile? ¿Y las...?

—¿... bellas *apsaras*? —sugirió Mini.

—¡Sí! —dijeron Rudy y Brynne al mismo tiempo.

—Digo, no —se corrigió Rudy cuando Mini enarcó las cejas.

Justo en ese momento, una figura se alzó del suelo. Medía poco más de metro veinte y estaba hecha de nubes. Su largo vestido lo formaba un espeso velo neblinoso. Sus ojos no eran más que un par de surcos en la niebla, pero así y todo tenían un aire cálido y agradable. Cuando habló, su voz sonó amable y plácida, pero a Aru le recordó a una de esas grabaciones automáticas.

—Bienvenidos —dijo—. Soy una asistente de nube. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hemos venido a hablar con Menaka —dijo Aiden.

—¿Tienen cita?

—Bueno, no, pero...

—Me encantaría ayudarles a hacer una reserva —dijo la asistente de nube—. La siguiente cita disponible es dentro de... —hizo una pausa, y su voz se volvió robótica— tres años. ¿Quiere reservar un masaje, un tratamiento facial, un baño de sonido, una meditación privada, o...?

—No —dijo Aiden con tranquilidad—. Tenemos que ver a Menaka hoy...

—También ofrecemos clases particulares de música con Tumburu, conocido *gandharva* de los tiempos, ¡y clases particulares de danza! ¡Converse con su legado ancestral a través del arte! Tenemos descuentos...

—¡Pare! —dijo Brynne levantando la voz.

La asistente parpadeó.

—Bienvenida —dijo—. ¿En qué puedo ayudarla?

Aru se notó un tic nervioso en el ojo. Brynne parecía que estaba a punto de explotar.

—Tenemos que hablar con Menaka —volvió a decir Aiden.

—¿Tiene cita?

—¡Ya está! —dijo Brynne, blandiendo su bastón de viento—. Te convertiré en niebla...

—¡Haz que pare! —se quejó Rudy.

—¿Tienen cita? —repitió la asistente de nube—. En caso contrario, me encantaría ayudarles a hacer una reserva.

—¡QUIERO HABLAR CON UN ENCARGADO DE ATENCIÓN AL CLIENTE! —chilló Mini.

Un débil brillo apareció en los huecos ojos de la asistente. Aiden la tomó de las manos y le dio la nota musical.

—Enséñele esto a Menaka de inmediato.

—Por favor, espere junto a la Fuente de los Elogios y enseguida vendrá alguien a atenderle —dijo la asistente de nube.

—Guay —dijo Aiden.

Un instante después, la asistente se esfumó en el suelo.

—¿Cómo has sabido qué decir, Mini? —preguntó Aru.

—¡Sí, bien hecho! —dijo Rudy.

—La experiencia —dijo Mini—. Suelo llamar a las empresas para que me contesten algunas preguntas. No me fío de las advertencias de seguridad de los productos.

—Ah, ahora lo entiendo todo —dijo Brynne.

Aru contuvo una carcajada mientras seguían a Aiden por el salón camino de la fuente.

—Entonces..., ¿cómo funciona esto? —le preguntó Aru—. ¿Vamos a decirle «Eh, daños una bendición»? ¿O hay que hacer una reserva de bendición con Menaka?

Aunque seguía enfadada con Aiden, Aru quiso arrancarle una sonrisa. Pero el chico estaba ensimismado.

«No te lo tomes como algo personal», le dijo Brynne por el vínculo mental. «Cuando sus padres se separaron y su madre pasó una mala racha, él siguió intentando ponerse en contacto con los miembros de su familia *apsara*. Pero hiciera lo que hiciera, no le contestaban».

«Vaya», pensó Aru.

«Eso es muy cruel», dijo Mini. «Pobre Querida...»

Aiden pasó junto a las bonitas piscinas reflectantes en las que había flores de loto blancas y rosas, y fue directo a la Fuente de los Elogios. A Aru no le pareció para tanto. Medía unos tres metros de alto y estaba tallada en mármol. De su caño liso salía un chorro de agua que se arqueaba suavemente y caía dentro de una pila circular.

Aiden se acababa de sentar en el borde de la fuente cuando el agua empezó a hacer espuma.

—¡Hola! —dijo la fuente.

—¡Por los dioses, otra vez no! —dijo Aiden, tapándose la cara con las manos.

—¡Ay, qué guapo eres! —dijo la fuente—. Es muy inteligente de tu parte venir a nuestro spa a cuidar de tus necesidades mentales y emocionales. A darte un caprichito, ¿verdad?

Aiden miró a la fuente con recelo.

Rudy se adelantó y miró en el agua.

—¡Guau, me encanta lo que llevas puesto! —dijo la fuente.

—Ah, ¿sí? —dijo Rudy, tirándose de la camisa—. Pues, tenía mis dudas...

—Ah, no, te queda genial.

Aiden se alejó del borde de la fuente y se acercó a la pared.

Aru no sabía por qué estaba tan molesto. Después de todos los chillidos, gritos y demás atrocidades que habían experimentado durante esa búsqueda, ¿a quién no le iba a venir bien un cumplido para subir el ánimo?

Brynette fue la siguiente en acercarse a la fuente.

—¡Qué fuerte eres! —dijo la fuente—. Es admirable. Seguro que la gente te respeta.

Brynette sonrió y se enderezó un poco. Mini se le acercó.

—Me encantan tus gafas, ¡son tan chic!

Mini se tocó tímidamente la montura y esbozó una ligera sonrisa.

«VALE, ME TOCA», pensó Aru mientras se dirigía al borde de la fuente. Esperó expectante, pero la fuente no hizo más que borbotejar un poco.

—Oh, vaya —dijo por fin—. Eres muy valiente... ¡para llevar esa ropa!

Vale, técnicamente era un cumplido.

—¿Ya está? —dijo.

—¡Está claro que no te importa lo que la gente piense de ti! ¡Ojalá tuviera yo esa confianza!

Aru frunció el ceño.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—¡Aún no has tocado techo! —dijo la fuente—. ¡Estás a tiempo!

—¿A tiempo de qué? —preguntó Aru.

Pareció que el agua se agitaba mucho más rápido, como si se estuviera poniendo nerviosa.

—¿No se supone que eres la Fuente de los Elogios? —reclamó Aru.

—¡Lo intento! —respondió la fuente.

—Guau —dijo Aru.

—Aru, ¿te has cargado la fuente? —preguntó Brynette, riendo a carcajadas.

A lo lejos, Aiden también se reía. Esa no era la manera que se había imaginado de hacerle sonreír.

—¡A lo mejor es que somos demasiados! —sugirió Mini, poniéndose delante de Aru.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes una sonrisa superior a la media? —dijo la fuente.

—Gracias —contestó Mini, sin más.

—Vale, hasta aquí —dijo Aru—. ¡Ojalá te tiren monedas roñas!

La fuente salpicó a Aru, que farfulló cuando el agua le golpeó la cara.

En aquel momento, las puertas plateadas se abrieron de par en par. Había vuelto la asistente de nube. Detrás de ella, seguían viéndose el perfil de los paneles de cristal y las piscinas con reflejos.

—Menaka solo recibirá a tres personas —dijo la asistente.

—Yo me quedaré aquí —dijo Mini—. No vaya a ser que la vuelva a liar, como cuando toqué la puerta.

«Mini, aquello no fue culpa tuya», dijo Aru.

«Cualquiera habría cometido el mismo error», dijo Brynne.

«Pero vosotras no lo cometisteis», dijo Mini. «Me quedo aquí. Y no me lo volváis a pedir».

Mini erigió un muro en su mente. Cuando Aru intentó decirle algo, de repente le entró dolor de cabeza. Ay.

—¡Yo también! —dijo Rudy, sonriéndole a Mini—. ¡Me quedo!

Desde el banco de nubes apareció una mesa baja de mármol. En ella había bandejas con mangos y guayabas troceados y rodajas de plátano mojadas en chocolate. También había jarras con zumos de fruta burbujeantes. Entre el banco de nubes aparecieron un par de albornoces y zapatillas de felpa, y un par de butacas reclinables.

—Ohhh... Hola, sesión de spa —dijo Rudy, frotándose las manos.

—Si sois tan amables de seguirme —dijo la asistente a Aru, Brynney Aiden.

Mientras la seguían por el camino de nubes, Brynne intentó llamar la atención de Aiden, pero este seguía con la mirada baja.

«¿Sabes algo de la abuela de Aiden?», le preguntó Aru a Brynne por el vínculo mental.

«Es una *apsara* superpoderosa y supervieja», dijo Brynne. «Y bastante estricta. Pero poco más».

Vieja, poderosa e insoportable. «Genial», pensó Aru. Ninguna de estas reuniones familiares solía acabar bien. Y encima el nombre de Menaka le provocaba un cosquilleo en el fondo de la mente. Era como si lo hubiera oído antes, pero no recordara cuándo.

Al rato, la asistente de nube se detuvo delante de un par de puertas doradas. Tenían escenas talladas y, cuando Aru las observó de cerca, vio que los dibujos se movían. Unas bellas *apsaras* bailaban ante una multitud de dioses. En otra imagen, una *apsara* bajaba volando a la tierra hacia un sabio que estaba en meditación profunda. En las historias que le había contado a Aru su madre, cada vez que un hombre renunciaba al mundo y empezaba a hacer un montón de ritos religiosos, obtenía poder. A veces demasiado poder. En ese caso, los dioses enviaban una ninfa celestial para distraer al sabio.

Cuando Aru era más joven, esa parte siempre la había confundido.

—¿A qué te refieres con «distraer»? —le preguntó una vez Aru a su madre—. ¿Empezaba a poner música a todo volumen o qué? ¿Le tiraba agua a la cara al tipo?

Al oír eso, Krithika Shah se sentía profundamente incómoda. Como si hubiera pisado un hormiguero y tuviera que seguir dándole palique.

—No exactamente...

La asistente de nube llamó suavemente a las puertas doradas. Se abrieron hacia fuera y alcanzaron a ver una estancia con una iluminación tenue.

—Menaka os recibirá ahora.



VEINTITRÉS

Menaka

Mientras entraban a conocer a la abuela de Aiden, Aru sintió un nudo en la garganta. Ella nunca había llegado a conocer a sus abuelos. La familia de Krithika Shah las habían repudiado antes de que Aru naciera, y para cuando quisieron reconciliarse, Aru tenía seis años. Recordaba haberse puesto de punta en blanco y esperar a su madre al final de la escalera. Iban a hacer un viaje de cuatro horas para ir a conocerlos.

Mientras esperaba, Aru se había imaginado cómo serían sus abuelos: todo sonrisas arrugadas y bolsillos llenos de caramelos, y leche con galletas por las noches, y le contaría cuentos antes de ir a dormir; como los que salían en las películas, vaya. Hasta casi dos horas después no supo que al final no iría a conocerlos. Su abuelo había sufrido una apoplejía y ese día su abuela no quería visitas. Cuando Krithika recibió la noticia, se había disgustado tanto que se había olvidado de que Aru la esperaba en la planta de abajo. Krithika se sintió fatal y se disculpó con ella miles de veces. Aru la había perdonado, claro está, pero nunca se había olvidado de aquel terrible salto de la esperanza a la decepción.

La esperanza dolía.

Aru sentía cada una de sus esperanzas como si fuera una herida reciente. Esperaba poder recuperar su rayo de luz. Esperaba haber tomado las decisiones adecuadas. Esperaba que hubiera luz al final de la oscuridad.

«Tal vez empiece con Menaka», pensó. Tal vez la abuela de Aiden fuera como las de los ojos arrugados y sonrientes de todas las historias... Tal vez fuera bien.

—¿Por qué habéis venido aquí? —gruñó una voz en la penumbra.

Aru, que se había quedado ensimismada mirándose los pies, levantó la vista de repente. Al principio, no pudo ver a quien hablaba. La estancia era tan grande que cabría una decena de elefantes, y las paredes parecían expandirse y contraerse, como si respiraran.

A diferencia del resto del centro de bienestar integral este lugar tenía un aspecto y un aire antiguos. El suelo era de madera oscura, rayado y plagado de muebles y vericuetos. La pared del fondo, a más de treinta metros de distancia, estaba cubierta de niebla. En la penumbra, Aru distinguió lo que creyó unas grandes butacas con sábanas tiradas por encima. La pared de la derecha se acercó, hasta que estuvo a menos de cuatro metros de Aru, y en ella se veía un tapiz descolorido en el que doce interpretaban un baile complejo con el acompañamiento de músicos celestiales, entre los que había uno delante que tenía cabeza de caballo.

—He dicho que por qué habéis venido aquí.

Por encima de sus cabezas sonó un zum. Aru levantó la vista y vio a una mujer que descendía del techo. Vestía de manera muy sencilla —un vestido blanco de lino con pantalones a juego y una vaporosa que le colgaba de los codos—, pero que a la *apsara* le daba un aspecto digno de la realeza.

La palabra «hermosa» se quedaba muy corta para describir a Menaka. Su cabello negro le caía en cascada hasta los tobillos. Tenía una nariz larga y regia, gruesos labios rojos, pómulos orgullosos y una piel marrón oscura. Aru advirtió que el color de sus ojos era idéntico al de los de Aiden, como la superficie del océano bajo la luz de la luna. Aunque Menaka tenía que ser bastante mayor que la madre de Aiden, ni una sola arruga le afeaba la cara.

—¿Esa es tu abuela? —preguntó Brynne, un poco boquiabierta.

—La que me tocó —dijo Aiden.

Menaka resopló. Hizo un movimiento rápido de muñeca, y desde el fondo de la estancia apareció disparado un trono, que la atrapó cuando se sentó en él.

—No me sorprende tu antipatía hacia mí —dijo Menaka, mirando, no a Aiden, sino hacia algún lugar por detrás de él—. Lo que me lleva a preguntar por qué estás aquí. ¿Por qué has utilizado la nota musical? Estaba reservada solo para tu madre.

Tenía la voz profunda, como si algo la lastrara. No cuadraba con su apariencia juvenil. Aun así, era agradable.

Aiden se tensó, y con los dedos toqueteó nerviosamente la tira de su cámara.

—Quizá pensó que no contestarías —dijo Aiden con frialdad—. Nunca lo habías hecho.

—Ella sabe por qué —dijo Menaka—. Al oír la nota he pensado... —Negó con la cabeza—. Da igual. Fue inteligente por su parte regalártela.

—Has preguntado por qué hemos venido —dijo Aiden, adelantándose—. Mis amigos y yo necesitamos tu bendición.

—¿Para qué? ¿Belleza? ¿Fama? —preguntó Menaka, ladeando la cabeza—. Como hijo de Malini, tienes potencial para ambas cosas. Ni siquiera la mediocridad de tu padre humano puede cambiar eso. ¿O vas a ser la excepción entre los descendientes *apsara*?

Aiden agarró la tira de la cámara con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Apretó la boca en una fina línea como si se estuviera reteniendo.

«Caray. La abuela entra a matar», dijo Aru a través del vínculo mental.

«No me extraña», dijo Brynne. «Aiden ya nos dijo que era lo peor».

—Lo que necesitamos es una bendición de talento musical —dijo Aiden.

—¿Por qué? —preguntó Menaka con voz callada—. Por lo que sé, tú ya estás en posesión de una voz bastante buena. Como ella.

Aiden levantó las cejas de golpe.

—¿Cómo sabías eso?

El rostro de Menaka se volvió frío e inexpresivo.

—Contéstame. No me dirás que has venido aquí por un capricho...

—Nada de capricho —dijo Brynne, adelantándose y poniéndole la mano en el hombro a Aiden—. Por la guerra.

Menaka siguió con la mirada desviada.

—Siempre hay alguna guerra.

—No como esta —dijo Aiden.

—Esta vez el destino de los dioses pende de un hilo —dijo Brynne—. Si el Durmiente consigue el néctar de la inmortalidad, se quedará todo el poder para él. —Se dio una palmada con el bastón de viento para enfatizar cada una de sus palabras—. Destruirá el mundo. Nosotros luchamos del lado de los dioses. Tienes que ayudarnos.

Aiden hizo una mueca, y Aru supo de inmediato que había sido una mala elección de palabras.

—¿*Tengo que?* —repitió Menaka con una voz emponzoñada. Cuando se irguió poco a poco en el trono, aún sentada, el cabello le ondeó por los hombros—. Yo no tengo que hacer nada. Las *apsaras* ya no acatamos la

voluntad de los dioses. Luchamos por tomar nuestras propias decisiones, y nadie nos las puede quitar.

Brynette frunció el ceño.

—Pero nosotros...

—No me estoy dirigiendo a ti, niña mortal —dijo Menaka, girando la barbilla—. No eres nadie para mí.

Brynette la miró furiosa.

—Yo soy...

«¡No!», le advirtió Aru. «Que estamos de incógnito, tía».

Pero no importó.

—Créeme, ya lo sé y no me importa —dijo Menaka, con un gesto indolente de la mano—. Una Pandava reencarnada, ¿no? Esos endeble pétalos de camuflaje no funcionan conmigo. A juzgar por tu aspecto, parece que el carácter y el alma de Bhima eran inseparables. Felicidades.

Brynette miró directamente a Aru, con la intención de que compartiera su indignación, pero la mente de Aru iba por otros derroteros. El nombre de Menaka había despertado algo en sus recuerdos. Aru siguió pensando en aquellas puertas doradas y en el grabado de las actuando para los dioses y descendiendo de vez en cuando a la tierra para «distraer» a los sabios mortales.

Brynette parecía que iba a decir algo más cuando Aiden levantó la mano y se plantó delante de ella.

«Sabes que esta no es nuestra lucha», dijo Aru.

Brynette respondió con un gruñido mental.

—Daños la bendición y nos iremos —dijo Aiden—. No tendremos que volver a vernos jamás.

Menaka no le miró cuando habló. En su lugar, siguió con la mirada fija en el tapiz de la pared, que de nuevo se había alejado aún más.

—Podría hacerlo sin dificultad, pero no lo voy a hacer.

—¿Por qué no? —inquirió Aiden—. Es lo menos que puedes hacer. No nos has dado nada más ni a mi madre ni a mí.

—Tu madre no te ha contado cómo funciona, ¿verdad?

—¿Cómo funciona el qué? —preguntó Aiden. Menaka se rio.

—Para que una *apsara* te conceda una bendición, debes acercarte a ella con un mínimo de amor y comprensión en el corazón. No debes albergar animadversión, o la bendición puede torcerse. Mírate. No puedes controlarlo.

—¿Que me mire yo? Tú no me has mirado ni una sola vez —dijo Aiden, calentándose—. ¿Es porque solo soy medio obrara? ¿Es por eso?

Lentamente, Menaka volvió los ojos en su dirección. Aru vio que le brillaban por las lágrimas.

—¿Es eso lo que has pensado todo este tiempo?

—¿Qué otra razón puede haber? —quiso saber Aiden—. No acudiste a ver a mi madre cuando te necesitó.

—No era posible —dijo Menaka, cada vez más alterada—. Malini comprendió lo que estaba haciendo cuando se fue de nuestro reino para casarse con el mortal y abandonar su esencia celestial. Fue su decisión.

—¿Decisión? —dijo Aiden. Por primera vez, le empezó a relucir la piel—. ¡Aquello no fue una decisión! ¡Fue un ultimátum!

Se elevaron los pies del suelo y empezó a brillar de una manera más nítida e intensa. Aru hizo una mueca y giró la cabeza para evitar mirar a Aiden directamente. Delante de ellas, Menaka levitaba aún más alto por encima de su trono. Su brillo adrara bañó de luz la estancia. El tapiz de la pared se arrugó y cambió. En la nueva imagen, Aru vio una *apsara* que se parecía a Menaka huyendo de un sabio que extendía la mano hacia ella. Menaka llevaba un bebé en brazos.

—Eeh..., ¿Aiden? —dijo Brynne, tirándole de una pernera del pantalón.

Pero Aiden no estaba escuchando.

—Le dijiste a mamá que no podía volver. ¿Por qué? ¿Porque no podías soportar verme? La abandonaste cuando te necesitaba...

—¡No me hables a mí de abandono, niño! —dijo, Menaka, furiosa—. No tienes ni idea de lo que hablas.

—¿HOLA? —dijo Brynne, moviendo una mano por delante de la cara de Aru—. ¿Qué miras? ¡Tenemos que parar esto!

Aru levantó la vista hacia Menaka; le vino a la cabeza una historia de mucho tiempo atrás.

—Eres la madre de Shakuntula, ¿verdad?

La luz de la estancia se atenuó y después brilló cuando Menaka se giró para mirar a Aru de frente.

—¿Qué has dicho?

—Shakuntula —repitió Aru—. Yo... Yo recuerdo esa historia. Mi madre me la contaba cuando era pequeña.

Menaka descendió lentamente. Aru se arriesgó a mirar a Aiden, que seguía viendo por encima de ellos, con la piel ligeramente brillante y los ojos llenos de furia.

—¿Shakuntula? —preguntó Aiden—. Mi madre nunca mencionó...

—Fue mucho tiempo antes de tu madre —dijo Menaka, con la cara afligida de dolor—. No quise que se repitiera la historia y, aun así, se repitió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aiden—. ¿Qué te sucedió?

Los pies de Menaka aterrizaron con suavidad en el suelo. Dirigió los ojos hacia el tapiz, con la mirada perdida.

—Se enamoró; lo que, para la descendiente de una nunca es algo sencillo. Estamos plagadas de maldiciones. De profecías...

Por el rabillo del ojo, Aru vio que Aiden dirigía su mirada hacia ella y que enseguida la apartaba.

—... y de dolor —continuó Menaka—. A su amante lo maldijeron para que la olvidara, y pasaron muchos años antes de que pudieran volver a reunirse. Intenté... Intenté traerla a los cielos para que viviera conmigo para siempre, pero los dioses no lo permitieron. Su decisión la convirtió en mortal. No importaba quien fuera yo o lo que hiciera..., no podía proteger a mi hija de la muerte.

Las palabras de Menaka cambiaron la estancia. Las imágenes del tapiz descendieron de la pared y se esparcieron por las baldosas ornamentadas.

—No sabes cómo eran las cosas para nosotras por entonces —dijo Menaka, sin apartar la vista del suelo—. Cuando los dioses nos exigían que interrumpiéramos la penitencia de un sabio para evitar que obtuviera demasiado poder, ¿quién lo pagaba? Las *apsaras*. A algunas de las nuestras las convirtieron en piedras durante miles de años. Otras perdieron el corazón...

Aru observaba la escena que se desplegaba en el suelo. Menaka también había visitado a un sabio, sin intenciones de enamorarse de él. Tras nacer la hija de ambos, el sabio se dio cuenta de que la habían enviado a engañarlo y la apartó de su vista.

—Otras perdieron a sus hijos —dijo Menaka en voz baja—. En la época dorada, algunas de las nuestras se casaron con reyes humanos. Pasamos muchos años viviendo juntos y felices. Pero, por más sabios y buenos que fueran, siempre se morían. Y, al final, por más brillantes, piadosos y hermosos que fueran nuestros retoños, también se morían, y siempre nos quedábamos solas.

Aiden descendió al suelo con elegancia, y su brillo desapareció. Por primera vez, Menaka levantó los ojos y lo miró directamente a la cara. Tenía una expresión descarnada y sedienta, como si nunca pudiera contemplarlo lo suficiente y eso le doliera.

—Cuando Malini decidió marcharse, se volvió mortal. Escogió la muerte —dijo Menaka—. No puedo volver a soportar ese lento dolor.

A Brynne se le abrieron los ojos como platos, y su mirada oscilaba entre Aiden y su abuela.

—Preguntas si la razón por la que no puedo soportar mirarte es que seas medio inmortal —dijo Menaka, apartando de nuevo el rostro—. Pero no lo es. No lo soporto porque yo soy del todo inmortal.

Aru observó cómo a Aiden le cambiaba el humor. Se le suavizó el rictus de la boca. Llevó una mano a Sombragrís, y después la detuvo. Aru era incapaz de adivinar sus pensamientos en ese momento; era como si se estuviera desatando una tormenta en su cabeza.

—Ahora que sabes todo esto, ¿crees que puedes venir a pedirme una bendición? —dijo Menaka, desafiante. Negó con la cabeza, su boca recuperó un gesto de arrogancia, irguió la espalda. Las imágenes desaparecieron del suelo y el tapiz volvió a recobrar su aspecto descolorido—. ¿O maldecirás mi nombre y te irás de aquí?

Aiden le hizo un gesto a Brynne, que dio un paso atrás. Observando por el rabillo del ojo, Menaka se preparó mientras Aiden se adelantaba. Se arrodilló lentamente en el suelo y juntó las manos a modo de saludo respetuoso.

—Menaka... Nani... —dijo Aiden, con la voz entrecortada—. Solicitamos tu bendición.

Menaka se volvió hacia él, con los labios entreabiertos de asombro. Se tocó el corazón, como si estuviera sintiendo cada palabra que pronunciaba Aiden. Cuando le miró, un atisbo de esperanza asomó a su rostro.

—Entonces os la concederé.

Era uno de esos momentos en los que Aru no sabía si quería gritarle a la gente o pedir palomitas para observar cómo se desarrollaba el drama. Siguió mirando de un lado a otro entre Menaka y Aiden, quienes, en su opinión, ahora mismo estaban atrapados en la Charla Intrascendente Más Penosa del Siglo.

—Entonces, tu madre... ¿está... bien? —preguntó Menaka con cautela.

Aiden asintió.

—Sí.

—Bien.

—Bien —repuso Aiden—. Ha empezado a hacer repostería.

Ai mismo tiempo, Menaka te preguntó:

—¿Tiene alguna nueva afición? ¿Repostería? Eso está... bien —añadió.

—Sí —dijo Aiden.

«¿POR QUÉ NO SE ABRAZAN PARA QUE PODAMOS CONTINUAR CON NUESTRA VIDA?», preguntó Aru por el vínculo mental.

Abuela y nieto se encontraban ahora atrapados en un concurso de *te-miro-no-te-miro*.

«VALE, VOY A DECIRLO...».

«¡Aru, no!», le riñó Brynne. «¡Déjalos en paz!».

«No puedo soportarlo».

—Bueno, Aiden, ¿cuánto tiempo nos queda? —preguntó Aru.

Él frunció el ceño, miró el reloj y se puso un poco pálido.

—Tenemos dos horas antes de la audición para la final.

—¿DOS? —repitió Aru—. ¡No es suficiente para aprender a utilizar algún instrumento musical mágico!

—Confía en mí, es un montón de tiempo —dijo Menaka, chasqueando los dedos.

En la pared de la derecha, que estaba como a nueve metros, apareció una arcada dorada. Aru captó a lo lejos el destello de unas pantallas y el sonido amortiguado de la música.

—Solo hay una persona que pueda ayudarlos —dijo Menaka—. Venid.

—Han venido con nosotros nuestros amigos Mini y Rudy... —dijo Brynne, señalando hacia la puerta principal.

Menaka cerró los ojos, y cuando los abrió, sonrió.

—Los he llamado. Se encontrarán con nosotros. Ahora venid. Tutnburu, señor de los *gandharvas* os espera.

El pasillo era muy corto y oscuro. Las paredes parecían funcionar como espejos de dos caras, que permitían a los Patatas echar una ojeada al funcionamiento interno del spa de bienestar adrara. Aru vio por aquí y por allá a habitantes del Más Allá en mitad de clases de yoga o esforzándose en seguir las sesiones de coreografías de cardio guiadas por *apsaras*, que flotaban por todo el estudio y ajustaban la postura de los alumnos. Aiden caminaba en cabeza, unos pasos por detrás de Menaka, que seguía lanzándole miradas furtivas, aunque parecía que él no se daba cuenta.

En cuestión de segundos, el pasillo se abrió a un amplio estudio de grabación. Hacia la derecha, rodeado de un panel de espejos, había una plataforma con micrófonos y auriculares flotantes. En mitad de la estancia había una mesa de mezclas circular con miles de interruptores y botones

encendidos, y un enorme sillón orejero de espaldas a ellos. Había dos paredes llenas de instrumentos. Había un sitar con forma de guitarra y un tambor alargado que se llamaba tabla, junto a un *venu* y un *bansari*, dos tipos de flauta de madera. Aru los reconoció de las exposiciones de su madre sobre tradiciones musicales indostaníes y carnáticas.

En la última pared había un montón de pantallas de televisión, y todas mostraban la misma transmisión de vídeo. Un *yaksha* de piel azul con un traje brillante que hablaba a cámara:

—Estamos en directo desde el campo de audiciones de LA FINAL, ¡el único concurso de talentos del multiverso de la que bien podría llegar a ser la última y definitiva era! —El *yaksha* dejó escapar una risa frenética—. ¡Lo que está bien! Todo está... bien. Así que, eeh, ¿qué les parece si conocemos a los concursantes más recientes?

—VAYA CHORRADA —gruñó una voz desde el sillón.

—Tumburu, me gustaría presentarte a unas personas —dijo Menaka.

Aru se preparó mientras el sillón se giraba lentamente. Sabía que un *gandharva* era un músico celestial, pero antes de que llegaran allí nunca había oído el nombre de Tumburu. ¿Sería antipático y condescendiente? ¿Y si se negaba a ayudarles?

«¿Sabéis algo de este tío?», preguntó Aru por el vínculo mental.

«Nop», contestó Brynne. «Pero es un así que lo más probable es que sea superalto, superguapo y...».



VEINTICUATRO

Un caballo

Tumburu era un caballo. Bueno, al menos tenía cabeza de caballo, que no era lo que Aru había esperado. Un lustroso pelo corto de color verde mar te cubría la cara y el cuello. La crin, que era verde espuma de mar con puntas blancas, se la había peinado elegantemente hacia un lado. De cuello para abajo, era un hombre bien vestido. Llevaba un pañuelo de seda blanca alrededor del cuello, y debajo vestía una kurta Nehru con puños dorados, pantalones negros y unos mocasines de raso con las palabras SON MUY CAROS bordadas en la parte superior.

Tumburu debió de sorprenderse tanto como Aru porque, cuando los vio, rodó con la silla hacia atrás, agarrándose el pañuelo con una mano.

—¡AH, POR TODOS LOS SANTOS! —exclamó.

Un instante después, se oyó un fuerte ¡pop! cuando Mini y Rudy aparecieron al lado de Aru. Mini llevaba la misma ropa de antes y seguía un poco triste, pero esbozó una sonrisa al ver a Aru y a Brynne.

«No habéis tardado mucho», dijo Mini por el vínculo mental. «¿Cómo ha ido?».

Cuando Aru estaba a punto de responder, Rudy soltó un gruñido, iba envuelto en una túnica de nube y llevaba puesto un antifaz.

—Estaba justo en mitad de una sesión de meditación. —Dos rodajas de pepino se le deslizaron de los párpados y cayeron al suelo—. ¡UN CABALLO! —exclamó dando un salto hacia atrás.

—¡PUAJ! —dijo Tumburu con una mueca antes de mirar a Menaka—. Querida, ¿qué demonios es esto? ¿Por qué vienes a mí con...? —Hizo un gesto desdeñoso con los dedos hacia ellos—. ¿... formas de vida inferiores?

—Tranquilo. Solo somos adolescentes —dijo Aiden sin alterarse.

—Me reafirmo en mis palabras.

«*Touché*», pensó Aru.

—Tumburu —dijo Menaka, señalando a Aiden—, este es mi nieto. Y estas jovencitas... son las Pandava.

—De mí no se preocupe —murmulló Rudy—. No soy más que un príncipe entre campesinos.

—Necesitan una bendición de talento musical celestial —dijo Menaka, hablando por encima de Rudy—. Y yo la he aprobado.

—¿Una bendición musical? —repitió Tumburu—. ¿Y para qué?

Por detrás de Tumburu, las televisiones, ahora sin volumen, mostraban las audiciones para la final. Un grupo de con ropa a juego y maquillaje de ojos con purpurina siseaba y hacía brillar sus capuchas de cobra ante la indiferencia del jurado antes de desaparecer en una nube de humo. Tumburu siguió la trayectoria de la mirada de Aru. Giró la cabeza, miró a los monitores y después de nuevo a los Patatas.

—Estás de coña.

Brynette frunció los labios.

—Sí, queremos evitar la guerra del fin del mundo. Es graciosísimo.

—Pero ¿qué tiene que ver ese engendro de concurso con la guerra? —preguntó Tumburu, mirando las pantallas.

Justo en ese momento, las cámaras se alejaron de las audiciones y mostraron el escenario de la final, cristalino, y el portal violeta suspendido por encima. El portal era lo único que se interponía entre las Pandava y cualquier esperanza de futuro. A Aru se le encogió el corazón. Quizá el Durmiente y Kara se habían hecho ya con el néctar de la inmortalidad. Quizá todo esto no era más que una pérdida de tiempo.

A Tumburu le brillaron los ojos al caer en la cuenta.

—Deseáis entrar en el laberinto y convertirlo en el último campo de batalla —dijo con callado asombro—. Pero ¿seguro que podéis ir allí directamente? ¿No tenéis cachivaches de esos letales y ruidosos de los que podáis serviros?

—¿Se refiere a nuestras armas divinas? —preguntó Brynette, tocándose la gargantilla.

El bastón de viento emitió un resplandor débil y, pensó Aru, con un aire ofendido.

—Eso —dijo Tumburu—. Las criaturas celestiales rara vez nos preocupamos de los asuntos humanos. Aunque he de reconocer que esto... —hizo una pausa para mirar a las pantallas, que ahora mostraban a un par de

malabaristas a los que echaban de la audición con lanzallamas— es preocupante a varios niveles. Primero y más importante, ¿en serio se creen que, si se está acabando el mundo, alguien va a querer ver a payasos profesionales antes de abandonar esta vida mortal?

Menaka tosió ruidosamente.

—Y segundo —siguió Tumburu, quitándose las gafas para limpiarlas con el pañuelo—, la verdad es que no estoy preparado para despedirme de la existencia. Aún queda mucha música por experimentar. ¡Demasiados ritmos suplicando existir! ¡Demasiada inspiración que tengo que guiar por el universo!

Mientras decía eso, levantó las brazos al aire de manera teatral. Luego blandió las gafas hacia ellos.

—Entonces, ¿qué significa esto? —preguntó Tumburu—. ¿Por qué no... salís corriendo hacia el laberinto y punto? Por lo que sé, el laberinto le permitirá la entrada a aquellos que lleven una marca de aprobación divina.

Mini, al lado de Aru, estaba cabizbaja. Aru sabía que su hermana estaba pensando en que, a esas alturas, ya deberían estar dentro..., pero no era solo culpa suya. Aru también sentía el peso de la culpa. Todas las malas decisiones que había tomado se reflejaban en ella como en un espejo venenoso. Había miles de cosas que debería haber hecho de otra manera.

—Destruyeron nuestras armas —dijo Brynne, antes de tocar subasten de viento—. Bueno, casi todas.

Tumburu ahogó un grito.

—¿Y os encontráis malditos y abandonados? ¿Expulsados de todo lo que os era familiar?

A Aru se le encendieron las orejas.

—Esto no es ninguna broma, ¿vale?

—Oh, querida, no estoy bromeando —dijo Tumburu—. Confía en mí, he pasado por eso. Fue horrible.

Pasó una mano por delante de los televisores que tenía detrás, con un triste lamento. Por detrás de él, una criatura cobró forma en las pantallas. Era enorme, del tamaño de diez robles apilados uno encima del otro. Tenía la piel del color de un yogur caducado, y por debajo de las brillantes fosas nasales le salían unos colmillos amarillos enroscados. Una melena naranja neón le caía por la espalda y hasta los brazos, y llevaba un taparrabos de piel de jaguar.

—Es que, miradme —dijo Tumburu—. ¡Mirad lo que me obligaron a llevar!

—Espera un segundo... ¿Ese eres tú? —preguntó Rudy.

—Bueno, era —dijo Tumburu—. Kumbera me maldijo convirtiéndome en un demonio... Es largo de contar, pero, al final, él y yo hicimos las paces hace miles de años. Por desgracia, la maldición me hizo inmune a las armas. Más tarde me encontré con el rey dios Rama y su hermano Laxmana y tuve que montar todo el numerito ese de «¡Grr, te voy a matar!», aunque en realidad no quisiera hacerlo.

Mini levantó la mano.

—Pero si no te podía matar ningún arma, ¿cómo es que..., eeh...?

—¿Me liberé de mi existencia mortal con ese aspecto de Teleñeco Diabólico? —preguntó Tumburu.

Aru sabía que era mejor no decir SÍ.

—Bueno, no fue algo bonito —dijo Tumburu, rascándose el extremo del hocico—. Creo que tupieron que enterrarme vivo.

Rudy parecía horrorizado.

—Para ser justos, no recuerdo muchas cosas de esa existencia —dijo Tumburu. Hizo un gesto con las manos y las pantallas de televisión volvieron a dar cobertura a las audiciones de la final—. Sin embargo, lo que sí recuerdo es la curiosa belleza de las tierras mortales. La poesía de las tormentas eléctricas. El canto del viento en los árboles. Las *ragas* más hermosas que uno pueda imaginar... Porque eran esos recuerdos de mi existencia mortal los que utilizaba para inspirar a otros músicos que se ganaban mi favor. Así que supongo que incluso los peores momentos de nuestra existencia tienen un propósito.

Las palabras de Tumburu atravesaron a Aru. Quería creer con todas sus fuerzas que había una razón para que hubieran perdido las armas y pudieran arreglarlo todo al final, pero no estaba segura de cuál podía ser. Brynne ya había conseguido demostrar su valía, pero ¿qué pasaba con Aru y Mini? Y, aunque Aru tuviera éxito, ¿qué haría con su rayo de luz?

Al fondo de su mente, resonó con suavidad el eco de las palabras de Agni. «Ni todas las armas del mundo podrían ayudarte si no sabes qué hacer con ellas. ¿Qué harás, Aru Shah?».

—Entonces... —dijo Aiden, metiéndose las manos en los bolsillos—. ¿Eso quiere decir que nos ayudarás a ganar el concurso?

Menaka, que flotaba por encima de ellos, lo miró. Aiden no podía verla, pero la cara de la se iluminó de orgullo. Tumburu se echó hacia delante en su sillón. Juntó las manos por un instante y después chasqueó los dedos. Los instrumentos se separaron de las paredes uno por uno y rodearon a los Patatas. Las cuerdas del sitar empezaron a vibrar. Las flautas silbaron. Los tambores

comenzaron un continuo ¡tan tan tan! Era hermoso y majestuoso, pero también daba miedo, y Aru tuvo una visión fugaz de cómo sería que te acosara una armónica en la oscuridad...

—Ah, sí —dijo Tumburu—. Ahora lo veo... La melodía va tomando forma. Seréis mi gran proyecto. Seréis la mejor banda que haya visto el mundo...

Rudy aplaudió con entusiasmo.

—Seleccionaré un instrumento para cada uno y os considerarán eternamente maestros de él —dijo Tumburu.

A Aru se le abrieron los ojos como platos.

—¡Estamos a punto de reventar el mundo con todo el talento que os voy a conceder! —dijo Tumburu, levantándose de la butaca.

—Querrás decir salvar el mundo —dijo Aiden.

Tumburu frunció el ceño.

—Sí, eso también.



VEINTICINCO

¿YO? ¿Sorprendida por esta última muestra de falta de respeto? ¡NAH!

La primera a la que se emparejó con un talento fue a Brynne.

Tumburu la puso en el centro del pequeño escenario circular que había justo delante de la mesa de mezclas. A los cuatro instrumentos originales se habían unido otros —una guitarra eléctrica, una pandereta, un xilófono y un teclado—, que flotaban en el aire.

—¿Posees algún talento musical? —preguntó Tumburu, flexionando los dedos.

—Toco el arpa —dijo Brynne con orgullo—. Se me da bastante bien.

Aru se alegró de no ser la única que reprimía una mueca. Mini miraba al suelo. Hasta Aiden parecía de repente muy preocupado por la pared.

—Ah, ¿sí? —dijo Rudy— Es la primera noticia de...

Aiden le chistó para que callara.

A partir de ahí, la línea del interrogatorio de Tumburu continuó a un ritmo vertiginoso.

—¿Color favorito?

—Azul.

—¿Agua o fuego?

—Fuego —dijo Brynne.

—¿Limpiar el baño o pasar la aspiradora?

—Aspiradora —dijo Brynne—. Pero ¿eso que tiene que ver con...?

—¡Última pregunta! —dijo Tumburu, juntando las manos con fuerza—.

¿La sopa es un cereal?

Esta vez Aru sí que hizo una mueca.

Brynette parecía indignada. El viento empezó a soplarle por los tobillos, le levantó el dobladillo de la camisa y las puntas del pelo.

—¿Lo preguntas en serio? Pero ¿qué clase de blasfemia gastronómica es...?

—Para ti, la columna vertebral del grupo, tu instrumento es... —dijo Tumburu, aplaudiendo— ¡LA TABLA!

A unos tres metros por encima de ellos, el tambor de dos caras reaccionó al oír su nombre. Dio una voltereta en el aire en dirección a Brynette. Esta levantó los brazos para interceptarlo, pero el tambor pareció tomárselo como una invitación y dio un golpe seco contra sus manos. Una luz rosada recubrió las manos de Brynette, desde la punta de los dedos hasta las muñecas, antes de desaparecer.

Brynette frunció el ceño. Giró las muñecas. La tabla flotaba trémula por encima de ella.

Brynette probó a dar golpecitos con los dedos en la piel del tambor; primero poco a poco y después más rápido. A medida que aceleraba el ritmo sus muñecas cogían flexibilidad. Aru se dio cuenta de que ella misma seguía el ritmo con la cabeza. Incluso los instrumentos que había por encima de ellos empezaron a balancearse alegremente.

—¡Uala! —dijo Brynette, mirándose las manos asombrada.

Las correas de los lados de los tambores se estiraron como si estuvieran sonriendo.

—¡Ahora sí que habrá quien elogie tu talento musical! —dijo Tumburu.

—Dije que tocaba el arpa —dijo Brynette.

Tumburu parpadeó, después repitió:

—¡Ahora sí que habrá quien elogie tu talento musical!

Brynette abrió la boca para protestar, pero Tumburu ya estaba haciendo un movimiento con la mano para desalojarla del escenario.

—¡Tú, la de ahí! ¡Gafitas! ¡Vamos!

Mini se sobresaltó. Se recolocó las gafas en el puente de la nariz con un ligero y se dirigió al escenario circular.

—¡Ah, sí, ya veo! —dijo Tumburu, dando una vuelta a su alrededor—. Eres el enigma de la banda. ¡Eres el misterio! ¡La chica que esconde secretos al fondo de sus ojos!

—Eeh...

—Decidido —dijo Tumburu, señalando al aire.

Un teclado eléctrico que revoloteaba por encima de Menaka interpretó una rápida escala a toda velocidad y serpenteó hacia Mini. En el momento en

el que pasó los dedos por las teclas, una luz azulada le recubrió las manos y después se le metió en la piel. Mini soltó un grito ahogado. Cerró los ojos y levantó las manos por encima del piano antes de aporrearlo. Sus dedos volaron por encima del marfil, y una tonada salvaje y hermosa se apoderó del ambiente. Aru se quedó boquiabierta. La madre de Mini la había obligado a recibir clases de piano, pero hasta ahora lo único que Aru le había escuchado tocar a Mini habían sido los palillos del restaurante japonés.

—¿Cuánto duran estas bendiciones? —preguntó Aru con envidia.

Brynne se encogió de hombros y miró a Aiden, pero no fue él quien contestó.

—Una bendición de las dura toda la vida —dijo Menaka.

Durante todo el tiempo que Tumburu estuvo haciendo su magia, la *apsara* prácticamente no había hablado. Flotaba cerca, pero no mucho, de Aiden. Mientras él observaba a Tumburu y sus instrumentos, Aru se dio cuenta de que su abuela parecía que quisiera empezar a hablar en cualquier momento. Sin embargo, al final, Menaka se quedó callada. Tal vez pensó que sería lo más sensato.

Esa idea entristeció a Aru. Pensó en todas las ocasiones en las que había deseado que ella y su madre se hubieran dicho las cosas abiertamente. Puede que si lo hubieran hecho, todo habría sido distinto. Como antigua (y excelente) mentirosa que había sido, Aru sabía que, a veces, decir la verdad era como arrancarse una espina del costado. Pero hacer lo contrario significaba fingir que la espina no estaba ahí. Y eso hacía que doliera a cada paso.

No era manera de vivir.

—Bien, bien —dijo Tumburu, sacando a Mini del escenario. Estiró el cuello de un lado a otro, se echó la crin hacia atrás y luego señaló a Rudy—. Supongo que eres el siguiente que necesita algo de talento musical, ¿no?

Rudy pareció bastante ofendido.

—No necesito talento musical. Ya tengo de sobra.

—Eso ya lo he oído antes —dijo Tumburu, poniendo los ojos en blanco.

Aiden enarcó ligeramente las cejas.

—Bueno, la verdad es que...

Rudy se quitó la mochila y sacó algunas de sus piedras: un trozo de cuarzo, un rubí sin pulir, unos guijarros de amatista y tres zafiros. Cerró los ojos y las joyas levitaron.

—Esta es mi música.

Una a una, se encendieron al tocarlas. La música de Rudy (su verdadera música) siempre había sido distinta. Más que una canción era una verdad. Plasmaba un sentimiento hermoso más que un ritmo frenético. Las amatistas sonaban como la lluvia que golpea una ventana, y Aru pensó en todas las veces que yendo en coche, somnolienta y felizmente aburrida, había observado las gotas de lluvia deslizarse por el cristal. Después fue el turno de los zafiros, que emitieron un sonido como de olas del mar golpeando contra la costa. Luego el rubí, con el chisporrotear de las llamas. Por último, el cuarzo, que recubrió los otros sonidos con una canción de Bollywood cuyo título no recordaba; era de ritmo lento, un latigazo de calor, con la majestuosidad del mar y la familiaridad de una antigua melodía. Era la clase de música que hacía llorar a Aru sin razón alguna. Rudy dejó que las piedras tocaran durante unos quince segundos y después las calló con chasquido de los dedos.

—Y eso es solo una muestra —dijo altivo.

—Ha sido maravilloso —dijo Aiden.

Tumburu se quedó mirando a Rudy.

—¡ERES MI ESTRELLA! ¡Eres el GENIO que hay detrás del grupo!

Rudy resopló un poco.

—Lo sé.

Tumburu empezó a caminar en círculos.

—Bueno, creo que podemos hacer que esta actuación sea realmente grande. Podríamos llenar estadios por todo el multiverso. Tal vez si hablo con Ixtab..., y, sí, me refiero a la reina de Xib'alb'a, de un concierto la próxima vez que nos veamos para la hora feliz y...

—Tumburu... —dijo Menaka en voz baja.

El *gandharva* suspiró.

—Una vez más, mis sueños tienen que pasar a segundo plano.

—Ante el apocalipsis —añadió Aiden.

Tumburu ignoró eso último y volvió su atención al grupo.

—Bueno, ¿quién es el siguiente? —Miró a Aiden—. A ti no se te puede mejorar nada, y tienes todo el aspecto del solista.

Aiden se puso rojo.

—Vale.

—Así que solo quedas... tú —dijo Tumburu, centrándose en Aru.

Ella reaccionó y se puso un poco de puntillas. Todo era absolutamente horrible, pero ¿y si pudiera tocar la guitarra eléctrica? Eso sería la caña. ¡Se convertiría en leyenda! Quizá debería hacerse unas mechas en el pelo...

—Por favor, acércate —dijo Tumburu.

Aru caminó hacia el escenario.

—¿Cómo te describirías a ti misma? —preguntó Tumburu.

Aru se lo pensó. Y luego, con una voz muy medida, dijo:

—Amable.

Brynn bufó.

—Querrás decir trámposa.

—Eeh, imaginativa —dijo Mini, un poco a la defensiva—. Muy imaginativa.

«¡Nadie os ha pedido que lo desarolléis!», dijo Aru por el vínculo mental, pero sus hermanas no hicieran otra cosa que reírse.

—Un poco friki —dijo Rudy.

Aiden la miró. Levantó el rabillo del ojo.

—Caótica.

—¡No les hagas ni caso! —dijo Aru, intentando captar la atención de Tumburu, pero el músico celestial no la escuchaba.

—Salvaje —dijo él, acariciándose el extremo del hocico—. Con un punto extraño, extravagante...

—¡La guitarra eléctrica! —dijo Aru—. ¡Por favor!

—Algo que raye lo cómico...

—Espera, no —dijo Aru.

Pero era demasiado tarde. Un objeto salió volando del círculo de instrumentos. Era bastante grande y tenía forma de media luna. Al principio, con la luz por detrás, Aru no supo ver de qué se trataba. «¿Otro tambor?», pensó esperanzada. Eso podría soportarlo. Aru alargó los brazos y lo cogió con una sola mano. Aquel mismo resplandor rosa le envolvió las manos. Era como si alguien le hubiera perfilado los músculos con purpurina. El movimiento le recorrió todo el cuerpo, y se encontró con los brazos levantados y tocando el instrumento con una mano. Producía un fuerte tintineo que era alegre y molesto a la vez.

Era, reconoció Aru con un horror creciente, una pandereta.

—Esto no irá en serio... —dijo Aru.

Al otro lado de la sala, Brynne y Mini estaban apiñadas, partiéndose de la risa. Rudy esbozaba una mueca de dolor y Aiden negaba con tristeza con la cabeza.

Pero no había tiempo para detenerse en el hecho de que, para el resto de su existencia mortal, a Aru Shah se la conocería para siempre como alguien que tocaba la pandereta.

Menaka se aclaró la voz.

—Se aproxima vuestra audición —dijo.

Aiden se miró el reloj.

—Falta una hora.

Tumburu resopló.

—Haced que me sienta orgulloso. Recordad, si os preguntan quién es vuestro agente, es Tumburu, señor de los *gandharvas* etcétera, etcétera.

—Tienes que hacer una cosa más —le dijo Menaka a Aiden—. No podéis plantaros sin más en un escenario sin un pian. Tenéis que aglutinar al público, Aiden. Cantar una verdad para vender una ilusión. La sinceridad de vuestro mensaje os hará salir adelante.

—¿Cantar una verdad? —repitió él dubitativo.

Menaka asintió.

—Algo que no le hayas contado a nadie. Quizá algo que te aterroriza en lo más profundo de tu interior. Hay un mensaje poderoso en esa sinceridad.

—Vale —dijo Aiden, y una mirada decidida le cruzó el rostro—. Lo haré.

—¡Vamos, vamos, vamos! —dijo Tumburu, señalando las pantallas.

La cámara de televisión enfocaba a los últimos concursantes que habían decepcionado al jurado. Esta vez era un grupo *yakshas* cavernícolas que bailaban *breakdance*. Parecían enfadados, pero Aru no estaba segura porque llevaban gafas de sol.

Tumburu pellizcó el aire delante de él y se abrió una puertecilla a unos tres metros de donde estaban los Patatas.

—Esto os llevará allí de donde venís —dijo Menaka, dándose la vuelta para marcharse.

—Espera —dijo Aiden.

Levantó a Sombragrís, frunció el ceño mientras hacía unos ajustes y después metió la mano dentro de su pantalla encantada. Un instante después, sacó una foto. Aru pudo atisbar algo mientras se la entregaba a Menaka. Era una imagen de Aiden y su madre.

—Por si... si laquieres —dijo, incómodo.

Menaka tocó la foto de manera reverencial, con lágrimas brillándole en los ojos.

—No le había visto la cara desde hace...

—¿Dieciséis años? —conjeturó Aiden.

Menaka asintió.

—Espera —dijo Aiden—. Si quieras encontrarnos, ya sabes dónde hacerlo. Pero si no quieres... —hizo una pausa e inspiró a fondo—, no te lo reprocharé. Nunca más.

Menaka inclinó la cabeza.

—Gracias.

Brynne le puso la mano en el hombro a Aiden con suavidad.

—¿Preparado?

—Sí —contestó.

Rudy fue el primero en ir hacia el portal.

—Si alguna vez quieres hacer prácticas, búscame —le dijo Tumburu.

Rudy sonrió y desapareció. La siguiente fue Brynne con su tabla bajo el brazo, murmurando: «sé tocar el arpa». La siguió Mini con su teclado eléctrico, y luego Aiden.

Aru, que seguía perturbada con su nuevo talento para tocar la pandereta, estaba a punto de unirse a ellos cuando Menaka se adelantó y le tocó el hombro.

—Un instante de tu vida, hija de los dioses —dijo Menaka.

Aru la miró, confundida.

Sus ojos se encontraron con los ojos oscuros de Menaka. Apretaba los labios en un rictus de angustia.

—Sabías quién era yo —dijo Menaka—. No es algo que suela sucederme.

Aru no sabía qué decir, así que se quedó callada mientras Menaka parecía armarse de valor para hablar.

—No puedo predecir qué sucederá, si se rehará el mundo, o qué lugar ocuparé en el futuro. No sé si, cuando acabe esta guerra, alguien recordará quién fui —dijo Menaka en voz baja. Extendió el puño. Cuando lo abrió, Aru vio un solitario pendiente dorado que relucía en mitad de la palma de su mano —. Así que, ¿por qué no te llevas esto de recuerdo? Es la joya con la que nací cuando vine al mundo.

Aru asintió, cogió el pendiente y lo guardó con cuidado en su mochila. Al hacerlo, su pandereta emitió un desagradable tintineo.

—¿Y cuidarás de mi nieto? —preguntó Menaka, mientras cogía a Aru de las manos.

—¿Qué? —dijo Aru—. ¿Por qué yo? O sea, él...

—No sé si jamás tendré fuerzas para volver a ver a mi hija; cada vez que he amado, eso casi me destruye —dijo Menaka.

—Mmm...

Aru oyó la voz de Aiden que la llamaba.

—¡Shah! ¿Dónde estás? ¡Es la hora del espectáculo!

—Tengo que irme —dijo Aru, soltándose y corriendo hacia el portal—. Lo siento.

Cuando Aru llegó a la entrada, miró hacia atrás. Tumburu seguía en las sombras, con las manos en los bolsillos y su cabeza de caballo girada hacia las pantallas. Menaka permanecía sola y apartada, y su cuerpo desprendía un resplandor etéreo.

Aru recordó las visiones que había visto en el suelo; Menaka aferrando un bebé contra su pecho, dividida entre la tierra y el cielo. En las tierras humanas, el sabio al que amaba la abandonaba porque la habían enviado para debilitarlo. En los reinos celestiales, no le permitían criar a una hija medio mortal. Estaba atrapada una y otra vez. Pero nadie hablaba nunca de esa parte de la historia. Solo hablaban de su deslumbrante belleza, como si ella no fuera más que eso: alguien a quien mirar, pero no a quien escuchar.

—Lo haré —soltó Aru.

A Menaka se le iluminó el rostro.

—Gracias, hija de los dioses.



VEINTISEÍS

Las panderetas están infravaloradas

Aru había pensado que el portal que la guio de vuelta era brillante y ostentoso, pero no era nada comparado con lo que le esperaba cuando bajó de un salto el último escalón y entró en la carpa de artistas de la final y miró a su alrededor.

—Media hora para actuar —dijo Aiden.

Pero Aru apenas podía oírle. Justo delante de la carpa, los *flashes* de las cámaras salpicaban el lienzo blanco. Aru vio que el hombro de alguien impactaba contra la tela y que la carpa lo hacía rebotar. Los periodistas intentaban hablar con ellos a través de la solapa abierta, y todos gritaban más fuerte que el anterior.

—¡Hola! Soy del CBN, el Canal del Bazar Nocturno. Hemos sabido que uno de vosotros es descendiente directo de la *apsara* Malini, ¿es así? ¿Podéis hacer algún comentario al respecto...? HE DICHO QUE TE ECHEIS PARA ATRÁS, ARNOLD, O ME VAS A CABREAR...

—¡Es mi entrevista! ¡Yo he llegado primero! —gritó otro.

—Pero ¿quiénes son los otros músicos? ¿También son descendientes de *apsaras*? ¿Cuántos sois? ¿POR QUE NO NOS DECÍS NADA? ¡NOS ESTÁ MATANDO LA INTRIGA...! No, tú no, Triga. ¡Tú lo estás bordando con la cámara, de verdad!

¡PLOP!

Los Patatas levantaron la cabeza. Un paquete envuelto en papel marrón entró volando por la solapa de la carpa.

—¡Entrega urgente para el señor Aiden Acharya! —anunció el paquete antes de dejarse caer al suelo con un sonoro pum. Los Patatas se acercaron.

Había una nota pegada en la parte superior, escrita en grandes letras redondeadas y ligeramente irregulares que Aru reconoció de inmediato como la caligrafía de Nikita:

S. vio que podríais necesitar esto.

Los cascós deberían bloquear todo el tema hipnótico
apsara de Aiden para que nadie haga nada
bochornoso... otra vez >:)

N. y S.

PP: ¿La pandereta? Juas

—Impresionante —dijo Aru, cruzándose de brazos—. Hermanitas que te trolean a cualquier distancia.

Bryinne cogió el paquete. Cuando rompió el envoltorio, los materiales despidieron un brillo reluciente por toda la carpa. Aru parpadeó un par de veces, escudriñó el paquete y sonrió.

—Hola, precioso —dijo.

Quince minutos después, los Patatas estaban irreconocibles. Nikita le había confeccionado a cada uno de ellos un vestuario completo: unas chaquetas elegantes con hombreras, pantalones brillantes y un casco con joyas de colores a juego. Aiden iba vestido de verde esmeralda de pies a cabeza; Rudy de un rojo escarlata intenso; Bryinne de un turquesa suave; Mini de un violeta ahumado; y Aru de un dorado brillante. Aru se miró al espejo. Sentía el casco ligero y cómodo sobre la trenza enrollada. Cuando se levantó el visor, Aru vio dos ojos oscuros e intensos que le devolvían la mirada. Tenía un aspecto inmejorable. Y se sintió... poderosa.

Quizá había algo de verdad en lo que le había dicho Nikita en una ocasión: «Vístete como si hubieras vencido y tendrás la guerra medio ganada».

—No pienso quitármelo JAMAS —declaró Rudy.

—Vale, gente —dijo Aiden, caminando de un lado a otro por el centro de la carpa. Llevaba su casco verde bajo el brazo—. ¿Instrumentos?

—Listos —dijo Mini, tocando su teclado flotante.

—¿Equipo de sonido? —preguntó Aiden.

—Listo —dijo Rudy, agitando en el aire una piedra preciosa.

Aiden se volvió hacia Brynne.

—¿La Joya del Sol?

Brynne asintió, y se dio un golpecito en el bolsillo delantero de la chaqueta en el que guardaba el farolillo, en uno de los compartimentos mágicos de Nikita.

Aiden respiró hondo.

—Vale, pues, por lo que sé, la plataforma donde haremos la prueba está a unos tres metros del escenario final. Si tocamos lo suficientemente bien...

—Querrás decir cuando lo *clavemos* delante del jurado —dijo Rudy.

—Sí, claro —dijo Aiden antes de continuar—. Podremos ir directamente desde la plataforma de pruebas hasta el escenario final, y desde allí podremos acceder al siguiente portal.

—Según Jambavan, la puerta debería abrirse en cuanto reconozca la Joya del Sol —dijo Brynne—. Solo tengo que acercarme lo suficiente al portal, y entonces... ¡bum!... estaremos al otro lado.

—Pero incluso entonces no estaremos aún dentro del laberinto —dijo Mini, acelerada—. Hay que cruzar otra entrada. Y ahora mismo solo faltan dos días para que se cierre el laberinto para siempre y el Durmiente y Kara consigan el néctar de la inmortalidad y...

—Y ya nos encargaremos de ello, paso a paso —dijo Brynne con suavidad.

Mini no parecía muy tranquila.

—Lo más importante es la canción, *Ammamma* —dijo Brynne, enarcando las cejas en dirección a Aiden—. Tenemos unos instrumentos molones, pero tú eres el único que puede mantener la ilusión con una verdad.

—Lo sé —dijo Aiden.

—Si se rompe la ilusión, todos verán lo que estamos haciendo y lo más seguro es que nos echen de una patada en el culo.

—Lo sé —repitió Aiden.

—O que nos lancen a algún vacío celestial.

—Brynne —dijo Aiden con firmeza—, lo sé.

—Pero ¿sabes de qué va lo que vas a cantar? —preguntó ella.

Aiden tenía la mirada fija en el suelo.

—Sí. Sí, lo sé.

Aru, Rudy, Mini y Brynne se miraron.

Aru carraspeó.

—Entonces..., ¿nos lo vas a contar?

Aiden pareció sobresaltarse por que se hubiera dirigido a él. La miró, frunció el ceño, y luego se caló el casco.

—No.

Aru puso los ojos en blanco. Así que volvían a *esa* versión de Aiden. Qué bien.

—Los artistas son muy temperamentales —dijo Rudy con un tono sabio —. Creedme, yo lo soy.

Aiden se miró el reloj, enderezó los hombros y luego se dio unos golpecitos en la mochila como si le fuera a dar buena suerte.

—Es la hora.

Uno a uno los Patatas salieron de la carpa y se dirigieron a la plataforma. Por la estrecha franja del visor del casco, Aru solo podía entrever a la multitud. Sintió que la empujaban mientras caminaba detrás de Brynne y Mini. Rudy iba el último, y a Aiden, que iba por delante de todos, casi no lo veía.

A su lado, dos inmensos gorilas con camisetas negras apartaban a la multitud.

—¡Paso a los artistas! —gritó uno de ellos—. ¡Dejen espacio!

A pesar de los gritos, Aru consiguió oír los comentarios de algunos espectadores, entre ellos un: «¿Lo que lleva esa no es una pandereta?».

Aru volvió la cabeza, con ganas de azotar a aquella persona tan grosera con el instrumento, pero la empujaron rápidamente hacia adelante. Tardaron diez minutos en llegar hasta la plataforma de pruebas. Cuando se subieron a ella, Aru tenía los nervios a ñor de piel.

Echó un vistazo y vio que había cientos de personas de público. Las cámaras disparaban los *flashes*. Unos focos muy intensos que había en el techo del gran pabellón se movieron para enfocarla. A su derecha, el cristalino escenario final se cernía a unos cuatro metros y medio por encima de ellos y, más arriba, a más de quince metros de altura, planeaba la puerta que les llevaría un paso más cerca del laberinto con apenas un día de margen. Deseaba haber tenido tiempo de hacer, por lo menos, un ensayo general.

Pensó que eso no era bueno. Tenía las manos sudorosas. ¿Y si las bendiciones de Tumburu fallaban de vez en cuando? ¿Y si el plan no funcionaba y los abucheaban y los echaban del escenario? Esto era mil veces peor que cuando estabas en clase a punto de quedarte dormida, decían tu nombre y no tenías ni idea de lo que estaba pasando...

Aiden ocupó su sitio al frente como solista. Delante de él apareció mágicamente un micrófono. Los tres miembros del jurado estaban sentados a tres metros de distancia, con la expresión inescrutable tras las gafas de sol. Aru recordó haber oído sus nombres anteriormente: la dama Medialuna, el señor del Atardecer y, si había entendido bien, el Artista Antes Conocido como Luz Estelar.

La dama Medialuna se inclinó hacia adelante.

—Estamos preparados para que nos decepcionéis a lo grande. Empezad cuando queráis.

Aiden miró hacia atrás y se levantó el visor.

—¿Listos? Brynne, tú empiezas. Rudy, tú introduce algunos efectos. Luego te toca a ti, Mini.

—¿Y yo qué? —preguntó Aru—. ¡La pandereta también se merece su momento de gloria!

—Intenta resaltar la letra, supongo —dijo Aiden—. A la de tres. Uno, dos...

—¡LOS ÁNGELES DE RUDY! —chilló Rudy—. ¡VAMOS ALLÁ!

—Tres —dijo Aiden en tono solemne.

Se bajó el visor por delante de los ojos.

«¡¿Y qué pasa conmigo y con mi pandereta?!», preguntó Aru por el vínculo mental.

«¡Yo qué sé!», dijo Brynne, mientras giraba las muñecas y estiraba los dedos.

«¿Por qué no sigues el ritmo una vez empiece a cantar?», sugirió Mini.

Brynne golpeó la tabla. El sonido hizo temblar todo el estadio y la muchedumbre se quedó en silencio. El ritmo fue creciendo, yendo cada vez más y más rápido mientras los dedos de Brynne golpeaban el tambor.

El Artista Antes Conocido como Luz Estelar descruzó las piernas y se sentó un poco más erguido.

Instantes más tarde, Rudy sacó tres amatistas y un zafiro. El sonido fue *in crescendo* por todo el estadio; evocaba la ilusión de las olas rompiendo. El público se quedó atónito.

La dama Medialuna se bajó las gafas de sol, miró al techo del pabellón y luego al escenario.

Después, Mini agachó la cabeza. Mientras pasaba los dedos por el teclado, se elevó una melodía que los envolvió, de repente brillante y agradable, y también extrañamente triste.

Aru levantó la pandereta. ¿Ahora? ¿Debería ponerse a tocar? Pero se detuvo cuando Aiden empezó a cantar.

Las palabras se derramaban entre la multitud como la miel.

Aru bajó la mano, pero el movimiento hizo tintinear la pandereta. El instrumento parecía saber de manera instintiva cómo acentuar el ritmo. Aru se vio envuelta por la letra, que Aiden cantaba con tal intensidad que imaginó que iba dirigida a ella.

*«Me dijeron que fuera sincero,
Así que aquí va una verdad...
Me das miedo, pero no lo quiero demostrar».*

Y no hizo falta nada más.

Todos a una, los miembros del jurado se levantaron como un resorte de sus asientos y comenzaron a aplaudir como locos.

—¡CAMPEONES! —gritó el señor del Atardecer.

La dama Medialuna tiró las gafas al suelo y empezó a llorar.

Por detrás del jurado, la muchedumbre hacía la ola moviendo las manos al cielo en el aire. Pero Los Ángeles de Rudy no habían terminado.

Mini se inclinó sobre el teclado, ensimismada en su melodía, mientras Brynne golpeaba atronadoramente los tambores. Rudy hizo girar un tornado de joyas por encima de ellos, desgranando los hilos de la música y superponiéndolos con su propia magia: la maravillosa y terrorífica ingrávida de caer desde una gran altura, la dificultad de respirar tras reírse muy fuerte, lo que se siente cuando la luz del sol de octubre te da en la cara. Era hipnótico.

Pero entonces sucedió algo extraño a su lado. El enorme escenario cristalino comenzó a brillar. Un conjunto de estrellas surgió por uno de los lados y bajó hasta la plataforma de pruebas de los Patatas.

—¡El escenario final ha reconocido a su campeón! —gritó uno de los jueces antes de desplomarse a su lado.

Aiden subió los doce escalones confiado, cantando durante el recorrido entre el clamor del público. Brynne, Rudy y Mini le siguieron. Aru fue la última en subir. Se sentía abrumada por la letra de Aiden. Hacía que le doliera el corazón, pero no sabía por qué.

*«Me dicen ella mi muerte será,
y, sí, no lo puede negar...».*

Cuando llegó a lo alto de las escaleras, Aru vio ante ella a la muchedumbre con los brazos extendidos mientras las joyas de Rudy enviaban una luz ondulante sobre sus rostros. El techo del pabellón estaba inundado de colores. Incluso los animales hechos de humo se habían acurrucado en un rincón y agitaban las colas con desidia al ritmo de la música.

«Allá voy», dijo Brynne por el vínculo mental.

Por una esquina del visor del casco, Aru vio que Brynne alejaba una mano de los tambores lentamente. Con la mano izquierda seguía marcando el ritmo. Con la derecha, se tocó la gargantilla y el bastón de viento sacó poco a poco del bolsillo de la chaqueta el farolillo de la Joya del Sol.

Aiden volvió la cabeza. Subió el volumen de su voz. Rudy lanzó un puñado de piedrecitas de cuarzo al aire. Absorbieron toda la luz del sol del pabellón, y la multitud gritó. Unos rayos multicolor empezaron a dar vueltas por doquier en la oscuridad como las luces de una bola de espejos salvaje.

Aru observó, sin dejar de golpear la pandereta contra la mano, cómo Brynne hacía levitar el farolillo cada vez a más altura. Los marcos de color morado ahumado de la puerta brillaron en respuesta. Las bisagras resplandecían.

Aiden jadeó en busca de aire y las luces de discoteca giraron aún más rápido. Aru vio que uno de los miembros del jurado se volvía hacia Brynne, con el entrecejo arrugado.

—¡Sigue así, Querida! —gritó Mini. Encorvada sobre el teclado electrónico, tenía todo el aspecto de una científica chalada. Los colores le rebotaban en la chaqueta.

Aiden comenzó a cantar de nuevo con sinceridad.

«Creo que eres un caos andante, y quizá no pasemos de este día, pero, si sirve de algo, que fuera todo distinto no querría...».

Aru se quedó quieta. ¿Por qué le aceleraba el corazón esa letra? Aiden le estaba cantando a la gente, no a ella...

Pero entonces recordó la broma que hizo en el estudio de grabación de Tumburu. La había llamado caótica, con la comisura de la boca levantada.

Sintió un débil zumbido en el cráneo. Pero ¿qué pasaba entonces con lo de «Seamos amigos...»?

«¡SE ESTÁ ABRIENDO!», chilló Brynne por el vínculo mental.

Aru levantó la vista justo en el momento en que se abría la puerta morada. Era imposible ver lo que fuera que hubiera al otro lado. Lo único que

vislumbró fue un débil resplandor morado contra un fondo salpicado de estrellas. Un grueso haz de luz índigo salió disparado del portal hacia el escenario. En el instante en que tocó el suelo de cristal, unas nubes plateadas ondulantes salieron disparadas en ráfagas por todo el pabellón. Fue como si una extraña somnolencia hubiera invadido el espacio. Cuando Aru miró al público, vio que la gente caía al suelo como si se hubieran quedado dormidos en el acto.

Por suerte, las nubes no afectaron a los Patatas.

—Os enviaré ahí arriba uno por uno —dijo Brynne—. ¡Mini, vamos!

Mini salió corriendo hacia la luz violácea. Cuando llegó a la altura de Brynne, sus pies se alzaron del suelo. Brynne hizo girar su bastón de viento y con una ráfaga hizo que Mini cruzara la puerta.

Durante un instante aterrador, Aru se preguntó si le había sucedido algo, pero entonces oyó gritar a Mini por el vínculo mental: «¡Estoy bien!».

—¡Rudy, te toca! —gritó Brynne.

Rudy salió disparado, saltó hacia el rayo en el mismo instante en el que Brynne le enviaba una ráfaga que le hizo cruzar la puerta.

—¡Sigue cantando, Querida! —gritó Brynne.

Aiden se iba acercando cada vez más al rayo de luz.

—¡Aru, vamos! —dijo Brynne.

Las palabras de Aiden la habían dejado clavada en el sitio. Él giró la cara hacia ella y Aru se dio cuenta de que se había levantado el visor. Se congeló el tiempo. Sabía que en cuestión de minutos se diría a sí misma que aquello no había sucedido, que no había sido su intención, que no había cantado para ella.

Pero en ese breve instante, no escuchó la voz de su cabeza, sino que lo escuchó a él.

*«Te mentí, lo siento,
tengo demasiado orgullo dentro...».*

—¡Aru, ya! —gritó Brynne.

Aru se sacudió a sí misma. Tocó la pandereta por última vez, y luego subió los últimos peldaños corriendo y hacia la luz azul de medianoche. En el momento en el que el rayo impactó en su piel, sintió que la ráfaga de Brynne se le arremolinaba en los tobillos. El viento se hizo más fuerte y la propulsó hacia arriba y hacia el interior del portal. Mucho más abajo, vio que Aiden seguía con la cabeza girada hacia ella. Sus miradas cruzaron el escenario, las

luces y la música para encontrarse, y Aru imaginó que las palabras de Aiden iban dirigidas a ella.

*«Quizá, cuando lleguemos al final,
podamos volver a empezar...».*



VEINTISIETE

Capuzada

—Señor, los hemos avistado.

Kara levantó la vista. Parpadeó. Le dolían las extremidades del cansancio y le pesaban los párpados.

—¿A quién? —preguntó ella débilmente.

—No te preocupes por estos asuntos —dijo Suyodhana—. Descansa, niña. Estamos muy cerca del final.

Sonrió, y luego se levantó de su lado y se fue a hablar con el teniente con cara de tortuga. Kara se incorporó apoyada en un codo. Había estado tumbada en la carpa improvisada que había construido su padre a escasos tres metros y medio del cráter que albergaba el néctar de la inmortalidad.

Este era el momento de descanso previsto para Kara, y durante la última hora su padre le había estado leyendo las obras teatrales de Kalidasa. Casi se había quedado dormida escuchando la voz de su padre dando vida a las historias. Aquellos días le costaba conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a la Resta de cumpleaños de Aru y el mundo se hacía añicos a su alrededor.

Ahora que estaba completamente despierta, un pánico familiar se adueñó de ella. Había perdido la cuenta de los días que habían pasado bajo tierra. Sabía que debían ser menos de diez, porque, si no, el laberinto habría desaparecido en torno a ellos, pero parecía que hubieran sido años.

Por una solapa de la carpa parasol, Kara podía ver el néctar de la inmortalidad en su gran *kalash*. La olla que contenía el *amrita* era más pequeña de lo que se había imaginado; no era mucho más grande que un horno de cocina. Incluso a esa distancia, podía ver la superficie tranquila y

reflectante del líquido dorado. Y, aun así, pese a estar tan cerca, estaba resultando casi imposible acercarse a él.

Habían pasado días serpenteando en la oscuridad, y Kara había sentido que flaqueaba su confianza todo el tiempo. Las provisiones menguaban mucho más rápido de lo que se habían imaginado, y notaba las miradas de los soldados a su espalda, oía cómo susurraban en la penumbra.

«Él nos dijo que ella sería la solución a nuestros problemas...».

«¡No es más que una niña con un arma que no sabe usar!».

«¿Quién dice que sea capaz de liderarnos?».

Las miradas y las quejas habían cesado (al menos, durante un momento) cuando el rayo de sol de Kara les condujo hasta el borde del vasto cráter que brillaba como una estrella fugaz. El ejército había prorrumpido en vítores, y Kara había disfrutado de sus sonrisas.

Sin embargo, la sensación de victoria no duró.

Una esfera resplandeciente protegía el néctar de la inmortalidad. Era impenetrable a cuchillas y ácidos, y el tridente mágico de Kara solo había conseguido hacerle un agujero minúsculo..., y solo tras estar una hora concentrada en ello con todas sus fuerzas. Aun así, un agujero era un agujero, y era el punto de partida para abrirla del todo.

Durante los dos últimos días, Kara no había hecho otra cosa que quedarse en el borde del cráter y concentrar toda su energía en destruir la esfera protectora. Durante todo el tiempo, su padre se había mostrado cordial y atento. Se había asegurado de que hiciera pausas con regularidad para beber agua y para descansar. Le leía historias antes de dormir.

Sin embargo, Kara detectaba su impaciencia. Notaba la preocupación en su sonrisa tensa y en las arrugas de alrededor de los ojos. No lo decía, pero no hacía falta. Los soldados cuchicheaban, e incluso cuando pensaban que no los escuchaban, ella los oía. «Nos estamos quedando sin tiempo».

Del mundo exterior llegaban noticias de manera fragmentada. Se había establecido una ruta hacia el núcleo del laberinto con el arma celestial de Kara como guía, lo que permitía a un reducido grupo de soldados comenzar a abrir caminos que, tarde o temprano, utilizarían sus aliados para entrar. Incluso en las profundidades de la tierra, les llegaban noticias y rumores. Entre ellos, lo más reciente habían sido...

Imágenes de vídeo.

Kara espiaba la burbuja encantada que levitaba fuera, justo delante de la entrada de la tienda. En el interior de la burbuja, había imágenes sin sonido que parpadeaban de un lado a otro. Kara se escabulló de su cama de sombras

frescas y se arrastró hacia la solapa de la tienda, donde su padre conversaba con su teniente con un tono de urgencia.

—¿Dónde se ha grabado esto? —preguntó su padre.

—En un terreno desierto en el Más Allá —dijo el teniente, haciendo una pausa para consultar un montón de papeles que tenía en las manos—. El escenario final, creo. Una especie de... espectáculo apocalíptico. La verdad es que es bastante entretenido...

Su padre emitió un débil gruñido y el teniente carraspeó.

—Llevan las caras tapadas con cascós, como puede ver, pero el parecido, en altura, talla y número, con las Pandava es indiscutible. Se rumorea que el chico que canta es el hijo de la Malini, y suele ir a menudo con ellas.

—Me acuerdo de él —dijo Suyodhana de mal humor—. Siente cierta debilidad por ella.

«Aiden», pensó Kara. «Estaban hablando de Aiden». Se ruborizó. Durante el cumpleaños de Aru, ella había reunido el valor suficiente para decirle que le gustaba. Vaya error. Ojalá no lo hubiera hecho. Cuando recordaba la lástima en su mirada, o que minutos más tarde se dio cuenta de que era Aru quien le gustaba desde siempre, se sintió superidiota.

La esperanza la había capuzado.

Kara había descubierto durante sus descansos para leer que era una palabra que procedía originariamente de la práctica de la cetrería. Cuando la gente entrenaba halcones para cazar, los tranquilizaban poniéndole un capuz en la cabeza. Hoy en día la palabra ya no significa vendar los ojos.

Significaba engañar.

«Te han engañador», le había dicho su padre. «Te han hecho creer cosas que no eran ciertas».

Al principio, por la rabia, se había aferrado a sus palabras. Pero, ya más tarde, cuando se quedaba dormida se veía atrapada en una pesadilla en la que el cumpleaños de Aru no se acababa nunca. Y, cada vez, Kara se quedaba estancada en la manera en la que Aru le había suplicado, con los ojos brillantes.

«Te queremos, Kara. Eres una de los nuestros».

En algún lugar en el fondo de su ser, Kara sentía que las palabras de Aru tenían algo de verdad, y no sabía qué hacer al respecto. Las promesas del padre de Kara de que la quería y de que creía que estaba haciendo lo correcto también tenían algo de verdad... Así que, ¿dónde la dejaba eso a ella?

Kara avanzó otro paso hacia la entrada de la tienda, y allí vio el vídeo que estaban examinando a conciencia su padre y su teniente. En él, se veía a los

Patatas en el escenario. A Kara se le abrieron los ojos como platos. No tuvo que verles las caras para saber que eran Aru, Brynne, Mini y Aiden. Todos ellos vestidos con trajes elegantes y unos cascós resplandecientes. ¡Parecían estrellas de *rock*! Se dio cuenta con una punzada de envidia de que incluso Rudy estaba allí. Cuando empezaron a tocar, el sonido la envolvió con su magia, y Kara se dio cuenta de que estaba sonriendo.

¿Desde cuándo tocaba Mini el piano? ¿O desde cuándo sabía Brynne qué hacer con unos tambores?

Casi se rio al recordar cómo intentaban escabullirse todos del ático de Brynne cada vez que empezaba a «practicar con el arpa». Más bien era «torturar el arpa», como había dicho Kara en una ocasión, lo que hizo que Aru se partiera de la risa. La única que se quedaba era Hira, y Kara sospechaba que era porque le gustaba la intérprete, pero no la música.

En el vídeo, un rayo de luz púrpura se abría desde una fuente que Kara no alcanzaba a ver. Uno a uno, los Patatas se alzaron del suelo y desaparecieron en el interior de esa luz.

Kara recordó sus aventuras con ellos y, sin querer, se rio entre dientes.

Su padre se giró y la pilló en el umbral de la tienda. Hizo un movimiento brusco con la muñeca y las imágenes desaparecieron. Kara se quedó paralizada.

—Deberías estar descansando, cariño —le dijo su padre.

—¿Qué era eso? —preguntó Kara.

—Nada —dijo Suyodhana con un tono crispado.

—Pero...

—Tienes que descansar —insistió su padre—. ¿Te cuesta dormir, hija? Yo lo arreglo.

—Espera, papá. ¿Qué le ha pasado a Aru...? —empezó a decir Kara, pero su padre ya había levantado la mano. Chasqueó los dedos y una franja de sombra negra serpenteó desde la palma de su mano y le envolvió los ojos.

«Me está capuzando», pensó Kara somnolienta.

Fue lo último que le pasó por la cabeza mientras se le cerraban los ojos y su cama de sombras se alzaba para arrebatársela al mundo.

Kara se había preparado para tener pesadillas, pero en vez de eso se encontró en el interior de lo que parecía un enorme almacén. A un lado había una pared de ventanas con escarcha, y Kara notó cierto movimiento (recuerdos) que se

desplazaba por detrás de ellas como criaturas marinas atrapadas bajo una capa de hielo.

—Estás aquí —dijo una voz familiar.

Ante ella se apareció la Sheela de los sueños, con un pijama negro con estampado de patitos amarillos.

—He estado intentando traerte, pero cuesta penetrar en tus sueños.

Kara parpadeó y se frotó los ojos.

—Qué sueño más raro. Sé que no es real. Bueno, es decir, sé que no puedes estar aquí de verdad.

La Sheela del sueño se encogió de hombros.

—No sé. Seguramente eso es lo que quieras creer, pero, en el fondo, creo que sabes la verdad.

Kara inclinó la cabeza.

—Yo ya no sé nada.

La Sheela del sueño alargó la mano.

—He visto tus sueños, Kara.

Kara se alejó de ella.

—¿Y? ¿Qué les pasa?

—Da mucho miedo amar a la gente —dijo la Sheela del sueño—. Nikki dice que es como cruzar un precipicio a propósito.

Kara casi se echó a reír porque era verdad. Se tardaba mucho en confiar en alguien y, cuando confiabas en esa persona, le dabas la oportunidad de hacerte daño.

—Sí. Supongo que podría expresarse así.

—Pero te equivocas —dijo la Sheela del sueño—. Sí que te quieren. Incluso Krithika. Lo vi en sus sueños. Se los robé, uno por uno. Y los del Durmiente también. Te los puedo enseñar si quieres, y entonces sabrás la verdad. —Señaló por detrás de ella, hacia las ventanas borrosas, y Kara contuvo la respiración.

—Nada de esto es real —dijo Kara.

—Entonces supongo que no te hará ningún daño mirar —dijo Sheela—. Pero creo que..., esto, sé que llegará un momento en el que tendrás otra oportunidad. No puedo ver qué es lo que harás con ella. Pero, por lo menos así, puedes decidir por ti misma.

Kara se quedó quieta, mirando a las ventanas. Vio la esbelta silueta de una mujer que se movía por detrás de uno de los cristales, y Kara sintió la dolorosa necesidad de verle la cara. Captó el aroma del perfume de neroli que la madre de Aru (de las dos) se ponía en el cuello y en las muñecas. Kara

recordaba pasear por el dormitorio de Krithika Shah antes de saber que eran madre e hija. Kara se imaginaba ahora a Krithika, sentada al borde de su cama, mirando el reloj y esperando que su hija Aru Regara a casa. Esa imagen le hizo sentir envidia. Buscaba con desesperación tener una madre que se preocupara de dónde estaba y de cuándo iba a volver, una madre que dejara que se pusiera su perfume y que se probara sus zapatos hasta que, con el tiempo, acabaran quedándose bien.

—Entonces..., ¿quieres echar un vistazo? —le preguntó Sheela.

Kara no recordaba haber contestado. Solo sabía que en un momento estaba plantada en la oscuridad y al instante siguiente cogía de la mano a la pequeña mientras caminaban juntas hacia la luz.



VEINTIOCHO

Los salones de Nidra

Aru parpadeó. Una vez más volvía a encontrarse en ese curioso vacío entre reinos. Solo que esta vez parecía estar en un túnel lleno de humo púrpura. Las paredes se movían a su alrededor, pero ella estaba quieta. Una puerta que parecía como si estuviera hecha de la oscuridad que habita entre las estrellas se cernía cada vez más cerca de ella. Aru, desconcertada, se dio unas palmaditas en la cabeza. Ya no llevaba el casco, ni tampoco (cayó en la cuenta con una punzada de desilusión) su pandereta.

Cuento más miraba la puerta, más crecía la inquietud en su corazón. Le pesaban los párpados. Se imaginó que, si los cerraba, dormiría durante años.

Pero notaba que no era un buen sueño lo que la aguardaba. La escarcha se le acumulaba en la piel. Se le erizó el vello de la nuca como si le acecharan malos sueños que no estaban a la vista.

—Pues... eso ha sido bastante raro —dijo Mini.

Aru se sobresaltó y desapareció toda somnolencia. A diferencia de Aru, Mini parecía bastante feliz en el espacio entre portales. Se la veía grácil y tranquila. Tenía los dedos de los pies en punta como si estuviera en pleno vuelo y su melena, que le llegaba por la barbilla, ondeaba al viento.

—¿Qué ha sido raro? —preguntó Aru.

Mini abrió los ojos de par en par.

—¿La canción de Aiden?

A Aru le ardió la cara. Cuando la había escuchado, había pensado que..., bueno, que quizá iba dirigida a ella. Pero eso era absurdo..., ¿no?

Un sonoro ronquido interrumpió sus pensamientos. Rudy dormía a pierna suelta con las rodillas dobladas sobre el pecho y las manos metidas debajo de la cabeza.

—¡Qué bien, habéis vuelto! —gritó una voz familiar.

A su derecha, Sheela y Nikita se manifestaron parcialmente en el vacío, de nuevo con unos rasgos translúcidos. No obstante, Nikita se había vestido para la ocasión y llevaba un turbante de estrellas y una túnica con constelaciones bordadas. Sheela llevaba un mono plateado de aspecto cómodo. Sonrió a Aru y a Mini, saludándolas energicamente con la mano.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —preguntó Aru.

—Nos hemos turnado para dormir por si aparecíais en el plano astral —dijo Nikita, bostezando—. Es agotador. Durante mi último turno era incapaz de quedarme despierta.

Aru se cruzó de brazos.

—Siento mucho que te haya costado echarte la siesta mientras nosotras vamos corriendo de un lado a otro intentando evitar la muerte y toda la pesca.

—Disculpas aceptadas —dijo Nikita.

Aru puso los ojos en blanco.

—Brynette y Aiden están de camino —dijo Sheela, mirando por detrás de ellos—. Tendrás que decírselo.

—¿Decirles el qué? —preguntó Mini.

—Pues el siguiente lugar al que os dirigís, claro —dijo Sheela, señalando hacia la puerta.

Ahora estaba más cerca. A Aru no le gustaba la pinta que tenía. Había algo inquietante e interminable en lo que les esperaba.

—Esa es la entrada al laberinto, ¿verdad? —dijo Mini.

—Mentira —dijo Sheela.

—¿QUÉ? —preguntó Aru—. ¿Cuántas puertas extrañas más vamos a tener que...?

—Debería parecerte familiar, no extraña —dijo Nikita—. Has estado aquí antes.

—Ah, ¿sí?

—Oh, sí —dijo Nikita—. Pero quizás no te acuerdes. Os dirigís a los Salones de Nidra.

Aru se detuvo. Conocía ese nombre. Nidra era la diosa del sueño. Se acordó de Jambavan y su gran mesa dorada. «Sobre todo, uno no debe eludir nunca su descanso», había dicho. «Ni el más poderoso de los seres ignora lo que debe a Nidra...».

Ahora aquellas palabras la hacían estremecerse.

—¿Tenemos tiempo para esto? —preguntó Mini—. El laberinto se cerrará pronto y aún no hemos recuperado nuestras armas. ¿Y si llegamos demasiado

tarde?

Aru compartía la preocupación de Mini, pero quería sacarles a las gemelas toda la información que pudiera, así que obvió sus preguntas.

—¿Qué está pasando en el Más Allá?

—Pues... algunos se han ocultado —dijo Nikita— y otros están intentando unirse al Durmiente.

A Aru se le cayó el alma a los pies.

—Pero hay otros muchos que quieren unirse a nuestra lucha —dijo Sheela.

Aru levantó la cabeza.

—¿De verdad?

Nikita sonrió.

—De verdad.

—Quieren saber cómo ayudar —dijo Sheela—. Podemos verlo en sus sueños.

Aru pensó en toda la gente que había conocido a lo largo de los años...: los Marut, aquellos guerreros estruendosos que vivían en la ciudad inmortal de Amaravati; los vánaras con cara de mono del Reino de Kishkinda que habían luchado en la primera guerra contra Lanka...

Todos habían dicho que lucharían. «Cuando me necesites a mí o a mi gente, acudiremos a tu llamada... le había prometido la reina Tara».

Las Pandava no estaban solas.

Darse cuenta de eso hizo que Aru derribara barreras que ni se había dado cuenta de que la rodeaban. Fue como si hubiera entrado en una estancia más grande y brillante, y ahora viera con más claridad que hasta entonces.

—Bueno, si quieren ayudar, enviémosles un mensaje —dijo Aru.

Mini le llamó la atención y sonrió.

—Estupendo —dijo Nikita—. Pero no voy a hacer más trajecitos. Acaban quemados, incinerados o metidos en las lavadoras y no los tratáis como las obras de arte de valor incalculable que son.

Aru gruñó.

—¡Eso fue una sola vez, Nikita! ¡Siento haber estropeado el traje!

—¡En las instrucciones ponía muy clarito SOLO LIMPIEZA EN SECO! —replicó Nikita—. ¿Qué monstruo no mira las instrucciones de lavado?

Sheela tiró a su hermana de la manga.

—Nos tenemos que ir, Niki. Ya han llegado a la puerta. Y hay alguien más con quien tengo que hablar... Alguien a quien he estado visitando...

Aru frunció el ceño. Estaba a punto de preguntarle a Sheela de quién hablaba cuando la puerta de los Salones de Nidra se abrió con un chirrido. Unas pálidas volutas de humo se desplegaron por el aire como tentáculos que se alargaban hacia ellos.

—Enviad el mensaje a nuestros aliados —dijo Aru—. Decidles dónde es la guerra... No podrán entrar en batalla a menos que utilicemos la Joya del Sol para hacer saltar las barreras en pedazos, pero por lo menos decidles... Decidles que sería un honor que lucharan...

Estuvo a punto de decir «con nosotras», pero solo Brynne había recuperado su arma celestial. Lo que significaba que ahora mismo solo Brynne podría cruzar el laberinto. Y, de todos modos, sin el varja ni la danda, Aru y Mini no servirían de nada en combate contra el Durmiente y su ejército. Solo faltaban dos días, y los dioses no parecían haberla puesto a prueba en absoluto. ¿Y si pensaban que tenían más posibilidades de ganar sin ella?

Esa idea la dejó casi sin aliento.

—¿Aru? —preguntó Mini—. ¿Te pasa algo?

Cuando miró a Mini, Aru sintió una punzada de vergüenza. Sabía lo mucho que sufría Mini también sin su arma, pero, al mismo tiempo, Aru se alegraba. Se alegraba de no ser la única que no podía hacer nada.

Sin embargo, seguía sin saber qué haría si recuperaba sus poderes. Y no sabía cómo les diría a sus hermanas que seguía indecisa sobre la guerra. Pero no era el momento de compartir esas preocupaciones.

«¿Habrá alguna vez un buen momento?», susurró una voz cansada en su cabeza.

—¿Aru? —dijo Mini, chasqueando los dedos delante de su cara.

—Perdón —dijo Aru, sacudiéndose a sí misma—. Sí, estoy bien.

Miró a las gemelas. Nikita parecía indiferente, pero Sheela tenía la cabeza ladeada, y Aru se preguntaba si podía ver a través de ella.

—Ojalá pudierais venir con nosotros —dijo Aru a las gemelas.

—Ojalá —dijo Sheela—. Pero nos queda trabajo por hacer. Sueños que visitar.

—Tened cuidado, ¿vate? —dijo Nikita a Aru y a Mini—. Una vez estéis dentro, tendréis que avanzar rápido. Los sueños no duran para siempre, y los Salones tampoco. Y en los Salones de Nidra no todos los sueños son agradables.



VEINTINUEVE

Bueno, esto no es
para nada incómodo

Aru entró tambaleándose por la puerta y se vio a sí misma en un reino que sabía que no había visitado nunca. Y sin embargo...

—¿No tenéis la sensación de que ya hemos estado aquí antes? —preguntó Mini.

—Sí —dijo Aru.

Nikita había dicho que todos habían atravesado el reino del sueño y los Salones de Nidra, y Aru deseó recordarlo simplemente porque era un paisaje de ensueño, como el prado de un cuento de hadas: lleno de amapolas adormecidas y de árboles pálidos y frondosos. Los ensueños estaban posados en las ramas de los árboles, y cuando echaban a volar en forma de pinzones, gorriones, pavos reales y cuervos, Aru sintió los pequeños momentos de evasión que se llevaban en el pico: flotar en una piscina, superpoderes repentinos, una tarta inesperada en la nevera.

—Me gusta esto —dijo Mini.

Rudy gruñó. De los tres, era el único que seguía con la mirada sombría y descontento por haber despertado.

—¿Dónde están Aiden y Brynne? —masculló, frotándose los ojos y bostezando.

—No deberían tardar —dijo Mini, mirando hacia atrás.

Detrás de ellos, la puerta seguía brillando débilmente. Sobrevolaba por encima del suelo, que era gris y de guijarros como una playa de rocas. Unos metros por delante, la superficie cambiaba y se difuminaba entre nubes negras como la noche que se elevaban y descendían como olas suaves. Unos cuantos

niños (soñadores) nadaban entre las nubes con los ojos cerrados. Otros flotaban en las olas con el ceño fruncido por el sueño. Dos de ellos abrieron los ojos en el reino de Nidra y soltaron una risita, alegres, antes de desaparecer.

—¿No pensáis que hace demasiado tiempo que no los vemos? —preguntó Rudy, nervioso.

En aquel mismo instante, la puerta tembló y se contrajo un instante antes de abrirse de par en par. Brynne y Aiden cayeron al suelo.

—¡Mi tabla! —se quejó Brynne, mirando al vacío.

La puerta, indiferente, se cerró de golpe detrás de ellos.

—Ya... —dijo Mini, mirándose las manos vacías—. Yo también he perdido el teclado.

Aiden hizo una mueca de dolor, parecía que lo hubieran despertado de un sueño a la fuerza. Parpadeó varias veces y abrió los ojos de par en par.

—¿Dónde está mi mochila? ¿La he perdi...?

—Tranquilo, *Ammamma* —dijo Brynne—. La tienes en la espalda. Donde tiene que estar.

Brynne estiró de una de las correas y Aiden se retajó. Se ajustó la mochila con cuidado, abrió la cremallera y metió la mano dentro trasteando con algo.

—¿Y qué llevas ahí dentro? —preguntó Brynne, intentando echar un ojo dentro.

Aiden la envolvió con el brazo de manera protectora.

—Es una sorpresa.

—¡Oh! —dijo Rudy.

—No es para ti.

—Qué cruel.

Con la mochila firmemente sujetada, Aiden levantó la vista y escudriñó los Salones de Nidra. Instantes después miró a Aru. Ella se quedó helada. Hasta entonces, se había dicho a sí misma que aquellos momentos en el escenario final habían sido producto de su imaginación. Pero la manera en la que la miraba ahora era distinta. Parecía... decidido. Envalentonado. Esa intensidad hizo que le sudaran las manos. Y esta vez fue Aru la primera en apartar la mirada.

—Siento que hayamos perdido los instrumentos —dijo Rudy, abatido. Pero luego se le iluminó la mirada—. ¡POR LO MENOS LA BANDA VUELVE A ESTAR JUNTA!

—Ha sido cosa de una sola vez, Rudy —dijo Aiden firme.

—Eso es lo que tú te crees —murmuró el—. Los Ángeles de Rudy será inmortalizada como la mejor banda de todos los tiempos...

—¡Creo que veo una salida! —dijo Brynne, señalando.

Aru siguió la dirección del brazo extendido de Brynne.

Una ondulante neblina púrpura cargada de estrellas se extendía por doquier en los Salones y los rodeaba. De un instante al otro cambió de forma. Si primero había tenido aspecto de mar, ahora se había estrechado y se había transformado en un complejo pasillo con el suelo formado por nubes nocturnas.

—Esperad —dijo Brynne, vacilando—. Puede que me haya equivocado.

Por el rabillo del ojo, Aru vio decenas de puertas doradas que aparecían y desaparecían a ambos lados del suelo de nubes, pero mirarlas era como intentar recordar los detalles de un sueño cuando acabas de despertar.

Y entonces, por delante y a lo lejos, la espesa neblina se disipó lo suficiente para que pudieran ver una puerta distinta de las demás. Era más grande y parecía de oro fundido.

—Qué raro —dijo Brynne, frunciendo el ceño—. Soy... Soy incapaz de saber a qué distancia está.

Aru sabía a qué se refería. La entrada del laberinto tenía la misma lógica de un sueño. Por un lado, Aru percibía los detalles; su impresionante altura y su color lustroso. Pero cuando parpadeaba, le cambiaba la perspectiva, de manera qué parecía pequeña y brillante, como si estuviera a unos sesenta metros de distancia.

Pero incluso desde tan lejos, vio que aparecía algo al lado de la puerta. La neblina llena de estrellas lo ocultaba a medias, pero parecía ¿un arbusto enorme y extrañamente espinoso? Se agitó un poco, y algo en ello la hizo retroceder...

¿Cómo era posible que cuanto más tiempo pasaban en los Salones de Nidra, más parecía que se movían?

Todo aquel espacio se elevaba y descendía suavemente. Al principio, había pensado que era por las olas que formaban en el suelo las nubes negras como la noche. Pero ahora era como si este reino del sueño estuviera, pues eso, dormido. Como un cuerpo que respiraba en la oscuridad.

A su lado, Mini sintió un escalofrío.

—Hay algo que no va bien. Es como uno de esos sueños donde la salida está cada vez más y más lejos.

—Aunque tengamos que caminar durante horas, llegaremos allí —dijo Brynne.

—Tal vez no tengamos horas —dijo Aru.

Brynette las miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

Mini miró a Aru.

—Sheela y Nikita han podido visitarnos en el plano astral. Nos han dicho que los Salones de Nidra no se quedan en el mismo sitio durante mucho tiempo. Tenemos que movernos con rapidez.

—Bueno, pues ¡vámonos! —dijo Brynette—. ¡Esta podría ser la prueba final! ¡Cuando la superemos, nos encontraremos ante el laberinto! —Le dirigió una sonrisa a Aru y a Mini—. Os apuesto algo a que en el mismo momento en el que crucemos ese portal, recuperaréis vuestras armas. Va a salir bien.

Había un tono de alegría forzada en su voz, y Aru se preguntó si Brynette también lo notaba..., ese rastro de escarcha en el aire. O la incómoda sensación de que los Salones imitaban la respiración superficial de alguien que soñaba inquieto.

O de alguien totalmente despierto y en guardia.

Tras beber un poco de agua y zamparse las últimas barritas de proteína de Aiden, Brynette se puso al frente. A lo lejos y aun así increíblemente cerca, la puerta de entrada al laberinto se burlaba de ellos.

—¿Creéis que podemos llevarnos algún ensueño de estos? —dijo Rudy, mirando con los ojos entrecerrados a un cisne hecho de notas musicales. Una urraca pasó volando con una nota atrapada en el pico que decía RESPUESTAS EXTREMADAMENTE INGENIOSAS.

Aru frunció el ceño cuando las palabras de Nikita volvieron flotando hacia ella. «En los Salones de Nidra no todos los sueños son agradables». Aru miró con recelo alrededor, como si a uno de los ensueños pudieran salirle colmillos de repente y se lanzara en picado hacia ellos... Pero todo parecía tranquilo.

—¡En marcha, Patatas! —dijo Brynette, dando el primer paso.

Las nubes oscuras como la noche cedían bajo sus pies y Aru sintió una agitación en el estómago cuando se hundió hasta los tobillos en su suavidad. Las nubes se movían frescas contra la tela de su pantalón, y una sensación de calma la invadió de inmediato.

—¡Ah! —dijo Rudy—. ¡Mirad dónde ponéis los pies! Casi le piso la nariz a uno.

Mini olfateó el aire.

—Me pregunto qué clase de microbios existen en el reino de los sueños. ¿Los árboles tienen polen? ¿Por eso a veces cuando me despierto tengo la nariz taponada? ¿Y si alguien tuviera una reacción alérgica grave aquí?

Como si fuera una señal, Brynne, Rudy, Aiden y Aru dijeron a la vez:
—Se moriría.

A Mini no le hizo gracia. Aru sonrió un poco mientras caminaban entre las nubes. Seguía escudriñando el estrecho pasillo cuando Aiden se colocó a su lado. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón de vestir. El traje de chaqueta verde esmeralda que había llevado en el escenario final centelleaba. Cuando la miró, su expresión era seria e intensa, como si hubiera estado reuniendo el valor para ese momento.

—Eh —dijo Aiden—. ¿Tienes un segundo?

A Aru se le dispararon todas las alarmas. Enarcó una ceja.

—¿Para qué? Es obvio que Brynne, Mini y yo estamos en mitad de frustrar el apocalipsis. No quiero arriesgarme a que nada me distraiga.

En ese mismo instante Brynne y Mini empezaron a hablar sobre huevos escalfados.

—¡Con los huevos poco cocidos hay riesgo de salmonela! —dijo Mini.

—Los huevos escalfados son un manjar muy rico, y no paro de escuchar cómo los difamas —dijo Brynne.

Aru gruñó para sí misma. ¿Por qué no estaban hablando de algún tipo de estrategia militar brillante contra el perverso enemigo cuando más lo necesitaba?

—Sí..., ya lo veo —dijo Aiden.

Aru apretó el paso. Si aquello se iba a convertir en un «Siento lo que te dije, pero, sí, creo que eres repulsiva», no necesitaba ese tipo de energía. No, no y no.

—Shah, espera —dijo Aiden, tocándole el codo—. Por favor.

Aru se detuvo. Cuando los demás les adelantaron, se volvió bruscamente hacia él.

—¿Qué?

—Lo siento.

—Me aburro...

—Tenía miedo, Shah —dijo Aiden apresuradamente.

—¿Miedo de qué? —dijo con una voz irritantemente frágil, y quiso darse un pescozón.

—Esta... Esta cosa... se me metió en la cabeza, y me asusté después de, eh, ya sabes, porque estaba... aterrorizado, supongo. Y ese terror me hizo

decir cosas que no sentía.

«Terror».

En un momento, una débil esperanza encendió una cerilla en su alma. Lo siguiente fue que la palabra terror se había convertido en un ser consciente. Aru la notó como una sombra que pasaba por encima de su cabeza.

En otras circunstancias, se pondría a chillar: «¡SILENCIO! ¡AIDEN ACHARYA ESTÁ EXPERIMENTANDO UN INSTANTE DE SINCERIDAD!».

Pero algo iba mal.

Los Salones se estremecieron. La suave respiración se convirtió en un jadeo, en un sonido feroz.

—Espera un momento... —dijo Aru, y se odió por tener que decirle a él esas palabras—. Todos quietos. ¿Notáis eso?

Unos metros por delante, Rudy, Brynne y Mini ralentizaron el paso. Aiden juntó las muñecas y sus cimitarras emitieron un destello. Aru se quedó quieta, observando el temblor que se expandía por todo el suelo de nubes. Unas altas briznas de hierba sustituyeron a la suavidad acolchada. Algunos de los soñadores desaparecieron. Otros, con las frentes arrugadas, parecían atrapados en la espesura.

—¿Qué es eso? —preguntó Brynne.

A su alrededor, los Salones de Nidra se volvieron a expandir y se transformaron en una explanada de hierba. Pero en vez de ser verde y brillante, era oscura y lúgubre, repleta de sombras. Los árboles y los pájaros de los ensueños desaparecieron. A lo lejos, la entrada del laberinto había quedado reducida a una chispa de luz a kilómetros de distancia. A tres metros a su derecha, se materializó un edificio. Era alargado, de una planta y tenía decenas de casillas.

—No me siento bien —dijo Rudy un poco grogui.

—¿Y ahora por qué hace tanto frío y está oscuro? —dijo Brynne.

Aru sintió un escalofrío. ¿Eran imaginaciones suyas o el suelo estaba temblando más fuerte? Los guijarros rebocaban arriba y abajo en la hierba.

—Algo se aproxima —dijo Aiden.

Pasó hacia adelante con Brynne, que inmediatamente sacó su bastón de viento.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Mini, acercándose cada vez más a Aru.

A unos treinta metros a su izquierda, la niebla oscura empezó a adoptar formas: flancos relucientes, pelo dentado, ollares que se dilataban. No eran caballos al uso, eran pesadillas.

Yeguas de la noche. Nada que ver con los perros de pesadilla que había visto mucho tiempo atrás en la Arboleda del Sueño de Ratri. Este era un tipo de criatura completamente distinta.

Una decena de corceles del Más Allá, que medían casi tres metros de altura, salieron al galope de la oscuridad del mundo del sueño. Meneaban las negras colas, cuyas puntas se disipaban como el humo. En las cuencas de los ojos ardían llamas azules y, cuando resoplaban en el aire, captó el miedo que les quemaba el cuerpo. Era acre y salado, como una combinación de metales y lágrimas.

—Caballitos... bonitos —dijo Aru.

Las yeguas de la noche los miraron con ojos ardientes. Una de ellas se adelantó. Cuando tocó el suelo con el hocico, las briznas de hierba se convirtieron en hielo.

—Solo queremos ir hacia allí —dijo Aru, señalando en dirección a la puerta a lo lejos—. Así que, en fin, es lo que vamos a hacer.

«Esto no me gusta», dijo Brynne por el vínculo mental. «Tal vez debería hacerlas saltar por los aires...».

«¡No!», dijo Mini. «Lo más seguro es que estén aterrorizadas...».

«Querrás decir que son terroríficas, ¿no?», dijo Aru.

Mini salió de la fila y extendió la mano.

—No tienes nada que temer..., ¿ves? Solo tenemos que pasar.

Una de las yeguas resopló y se adelantó. Tenía el bozal a menos de treinta centímetros de la mano extendida de Mini.

—¿Veis? —dijo Mini, sonriendo.

Aru miró a su hermana, atónita. Mini se negaba a poner la mano en una encimera de cocina si sospechaba que no se había desinfectado de manera concienzuda, pero se la daba sin reparos a una criatura viva y malvada, y encima le hacía caricias.

Los infiernos azules de los ojos del equino comenzaron a oscurecerse. Ladeó la cabeza y, cuando por detrás estalló un movimiento, resopló y soltó vapor.

—¡Cuidado! —chilló Brynne.

Unas alas esqueléticas brotaron de los omóplatos de la yegua de la noche. Aru ahogó un grito. Brynne cogió a Mini del brazo y tiró de ella hacia atrás.

—No, ¡espera! —dijo Mini.

La yegua se encabritó y se elevó por encima de ellos, golpeando el aire con las pezuñas. Las otras yeguas chillaron. El aire se agitó a su alrededor entre sombras y alas.

Brynette levantó su bastón de viento y lo dirigió a la fila de criaturas. Un chorro de aire salió disparado y golpeó a la yegua justo en el pecho. El equino relinchó y el sonido le erizó el vello de la nuca a Aru. Fue un alarido sobrenatural, y en sus ecos Aru oyó reflejadas todas sus peores pesadillas...

La visión que el Durmiente le había mostrado años atrás, la de sus hermanas dándole la espalda.

La voz engreída de su padre le resonaba en los oídos: «Nunca estuviste destinada a ser una heroína».

El rostro desconsolado de Kara retorciéndose en una sonrisa de superioridad. «Yo soy la hija que querían. No tú».

El impacto de estos temores la golpeó como un puñetazo en la tripa. Retrocedió tambaleándose y evitó las pezuñas de la pesadilla por escasos milímetros.

—¡Aru! —gritó Brynette, cogiendo de nuevo al bastón de viento.

Una ráfaga de luz azul golpeó a la pesadilla en el copete, y la yegua chilló y desapareció.

Pero solo durante un instante.

De pronto, apareció un humo que ocupó esa ausencia y la yegua se volvió materializar instantes después. Giró la cabeza hacia Brynette y le enseñó la dentadura ennegrecida.

—¡Lo estás empeorando! —dijo Mini enfadada.

A las yeguas se les erizaron las crines y de los ojos azules les brotaron más llamas. Abrieron la boca con la mandíbula desencajada mientras emitían unos chillidos aterradores.

—¡Van a cargar! —chilló Rudy—. ¡Tenemos que irnos ya!

—Yo las contendré —dijo Brynette, apretando los dientes.

Le dio vueltas al bastón por encima de la cabeza y luego lanzó una ráfaga de viento que creó un ciclón entre las pesadillas y los Patatas. Los equinos se encabritaron y agitaron las pezuñas contra el embudo de viento.

—No durará eternamente... ¡Vamos! —dijo Brynette—. Nos reagruparemos en ese edificio.

Cruzaron el campo a la carrera. Cuanto más se acercaban al edificio, más detalles se hacían evidentes. ¡Era un establo! Había cuadras individuales para cada yegua, y en el marco de cada una de ellas había una placa con el nombre.

Aru pensó que los caballos elegantes de las carreras del Derby de Kentucky tenían nombres extraños, como Apuesta Espectacular o Cromo de California. Pero esos no eran nada comparados con los nombres de las yeguas de la noche...

LA COSA QUE TE PERSIGUE
PAYASO ESPELUZNANTE
DESASTRE NATURAL INEXPLICABLE
SE DURMIÓ Y SE PERDIÓ EL MEJOR DÍA DE SU VIDA
No MIRES DEBAJO DE LA CAMA
BICHOS EN EL PELO
TODOS TUS AMIGOS SE BURLAN DE TI A TUS
ESPALDAS
TODOS TUS SERES QUERIDOS ESTÁN MUERTOS
CAÍDA INTERMINABLE
ATRAPADA
DIENTES FLOJOS
HAY UN FANTASMA DETRÁS DE TI

—¡Esta está vacía! —dijo Aiden, corriendo hacia una cuadra del fondo. Era enorme y cavernosa, parecía más un salón que un establo. Aru arrugó la nariz. Dentro olía a paja húmeda y sudor de caballo.

En el momento en el que se cerró de golpe la puerta que los sumió en la oscuridad, Mini se giró hacia Brynne.

—¿Cómo has podido? —dijo.

—¿Qué? —dijo Brynne.

—Lo tenía todo controlado! —dijo Mini—. ¡Tendrías que haber esperado!

—¿A qué? —dijo Brynne—. ¿A que nos comieran?

—No creo que fueran a hacer eso, ¡pero es que no me has hecho caso!

Aru intentó dar un paso atrás y fundirse con las sombras cuando Brynne se volvió hacia ella.

—Bueno, ¿y tú qué piensas? —le preguntó Brynne.

Mini levantó la barbilla, con una mirada desafiante en la cara.

—Sí, Aru, ¿tú qué piensas?

«¡Atrapada!», dijo una alarma en su cabeza.

—Eh, bueno... —dijo Aru.

Para ser sincera, entendía el razonamiento de las dos, pero estaba bastante segura de que esa no era la respuesta que buscaban sus hermanas. Cuando algo sólido le golpeó el hombro se libró de contestar. Algo sólido... y cálido. Aru miró a la oscuridad y la oscuridad le devolvió la mirada.

Lentamente, un par de ojos azules infernales se abrieron de golpe justo por encima de ella.



TREINTA

Hola, oscuridad, vieja amiga

La pesadilla relinchó con fuerza y Aru se echó hacia atrás.

Rudy pegó un alarido.

—¡Creí que habías dicho que el establo estaba vacío, Aiden!

Aiden también retrocedió.

—Me equivoqué.

Sus esposas cimitarras se reflejaron en el brillo azul del bastón de viento de Brynne.

—Vale, a lo mejor si estoy más cerca cuando lo lance, durará más tiempo —dijo Brynne.

La yegua chilló, y una oleada de vértigo golpeó a Aru; todos sus miedos habían vuelto a aparecer.

—¡ESPERA! —dijo Mini, poniéndose delante de la yegua—. Tú espera.

—¡Mini, sal de ahí! —gritó Brynne—. ¡Esa cosa te puede hacer daño!

—¡Las pesadillas están a la vez dentro y fuera de nosotros! —dijo Mini—.

¡Volar en pedazos a las yeguas no nos va a ayudar a llegar al portal! Tú... Tú confía en mí durante un segundo, ¿vale?

Por el vínculo mental, Mini pronunció dos palabras: «Por favor».

Brynne frunció el ceño. Segundos después, bajó el bastón de viento.

—¿Cuál es tu plan?

Mini respiró hondo mientras encaraba a la pesadilla. Esta relinchó, con sus grandes alas batiendo el aire y enviando ráfagas de miedo a su alrededor. Pero Mini no se arredró.

—Necesito más luz —dijo con calma—. No la Joya del Sol; la noche y el sol no se llevan bien. ¿Rudy? ¿Me echas una mano?

Rudy, agazapado detrás de Aiden, avanzó unos pasos. Abrió lentamente su mochila y colocó dos piedras de cuarzo en el suelo de tierra. Le tiró una tercera a Mini, que la pilló con suavidad.

Un frío resplandor lunar bañó todo el establo. A unos cuantos metros de Mini, la yegua resopló. Bajo la luz plateada, Aru vio que era efectivamente una yegua y no un semental, y que tenía una pezuña delantera levantada.

—Méllame Mini. —Miró la placa en la que estaba escrito el nombre de la yegua—. Y tú eres... ¿Dientes Flojos?

La yegua relinchó. Seguía teniendo aspecto más de demonio que de animal, pero ahora cuando meneaba la cabeza, sus movimientos contenían una cierta suavidad. Como... de timidez.

Mini avanzó un paso más.

—¿Por qué no estás con tus demás?

Dientes Flojos resopló. De sus ollares salió humo en penachos. Aru pensó que parecía ofendida de algún modo por la pregunta. Se encabritó y luego golpeó el suelo..., menos con la pata derecha delantera. Dejó la pezuña inclinada hacia su barriga.

—Ah... —dijo Mini—. Te duele, ¿verdad? Debes de tener alguna obstrucción...

Estaba utilizando esa voz a lo «confía en mí, soy médico». Y parecía que funcionaba. La pesadilla no se sobresaltó cuando Mini se le acercó más, y cuando la hija de la muerte se arrodilló y le tendió la mano, la yegua solo tardó unos instantes en ofrecerle tímidamente la pezuña. Mini levantó una de las piedras para iluminar y emitió un sonoro *hum*.

La pesadilla irguió las orejas y las echó hacia atrás. Aru imaginó que le preguntaba: «¿Es malo, doctora?».

—Tienes una piedra incrustada ahí —dijo Mini—. ¿Puedo?

Las orejas de la yegua apuntaron hacia delante. Aru no estaba segura de qué significaba, pero a Mini debió de parecerle lo bastante alentador para ponerse a rebuscar en su mochila. Mientras que la mochila de Brynne iba hasta arriba de golosinas y la de Aru de envoltorios de golosinas, la mochila de Mini era un hospital móvil. Llevaba gasas y unas cuantas inyecciones de epinefrina, dos botiquines de primeros auxilios, hilo de sutura y una aguja afilada como un demonio, varias pinzas y desinfectante suficiente para disolver a una persona. Con movimientos rápidos y estudiados, Mini se

desinfectó las manos y luego sacó un par de pinzas de un envoltorio de plástico.

—No te dolerá.

«¡Mentira!», quería decir Aru. «¡Cuando un médico te dice eso, te está mintiendo!».

—Mini... —dijo Brynne, con una voz baja y angustiada—. ¿Estás segura de esto? Y si se enfurece, entonces, ¿qué?

Mini no le hizo ni caso. La pesadilla bajó la vista y la miró, curiosa, con las orejas plegadas hacia atrás. Mini dispuso las pinzas sobre la pezuña, canturreando un poco.

—Vale, a la de tres, te la sacaré —dijo Mini—. Una...

La yegua tensó los músculos del lomo.

—Dos... —dijo Mini, y rápida como el rayo le extrajo la piedrecita.

La yegua relinchó de dolor. Por más que Aru odiara las pesadillas, tenía que simpatizar con esta. «¿Ves? ¡Ya decía yo que era mentira!».

Brynne entró en pánico y levantó el bastón de viento, pero Rudy le puso una mano en el brazo.

—Lo tiene controlado —le dijo, tajante.

Brynne retrocedió. La pesadilla extendió las alas, y Aru notó una nueva ráfaga de miedo... Solo que esta vez no era su miedo, sino el del animal. Dientes Flojos le proporcionó a Aru una visión de cómo era la vida de una yegua. Aunque para Aru era inmensa, era minúscula comparada con sus hermanas, y además caminaba cojeando. Cuando intentaba acariciar con el hocico a los demás caballos, a menudo recibía un alazo en la cara.

A través del ojo de su mente, Aru vio cómo pastaban las pesadillas en las hierbas altas y oscuras de los Salones de Nidra. Cuando las nubes se convertían en hierba, no todos los soñadores conseguían escapar. Algunos se quedaban atrapados en el prado.

Las pesadillas buscaban a los rezagados y, cuando los encontraban, el miedo se desprendía de los cuerpos oscuros de las pesadillas hasta que los soñadores lo respiraban. En cuestión de segundos, las víctimas apretaban fuerte los párpados y, presas del pánico, cerraban con fuerza los labios formando una línea apretada mientras empezaban a dar vueltas en la cama. Los malos sueños hacían que los soñadores resplandecieran en la oscuridad, y las yeguas de la noche se empapaban de ese arrebato de desesperación hasta que el azul infernal de sus ojos resplandecía aún más. Al final, el durmiente despertaba y desaparecía, y las yeguas, una vez acababan de comer, se dispersaban.

Las pesadillas se alimentaban del miedo.

A Aru le pareció monstruoso, pero Mini no parecía pensar lo mismo.

—Está bien —dijo, levantando las palmas de las manos ante Dientes Flojos para mostrarle que no pretendía hacerle daño.

Dientes Flojos se estremeció. Le temblaba la grupa y giró la enorme cabeza hacia el pecho de Mini como si buscara... ¿un abrazo? Mini sonrió. La yegua se le acercó y suspiró. Por detrás movía la cola, indolente.

—Qué mona es —dijo Mini, acariciándole el hocico.

—Mini, es literalmente un monstruo —dijo Brynne—. ¡No te lo puedes quedar!

—¡No iba a hacerlo! —dijo Mini a la defensiva.

Brynne y Aru intercambiaron una mirada que decía: «Fijo que sí». Pero antes de que pudieran enfrentarse a su hermana, la puerta se abrió y se oyó otra voz en el establo.

—¿Cómo has hecho eso?

Aru se volvió y vio a una mujer parada en la entrada. Era de piel clara y tenía una melena negra de rizos apretados que le llegaba a la altura de los hombros. Tenía rasgos sencillos, bonitos, como de muñeca, y llevaba ropa de montar masculina.

—¿Quién es usted? —preguntó Aiden.

La mujer lo ignoró y entró. Dientes Flojos la reconoció y relinchó feliz. La mujer sonrió, pero sus ojos no. Echó un vistazo al establo en silencio, con la mirada que iba del material de Mini a la pezuña de Dientes Flojos firmemente apoyada en el suelo. Mini retrocedió cuando la mujer se aproximó a la yegua y le acarició el hocico.

—Qué curioso —dijo la mujer girándose para mirar a Mini. Tenía una voz dulce y muy aguda—. Son pocos los que soportan estar tan cerca de estas criaturas.

Aru se puso nerviosa de repente. ¿Era esta la prueba de Mini para recuperar su *danda*? ¿Significaba eso que ella sería la siguiente...? ¿O ya le había pasado la oportunidad?

—Sí, bueno, es que Mini es muy valiente —dijo Rudy, cruzándose de brazos.

Mini lo miró agradecida.

—Eso o que está demasiado familiarizada con el miedo —dijo la desconocida, levantando un hombro, indiferente—. ¿Tienes miedo a menudo, niña?

Mini abrió la boca, y luego la cerró rápida, con un destello de dolor en la mirada. La chica segura de sí misma que había permanecido erguida y orgullosa hacía un momento... había desaparecido.

La desconocida no pareció advertir el silencio de Mini mientras le rascaba el hocico sedoso a Dientes Flojos. La yegua resoplaba de placer.

—Las pesadillas son unas criaturas terriblemente incomprendidas —dijo—. La gente cree que son malvadas, pero cumplen una hermosa función. Te obligan a mirarte a ti misma con más claridad. Te vuelven más sincera.

—Y, esto..., ¿pueden trazarnos un camino para que podamos salir de aquí? —preguntó Aru.

El arma de Mini no había vuelto, así que tal vez eso significara que no se hallaban ante una prueba. El alivio le duró poco a Aru, pues seguidamente sintió una oleada de culpa. ¿Tan egoísta era?

«Egoísta no», dijo su lado amable. «Es solo que estoy asustada. ¿Eso no es malo?».

—Ah, os iréis enseguida —dijo la mujer—. Él va a despertar pronto, y luego los Salones de Nidra desaparecerán y se reharán en otro lugar.

Rudy levantó la mano.

—Mmm, ¿quién va a despertar pronto?

Brynette le chistó.

—Sí, en cuanto a eso de desaparecer... —dijo Aru, dando un paso hacia la mujer—. No queremos que nos expulsen del reino del sueño; necesitamos llegar al final del reino. A la entrada del laberinto...

—Y enseguida —le cortó Brynette—. Hay...

—¿Una batalla en ciernes? —adivinó la mujer.

—¿Cómo sabía eso? —preguntó Aiden, nervioso.

—Los Salones de Nidra están madurando, porque al reino de los sueños le encanta una buena batalla —dijo la mujer mirando alrededor—. Al fin y al cabo, es solo durante los sueños cuando pueden hacerse realidad los deseos más anhelados y los miedos más aterradores.

—Ya... —dijo Brynette—. Bueno, ¡encantada de conocerte, desconocida! ¡Ya nos iremos viendo!

La mujer soltó una risita suave.

—No lo conseguiréis jamás. El reino del sueño detectará que no sois parte de este mundo, y la puerta que buscáis no hará más que alejarse y alejarse.

—Entonces, ¿ya está? —dijo Mini—. ¿No podemos continuar?

—Para nada —dijo la desconocida—. Os ayudaré.

En ese momento, Dientes Flojos avanzó. Arqueó las alas y su sombra cayó sobre Mini, que sonrió y alargó la mano para hacerle cosquillas en la barbada. La yegua negra resopló y le refulgieron los ojos azules.

Puede que fuera por la poca luz, que le jugaba una mala pasada, pero Aru habría jurado que al rostro de la mujer se había asomado fugazmente un destello de enojo.

—¿Por qué? —preguntó Aru, con cautela.

—No me gusta estar en deuda con nadie —dijo la mujer, haciendo una gesto hacia la pezuña de Dientes Flojos—. Habéis curado a una de mis pupilas. A cambio, os proporcionaré transporte hasta el final del reino del sueño.

Brynne, Mini y Aru se miraron unas a otras, preguntándose lo mismo en silencio: «¿Podemos confiar en ella?». Pero ¿podían permitirse no hacerlo? La advertencia de Nikita y Sheela era clara: los Salones de Nidra no duraban eternamente. Y pronto perderían la única oportunidad de entrar en el laberinto.

—No tengo razones para haceros daño —dijo la mujer, afable—. Y veo que, por el arma celestial que lleva vuestra amiga, estáis haciendo el gran trabajo de los dioses vosotras solas. ¿Por qué no iba a ofreceros mi ayuda?

Brynne sacó pecho, pero Aru seguía alerta.

—Normalmente, no me preocuparía de estas cosas, pero, como os decía, os debo una.

—Vale, pero ¿quién es usted? —preguntó Mini.

La mujer agachó la cabeza.

—Soy la que se ocupa de los sueños. Podéis llamarme La Señora.

Aru levantó una ceja.

—¿Eso es nombre o apellido?

—Aquí los nombres son peligrosos —dijo La Señora—. Hacen que el reino del sueño... sea concreto contigo. Si le das tu nombre, entregas una parte de ti que puede que no vuelvas a recuperar jamás. —Una mirada afligida cruzó el rostro de La Señora—. Ahora tendréis que cabalgar un sueño para llegar al otro lado. Venid. Os presentaré a la manada.



TREINTA Y UNO

Fijo que usan un
montón de jabón

Normalmente, cuando uno oye «Tendréis que cabalgar un sueño», la cosa suena impresionante a más no poder. ¿Montar a lomos de un dragón hecho de nubes dulces? Excelente. ¿Surcar el espacio-tiempo en el interior de una cómoda bañera pintada a mano? ¡Me apunto!

¿Acabar cara a cara con unos caballos monstruosos y gigantescos?
Paso.

La Señora había puesto en illa a toda la manada de yeguas, que resoplaba impaciente, con las briznas de hierba quebradizas por la escarcha bajo sus pezuñas. Rudy lloriqueaba; Brynne intentaba clavar la mirada en las yeguas demoníacas, y Aru estaba detrás de su hermana.

Aiden parecía haberse ganado el favor de Desastre Natural Inexplicable haciéndole una foto y enseñándole el resultado. La yegua había relinchado agradecida, incluso moviendo la crin, lo que hizo que le goteara algún tipo de fango tóxico por el grueso cuello. Luego dio un paso suave hacia Aiden.

—Te ha escogido como jinete —dijo La Señora, escudriñando el resto de la fila.

No Mires Debajo de la Cama olisqueó a Rudy, que se hizo a un lado...

Error.

NMDDLC resopló.

A Aru ese sonido le puso la piel de gallina. Rudy intentó apartarse de la línea de visión de la yegua, pero la criatura no hacía más que imitar sus movimientos.

—Cree que estáis jugando —observó Mini, que permanecía a unos cuantos metros de distancia.

Por detrás de ella, Dientes Flojos husmeaba entre su pelo. Comparada con el resto de la manada, Dientes Flojos parecía bastante pequeña. Tenía las alas atrofiadas, como si no le hubieran crecido bien, y las mantenía plegadas y apretadas contra el lomo.

—La chica tiene razón —dijo La Señora, asintiendo en dirección a Rudy —. No Mires Debajo de la Cama te ha elegido.

Rudy, horrorizado, se acercó muy poco a poco y de lado hacia el animal.

—No te tengo miedo —dijo Brynne, señalando a una yegua que no le había quitado los ojos de encima en ningún momento—. Eres la mía.

La Señora arqueó una ceja.

—Esa es Bichos en el Pelo.

Brynne se llevó la mano al pelo de forma instintiva mientras la yegua se le aproximaba. En cuanto le tocó el morro, la yegua relinchó. Brynne le contestó con otro relincho.

La Señora escudriñó la manada. Muchas de las yeguas habían abandonado la fila y meneaban la cola mientras olisqueaban la hierba en busca de soñadores. Solo se había quedado una. Miraba a Aru como si fuera un trozo de comida tirado en el suelo y estuviera decidiendo si merecía la pena comérselo o no.

La Señora sonrió.

—Lo que te deja a ti con...

Aru hizo una mueca.

—¿Payaso Espeluznante?

La yegua le enseñó la dentadura con algo parecido a una enorme sonrisa. Su hocico tenía un tono rojizo. Como una nariz roja de espuma.

—¿Yupi? —dijo Aru.

Para cómo son los payasos espeluznantes de las fiestas, por lo menos este no intentaba charlar con ella.

Aru se sentó en la montura a la espera de que los demás se acomodaran en sus yeguas y se descubrió acariciándole la ijada a Payaso Espeluznante. El pelo erizado de la yegua era sorprendentemente suave, y la invadió un escalofrío de placer.

«Siguen sin gustarme los payasos», pensó Aru.

—Yendo a lomos de las pesadillas, los Salones de Nidra ya no podrán detectar vuestra presencia —dijo La Señora, que había levitado unos cuantos metros en el aire y se había girado sobre la marcha para inspeccionar 1 a zona.

El paisaje cambió. Un viento invisible sopló por todo el prado, como si el mundo del sueño exhalara un suspiro de alivio. La llanura se extendía a lo largo de kilómetros en todas direcciones. En cada una de ellas sobresalía del suelo un bosque denso y oscuro que arrojaba sombras sobre los Patatas.

—¡Mirad! —dijo Brynne, señalando algo más adelante.

La puerta del último portal, que antes había ido cambiando entre estar cerca y muy lejos, ya no se movía. Estaba quieta a cierta distancia de ellos (a unos sesenta metros, por lo menos), pero, por primera vez, parecía que la tenían al alcance.

Aiden, sentado a horcajadas sobre Desastre Natural Inexplicable, frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

Aru supo de inmediato a qué se refería. La forma extraña delante de la puerta del portal. Antes, le había parecido un fragmento de coral, pero desde donde estaba entonces veía que tenía unas protuberancias demasiado largas y gruesas.

Aiden se llevó a Sombragrís a los ojos y ajustó el enfoque.

—Eso no puede ser lo que creo que es...

—¿Qué no puede ser? —preguntó Brynne.

Aru sabía lo que diría, y se preparó para ello.

—Parece una mano.

Todos a una, los Patatas levantaron la vista hacia La Señora, que seguía flotando en el aire, tranquila e imperturbable.

—Pero no lo es..., ¿verdad que no? —dijo Mini—. Porque eso sería demasiado inquietante.

—Pues claro que es una mano —dijo La Señora.

Los Patatas se quedaron callados. Rudy parecía que tenía náuseas.

—¿Qué le ha pasado a la persona a la que pertenecía?

—Ah, está aquí —dijo La Señora, mirando en dirección a la puerta—. Siempre está aquí... y pronto despertará. Razón por la cual deberemos atajar por el bosque. No hace falta que anunciamos nuestra presencia. Cuando despierte, los Salones de Nidra se trasladarán a otro lugar y vosotros, niños humanos, seréis expulsados.

—¿Quién es él? —preguntó Brynne.

Parecía que La Señora iba a contestar, pero entonces miró hacia la mano y se lo pensó mejor.

—Os contaré su historia cuando no nos pueda oír.

Hizo un gesto con la mano y, a unos cinco metros de distancia, los árboles sombríos se apartaron y dejaron a la vista una arcada en sombras.

—Por aquí —dijo, dotando hacia la abertura.

La Señora silbó, y cinco yeguas se volvieron y redujeron el paso por detrás de ella. Brynne encabezaba el grupo, Rudy y Mini la seguían, Aru y Aiden iban los últimos. Mientras las yeguas se ponían en fila, Aiden le llamó la atención. Aru se dio cuenta de que no le había dado la oportunidad de acabar de disculparse. Pero ahora no iba a girarse en su montura y gritarle: «¿A QUÉ TE REFERÍAS?».

Aunque se dio cuenta de que él no se había olvidado. E incluso en la oscuridad, mientras las pesadillas trotaban por el bosque, notó cómo la miraba.

Las ramas se apartaban y las frías sombras se deslizaban hacia los lados para trazar un camino. La única luz procedía de los infernales ojos azules encendidos de las pesadillas. Resoplaban y estampaban los cascós contra la maleza, que crujía como cristales rotos.

Por donde pisaban las yeguas, se levantaban volutas de humo en el aire, y Aru captó vagas imágenes en las minúsculas nubes; un hombre al que saludaban sus hijos en la puerta, una boda al aire libre, una alfombra delante de una chimenea crepitante. Las imágenes desaparecían en cuestión de segundos.

—¿Qué es este sitio? —preguntó.

La Señora, que iba más adelantada, miró hacia atrás. Estaba débilmente iluminada y, en torno a ella, se le ondeaba el pelo al viento como el de un fantasma. Aru se preguntaba si no lo sería.

—Este es el camposanto de los sueños muertos —dijo La Señora—. Los sueños que una vez se albergaron y que luego se abandonaron, cuando quien los soñó se dio cuenta de que nunca se harían realidad.

Aru sintió una punzada de lástima mientras avanzaban entre los árboles. Aunque era un bosque denso y con zarzas, divisó el último portal entre las ramas. La mano, bañada con el brillo dorado de la puerta, también era ahora más visible. Se cernía sobre ellos como una montaña rusa. En los dedos de color arena relucían unos grandes anillos, y tenía las uñas limadas en forma de cono largo y elegante. Aru apenas podía imaginar el tamaño de la persona a la que pertenecía.

—Entonces..., ¿a quién pertenece la mano? —preguntó, lanzando una mirada a La Señora.

—Creía que la respuesta a estas alturas sería obvia —dijo La Señora—. Hace siglos pidió un deseo y lo expresó fatal..., y una parte de él siempre pagará las consecuencias.

Aru notó que un nombre revoloteaba al fondo de su mente. Un príncipe *raksasa*... hermano de Ravana, el rey demonio. Aru abrió la boca, pero la que habló primero fue Mini.

—¿Kumbhakarna?

La Señora se volvió y sonrió.

—¿Conocéis la historia?

—Más o menos —dijo Mini.

La Señora hizo un gesto con la mano. El bosque que les rodeaba desapareció y en su lugar se encontraron en un prado rocoso. Un gran fuego *yajña* ardía en el centro, con unas llamas que se elevaban a más de tres metros en el aire. Ravana, el rey demonio, estaba sentado delante de él, con sus diez pares de ojos firmemente cerrados en oración. Detrás de él, más alto que las llamas, se sentaba Kumbhakarna con las manos juntas.

—Eran demonios muy piadosos —dijo La Señora—. Y, tras llevar a cabo grandes penitencias, ni los dioses podían ignorar su bondad.

El aire crepitó con rayos y truenos. Aru se sobresaltó, y las pesadillas levantaron las orejas y movieron la cabeza hacia los lados como si no estuvieran seguras en este nuevo paisaje. Mini alargó la mano y le rascó las orejas a Dientes Flojos. La yegua movió la cota feliz mientras continuaban el camino.

«Te recuerdo que no puedes quedarte una pesadilla como mascotas», dijo Aru por el vínculo mental.

«¡Nunca lo haría!», dijo Mini.

Brynne soltó una especie de bufido por el vínculo mental como queriendo decir «Sí, claro».

«De todos modos, Dientes Flojos no puede existir fuera del reino del sueño», dijo Mini. «Lo he preguntado».

Antes de que Aru pudiera decirle que se había lucido con la preguntita, la voz de Kumbhakarna retumbó por todo el prado rocoso.

—Yo, Kumbhakarna, pido humildemente... pido...

Hizo una pausa.

A causa de su gran altura, Aru no podía verle bien la cara. La tenía difuminada por las sombras. Pero veía al príncipe colocado a un lado, como si

de repente se hubiera cansado.

—Los hermanos demonios ya se habían puesto de acuerdo en que Kumbhakarna accediera al trono de los propios dioses solicitando el *Indraasana*, o el asiento de Indra —dijo La Señora—. Pero, en vez de eso, pidió...

—¡SOLICITO EL *NIDRAASANA*! —bramó Kumbhakarna.

Por debajo de él, Ravana levantó la vista bruscamente. Aru jamás pensó que simpatizaría con un rey demonio, pero reconoció su expresión de inmediato. Decía «Tío, eso NO era parte del plan. ¿Qué haces?».

La Señora se rio en voz baja.

—Y se suponía que también tenía que solicitar la aniquilación de los dioses o *nirdevatvam*.

—Y SOLICITO... SOLICITO... ¡EL *NIDRAVATVAM*!

A oídos de Aru, las palabras confusas que salían de la boca de Kumbhakarna sonaban casi igual.

Casi.

En la imagen, a Ravana le cambiaba la cara. Se puso en pie y se quitó de en medio mientras su gigantesco hermano caía al suelo delante de él y de repente comenzaba a... roncar.

La visión se desvaneció, y las Pandava se encontraron de nuevo en el bosque con La Señora, que se reía para sus adentros.

—Ah, el loco —dijo, encantada—. Una diosa le había atado la lengua para que, cuando quisiera pedir el asiento de Indra, pidiera una *cama*, y que cuando solicitara la aniquilación de los dioses, en su lugar solicitara *sueño*.

Tal vez Aru también se habría reído, pero ahora los árboles parecían distintos. Cuando se volvió en su montura, ya no veía el sendero que habían recorrido. Por imposible que pareciera, el bosque se había vuelto más espeso y sombrío, y, por más que forzara la vista, era incapaz de divisar la mano alargada de Kumbhakarna o el último portal que la había iluminado con su brillo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Aru.

—Os lo he dicho antes —dijo La Señora—, hemos cogido un atajo. Y, de todos modos, ya hemos llegado. Hora de desmontar vuestros corceles.

Las pesadillas se detuvieron. Mini se inclinó sobre su montura, con el ceño fruncido. Dientes Flojos giró la cabeza para mirar a su jinete y, en el infierno azul de sus ojos, Aru detectó algo que se parecía a la pena.

«Algo va mal», dijo Aru por el vínculo mental.

Dientes Flojos volvió a mirar hacia delante y relinchó, trotando de lado. Se tambaleó ligeramente.

—Sooo, ¿qué te pasa? —preguntó Mini, frotándole el cuello a Dientes Flojos, pero la yegua no se calmaba.

—He dicho que desmontéis —dijo La Señora.

Todos los corceles, excepto Dientes Largos comenzaron a bramar. Payaso Espeluznante giró lentamente la cabeza hacia Aru. Los labios de la yegua esbozaban otra sonrisa aterradora. Aru se escabulló de su montura, y estuvo a punto de caer de boca al suelo del bosque sombrío.

Rudy se deslizó por un costado de su montura, gritando:

—¡¿CÓMO TE ATREVES?!

Mini bajó con gracia de su montura y, mientras las otras yeguas retrocedían, Dientes Flojos se quedó con ella, acariciándole el hombro con el hocico, meneando la cola nerviosamente, como un gato.

—¿Qué está pasando? —preguntó Brynne—. ¡Has dicho que nos mostrarías un atajo para salir de aquí!

—Y es este, por así decirlo —contestó La Señora.

Aiden bajó de un salto de Desastre Natural Inexplicable y se dirigió hacia Aru. Se puso delante de ella, y esta notó el calor que desprendía mientras levantaba sus cimitarras para defenderse. Brynne se llevó la mano a la gargantilla. Aru echó un vistazo rápido el bosque. Detestaba esa sensación de estar atrapada y no poder hacer nada para ayudar a sus amigos. Observó, con un horror creciente, que las hojas caídas y las agujas de pino del suelo del bosque se arremolinaban tomando la forma inconfundible de cinco camitas.

La Señora, que ahora dotaba a seis metros por encima del suelo, se volvió hacia ellos.

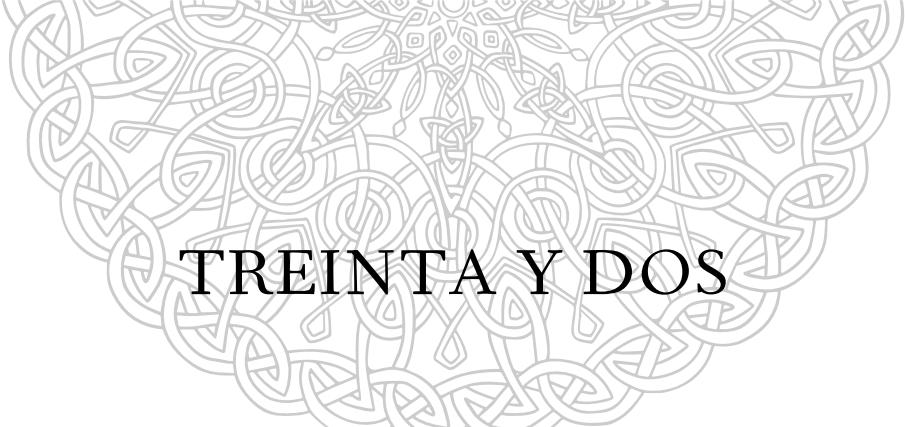
—¿Queríais un atajo para salir de este embrollo? ¿De todo este dolor? Oh, no intentéis decirme lo contrario, niños. Mis yeguas me transmitieron vuestros dulces miedos mientras se daban un tranquilo festín con ellos.

Aru echó un vistazo a su espalda. A unos tres metros, Payaso Espeluznante le devolvió la mirada y se relamió el morro con una lengua del color de la sangre seca. Aru sintió náuseas.

—Los corceles me han contado que estabais muy... cansados —dijo La Señora—. En realidad os estoy haciendo un favor. Veréis que es mejor así. Además, la diosa Nidra se consideraría estafada si no visitarais su reino del sueño. Todos vuestros hechizos de ensueño y los amuletos para despertarse aquí no sirven de nada. Es hora de pagar vuestras deudas de otra manera.

Las hojas y la pinaza alzaron el vuelo, revolotearon alrededor de La Señora e inundaron el bosque que los rodeaba.

—Dulces héroes, es hora... de descansar.



TREINTA Y DOS

La peor nana del mundo.
¿Me devuelven mi dinero?

La hojarasca que se arremolinaba en torno a La Señora estalló.

Las yeguas se dispersaron con sonoros relinchos mientras huían del bosque. La pinaza se precipitó contra los Patatas como si fueran dardos.

—¡Ay! —dijo Mini cuando le golpearon la piel—. ¡Me hacen sangre!

—¡Agrupaos! —gritó Aru.

Los cinco hicieron piña, espalda contra espalda como si eso les brindara cierta protección. Aru acababa de llevarse las manos a la cara, preparándose para el impacto, cuando una sombra se proyectó sobre ella.

—¿Qué haces, Dientes Flojos? —preguntó La Señora con voz estridente.

Aru atisbo entre los dedos y vio que la pinaza golpeaba a la yegua en las alas, que tenía desplegadas delante de ellos a modo de escudo. Dientes Flojos relinchó, pataleando al aire con las pezuñas mientras la pinaza volvía a caer al suelo. Mini se salió de la formación y le dio unas palmaditas a la yegua en el lomo. La pesadilla sonrió.

—Da igual —dijo La Señora.

Chasqueó los dedos y una raíz negra emergió sigilosa del suelo y fue derechita a Mini.

—¡Muévete! —chilló Aru.

—¡Mini! —gritó Brynne, girándose para lanzar su bastón.

Pero no fueron ni Aru ni Brynne quienes llegaron primero a Mini.

Fue Rudy.

El príncipe salió disparado, transformándose en un santiamén en una medio serpiente. Sus ojos se encendieron con un fulgor rojo, y su cola de

franjas rojas y doradas apartaba a golpes a la raíz mientras le gruñía a La Señora. Tenía un aspecto sorprendentemente formidable. Y no pasó desapercibido que había aprovechado su propio poder para proteger a Mini. Ella abrió los ojos de par en par.

Rudy abrió la boca. Estaba claro que iba a decir algo épico e impresionante, y puede que incluso romántico...

—¿Y dónde está mi Escamas de peluche? Sin Escamas de peluche tendré pesadillas... —dijo, y se dejó caer hacia un lado. El lecho de pinaza se lanzó hacia él para atraparlo. Él enroscó la cola y en cuestión de segundos estaba roncando.

«Olvídalo», pensó Aru.

—¿Escamas de peluche? —preguntó Aiden, arqueando una ceja.

—¿Por qué nos haces esto? —le preguntó Mini a La Señora—. ¡Más te vale no hacernos daño!

Le ardía la cara de furia. Detrás de ella, Dientes Flojos piafaba.

—Hay una guerra en el otro extremo de este reino, y tenemos que estar allí para... —empezó a decir Brynne.

La Señora se rio sin gracia.

—Ya me he enterado. Lo sé todo sobre la guerra que acaba con todas las guerras, y la verdad es que no cambia nada. La gente muere. Se sacrifican vidas. ¿Y quién se acuerda luego? Nadie.

La Señora comenzó a descender gradualmente. La negra hojarasca se arremolinó una vez más en torno a sus pies. Brynne volvió a levantar el bastón de viento y Aiden tanteó sus cimitarras. El filo de una de sus hojas doradas tocó el suelo y chamuscó la hierba con un siseo. Un montoncito de hojas se prendió fuego por un instante. Aiden lo observó y frunció el ceño como si acabara de tener una idea. La mirada de Aru saltó de las hojas quemadas a la sonriente Señora.

—Pero esta vez puede que sea distinto —dijo Aru con tranquilidad—. Esta vez, tenemos la oportunidad de cambiar las cosas de verdad. La oportunidad de construir una vida en la que no hagan falta sacrificios... y nadie acabe herido. Ni olvidado.

Las cuatro últimas camas se acercaron más, y Aru sintió que una terrible somnolencia se apoderaba de ella. Se tambaleó en el sitio hasta que sintió que una mano cálida la cogía de la muñeca, y levantó la vista y vio a Aiden que la miraba fijamente. Las manchitas estregadas de sus ojos la mantuvieron en pie.

—Ni se te ocurra, Shah —le dijo—. Quédate conmigo.

Sus palabras ayudaron a Aru a sacudirse la somnolencia. Aiden le soltó la mano, y Aru imaginó que notaba chispas que se perseguían unas a otras por su piel.

—¿Quién eres? —le exigió Mini a La Señora.

—Soy Urmila.

Ella los miró, y Aru sintió una punzada de culpa cuando se fijó en el rostro de la mujer. Los ojos de Urmila destilaban venganza, pero su rostro seguía conservando un leve rastro de esperanza. Como si este fuera a ser el momento en el que alguien la reconociera.

Urmila dejó caer los hombros.

—Pero, claro, no lo sabíais.

—Pues explícanoslo —dijo Aru—. ¿Qué quieres? Tal vez podamos ayudarte.

Urmila hizo un ademán con la mano, y el escenario a su alrededor cambió. Estaban ante la entrada principal de un hermoso palacio, y había tres personas delante de ellos: un hombre de piel color zafiro con un arco y flechas colgados a su espalda, una mujer de piel oscura y porte real a pesar del sencillo sari de algodón que vestía, y otro hombre con arco y flechas, con un color de piel similar a cuando la luz del sol ilumina el bronce.

Aru los reconoció de inmediato: Rama, el rey-dios; Sita, su esposa; y Laxmana, su hermano. También sabía lo que estaba a punto de pasar según las historias que le había contado su madre. Rama, Sita y Laxmana estaban a punto de exiliarse al bosque, y en poco tiempo el rey demonio Ravana secuestraría a Sita y desataría una guerra.

Una cuarta persona apareció en escena y entró corriendo por el pasillo sin aliento y anegada en lágrimas... Urmila. Su atuendo era de suntuosas sedas moradas.

—Hermana, ¿por qué habéis venido? —preguntó Sita—. Idos. Volved a palacio. No te corresponde a ti cargar con nuestro destino.

—Pero deseo hacerlo —rogó Urmila, alargando el brazo para coger las manos de Laxmana.

La mirada que se dirigieron estaba cargada de amor. Era íntima. Eran, se dio cuenta Aru, marido y mujer. Tenía sentido que Laxmana tuviera una esposa, pero Aru nunca había oído decir su nombre.

—No puedes, mi amor —dijo él—. Tengo que proteger a mi hermano. Lo sabes. Para asegurarme de que está a salvo no cerraré los ojos ni un solo momento...

—Pero eso no te corresponde a ti decidirlo —dijo una voz, que interrumpió la escena.

Laxmana, Rama y Sita alzaron la vista. Un par de ojos enormes se abrieron justo encima de ellos. «Los ojos de una diosa», pensó Aru. Tenían unas pestañas tupidas y los llevaba delineados con *khol*, y los iris eran del color de mil medianoches.

—Tienes que dormir, es lo que me debes...

—No puedo, diosa Nidra —dijo Laxmana, uniendo las manos a modo de plegaria.

—Entonces, ¿quién lo hará?

—Yo lo haré —dijo Urmila, levantando la mano—. Yo... Yo descansaré en lugar de mi marido.

Los ojos de la diosa vagaron hacia Urmila, que intentó parecer lo más dura posible manteniéndose erguida junto a Laxmana.

—Sueño... sin fin... durante años. El mundo cambiará y tú no. Tu lecho de sueños será el polvo. ¿De verdad es ese el sacrificio que deseas hacer?

Urmila vaciló. Laxmana se la quedó mirando, con los hombros hacia atrás y una expresión inescrutable.

Urmila asintió.

—Sacrificaré esos años por mi marido.

En cuanto pronunció esas palabras, Urmila se desmayó y cayó al suelo. Laxmana se arrodilló a su lado, y la visión se desvaneció.

Aru levantó la mirada hacia Urmila, que ahora vestía una túnica, como en la historia, y era plateada como un fantasma. Casi transparente.

—Perdí años de vida —dijo—. Oía a los cortesanos reírse de mi «sacrificio» mientras pasaba otoños y monzones sumida en el sueño, atrapada en los Salones de Nidra en aras de mi amor. Mi vida no tenía más que una pizca de importancia para las grandes empresas y las guerras cruciales de los reyes y los príncipes divinos... ¿Dónde estaban aquellos que sacrificarían una noche de descanso por mí? ¿Dónde está la vida que soñé? Puede que una parte de mí siempre haya estado atrapada aquí..., en un sueño que no acabará.

—Tal vez podamos cambiar eso. Puede que tardemos un tiempo, pero si nos dejás marchar y ganamos la guerra, entonces volveremos a por ti... —intentó convencerla Aru, pero Urmila negó con la cabeza.

—No —dijo—. No esperaré a nadie. Ya no. Y, sinceramente, niña, ¿por qué ibas a cargar con eso? ¿Qué le debes al mundo, con lo que te ha hecho él a ti?

Aru notó los ojos de Urmila clavados en los suyos, y la vergüenza se enredó en sus pensamientos. Vergüenza porque estaba de acuerdo con ella. ¿Qué le debía ella al mundo después de todo lo que había ocurrido? ¿Por qué tenían que hacer esto las Pandava? ¿Dónde estaban los demás?

—Adiós, niños —dijo Urmila—. Dulces sueños. —Se elevó del suelo, inclinándose hacia delante.

—¡Vuelve aquí! —chilló Brynne.

Giró el bastón de viento, pero la corriente de aire no hizo más que atravesar a Urmila. La hojarasca del bosque se arremolinó en torno a ella, removida por la repentina ráfaga del poder de Brynne. Aru metió la mano en vano por el dobladillo de la túnica de Urmila, como si pudiera hacerla descender al suelo, y tocó algo sólido...

Urmila se volvió y la miró antes de desaparecer entre los árboles con el resto de las pesadillas. Aru sostenía ahora en la palma de la mano una tobillera dorada como si fuera una señal. Estaba tan fría que le quemaba la piel y a punto estuvo de caérsele.

—¡ARU! —gritó Mini.

Aru alzó la vista mientras un muro negro de hojarasca se levantaba desde el suelo. El sonido de las hojas, las ramitas y la pinaza arremolinándose en torno a ellos era como el zumbido de miles de moscas. Aru miró hacia atrás. A unos cuantos metros, Rudy seguía roncando, ajeno a la tormenta que lo rodeaba. A su lado, las cuatro camitas de pinaza relucían suavemente tentadoras.

—¡Aru, vuelve! —dijo Brynne—. ¿Qué haces?

El muro de hojarasca y sueño se aproximó más. Si levantaba el brazo, le quedaría a centímetros de distancia. El sueño sería instantáneo. Urmila tenía razón. Aru estaba muy cansada y enfadada, y tan cansada de estar enfadada que lo único que quería en aquel momento era echarse una buena siesta. Si tocaba el muro, ni se enteraría de que habría abandonado a los demás. No se enteraría de nada. Y en esa oscuridad había una huida peligrosa que hizo que se le crisparan los músculos del brazo.

«Aru, vuelve... ¡Tienes que volver!».

Pero las palabras se perdieron entre el sonido de las hojas muertas, que ya no parecían tan ruidosas. Eso hizo que Aru pensara en una de las palabras favoritas de Kara: *susurrus*.

«Suena como lo que significa», le había dicho Kara en una ocasión. «Es..., es una palabra sincera. No engaña, no es más que sonido y poesía. Creo que es por eso por lo que me gusta tanto».

«No engaña...». Había algo confortable en saber eso. *Susurrus* era el siseo tranquilo de las cosas que susurran: las hojas en otoño, las mantas, las cosas que piensas cuando estás a punto de dormirte. Aru acababa de cerrar los ojos cuando una voz se coló a través del placentero zumbido...

«Shah, por favor».

Aru abrió los ojos. Tenía el enjambre de hojas muertas y suciedad a apenas quince centímetros de la cara. Se estremeció, dio un salto hacia atrás e impactó contra algo cálido y sólido. Cogió aire e inhaló esa fragancia familiar a especias y ropa limpia. Aiden.

Él le puso la mano en la cintura y la atrajo hacia sí.

—Te tengo, Shah —dijo. Cuando habló, su voz le erizó los mechones de pelo que se habían escapado de la trenza—. No te escapes.

No duró más que unos segundos, pero Aru sintió que cada uno de ellos la golpeaba como una ola.

—¡No puedo quitármelos de encima! —chilló Brynne.

Unas ráfagas de aire turquesa rasgaron el muro de hojarasca y crearon agujeros en él, pero segundos más tarde las hojas muertas volvían a ocupar su sitio sin más. El muro empezó a rodearlos. Brynne bramó e hizo girar su arma por encima de la cabeza. Un poderoso ciclón echó abajo el muro...

Y solo sirvió para que se volviera formar y se cerrara aún más.

Aiden y Aru se separaron de golpe. Una vez más, Aiden empuñó sus cimitarras. Dientes Flojos relinchó con fuerza y pataleó en el aire. Mini le acarició el cuello, intentando que se calmara, pero no sirvió de nada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mini con un chillido agudo.

Una de las cimitarras de Aiden cayó al suelo y, una vez más, Aru oyó ese siseo penetrante. Las hojas y las ramitas empezaron a echar humo bajo la espada de Aiden.

—¡El calor! —dijo Aru, señalando la espada—. ¡Necesitamos crear más calor!

Aiden siguió la dirección de su mirada y luego la miró a ella.

—Oh, oh.

—Oh, oh, ¿qué? —dijo Aru—. Tú tienes cimitarras... Eh, ¿qué haces?

Aiden se puso de rodillas, se quitó la mochila y la puso con suavidad en el suelo.

—*Ammamma*, ¿qué haces? —preguntó Brynne—. ¡No tenemos tiempo para eso!

Aiden no le hizo ni caso. Abrió la cremallera de su mochila. La hojarasca se arremolinó por encima de sus cabezas borrando el cielo nocturno. Aru y

Bryinne se juntaron más; el muro ya solo estaba a menos de treinta centímetros.

—Vale, a ver... —dijo Aiden mirando con rapidez a Aru, Mini y Brynne —, no os enfadéis.

Aiden metió la mano en la mochila y sacó un par de guantes. Mientras se los ponía, Aru cayó en la cuenta.

—¿En serio? —le preguntó.

Aiden emitió unos suaves sonidos de arrullo mientras sacaba algo brillante y reluciente de las profundidades de la mochila.

—Oh, no —dijo Mini.



TREINTA Y TRES

Bebé Bu después de la siesta

—¡¿Qué?! —dijo Brynne.

Un bebé Bu considerablemente más grande que el original (y, al parecer, fresco como una rosa tras echarse la siesta) apareció en las manos de Aiden. El pájaro de fuego era ahora del tamaño de un ordenador portátil. Les guiñó un ojo y pió feliz. El humo le subía en espiral por el plumaje rojo rubí. El penacho azul fuego llameaba feliz. Miró a Aiden, agitando las plumas.

Mini farfulló:

—¡La... La higiene! ¡La circulación de aire! ¿Y su comida? —Y entonces, sin saber cómo transmitir toda su rabia a la vez, le soltó finalmente—: ¡El bebé Bu tiene unos horarios de sueño muy estrictos!

—La mochila está encantada y es muy cómoda, ¡y por supuesto que me conozco los horarios de sueño de BB! —le espetó Aiden—. ¿Por qué te crees que no dejo de mirar en la mochila?

—¡Céntrate, *Ammamma*! —dijo Brynne—. Primero, la batalla, después, el bebé.

—Vale —dijo Aiden, dejando a un lado torpemente a BB.

El muro se arremolinaba más cerca. A Aru casi le daba miedo respirar, convencida de que si inhalaba algo de hojarasca se quedaría frita en el acto.

—Querida... —dijo Mini a modo de advertencia.

—Yo me encargo —repuso Aiden.

Sus cimitarras seguían reluciendo en el suelo.

—BB siempre tiene un poco de indigestión después de una siesta, así que esta es nuestra mejor oportunidad.

El bebé Bu emitió unos soniditos de malestar, evidentemente fastidiado porque se le hubiera sacudido de un lado a otro. Su llamita azul se hizo más

grande. Del pico le salía vapor. El pájaro volaba en círculos, graznándole enfadado a Aiden.

—Lo sé, lo sé —dijo Aiden, con los ojos clavados en el suelo del bosque —. Tú sácatelo de dentro y ya está.

BB emitió un graznido. Se le hincharon las plumas rojo escarlata de la garganta. Alzó las alas. A lo lejos, parecía que a Rudy se lo estaban tragando las hojas y la pinaza. Dientes Flojos había dejado de patear el muro. En vez de eso, sus infernales ojos azules miraban al pájaro de fuego con curiosidad. Dio un paso adelante, como si fuera a resoplarle a BB, cuando Aiden gritó:

—¡Agachaos!

Al bebé Bu le entró hipo. Una chispa minúscula le salió disparada de la boca y cayó al suelo.

Aru, agazapada junto a Brynne, se quedó mirando a Aiden.

—¿Ya está?

El bebé Bu volvió a alzar las alas, abrió el piquito y... ¡FIUUU!

—¿Eso ha sido un estornudo? —preguntó Brynne.

No era un tipo de estornudo que Aru hubiera visto antes. Del pico del bebé Bu salieron disparadas unas llamas. Cuando el fuego alcanzó la hojarasca, un graznido metálico desgarró los Salones de Nidra. Aru y Brynne se pegaron aún más al suelo mientras Brynne levantaba un muro de viento para proteger a Rudy en su cama de pinaza. Mini se agachó detrás de Dientes Flojos. La pesadilla giró su enorme cabeza y cerró los ardientes ojos azules. Por las rendijas entre los dedos, Aru observó que la corriente de fuego derretía el suelo del bosque. El muro de residuos se convirtió en vidrio, explotó y los bañó en esquirlas. A Aru la inundó el calor e inhaló una bocanada de aire caliente.

¡Pío!

El bebé Bu emitió un sonoro hipido. Un sonido de campanilla había sustituido al zumbido como de mosquito de las hojas y las ramitas arremolinándose.

Cuando Aru se quitó las manos de la cara, vio que el suelo del bosque parecía plagado de diamantes. Se puso en pie, cautelosa. Mientras el anillo de humo que los rodeaba empezaba a difuminarse, Aru atisbo un resplandor a lo lejos. Una sombra se estremeció por delante del resplandor, y enseguida se la volvió a tragar el humo.

—Chsss, ya está, ya está... —dijo Mini, tranquilizando a Dientes Flojos, que movía la cola muy inquieta.

Rudy gimió y se removió. La luz se deslizó por su cola y, en cuestión de segundos, había vuelto a metamorfosearse por completo en forma humana. Se sacudió a sí mismo, luego sacó las piernas de la cama y bostezó, parpadeando ante la escena que tenía a su alrededor.

—O soy mucho más poderoso de lo que me pensaba o... me he perdido algo —dijo.

—Lo último —le dijo Brynne, dándole unas palmaditas en la cabeza al bebé Bu.

El ave parecía muy satisfecha de sí misma. Desplegó las largas plumas de la cola en abanico, esparciendo chispas por las mangas de Brynne. Esta chilló y se sacudió el fuego mientras Aiden contenía la risa.

Rudy entornó los ojos.

—Un momento. Entonces, ¿no os he salvado a todos?

—Lo has hecho genial, Rudy —dijo Mini.

Rudy sonrió al oírlo. Se puso colorado y abrió mucho los ojos.

—Mmm, ¿por qué está aquí BB?

—Eso mismo he dicho yo —dijo Mini.

—Le prometí a Bu que siempre lo llevaría con nosotros —dijo Aiden, firme—. Además..., nos necesita.

—¿Por qué no puedo cogerlo nunca? ¡Soy el que mejor le cae! —dijo Rudy, indignado—. ¡Dámelo!

—¡No! —dijo Aiden.

Mientras los chicos discutían, Brynne sacó el bastón de viento y lo dirigió al humo que aún los envolvía.

—¡*Poga mayam aipo*! —dijo Brynne.

Una débil luz azul salió serpenteando del bastón de viento y arrastró el humo como si fuera una cortina. Muchos de los árboles que había alrededor se habían partido en dos y ahora reposaban en el suelo como troncos humeantes. Más allá del bosque se encontraba el prado sombrío del mundo de los sueños. Por encima, un cielo interminable de medianoche, y a menos de treinta metros había una puerta dorada...

La última puerta.

Junto a ella, asomando por otra densa espesura de sombras y árboles, estaba la mano extendida de Kumbhakarna. Aru se la quedó mirando. ¿Siempre había tenido los dedos así de agarrotados?

—Bueno, por lo menos Urmila no mentía del todo —dijo Brynne—. Esto era sin duda un atajo. Y el portal ya no se mueve, eso es bueno.

—El camino también está despejado —dijo Aiden.

El bebé Bu pió agradecido. Aru no supo por qué notó un repentino cosquilleo en la nuca, como si les estuvieran observando. Dientes Flojos resopló, y Mini la miró con el ceño fruncido.

Algo no iba bien.

—¡Bueno, pongámonos en marcha! —dijo Rudy. Se encaminó hacia los límites del bosque—. La verdad, no sé por qué no podemos tocar algo de música mientras caminamos. Es que si no es muy aburrido... ¡Ay!

Rudy frunció el ceño. Intentó avanzar, pero no pudo. Levantó una mano al aire y los dedos se le desplegaron como si hubieran impactado contra el cristal de una ventana.

—Pero ¿qué...?

Aru levantó la cabeza y vio dos ojos abiertos que parpadeaban en el cielo de la medianoche. Los ojos de Nidra. Grandes y ligeramente levantados en los rágidos, de densas pestañas con sombra de delineador e iris del color de la medianoche. Dos finas nubes sugerían unas cejas inclinadas hacia abajo y le daban a Aru la impresión de que la diosa les fruncía el ceño con simpatía.

—Me temo que no hay excepción a las reglas. Todo el que cruce mis Salones tiene que pagar.



TREINTA Y CUATRO

Me llevarás a la muerte

Aru estaba segura de que una de ellos había hablado. Puede que Rudy hubiera chillado. O que Brynne hubiera hecho una observación. Puede que ella misma hubiera ahogado un grito al ver aquellos ojos inmensos en el cielo...

Pero un rugido repentino se tragó todos esos sonidos.

Los Salones de Nidra temblaron. Los árboles que quedaban en pie se sacudieron. El sonido aplano los pastos en un segundo, y apareció una grieta en el cielo.

Nidra giró los ojos hacia la izquierda, como si notara algo que no estaba a la vista.

—*Mi reino está despertando.*

«Oh», pensó Aru, con el estómago encogido. Al final no era un rugido...

Era un bostezo.

La mano de Kumbhakarna se crispó, y el fulgor dorado de la puerta del portal centelleó. La advertencia de Nikita asomó bruscamente en sus pensamientos: el reino del sueño no estaba hecho para durar eternamente en el mismo sitio.

—¿Qué queréis de nosotros? —inquirió Brynne.

—Brynne... —le advirtió Mini.

Mini fue la primera en juntar las manos en *pranama* antes de tocar el suelo resplandeciente. Aru y los demás siguieron rápidamente su ejemplo. Cuando Brynne se incorporó, parecía un poco avergonzada.

—Lo siento —murmuró.

—¿Qué podemos ofreceros, diosa? —preguntó Mini, con una mano en la ijada de Dientes Sueltos.

—¡Yo tengo un montón de piedras! —dijo Rudy, elevando su mochila al cielo.

El par de ojos los miraron con benevolencia.

—Son muy brillantes —añadió Rudy.

—Es vuestro descanso lo que quiero. Necesito vuestros sueños para construir las fronteras de mi mundo. Si queréis pasar, tenéis que estregármelos. Incluso los semidioses me otorgan lo que me deben.

Aru volvió a pensar en Urmila, y en cómo se había quedado dormida y había perdido años que nadie recordaba.

—No puedo hacer eso —dijo Brynne.

—Ya he seleccionado a uno de vosotros. Quiero sueños ricos en asombro, teñidos de tristeza y con sabor a esperanza que endulcen mi tierra como el más excepcional de los néctares.

«Que no sea yo, que no sea yo, que no sea yo», rogó Aru. Pero incluso mientras rogaba, tenía la desagradable impresión de que sí era ella.

Y, efectivamente, el par de ojos se centraron en Aru. Una pálida luz violeta se cernió ante ella. Era suave y sugerente, y, cuando Aru la miró, le supo a polvo en la lengua.

—*Tu, niña. Noto tu cansancio...*

«Ah, bueno. Tal vez sea lo mejor», pensó Aru, con un ligero balanceo de los pies. Mejor ella que cualquiera de los demás.

—*Permíteme que te lo...*

—No —dijo una voz firme detrás de Aru—. Ella, no.

Aru se volvió. La luz bañaba a Aiden. Alto, con la mirada dura y reluciente.

—Llévame a mí en su lugar —dijo.

—¿Qué? —dijo Aru—. Ni hablar. No puedo dejar que hagas eso.

—Siempre supe que esto iba a pasar —dijo Aiden—. No tengo miedo, Shah.

Sus ojos saltaron de los de Aru a los de Brynne. Aru vio que Brynne parecía horrorizada..., pero no sorprendida. Su boca era una línea sombría, como si se hubiera estado preparando para este momento.

«¿Tú también sabías que esto iba a pasar?», preguntó Aru por el vínculo mental.

Aru notó la duda de Brynne como una pared de escombros que se levantaba lentamente entre las dos. Arremetió contra ella, gritando a través de esa barrera: «¡¿LO SABÍAS?!».

Brynette y Mini hicieron una mueca de dolor al mismo tiempo. Aru no se disculpó.

«Es la profecía que oímos», dijo Brynette. «¿Te acuerdas? Quería contarte algo, pero no era mi secreto. El me hizo prometer que no lo contaría».

La profecía. Aru buscó al fondo de su mente las palabras que se pronunciaron lo que ahora le parecían siglos atrás.

«La chica a la que quieras te llevará a la muerte»

Pero eso quería decir...

La cabeza le daba vueltas. Se volvió hacia Aiden. Estaba tan guapo que dolía mirarlo. Su chaqueta verde esmeralda se ajustaba a sus hombros cada vez más anchos. La luz violeta del mundo del sueño le teñía la parte superior de los pómulos, el resplandor de los ojos y los lustrosos rizos del pelo. Su linaje brillaba con luz propia como si en parte estuviera hecho de luz estelar y, si la hubiera mirado a los ojos en ese momento, Aiden habría visto todas las cosas que Aru se negaba a decir.

Pero no la estaba mirando. Tenía la mirada clavada en el cielo, en los ojos de Nidra.

—*¿Entiendes lo que estás haciendo?* —preguntó la diosa.

Aiden no dudó.

—Sí.

—*¿Entiendes que mi reino es en sí un forma de muerte?*

«Muerte». La palabra hizo estremecerse a Aru. Aiden no se inmutó, pero Aru observó, paralizada por el horror, que apretaba la mandíbula. Asintió.

—Lo sé.

Nidra parpadeó y luego cerró los ojos en señal de conformidad.

—*Siempre lo has sabido, ¿verdad?*

Aiden no dijo nada; se quedó mirando fijamente a la diosa y no se movió.

Aru sintió como si algo en su interior se estuviera tensando hasta romperse. Seguía intentando decir algo, pero las palabras se le atascaban en la garganta.

Se estaba sacrificando por ella.

—*Entiendes que no volverás al mundo de los despiertos si no hay mundo al que despertar.*

—Lo entiendo.

—*¿Qué significa eso?* —preguntó Brynette, atacada—. ¿Va a morir?

A su lado, Mini y Rudy parecían afectados. Incluso Dientes Sueltos escarbaba el suelo, consternada. El bebé Bu emitió un piar suave e inquieto y miró a Aiden. La ardiente cresta azul de su cabeza languideció.

—*¿Que sentido tiene devolverlo si no hay ninguna posibilidad de que haya un mundo al que merezca la pena volver?* —preguntó Nidra—. *Que muera o no depende de vosotras, hijas de los dioses, porque es vuestro mundo el que tenéis que salvar, ¿no es así? Y si muere, que eso sea en sí mismo una bendición. Morir mientras duerme es la esperanza de todo mortal. Deberías darme las gracias.*

A unos treinta metros de distancia, Kumbhakarna flexionó los dedos. Giró la mano y presionó la palma contra el mundo del sueño como si este fuera un colchón del que estuviera impulsando para salir.

—*Os estáis quedando sin tiempo. Elegid ya o se os expulsará de mi mundo.*

Era una elección imposible. Aru sabía que era ella quien tenía que enfrentarse a Kara y al Durmiente, pero Aiden era...

Antes deque Aru pudiera protestar, o de que Brynne se ofreciera voluntaria, o de que Rudy levantara la mano, o de que Mini rogara que les pidiera otra cosa, habló Aiden.

—Acepto.

Las palabras atronaron los Salones de Nidra, y Aru supo en su interior que su ofrecimiento había sido aceptado. La luz violeta se deslizó, abandonó a Aru y se desvió hasta Aiden. No estaba segura de cómo lo sabía, pero ese mismo instinto le decía que en el momento en que lo tocara la luz, desaparecería.

«Para siempre», le susurró una voz oscura en sus pensamientos.

—Aru.

Ella levantó la vista, sobresaltada al oír su nombre.

—¡No puedo permitir que hagas esto! —dijo.

—No eras tú quien tenía que tomar la decisión —dijo Aiden, con una sonrisa triste—. Era yo. Encontrarás la manera de salir de esta, lo sé. Cuida de BB por mí, ¿vale?

Aiden dejó la mochila y el ave. BB se acurrucó en el interior, piando y gorjeando hacia Aiden.

Unas lágrimas calientes resbalaron por las mejillas de Aru.

—¿Y si no puedo?

—Podrás —dijo Aiden—. Siempre puedes.

La luz violeta se volvió más brillante. Ahora estaba suspendida justo al lado de Aiden. Aru y él estaban a menos de un paso de distancia, pero podrían haber sido kilómetros. La iluminación creciente dejó al resto del mundo en

sombras, transformando a Mini, Brynne, Rudy y a los enormes ojos abiertos de Nidra en poco más que destellos de oscuridad.

—Te mentí, Aru —dijo Aiden, alargando una mano hacia su cara. Deslizó los dedos entre su pelo y la atrajo hacia sí—. No me arrepiento de nada.

—Espera... —intentó decir, pero un beso frenó el resto de las palabras.

Un primer beso..., ¿y ahora un último? En algún rinconcito secreto de su corazón, Aru mantenía la esperanza de que habría miles de besos más. Cerró los ojos. No fue más que un parpadeo o dos, pero cuando los abrió un momento después, Aiden ya no estaba.

La voz aterciopelada y estelar de Nidra resonó en el cielo.

—*No es tiempo de soñar, Pandava. Kumbhakarna se está levantando.*



TREINTA Y CINCO

La hija de la muerte abre los ojos

Y amini Kapoor-Mercado-López estaba acostumbrada a tener miedo.

Mientras a otras personas las perseguían sus sombras, Mini estaba convencida de que era el miedo el que la perseguía a ella, siguiendo constantemente sus pasos y susurrándole «¿Estás segura? ¿Es lo correcto? ¿No es peligroso?»

Oyó vagamente el llanto desconsolado de Brynne y, commocionada, vio cómo Aru caía de rodillas con la cara pálida. Vio que Rudy contraía el rostro de dolor. A consecuencia de la desaparición de Aiden, él había recogido la mochila de su primo y ahora llevaba al pajarillo posado en el pliegue del codo con la ayuda de una manta ignífuga.

—Pero... Pero eso no tenía que haber ocurrido —dijo con tristeza. Se volvió hacia Mini como si ella conociera todas las respuestas—. Aiden va a volver, ¿verdad? *¿Verdad?*

«No lo sé», pensó Mini, con una sensación de vacío.

Deberían haberse quedado mirando a Aru y Aiden después del beso, pasmados. Deberían haberse echado a reír, incómodos. Brynne debería haber puesto los ojos en blanco y haber dicho algo del tipo «ya era hora» y que tanto suspiro había estado a punto de quitarle el hambre para siempre. Mini debería haber intentado no decirles el número de bacterias que viven en la boca humana.

Todo estaba mal.

Dientes Flojos resopló y empujó el hombro de Mini con su morro frío, y su aliento húmedo la despeinó. Miraba a Mini a la espera de una indicación.

Rudy también.

—Me duele el estómago, y el corazón me está marcando ese ritmillo que sería guay para un bajo, pero que no me gusta nada —dijo Rudy. Su respiración era cada vez más rápida y superficial—. ¿Qué me pasa?

—Estás sufriendo un ataque de pánico —dijo Mini.

—¿Qué hago para que desaparezca? —preguntó Rudy.

Antes, Mini pensaba que sabía la respuesta a esa pregunta. Con su de la Muerte en las manos y el poder que le corría por las venas, el miedo no la podía alcanzar. Pero todo eso había cambiado en un instante. La fiesta de cumpleaños de Aru en el museo se había convertido en una batalla, y las sombras que Mini invocó empezaron a estallar y burbujejar. Pero mucho peor fue el momento en que se dio cuenta de que la *danda* se fundía con las baldosas del suelo y ella se quedó arañando el mármol en vano.

Sin su arma, su miedo había vuelto con ansias de venganza. Tal vez esa era la razón por la que ya no le pillaba por sorpresa. Al fin y al cabo, era la sensación con la que siempre había convivido.

Así que, cuando Kumbhakarna se incorporó a lo lejos, Mini ni pestañeó. Tampoco chilló cuando el mundo del sueño que les rodeaba se estremeció e hizo temblar las estrellas por encima de ellos. Mini siempre estaba preparada para lo peor. Por tanto, cuando ocurría lo peor, para ella el tiempo no corría más rápido..., iba más lento.

—HUELO A DESCONOCIDOS —dijo Kumbhakarna.

Pese a ser un susurro, su voz llegó a kilómetros de distancia.

Rudy gimió.

—¿DÓNDE ESTÁIS, PEQUEÑOS DESCONOCIDOS? ¿TENÉIS DULCES SUEÑOS? ¿SE OS HA AGRIADO LA ESPERANZA? VENID CONMIGO PARA QUE PUEDA PROBARLA.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Mini, con la mano apoyada en la cálida ijada de la pesadilla.

Dientes Flojos resopló. Los Salones de Nidra se oscurecieron y las estrellas se apagaron una por una. La única claridad que quedaba venía de la resplandeciente puerta del portal, que estaba a treinta metros de distancia. Pero el terreno había cambiado; ya no estaba cubierto de hierba suave o de nubes ondulantes, sino que estaba salpicado por doquier por los fragmentos de vidrio que había provocado la ráfaga de fuego del bebé Bu.

Kumbhakarna se puso en pie. Mini solo lo supo porque los Salones de Nidra se inclinaron y las estrellas que quedaban se dejaron de ver

momentáneamente. Por lo demás, no era más que una silueta contra la penumbra.

—Apenas veo nada —dijo Rudy, dando vueltas en la oscuridad.

Mini se subió ligeramente las gafas en el puente de la nariz. No le ayudó a ver mejor, pero le dio algo que hacer a sus manos mientras empezaba a darle vueltas a la cabeza.

—Lo tengo —dijo Brynne, rotundo.

Aru aún no había dicho ni mu. Se había quedado con la vista clavada en el punto exacto en el que había desaparecido Aiden. Mini ni siquiera estaba segura de que se hubiera dado cuenta de que todo a su alrededor se había oscurecido.

—¿Qué tienes? —preguntó Rudy.

—La Joya del Sol —dijo Brynne—. Seguro que...

Dientes Flojos relinchó con fuerza.

—Espera —dijo Mini, levantando la mano—. No creo que sea buena idea.

—¡Sin algo de luz no podremos ver a dónde nos dirigimos! —dijo Brynne.

—Y si encendemos una luz, como la Joya del Sol, entonces Kumbhakarna podrá vernos —dijo Mini.

Como si los hubiera oído, el susurro del gigante se extendió una vez más por las desoladas llanuras del sueño.

—¿TENÉIS MIEDO? —preguntó—. BIEN. YA SABÉIS, LA CARNE SABE MÁS DULCE CUANDO LA PRESA ESTÁ SOBRECOGIDA. EL MIEDO TIENE UN SABOR MUY SUTIL. —Inhaló y después exhaló con un sonoro ahh—. YA EMPEZÁIS A DESPRENDERLO COMO EL MÁS DULCE DE LOS PERFUMES.

El miedo. Eso era lo que se estaba tragando el paisaje de ensueño. Su oscuridad iba girando lentamente sobre el portal e iba devorando su luz.

—¿ES UNA CHISPA ESO QUE VEO A LO LEJOS? —preguntó Kumbhakarna.

A Mini se le disparó la adrenalina.

—¡Rudy, esconde a BB! ¡Ya!

—Lo siento, colega —dijo Rudy, metiendo al ave en la mochila de Aiden. Los Patatas quedaron ocultos al instante.

Kumbhakarna se echó a reír.

—BUENO, NO PODÉIS ESCONDEROS DE MÍ ETERNAMENTE.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Brynne, con apenas un susurro.

De manera instintiva, Brynne y Mini miraron a Aru. Era la que siempre tenía ideas; Aru, cuya imaginación era tan escurridiza que siempre encontraba la solución a cualquier problema. Pero allí seguía, plantada como una estatua.

Brynne, la más fuerte de todas, se acobardó un poco.

Verlas así removió algo dentro de Mini.

No estaba segura de qué la hacía actuar así, pero ahora se encontraba cogiendo las bridas de Dientes Flojos. Pasó una pierna por encima de la montura. La yegua levantó las orejas y las giró.

—Mini, ¿qué haces? —preguntó Brynne.

Mini cogió las riendas de Dientes Flojos y miró hacia delante. Vio un rastro de luz azul que serpenteaba en la oscuridad en dirección al portal en penumbras.

—Hay un camino —dijo.

—¿De qué hablas? —dijo Brynne.

—El camino —dijo Mini, señalando hacia la serpenteante luz azul.

Brynne siguió el dedo de Mini y se encogió de hombros.

—No veo nada.

—Yo tampoco —dijo Rudy.

Brynne la miró.

—¿Por qué solo lo ves tú?

Mini hizo una pausa.

—No... No lo sé.

Era como lo que había ocurrido en el establo con Dientes Flojos. Por alguna razón, no tenía miedo. Mini se estremeció al recordar la indiferencia de Urmila cuando Aru había dicho que Mini era valiente.

«*Eso o que está demasiado familiarizada con el miedo*».

Urmila lo había dicho como si fuera algo malo, pero el miedo de Mini se había transformado en algo preciado... Algo que, por lo que parecía, le permitía ver cosas que nadie más veía.

«*¿Tienes miedo a menudo, niña?*».

—Sí —dijo Mini en voz baja—. Pero eso no va a detenerme.

—¿Qué? —preguntó Brynne.

Mini se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

—Nada —dijo—. Vamos. Yo... —Inspiró a fondo e intentó decir unas palabras que sintió picantes y extrañas en la lengua—. Yo os guiaré.

Aru le tomó la mano a Brynne, Brynne a Rudy y Rudy agarró una de las tiras de las riendas de Dientes Flojos. Al principio, la yegua se quejó, y balanceó la cabeza peligrosamente cerca de la de Rudy, pero se detuvo poco antes de morder cuando Mini, sentada a horcajadas en la silla de montar, la calmó.

—Tranquila —le siseó—. Puede estar en cualquier sitio.

Mini escudriñó las nubes mientras seguía el camino de luz azul en la oscuridad. El terreno cedía como lodo espeso a su paso. Se resbaló del asiento una o dos veces y, aun así, con cada paso, Mini notaba que iba sentada cada vez más erguida. Iban avanzando. Iban abriendo camino.

«No sé cómo lo estás haciendo, Mini, pero NO DEJES DE HACERLO», le dijo Brynne por el vínculo mental.

Mini sonrió. Más adelante, el portal permanecía casi escondido por una nube de miedo, pero Mini aún podía verlo con bastante claridad.

—¿DÓNDE ESTÁIS, DULCES BOCADITOS? —preguntó Kumbhakarna.

Su voz llegaba desde atrás, y tenía un deje de irritación. Hasta ahora, no los había podido encontrar. Mini sonrió y espoleó a Dientes Flojos. Por primera vez en muchos días, sintió que había remitido parte de su pánico. Y, aun así, seguía con las manos vacías. Despojada de su poder celestial. Entonces, ¿por qué se sentía así? Notaba un cosquilleo en la parte posterior del cráneo, como cuando estaba a punto de entender algo.

«¡Veo el portal!», dijo Brynne. «¡A unos seis metros! ¡Vamos, Mini!».

Mini espoleó a Dientes Flojos.

Brynne corrió hacia delante. El farolillo de la Joya del Sol que llevaba guardado en el bolsillo delantero de la chaqueta emitió un débil destello, y la puerta del portal se hizo más grande.

«¡Se está abriendo!», dijo Brynne.

Vista de cerca, la puerta era del tamaño de seis coches apilados uno encima del otro. Estaba hecha de oro fundido, como el agua iluminada por el sol que se desliza por un espejo. Mini se vio en ella. En el pasado, siempre había evitado mirar su reflejo, incómoda de verse, como si se supusiera que tenía que haber algo más a la vista, pero no lo hubiera.

Sin embargo, esta vez sí que se miró. Iba sentada a horcajadas en Dientes Flojos. El resplandor del portal resaltaba el brillo lustroso de la melena, que le llegaba hasta la barbilla. Rebotaba en sus gafas y, cuando Mini ladeó la cabeza, vio que sus grandes ojos marrones le devolvían la mirada. Pensó que tendría un aspecto asustadizo y de búho, pero no era así.

Tenía un aspecto poderoso.

«¡Lo has conseguido, Mini!», dijo Brynne, dándole unas palmaditas en la pierna y esbozando una sonrisa mientras recorría el último metro y medio hasta la puerta, que se abría lentamente.

«No sé cómo lo he hecho», dijo Mini con timidez.

Por primera vez desde que se llevaron a Aiden, Aru la miró. Sonrió y, aunque tenía la mirada vacía, Mini supo que estaba orgullosa de ella. «Yo sí sé cómo lo has hecho», dijo Aru por el vínculo mental. «Porque eres la hija de la muerte».

«Eso mismo», repitió Brynne.

Un momento después, Aru y Brynne guiaban a Rudy a través de la puerta. El laberinto les esperaba al otro lado. A su alrededor, los Salones de Nidra se habían reducido al tamaño de una tenue sala de estar, y la oscuridad se había tragado todos sus árboles y a sus soñadores.

«Casi estamos», dijo Brynne, emocionada, por el vínculo mental. Dirigió la linterna con la Joya del Sol hacia el portal. Mini estaba a punto de sonreír cuando lo notó; una suave ráfaga de aire contra el cuello como si fuera el aliento de alguien. Se quedó quieta y miró alrededor. La última vez que había oído a Kumbhakarna estaba muy lejos... ¿Habría notado el resplandor? ¿Habría conseguido alcanzarles?

«¿Notáis eso?», preguntó Mini por el vínculo mental.

«¿Notar el qué?», dijo Brynne.

Mini se volvió en la montura, con las manos aún sobre las riendas de Dientes Flojos. En la oscuridad, parpadeó un ojo húmedo y errante. Era del tamaño de un sofá. Pero eso no era lo peor. Lo peor era que estaba a menos de tres metros de ellos. La luz del portal rebotó en los dientes grises de Kumbhakarna, con las puntas dentadas como si se los hubiera roto al masticar esa comida que no dejaba de gritar.

Sonrió.

—¡OS ENCONTRÉ!

—¡Brynne! —aulló Mini.

Brynne blandió el bastón de viento, pero Kumbhakarna se rio en la oscuridad. Mini se puso tensa. Una potente ráfaga de viento lo sacudió todo a su alrededor cuando el bastón de viento recorrió los Salones de Nidra. A sus pies, se abrieron unas grietas en el suelo. El mundo del sueño empezaba a desmoronarse. Dientes Flojos relinchó cuando se abrió una brecha a escasos centímetros de sus pezuñas.

—¡Cruzad la puerta ya! —chilló Brynne.

Aru gruñó mientras la abría.

—¡Vamos, Rudy!

Rudy parecía alarmado. Miró a su alrededor, como si pudiera encontrar una solución a aquello.

—¿Y qué pasa con Mini? —preguntó, mirándola—. ¡No me pienso ir sin ella!

Una chispa de calidez alcanzó el corazón de Mini. Antes pensaba que el príncipe solo se interesaba por ella cuando tenía poder, pero como se había demostrado, ese no era el caso en absoluto. Y por eso, con mucha gratitud y afecto, Mini le dijo por el vínculo mental: «Aru, dale un buen empujón».

«Encantada de la vida», dijo Aru.

—¡Soy príncipe! —se quejó Rudy en la oscuridad—. No podéis... ¡EH!

Aru sonrió, le quitó a Rudy la mochila de Aiden y le dio un empujón en el pecho. Este cayó de espaldas hacia la luz, gritando:

—¡ESTO NO ME MOLA NADA... DE NADA!

En otro momento, Mini se habría reído, pero ahora mismo se notaba la atención dispersa. La luz del portal parpadeó, y una vez más Mini se quedó desconcertada por su propio reflejo. El corte de pelo, la profundidad de la mirada, la forma de la barbilla.

No tenía miedo.

—¡Mini, crúa! —le gritó Brynne—. ¡Venga!

Mini sabía que debía ponerse en marcha, pero no lo hizo. Seguía pensando en las palabras que había dicho Aru hacía un instante, «eres la hija de la muerte».

—Soy la hija de Dharma Raja —se dijo a sí misma—. Aunque no tenga mi *danda*.

Fue un cambio sutil el que se produjo en su mente, pero fue como si una parte secreta de su interior abriera los ojos por primera vez y se acostumbrara a una nueva luz.

Yamini Kapoor-Mercado-López era la hija de la muerte.

Mini veía la muerte por doquier allá donde iba, sentía su presencia en todo, desde una batalla contra un demonio hasta una chocolatina mohosa. La muerte era una sombra tenue que se cernía sobre su vida. Gracias a la muerte, Mini saboreaba cada bocanada de aire que respiraba, pues sabía que en la vida se tienen contadas. Gracias a la muerte, Mini lo sentía todo con más intensidad, pues sabía que en cualquier momento podría dejar de sentir.

Todo este tiempo había pensado que la *danda* la había curado del miedo..., que su arma celestial había vencido de alguna manera a todo su

pánico y la había hecho poderosa... Pero Mini no era poderosa a pesar de su miedo. Era poderosa gracias a él.

El miedo la ponía nerviosa, sí, hacía que entrara en pánico, también, y a veces la ponía hipersensible, obvio, pero también hacía que lo sintiera todo con más intensidad, que lo viera todo con más claridad, que pensara con mayor cautela.

Y fue esa perspectiva la que la instó a mirar hacia arriba, hacia el más mínimo destello de presión por encima de sus cabezas.

—Mini, ¿a qué esperas? —chilló Aru—. ¡Corre!

Mini estaba harta de correr.

Una ráfaga de luz azul captó el contorno de una gran mano que se balanceaba por encima de ellos. Brynne estaba de espaldas, con el bastón de viento apuntando al portal. Aru estaba al lado de Dientes Flojos, cogiéndole las riendas para poner a Mini fuera de peligro.

Nadie vio la mano...

Excepto Mini.

El mundo se quedó en silencio. Ella levantó la mano al cielo como si quisiera atrapar el puño de Kumbhakarna, pero, en vez de eso, ocurrió otra cosa.

Un surco de luz violeta resplandeció justo por encima de su cabeza, apenas más grande que la extensión del brazo. Se encendió, se apagó y luego... explotó.

Una pantalla violeta apareció ante las Pandava, la pesadilla y la puerta del portal. Kumbhakarna aulló y se agarró la mano de dolor después de estrellar el puño contra el escudo de Mini.

—¿QUÉ CLASE DE BRUJERÍA ES ESTA? —gruñó.

A Mini le corría la energía por las venas, y eso hizo que sintiera como si estuviera llena de sombras y de luz estelar. Cuando algo sólido le golpeó la palma de la mano e hizo que se le añejara el brazo, el pelo se le fue hacia atrás. Mini parpadeó y lo miró. Su de la Muerte brillaba como un cetro. Sonrió y levantó la vista hacia Kumbhakarna.

—Es mi poder —dijo.

Volvió a levantar la mano y una luz violeta brotó del escudo, envolvió a Kumbhakarna y lo arrojó bien lejos de ellos. En el resplandor posterior, la luz violeta iluminó las caras sorprendidas y alegres de sus hermanas. A Brynne parecía que se le había desencajado la mandíbula. A Aru le centelleaban los ojos.

Lo que más quería Mini era saborear ese momento, pero la tierra bajo sus pies se resquebrajaba cada vez más. Dientes Flojos relinchó, se encabritó y estuvo a punto de tirar a Mini al sacudirse. Mini saltó de la montura y le abrazó la cabeza a la pesadilla.

—Me alegro muchísimo por ti, Mini, ¡pero tenemos que irnos! —gritó Brynne.

Dientes Flojos, triste, acarició a Mini con el hocico, le resopló aire caliente en la cara y le empañó las gafas. La yegua pateó el suelo.

—Adiós, dulce caballito —dijo Mini—. Te veré en mis sueños.

Luego, con la *danda* de la Muerte en una mano y la energía fluyéndole aún por las venas, Mini le dio la espalda a la oscuridad.



TREINTA Y SEIS

Buenas noticias,
malas noticias

Kara salió tambaleándose de sus recuerdos del Durmiente y Krithika. Cayó al suelo de la burbuja de sueño en que la había colocado Sheela. Parecía como si tuviera el mar bajo los dedos, pero la sensación era de cristal frío. Le dolían los pulmones.

Sheela se acercó a ella y le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Es demasiado —dijo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kara.

—Recuerdos. ¡Recuerdos genuinos! —dijo Sheela—. Tardé siglos en juntar todas las piezas de los sueños de todo el mundo, pero al final lo conseguí.

A Kara siempre le había gustado la etimología de esa palabra. Procedía de *genu* la palabra latina para *rodilla*, de la antigua costumbre romana de que el padre se colocaba el recién nacido sobre la rodilla para reconocer que era hijo suyo. De *genu* vienen palabras *genus*, como la categorización de una especie, y en el siglo XVI se transformó en una palabra que significaba natural y, lo que es más importante, auténtico.

Verdadero.

Kara se obligó a ponerse de pie. Cuando se giró, Sheela había rehecho la burbuja de sueño y la había moldeado en un túnel submarino de cristal con vividas criaturas marinas que nadaban en el exterior. Las dos se sentaron a una mesa elegante con un mantel blanco y un servicio completo de té. En vez de una silla, Kara se encontró botando sobre una gran anémona rosa.

—Vi algo parecido a esto en una revista —dijo Sheela, sonriendo—. Nikki dijo que sería un buen sitio para un desfile de moda, pero a mí me parece mejor para tomar el té.

—Ninguno de esos recuerdos era... —Kara se detuvo antes de poder decir *verdadero*.

Algo le decía que no era así y, sin embargo, no sabía cómo encontrarles sentido. En las escenas por las que Sheela la había llevado, Kara había visto a Suyodhana de joven. Había advertido la profecía que le habían endilgado, cómo se había esforzado por el encontrar el Arbol de los Deseos, los momentos finales en los que Krithika lo había encerrado en el interior de la lámpara en la que permanecería once años.

—¿Por qué me has enseñado todo eso? —preguntó Kara.

Sheela jugueteó con la punta de una de sus trenzas antes de encogerse de hombros.

—Porque tenías que verlo.

—¿Qué quieras que haga? —preguntó Kara enfadada.

—¿Qué quieras hacer tú? —respondió Sheela.

Lo que Kara quería hacer no había cambiado en absoluto. Quería hacer lo correcto. Era la razón por la que se había llevado el collar *astra* y había destruido las armas de las demás Pandava. Aunque ahora, cuando pensaba en aquel momento, se le revolvía todo.

Kara tenía un don con la luz. Ya fuera porque era la hija del sol o por otra razón, solía tener buenas intuiciones y sabía qué era *verdadero* y qué era falso. Pero, por desgracia, eso no le ponía las cosas más fáciles a la hora de transitar por el mundo.

Verdadero: su padre la quería.

Verdadero: su padre le había mentido.

Verdadero: su madre la había abandonado.

Verdadero: su madre no había renunciado a ella.

Suyodhana la quería. Kara lo sabía con certeza. Y sabía que él también quería a Aru. Incluso quería a Krithika Shah. Era una verdad que había dejado que se enconara en su interior como un veneno del que no podía deshacerse. Pero aquellas cosas que le había dicho de su madre..., y que Aru la había apartado..., y que nadie la quería, todo eso era falso.

—Pero él me salvó —dijo Kara.

Una parte de ella pensó que estaba pronunciando esas palabras solo para saber cómo sonaban en su lengua. Eran pegajosas. Viscosas.

—¿De qué? —preguntó Sheela, ladeando la cabeza.

—De una mala infancia —dijo Kara de manera automática.

—¿Eso es lo que has visto?

Kara parpadeó. Había visto a su madre, Krithika Shah, tocar un árbol y observar a Kara jugar en el amplio patio de una casa de techo bajo. Una versión más joven de Kara gritaba de felicidad mientras recogía limas que habían caído de un árbol. La niñita también recogía kumquats y flores de jacaranda y los amontonaba en el regazo de una mujer alta cuya cara estaba desenfocada.

—Era feliz —dijo Kara en voz baja—. ¿No?

Apretó los puños en el regazo. Por algún motivo no podía superar esa imagen. Hubo un tiempo el que había tenido un árbol de lima y había recogido flores moradas sabiendo que tenía alguien a quien regalárselas. Una madre adoptiva sonriente.

Kara debería haber sido capaz de recordar la sensación de esa lima en la mano, si estaba fresca por estar a la sombra o cálida por el sol, si estaba fragante o podrida, si se utilizaba más tarde para hacer un refresco de lima azucarado. Pero no lo recordaba, y esa falta de conocimiento, que antaño era una dulce bendición, ahora se había vuelto amarga.

—Mientes —le dijo a Sheela, con la voz fría—. No es real. Tú no eres real.

Si las imágenes que Sheela había invocado fueran reales, entonces...

Entonces su padre era, literalmente, el monstruo que Aru le había descrito. Le había robado los recuerdos, pero no para protegerla. Para manipularla.

Kara parpadeó y sintió la fría cadena del colgante mientras se lo arrancaba a Aru. Vio la cara desconsolada de Aru, oyó cómo se le quebraba la voz a Brynne y a Mini, que le gritaba: «¿Kara? ¡Espera! ¡No, no, no!».

¿Qué había hecho?

—Ya no sé qué es real —dijo Sheela, mirando su alrededor en el mundo del sueño.

Una medusa se impulsó grácilmente por el túnel. Los cojines de anémonas marinas que había por debajo pasaron del rosa a un azul intenso, y Sheela soltó una risita.

—Es como si nada de esto hubiera estado aquí antes, pero yo creyera que sí y ahora lo estuviera —dijo Sheela—. Así que supongo que eso lo convierte en real.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kara—. ¿Que lo único que importa es lo que yo crea?

Sheela comenzó a difuminarse por los bordes. Su voz parecía muy lejana.

—Uy, uy, me tengo que ir. Nikki se va a poner como una moto. No le gusta nada que esté fuera demasiado tiempo.

—¡Espera! —dijo Kara, alargando la mano, pero Sheela ya se había vuelto transparente. Fue ese repentino desvanecimiento lo que la hizo gritar —: ¡No sé qué creer!

Sheela se volvió y la miró con ojos tristes:

—Lo creerás o no lo creerás, Kara.

Cuando Kara abrió los ojos, su padre estaba sentado a su lado. Él le sonrió, y ella recordó haber caminado entre los recuerdos que podían o no haberle pertenecido a él. Lo vio en una habitación de hospital, acunando un bullo en el hueco de su brazo que solo podía ser una Aru bebé. Lo vio esperar delante de la casa en la que Kara había jugado feliz en un jardín con jacarandas y árboles de lima, antes de que él le robara y le borrara sus recuerdos.

—¿Qué te pasa, niña? —le preguntaba ahora—. Tengo buenas noticias.

—Nada —dijo Kara, pero se mentía a sí misma.

Mientras su mente se readaptaba al entorno, oyó gritos de alegría cerca de la improvisada carpa parasol. Miró por detrás de su padre, que estaba en la entrada. El ejército se había congregado fuera, un apagado brillo dorado perfilaba sus cabezas, los cuernos y las puntas afiladas de sus armas, que lanzaban al aire con entusiasmo.

A Kara se le revolvió el estómago. Había predicho las palabras de su padre antes de este que las pronunciara.

—Lo hemos conseguido —dijo él—. La esfera que rodeaba al *amrita* se ha roto. Tus últimos esfuerzos han resultado ser más que suficientes. Hace una hora se ha partido por la mitad.

Kara respiró hondo. Un curioso dulzor, como de néctar y miel, se había adueñado del aire, mezclándose con el sudor rancio y el aliento infecto de los soldados de su padre. Por detrás de ellos, imaginó que la fragancia se esparcía por el terreno que rodeaba el cráter en el que habían localizado el néctar de la inmortalidad. Se imaginó el cielo interminable de color morado y a su hermana, a un mundo de distancia, desprovista de su arma. Se le cayó el alma al suelo.

—Hija —dijo el Durmiente, y le cubrió la mano con la suya. Si se había dado cuenta de cómo le temblaban los dedos, no lo mostró. Sonrió de oreja a oreja. Parecía que su ojo azul y su ojo marrón pertenecieran a dos personas distintas. Y tal vez, pensó ella, así fuera.

Kara abrió la boca, pero no fue capaz de poner en palabras todos sus miedos. «¿Me raptaste? ¿Me prometiste que tendría una familia a sabiendas de que ya tenía una?».

Era una cobarde. La palabra procedía del latín *danda*, que significa *cola*. Evocaba la imagen de una criatura aterrorizada que se encogía con el rabo entre las piernas. Así se sentía Kara, como si no pudiera encogerse y hacerse una bolita aún más pequeña.

—Tengo buenas noticias, niña —repitió el Durmiente—. Hemos ganado.



TREINTA Y SIETE

Ya no hay nada más que decir

Aru Shah había perdido.

Así de sencido. Ni siquiera le dolió darse cuenta de ello. Puede, incluso, que fuera mejor así. Había estado temiendo la batalla. Había sentido verdadero terror de la decisión que tendría que tomar..., de si, de algún modo, se equivocaría al querer tomar la decisión correcta.

Incluso ahora, las palabras de Agni la atormentaban...

«Ni todas las armas del mundo podrían ayudarte si no sabes qué hacer con ellas. ¿Qué harás, Aru Shah?».

Al final, fue irrelevante. Le habían arrebatado la decisión de las manos. Era, pensó, la solución más limpia a su problema.

«Lo has conseguido, Shah», pensó triste.

Pero, entonces, ¿por qué no podía ser ella la que durmiera por siempre jamás y no Aiden?

Parpadeó. Al caos del mundo del sueño le había sucedido el sonido de la lluvia y el trinar de los pájaros. Se estremeció cuando una gota de lluvia le resbaló por la parte posterior de la camisa.

Brynne, Mini, Rudy y Aru estaban delante del parque Lullwater, la entrada al laberinto. El farolillo de la Joya del Sol colgaba de la mano apretada de Brynne, con un brillo de esperanza. En torno a ellos, los corredores trotaban y los paseadores de perros eran arrastrados por los animales, ajenos a los cuatro Patatas que se asomaban por las puertas de hierro.

—¡Hemos llegado justo a tiempo! —dijo Brynne, dándole un abrazo a una sobresaltada Mini—. ¡Lo has conseguido, Mini! Quise decírtelo cuando

recuperaste tus poderes, pero entonces, ya sabes, vinieron los demonios y las pesadillas y todo eso.

Cuando Brynne dejó a Mini en el suelo, la hija de la muerte sonreía y tenía lágrimas que le brillaban en los ojos. Aru estaba justo a su lado, pero sentía como si estuvieran en mundos distintos.

Mini parecía más alta y fuerte, como si se hubiera convertido en una mejor versión de sí misma. Pero no tenía nada que ver la reluciente de la Muerte que llevaba en la mano. La parecía un accesorio, un cetro simbólico, algo secundario al poder que representaba Mini de pies a cabeza. Hizo que Aru se sintiera enormemente orgullosa...

E increíblemente sola.

Sus hermanas la habían superado.

—Esto es una maravilla —dijo Brynne.

—¿Eso quiere decir que Aiden volverá con nosotros? —dijo Rudy, emocionado.

—¡Creo que sí! —dijo Brynne—. Nidra dijo que dependía de si había un mundo que salvar, ¿recordáis? ¡Y ahora Mini ha recuperado su arma!

Cuando Aru oyó el nombre de Aiden, el estómago le dio una sacudida incómoda. Se tocó los labios, acordándose, no solo de su beso, sino también de sus palabras. Aquel «Te mentí, Aru», se le había clavado como un rayo. Y después estaba esa equivocada, tonta y errónea confianza que tenía en ella.

«Encontrarás la manera de salir de esta, lo sé».

—Pero no ha sido así —dijo ella con voz queda.

Nadie la oyó. Estaban todos demasiado ocupados mirando los mensajes que tenían. Ahora que los Patatas habían vuelto al mundo humano y estaban dentro del alcance de los portales normales del Más Allá, sus dispositivitos se estaban sincronizando y recopilaban todos los mensajes y correos que habían recibido durante los últimos días. Aru ni siquiera podía hacer eso. Su teléfono se había hecho trizas en algún rincón de la cueva de Jambavan.

Un ¡ping! sonó en el bolsillo trasero de Rudy. Sacó una fina geoda.

—¿Qué es eso? —preguntó Brynne.

—Una piedra de emergencia —dijo Rudy, deslizando el dedo por la parte delantera de la geoda. Aparecieron unas palabras como si fuera una pantalla. Abrió los ojos de par en par—. Guau. Hay muchísima gente deseosa de dar la cara por vosotras. Están esperando que destrocéis las barreras del laberinto y les dejéis entrar.

Brynne hinchó un poco el pecho y dijo:

—Como tiene que ser.

Mini sonrió.

—Nikita y Sheela deben de haber trabajado de lo lindo en los sueños de la gente.

Rudy asintió antes de deslizar una vez más el dedo por la pantalla.

—Los *nagas*, también... Parece que tengo que volver a casa. Creen que una vez que rompáis las barreras, se abrirán otras entradas. Hay una en el mar alrededor de la que se están congregando los reinos submarinos, lo que significa... que me tengo que ir. No me meteré en esto así. —Levantó las manos en alto—. No tengo armas divinas.

—Entonces, ¿nos encontraremos en el campo de batalla? —preguntó Mini.

Rudy le guiñó un ojo.

—Ya sabes que te encontraré.

Las mejillas de Mini adquirieron un ligero rubor.

Por detrás de ella, Brynne soltó un ¡yuju!

—Gunky y Funky me escribieron ayer, pero no he tenido cobertura hasta ahora —dijo, levantando el teléfono. Miró a Aru con una sonrisa—. Tu madre es la que encontró los otros puntos de acceso al laberinto. Ha hecho que todo el mundo se reúna allí a esperar.

—Bueno, pues vaya mierda —dijo Aru—. ¿Ahora con quién se supone que me voy a quedar en casa a ver la guerra?

El buen humor se desvaneció. Aru los observó, con una furia callada que le vibraba por entre los huesos. Ni siquiera la habían mirado. Ni tan solo habían tenido en cuenta que ella no podía acceder al portal del parque Lullwater sin su arma celestial.

La primera que lo entendió fue Mini. La culpa cruzó su rostro.

—Ay, Aru... —empezó a decir—. Lo siento mucho...

—¿Por qué? —preguntó Aru con calma—. La verdad es que es lo mejor. De todas maneras sin el ro/ra tampoco podría luchar.

—¡Puedes venir conmigo! —dijo Rudy—. ¡Podemos hacer la ruta *naga*!

—¿Y después? —preguntó Aru, con desdén—. ¿Qué voy a hacer? ¿Animaros desde las gradas? Ni siquiera tengo pompones. ¿O pillamos unos de camino?

—Aru —dijo Brynne—. No podemos luchar sin ti.

—Si estoy allí, no haré más que estorbar. Os preocuparíais de protegerme. Sería un riesgo.

Brynne apartó la mirada. Mini frunció el ceño y se mordió el labio como si intentara pensar en alguna manera de hacer que esa afirmación no fuera

cierta. Pero no podían decir más, y su silencio fue la única respuesta que Aru necesitaba.

Se acomodó la mochila. Seguía con los brazos ocupados con la mochila de Aiden, convertidos ahora en una cuna improvisada para el bebé Bu, que dormía plácidamente. Cuando miró dentro, le pareció que el pájaro era más grande que antes. Tenía las plumas de la cola enrolladas en torno a sí como en una espiral ardiente.

—BB es demasiado joven para luchar —dijo Aru—. Cuidaré de él.

Se giró para marcharse, cuando Mini la agarró del hombro.

—¡No puedes irte, Aru!

Aru se volvió y le dijo con una voz enérgica y aguda:

—¡Y tampoco puedo luchar!

—Pero...

—Esto es lo único que tengo, Mini —dijo Aru, poniendo al bebé Bu en el suelo y abriendo su propia mochila.

Dentro no había apenas nada útil. Nada excepto envoltorios de caramelos, los restos destrozados de su móvil, una llave del museo, el brazalete de Aleesa —la doncella del veneno—, una muda de ropa, el pendiente de Menaka, la garra de oso de Jambavan, la tobillera que le había arrancado a Urmila y una esquirla de un mosaico de porcelana que antaño había formado parte del Palacio de las Ilusiones. No era precisamente el arsenal más moderno del multiverso.

El teléfono de Brynne empezó a emitir unos ¡ding! sonoros. Cuando miró hacia la puerta, palideció.

—Llegan noticias del ejército del Durmiente... Dicen q-que... —tartamudeó, levantó la vista del teléfono y dirigió una mirada directa a Aru, que era tanto una disculpa como una explicación—. Tienen el néctar de la inmortalidad.

Pues ya estaba.

Los demás tenían que irse. Tenían que salvar el mundo. Ya no había nada que pudiera hacer Aru.

—Marchaos —les dijo.

Mini le puso una mano a Aru en el brazo.

—Encontraremos la manera de enviarte noticias, o tal vez de conseguirte una armadura, o...

—¡QUE ME DEJÉIS YA! —gritó Aru.

Brynne se estremeció. Mini bajó la mano. Rudy miró al suelo.

Brynne apretó la mandíbula.

—Está bien.

Aru no se quedó a ver cómo entraban en el laberinto.

Se puso el pájaro de fuego en los brazos y se adentró en la lluvia, con la esperanza de que le borrara todas las cosas feas que sentía. Era un largo camino de vuelta a casa y no sabía bien cómo hacerlo sin la guía de su madre, pero, por ahora, no le importaba lo más mínimo. Solo quería alejarse de todos.

Caminó portas aceras sinuosas, ensimismada... Tanto, de hecho, que tardó un minuto largo en darse cuenta de que había un coche que avanzaba lentamente a su lado. Se quedó helada y todas las alertas de «¡PELIGRO, DESCONOCIDO!», se le encendieron en el cerebro.

Era un reluciente sedán plateado. La palabra UBER parpadeaba, no en el parabrisas o en ninguna de las cuatro ventanillas, sino justo encima, en el aire. Como por arte de magia.

La ventanilla del copiloto bajó y resonó una voz suave y melodiosa:

—¡Hola! ¡Soy de U.B.E.R.! ¿El equipo de la Unidad Beligerante de Emergencia que Responde para los jóvenes del Más Allá? Me han encargado que te lleve a casa sana y salva.

Aru gruñó. Miró hacia atrás. Las puertas de hierro del parque Lullwater ahora parecían pequeñas, como de juguete. Rudy, Mini, y Brynne ya no estaban a la vista. Uno de ellos debía de haber llamado a un coche para asegurarse de que estuviera bien.

—No me importa caminar —dijo Aru.

—Ah, estupendo —dijo el desconocido—. No hay nada que te ponga más sano y a salvo que se esté gestando una guerra con seres inmortales.

Aru frunció el ceño. Intentó ver el interior del coche, pero no alcanzaba a ver el rostro del conductor. Lo único que captó fue una especie de sonrisa cálida y traviesa.

—Vale —dijo Aru.

—¡Buena elección! —dijo el conductor—. Confía en mí, estás en la mejor compañía. ¡A todo el mundo le gusta un conductor de U.B.E.R. parlanchín! Y no hay una sola persona en el mundo que no quiera hablar conmigo.

La puerta del coche se abrió de par en par.



TREINTA Y OCHO

Puedo poner una reseña
negativa a este U.B.E.R?

Lo positivo era que Aru se libraba de la lluvia. Tenía la ropa empapada y cuando se subió a la parte de atrás del coche se notó el pelo frío al quitarse la mochila de la espalda y abrocharse el cinturón de seguridad. Casi de inmediato, la lluvia arreció y empañó las ventanillas. Miró a su alrededor. El interior del coche estaba limpio como una patena y olía dulce, como a mantequilla. Una suave música de flauta dotaba desde la radio, y del espejo retrovisor colgaba una solitaria pluma de pavo real.

—¿Quieres un caramelito de menta? —preguntó el conductor, alargando el brazo por detrás para dar con una bolsa de caramelos que colgaba de la parte posterior de su reposacabezas.

—No.

—¿Qué tal la temperatura? ¿Bien?

—Bien.

El conductor se acomodó en el asiento.

—Pues... vaya tiempito tenemos, ¿eh?

—Sí.

—Los días así siempre me gusta quedarme en casa y tocar aigo de música.
¿Tocas algún instrumento?

—No. —No le iba a contar lo de la pandereta.

—¿En serio? —preguntó el conductor—. La música es increíble. Te obliga a quedarte en el presente, a desconectar del mundo exterior. A mí personalmente me encanta la flauta.

—Aja —dijo Aru, sin un ápice de interés.

—Lizzo y yo tenemos algo en común.

Aru no dijo nada. Pensaba que su silencio le daría una pista al conductor, pero este no cejó.

—Un día duro, ¿eh?

—Sí, podríamos llamarlo así.

—Bueno, no tan malo como el mío. Nada más levantarme esta mañana me he dado un golpe en el dedo del pie. Ha sido horrible.

—Mmm.

—Esa guerra en el Más Allá tiene bastante mala pinta. Me llama un montón de gente que no sabe a dónde ir ni qué hacer —dijo con un suspiro—. Ya sabes, la gente siempre cree que no sabe las respuestas pero, si me preguntas a mí, lo que pasa es que no se esfuerza lo suficiente en buscarlas.

«Yo no te he preguntado», pensó Aru, rebelándose. Pero años de arraigada cortesía sureña hicieron que se limitara a sonreír, aunque sus ojos gritaban «¡QUE TE CALLES!».

—La última vez que hubo una guerra así de gorda, los dioses se involucraron mogollón, ¿sabes?

Aru levantó una ceja. Ya lo sabía. Incluso Krishna —uno de los avalares más poderosos de la deidad suprema Visnú— había participado, aunque se había negado a empuñar un arma. En vez de eso, había servido como auriga de Arjuna, guiándolo en la batalla.

Aru resopló. No era justo. Ella tenía el alma de Arjuna, pero tampoco iba por ahí caminando de la mano de su mejor amigo dios recibiendo consejos gratis como él había hecho. Para empezar, con ese tipo de ayuda seguramente no habría perdido el *vajra*. Y no habría tenido que hacer frente al Durmiente después de su primer encuentro, porque no habría dudado en destruirlo.

—Esta vez no parece que a los dioses les importe mucho —dijo Aru—. Se han desentendido del asunto por completo.

—Los dioses son seres misteriosos.

Aru puso los ojos en blanco. Llegados a ese punto, eso lo sabía ella mejor que nadie.

—Años atrás debió de haber sido duro para Arjuna —dijo el conductor, canturreando mientras encendía el indicador luminoso para girar a la izquierda—. Todas esas dudas... A ver, de allí vino el *Bhagavad Gita*. Es una conversación entre un semidiós y el dios que conduce su carro. ¿Lo has leído?

—No.

Sabía qué era el *Gita*. Era una escritura sumamente sagrada. A veces su madre citaba frases de ese libro, pero era complicado y engoroso, y la mitad

de las cosas no tenían sentido para ella, así que lo único que hacía ella era asentir con un aire sagaz y fingir que lo entendía. Eso funcionaba la mayoría de las veces.

«Tal vez debería haber prestado más atención», pensó.

Echó un vistazo al interior de la mochila de Aiden. El bebé Bu dormía feliz, con las plumas relucientes como ascuas encendidas. La cresta de fuego azul de su cabeza se agitaba arriba y abajo mientras dormía.

Ojalá pudiera hablar con Bu.

«¿Esto es lo que pensaste que sucedería?», le preguntó.

BB no respondió.

«Nunca llegué a decirte cómo me ponías de los nervios», pensó Aru. «Sigo pensando en ello. Cometiste un error, pero lo hiciste porque nos querías. Mi padre hizo lo mismo. Y mi madre. ¿Y si yo he cometido un error? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué va a pasar?».

—No depende de ti, ¿cierto? —preguntó el conductor.

A Aru le sobresaltó y la sacó desus pensamientos.

—¿Qué?

—Ah, era mi manera de darles un toque a las palabras sagradas. Es decir, yo puedo conducir un coche de un modo superseguro y llevar puesto cada día el cinturón de seguridad, pero no puedo evitar que los demás conductores se salten las normas de tráfico, ni tampoco que un meteorito salga disparado desde el espacio, me dé de lleno y me deje inconsciente.

—Eh..., ¿genial? —dijo Aru.

—Me encanta llevar a la gente a los sitios, pero ¿espero una nómina millonada? —dijo el conductor—. No. Me da paz hacer lo que creo que es lo correcto. Disfruto de *dar* y no de *recibir*, ¿sabes? Es fantástico. Menos el tráfico de Atlanta, que, puf, puede ser la muerte a pellizcos. —El conductor miró por el espejo retrovisor—. ¿Tienes trabajo? ¿Cuidas niños o perros? ¿Haces voluntariado, tal vez?

«Soy experta en decepcionar», pensó Aru. «Pero sigo trabajando en las tarjetas de visita».

—Ya no —dijo Aru.

—¿Por qué?

Lo miró fijamente y le dijo:

—Lo he dejado.

—Fiu. Eres muy joven para tirar la toalla.

—Sí, bueno, es complicado. No... —Aru hizo una pausa—. No sabía qué hacer.

—¡Ah! —dijo el conductor—. Bueno, eso siempre tiene fácil solución.

—¿Cómo dice?

—¿Quieres que te cuente mi secreto vital?

—La verdad es que no... —masculló Aru, pero el conductor siguió a lo suyo.

—Tienes que dar la cara... y dejar que las cosas fluyan.

Aru parpadeó.

—¿Qué?

—Buen lema, ¿eh? —dijo el conductor, riendo para sus adentros—. Piénsalo bien. Todos tenemos un papel en la vida. Tal vez somos el hermano o el esposo de alguien, un profesor o un progenitor, un gobernante o un guerrero. ¡Y eso conlleva la obligación de dar la cara en las situaciones en las que te pone la vida! Una vez sabes eso, lo haces lo mejor que puedes y dejas que las cosas Huyan. ¿El resultado? Pff. No es problema tuyo. ¿Las opiniones de la gente? ¡Qué más dan! Cuando llegas a casa y te miras al espejo, es tu cara la que tienes que mirar, no la de nadie más.

Aru se quedó inmóvil. Nunca se lo había planteado así. Todo este tiempo, se había estado preocupando de lo que la gente esperaba de ella, de lo que pensaría de las cosas que hiciera o dejara de hacer. Pero ¿y ella? ¿Qué pasaba con lo que ella creía correcto?

Por supuesto, ella ni siquiera sabía qué aspecto tenía eso, específicamente..., pero tal vez pudiera hacerse una idea si, bueno..., si daba la cara. A Aru se le aceleró el corazón. Algo zumbó y chispeó al fondo de su cabeza mientras una idea cogía forma. Afuera rugió un trueno.

—Aunque estar poseído complicaría todo eso de mirarse al espejo... Es decir, ¿verías tu propia cara? —musitó el conductor—. O sería ese *cosplayer* aterrador de Lord Sith...

—¡Pare! —dijo Aru.

—¡Qué maleducada! —exclamó el conductor.

—¡Me refiero al coche! —repuso Aru. «Principalmente...».

—¿Aquí? —preguntó el conductor—. Es una calle con bastante ajetreo. A la gente eso no le gusta.

A Aru te iba et corazón a mil.

—¡Dé la vuelta! Por favor. ¡He cambiado de opinión!

¿En qué había estado pensando? ¿Qué podía haber hecho en el museo? ¿Comerse la cabeza hasta el infinito?

No soportaba la idea de no saber qué sucedería. Si pudiera encontrar una manera de estar en la batalla, entonces aún podría desempeñar algún papel en

ella.

El conductor volvió a girar. Era imposible saber lo lejos que habían llegado. Afuera, la lluvia azotaba los cristales.

—No puedo, chavala —dijo el conductor, dándole unos golpecitos a la pantalla enganchada a las rejillas del aire acondicionado—. Tengo que escuchar al navegador.

Aru se sentó un poco más erguida.

—Tengo que volver sí o sí.

—¿Por qué?

—¡Es que... Es que me he dejado algo allí!

—Seguro que puedes reemplazarlo.

—¡No! —respondió Aru, ahora ya desesperada—. ¡No puedo!

—No será tan importante —dijo el conductor.

—Sí, lo es —repuso Aru apretando los dientes.

Él se encogió de hombros.

—¿Estás segura? Pensaba que habías dicho que no sabías qué hacer.

—Bueno, no, no del todo, pero...

—Entonces, ¿qué sentido tiene? —preguntó el conductor—. ¿Qué vas a acabar haciendo?

Ese era una pregunta que la había perseguido durante días. Tal vez el coche zigzagueante estaba haciendo que todos sus pensamientos se entrechocaran de la forma correcta. O puede que fuera eso, que en el momento en el que había ocurrido lo peor, se había dado cuenta de que aún había una oportunidad. Una oportunidad que era solo suya.

Aru clavó un pie en el suelo del coche. Afuera retumbó otro trueno. Se le erizó el vello de la nuca y, cuando habló, su voz también salió como disparada cual relámpago.

—¡Voy a hacerlo lo mejor posible! ¡Es lo único que me queda!

Parecía que las palabras se quedaban suspendidas en el aire, centelleantes.

—No sé qué hacer —dijo Aru, con la respiración agitada. Ni siquiera sabía si estaba hablando sola, con el bebé Bu, con el conductor... o con el aire —. No sé si voy a cometer un error o si me va a odiar todo el mundo. No sé si va a funcionar. Y ni siquiera sé si al final importará..., pero tengo que intentarlo.

El coche se detuvo con un frenazo. El cinturón de seguridad la sujetó con fuerza y la retuvo. El bebé Bu soltó un pío airado. Antes de que Aru pudiera preguntar qué estaba pasando, oyó el clic de la puerta del coche que se desbloqueaba. Se abrió de par en par.

En el espejo retrovisor, el conductor sonreía. Aru sabía que el tipo tenía cara, pero era muy difícil de mirar, era como si solo pudiera verlo por partes. ¿Ojos negros y brillantes? ¿Piel del color de la medianoche? No podía estar segura. Intentarlo le provocó dolor de cabeza.

—Supongo que eso es todo lo que podemos hacer, ¿no? —preguntó.

Había dejado de llover. El cielo se había despejado. Justo delante, relucían las puertas del parque Lullwater. Aru echó un vistazo al reloj.

Eran las 11:07 de la mañana.

Apenas habían pasado cinco minutos dentro del coche. Pero ¿cómo era posible? Con todas esas curvas y vueltas que habían dado...

—Bueno, supongo que este el final de nuestro trayecto, Aru Shah —dijo el conductor—. Siento que no hayamos podido hacer esto antes, pero, ya sabes, tengo que compaginar un montón de trabajos. —Le guiñó un ojo por el retrovisor—. De todos modos, esto lo aprenderás tú sola, pero ha merecido la pena contártelo. La vida es un campo de batalla de narices, pero tengo que decir que solo por el paisaje ya vale la pena.

Aru no recordaba haber salido del coche, pero de repente se vio en la calle: la puerta se cerró tras ella. El conductor aceleró y se alejó a toda velocidad. La niebla seguía flotando en el aire y la luz del sol se había quedado enredada en ella. Cuando eso ocurre, el mundo puede jugarte una mala pasada y engañarte. Aru lo sabía con certeza, porque mientras el coche desaparecía calle abajo, habría jurado que no era un coche en absoluto.

Era un carro.



TREINTA Y NUEVE

El principio del canto de una cabra

Aru se quedó mirando una vez más las puertas de hierro del parque Lullwater.

La lluvia había escampado. El mundo olía a fresco y a limpio. Cuando levantó la vista, vio el hilo serpenteante de un rayo que cruzaba el cielo y luego se quedaba allí suspendido, como a la espera de una señal. Notó la creciente electricidad estática a su alrededor, un suave crepitar de energía que se formaba en sus propios huesos. Recordó las palabras de Aiden.

«Encontrarás la manera de salir de esta, lo sé».

Sonrió. No iba a fallarle ni loca.

Pío.

—Lo sé —dijo Aru, mirando al bebé Bu, que estaba dentro de la mochila de Aiden—. No puedo adentrarme en el campo de batalla con dos mochilas. Uno, porque parecería una tortuga desquiciada...

El bebé Bu graznó, y ella imaginó que su vieja paloma mentora le picoteaba y le gritaba: «¡ESO NO ES LO IMPORTANTE!».

—Y dos, voy a necesitar las manos libres.

El bebé Bu ululó, satisfecho con sus palabras. Aru se quitó la mochila y la dejó junto a una farola, después se colgó la cuna de bebé Bu a la espalda. Le llegó el calor de sus plumas incluso a través de la mochila. Sintió como si le diera un abrazo.

Aru estuvo a punto de marcharse, pero luego se detuvo.

Nada de lo que había en el interior de su mochila era útil, pero algunas de aquellas cosas se las habían regalado. No podía dejarlas así como así. Abrió

su mochila y rebuscó entre el cementerio de envoltorios de caramelos hasta que encontró lo que estaba buscando: el pendiente de Menaka, la tobillera de Urmila, la garra de Jambavan y el brazalete de Aleesa. Por último, asíó el pequeño mosaico azul con forma de estrella del Palacio de las Ilusiones.

Años atrás, el palacio les había dado un fragmento tanto a ella como a Mini. «Puede proporcionarte la parte de mí que más importa: la protección». Cuando la apretaba en la palma de la mano, se sentía un poco más fuerte.

Esbozó una sonrisa mientras se guardaba todos esos pequeños tesoros en los bolsillos. Luego, flexionó las manos.

Un trueno resonó por todo el cielo y, una vez más, la lluvia volvió a bombardear las aceras. Lo que había dicho en el U.B.E.R. iba en serio. No sabía qué iba a hacer, pero lo haría entregándose a fondo.

Ahora mismo, el Durmiente y su ejército tenían el néctar de la inmortalidad. El primer paso era recuperarlo.

—¿Preparado? —le preguntó al bebé Bu.

A su espalda sonó un pío entusiasta.

Tras eso, cerró los ojos y se encaminó hacia la barrera. Le atraían sus encantos. Y, aun así, se sintió envuelta en una electricidad estática crepitante y por el olor a ozono que siempre seguía a una tormenta eléctrica. Si lo quisiera, sabía que podía meter la mano en el bolsillo y dar con una pelotita deque la esperaba...

Aunque todavía no estaba preparada para eso...

Notaba su energía como una cuerda que se tensaba más fuerte y que, gracias a su templanza, se hacía más poderosa. Y por eso Aru esperaba al momento oportuno..., a la acción oportuna.

Aru imaginó que la aguardaban cientos de cosas en el laberinto. Tal vez Brynne, Sheela, Nikitay Mini ya estaban enzarzadas en la batalla. Tal vez Rudy estaba provocando el caos con sus piedras sonoras. Puede que, solo tal vez, la diosa Nidra hubiera liberado a Aiden y acabara de poner los pies en el suelo, con sus cimitarras a la espera de que se las encendiera con su electricidad...

Visualizó el cielo partido por la mitad mientras el ejército del Más Allá y el del Durmiente cargaban el uno contra el otro en el enfrentamiento más épico que hubiera presenciado jamás el multiverso. Y, cuando ella apareciera, iluminada por todo su poder semidivino, habría gritos de júbilo.

Lo que no se imaginaba cuando entró en el laberinto fue que...

—Pff, solo es Aru...

Vale. Primero: qué maleducada. Segundo: ¿tendrá morro?

Aru parpadeó. Brynne, Mini y ella estaban de pie a oscuras, y con la luz que despedía el farolillo de la Joya del Sol apenas se les veían las caras. Mientras se le acostumbraba la vista, Aru vislumbró un débil titileo bastante por encima de ellas, como la piel de una gran membrana que impidiera ver el laberinto. A lo lejos se oía a los soldados gruñir y arrastrarse.

—¿Qué...?

Brynne se llevó un dedo en la boca para que se callara. Mini hizo un gesto de saludo con una mano. En la otra, sostenía, erguida como un cetro, su *danda* de la Muerte, que proyectaba un escudo violeta sobre ellas y que era casi invisible, salvo por la leve iridiscencia oleosa que dejaba a su paso en el aire.

«Nikita y Sheela les han dicho a todos que se reúnan en el punto de acceso», dijo Brynne por el vínculo mental. «Solo están esperando a que rompamos la barrera».

«Hola, Aru», oyó en voz de Sheela.

Aru dio un respingo. Por lo general, tenías que estar más o menos cerca de otra hermana Pandava para que te oyera, pero Sheela le había hablado directamente en la cabeza.

«He descubierto un nuevo poder. Me gusta. ¡Hasta pronto!».

«¿Hola? Y, adiós, supongo...», dijo Aru, pero la gemela Pandava ya había desaparecido.

«Sabíamos que volverías pronto», dijo Mini sonriendo.

«Sí», añadió Brynne. «Supusimos que sería cuestión de tiempo que averiguaras cómo recuperar tus poderes. Y después arremeterías contra las puertas, con tu rayo de luz resplandeciente y toda la pesca... Por cierto, ¿dónde está el *vajra*?».

«Esperando a mi señal», dijo Aru, alzando la vista hacia la oscuridad absoluta que había sobre ellas. No podía verlo, pero sabía que su rayo estaba allí. «Pero ¿cómo sabíais que volvería? ¡Estaba tan... cabreada! Y... y...».

«¿Habías tocado fondo?», sugirió Brynne.

«¿Estabas desesperada?», añadió Mini.

Aru tragó con fuerza. «Sí».

«Nos lo imaginábamos», dijo Mini. «Así me sentía yo antes de que volviera la *danda*».

«Yo igual con el bastón de viento», dijo Brynne.

«Supongo que a veces hay que sentirse impotente para entender lo que significa ser poderosa», dijo Mini, pensativa.

«Vaya», dijo Aru. «Eso me gusta. Y ahora ¿qué?».

Brynne levantó la mano. «Ahora encontramos el camino hacia el centro y volamos esto por los aires. Vamos a tener que desplazarnos rápido. ¿Listas?».

Aru sonrió, le dio la mano a su hermana y alargó la otra hacia Mini. «Lista».

Brynne colgó el farolillo de la Joya del Sol del extremo de su bastón de viento. Lo levantó poco a poco y el viento empezó a soplar, se arremolinó en torno a ellas, le revolvió el pelo y le levantó los pies unos centímetros del suelo. Brynne exhaló una palabra antes de cortar el aire con su arma...

¡Fiuuu!

Aru sintió como si volara. El farolillo de la Joya del Sol disipaba las sombras mientras Brynne las hacía avanzar a través de vueltas y revueltas de roca volcánica. Atravesaron cuevas llenas de pozas profundas y de estrechos cauces de roca que se erguían a cientos de metros por encima de ellas. El viento le escocía en los ojos, así que Aru los entrecerró hasta que, por fin, se detuvieron ante un peñasco enorme. La ráfaga amainó mientras los pies de Aru tocaban el suelo. Mini siguió con su escudo encendido y se llevó un dedo a los labios. Aquí, un círculo de hogueras alejaba la oscuridad.

No estaban solas.

Aru dio un paso con cautela, escudriñando por un lado de la enorme roca. A pocos metros, el Durmiente se paseaba de un lado a otro. No podía verle la cara, solo su ancha espalda y el *sherwani* que vestía, cuyo dobladillo se enroscaba entre humo y sombras. Por detrás de él, la masa dispersa de su ejército. Incluso a esa distancia se detectaba su desasosiego. Emanaban frustración a raudales.

—¡No entiendo por qué no podemos coger nosotros mismos el néctar como nos prometiste! Los soldados no están contentos —le espetó un *naga* pálido, ¿un teniente, tal vez?, irguiéndose sobre su cola de franjas verde y naranja—. Esto no es lo que nos prometiste, Suyodhana.

El Durmiente no volvió la cabeza.

—Yo soy vuestro general, ¿no? —preguntó sin perder la calma. Tenía las manos entrelazadas a la espalda mientras examinaba el cielo—. Confiáis en mi juicio... Soy yo quien os ha traído hasta aquí.

En lo alto retumbó un trueno, pero el cielo seguía escondido aún tras la barrera del laberinto.

—¿Has notado lo tranquilo que está? —le preguntó el Durmiente al teniente *naga* que estaba a su lado.

El asintió.

—¿Y qué? ¡Seguro que es algo bueno!

—¿Por qué? ¿Eh? ¿Es porque los dioses han conseguido engañarnos una vez más? ¿Saben que nos sucederá algo terrible cuando bebamos el néctar de la inmortalidad? Si este es el gran tesoro que nos contaron, ¿por qué nadie ha venido a reclamarlo? —El *naga* siseó, con su capucha de serpiente flameando mientras el Durmiente se volvía hacia él y le decía con dureza—: ¿Lo entiendes?

Ahora que el Durmiente había girado la cabeza en su dirección, Aru vaciló... y sintió una oleada de emoción familiar. Le costaba mirar sus facciones y ver solo lo malo. Aún podía vislumbrar a la persona que había querido que fuera su padre. Aru sintió lástima por él, le apenaba lo que ambos habían perdido... Pero eso no cambiaba las cosas: lo que él estaba haciendo no estaba bien.

—Sí, señor —dijo el enroscándose sobre su cola—. Pero ¿eso quiere decir que estamos a la espera de una batalla?

—No exactamente —respondió el Durmiente—. Lo ideal sería que cumpliéramos con esto sin un baño de sangre. Pero no me opongo a la violencia, si fuera necesaria.

—Entonces, ¿qué es lo que estamos esperando? —preguntó el teniente *naga*, recobrando el aplomo.

—Los resultados de las pruebas —dijo el Durmiente, volviéndose de nuevo—. Kara tiene cierto poder sobre la verdad, y me ha dicho que tenía que hacerle algunas pruebas al néctar para cerciorarse de que es seguro ingerirlo.

El *naga* hizo una pausa.

—¿Y la creéis?

El Durmiente se quedó inmóvil.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Aru estaba tan absorta en esa conversación que casi pegó un alarido cuando oyó la voz de Nikita en su mente. «Llegaremos pronto. Empezad a debilitar la barrera».

«¿No se darán cuenta?», preguntó Brynne.

«No si les muestro una ilusión» dijo Mini.

«Vamos a ello», dijo Brynne sonriendo.

El farolillo de la Joya del Sol —oculto por el escudo cada vez más amplio de Mini— emitió un rayo de luz que penetró en la oscuridad. A través de ella, Aru vio un retazo de cielo... y un relámpago. Aru dirigió la mirada al Durmiente, pero este no pareció advertirlo. La pregunta del *naga* lo había dejado congelado en el sitio.

—¿Por qué no podría confiar en mi propia hija?, repito —preguntó, alzando la voz.

—Bueno, es que... Se rumorea que les tiene cariño a las Pandava —dijo el teniente *naga*.

El Durmiente resopló.

—Ella ya no alberga ese sentimiento. Estoy seguro. Sin embargo, ya debería tener los resultados. Traédmela. Ya.

«¿Puedes ampliar también el alcance del escudo protector?», añadió Nikita.

Mini movió la mandíbula y luego estiró el cuello. «Sí que puedo».

Le susurró algo a la entre dientes, y el velo teñido de violeta se extendió por todo el terreno que tenían detrás de ellos. Aru observó impresionada cómo abarcaba cientos de metros. Mini apretaba los dientes y a Brynn le brotaba el sudor de la frente. Aru también quería ayudar, pero sus talentos eran considerablemente más ruidosos.

—¿Papá? —dijo una voz familiar.

Era Kara: la hermana de Aru. Parecía cansada, tenía ojeras. Tenía el pelo castaño grasiendo y lo llevaba recogido por detrás en una coleta despeinada. Vestía unos pantalones de pijama andrajosos y una sudadera con capucha dos tallas más grandes con las palabras CAMPAMENTO DE TEATRO 1986 estampadas junto a un dibujo de las antiguas máscaras griegas de la tragedia y la comedia.

Aru reconoció de inmediato la sudadera. Había pertenecido a su madre (suya y de Kara) y a Aru le encantaba ponérsela para dormir. Se la había prestado en una ocasión a Kara, y recordaba que su hermana se rio del logo.

—¡El canto de la cabra! —había dicho.

—¿Qué?

—El canto de la cabra —repitió Kara, tocando la máscara de la tragedia —. ¡De ahí viene la palabra *tragedia*! *Tragos* o *cabra*, y *oidos*, que significa *canción* en griego. Los académicos están bastante divididos en cuanto a cómo recibió ese nombre. La gente solía competir interpretando canciones y parodias. Creo que el ganador se llevaba una cabra a casa.

—Yo me pondría como una moto si alguien me diera como premio una cabra —había afirmado Aru.

Kara se había reído.

Aru notó un nudo en la garganta cuando la inundó el recuerdo. ¿Cuándo se había hecho Kara con la sudadera? ¿Había vuelto a buscarla cuando el museo estaba vacío?

—Nos debes una respuesta, niña —dijo ahora el Durmiente.

Chasqueó los dedos y el gran dorado que contenía el néctar de la inmortalidad apareció en medio de ellos, arrastrado por un par de sombras que colocaron con cautela el líquido brillante. Incluso a distancia, el aire zumbaba por la presencia del *amrita*. Un dulce perfume impregnaba el ambiente, y Aru sintió un ligero aturdimiento. Ahí estaba. El néctar que había unido a los dioses y a los demonios, separado mares, conjurado maravillas y destruido vidas. Ese era el coste de obtener un sorbo de eternidad.

—¿Qué noticias traes del *amrita*? —preguntó el Durmiente, haciendo un gesto hacia la vasija—. ¿Es seguro que la consumamos o no?

Kara se movió inquieta. Tenía la mirada fija en el suelo.

«Conozco esa mirada», dijo Mini por el vínculo mental.

«No, no la conocemos», dijo Brynne, con tozudez. «Está claro que no la conocemos en absoluto».

Una parte de Aru (la parte herida) quería estar de acuerdo con Brynne. Kara podría ser su hermana, pero seguía siendo una traidora. Al fin y al cabo, el Durmiente era su padre, y mira lo que les había hecho. Sin embargo, algo en la postura de Kara le trajo a Aru un recuerdo. Sí, Kara las había traicionado, pero, a diferencia de Aru, mentir se le daba fatal. Y siempre que estaba a punto de mentir, tenía el mismo aspecto que tenía en ese mismo momento.

—Aún no sé si es el verdadero, lo siento —dijo Kara, apartando la mirada del néctar de la inmortalidad—. Creo que estoy cansada. Mis poderes tampoco están funcionando. Y... Y me duele el estómago.

Aru puso los ojos en blanco. «¿“Me duele el estómago” es tu gran pretexto? ¿De verdad? Tú di siempre “tengo la regla”. ¡Hace que los tíos se asusten! ¡Después de eso nadie te pregunta nada!».

«Aru, ahora mismo no necesita (ni se merece) que le des un consejo», le replicó Brynne.

«No sé yo...», dijo Mini por el vínculo mental.

El Durmiente observaba a Kara con calma.

—Hay gente en el campamento que cree que nos estás retrasando a propósito, niña. Que tal vez tu verdadera lealtad está con aquellos a los que traicionaste. Les he dicho que eso sería una insensatez. Tengo razón, ¿no?

—¡Por supuesto! —soltó de golpe Kara.

—Entonces, ¿a qué viene el retraso?

Kara tartamudeó.

—¡No... No lo sé!

—¿Tu lealtad está conmigo o con ellos? —exigió saber el Durmiente, dando un paso hacia ella.

—¡Contigo, por supuesto! —dijo Kara.

Pero desviaba la mirada hacia los lados y tenía el pie derecho enganchado en el tobillo izquierdo, y Aru supo sin duda alguna que Kara estaba mintiendo.

Brynette y Mini tenían que haberse dado cuenta también. El escudo violeta de Mini centelleó, como si su conmoción hubiera frenado momentáneamente su poder. La nube que Brynette había empezado a invocar se detuvo. Aru estaba concentrada en Kara, y era como si el pasado se hubiera despegado del presente durante un momento, lo que dejaba a la vista una verdad pura y dura:

Kara necesitaba ayuda.

Pero ¿qué podía hacer Aru?

Justo entonces, oyó en su cabeza la voz de Nikita. «Entonces, ¿qué? Vamos a necesitar una última ayudita».

«¿De qué tipo?», preguntó Aru.

«Una distracción», contestó Nikita. «Necesitamos que todo el mundo mire a una persona».

Aru sonrió. Miró a Kara.

«Yo me encargo», dijo Aru.

Aru se había imaginado miles de maneras distintas de entrar al campo de batalla. Envuelta en luz celestial, tal vez. O a lomos de un elefante de guerra. Preferiblemente uno que pudiera barritar al compás de cada paso.

Pero ¡ay!, no iba a ser así.

No tenía tiempo de elaborar un plan. En cuanto dejó al bebé Bu en el suelo, todo cambió en cuestión de segundos. Mini abrió un espacio en el velo y Brynette le dio un empujoncito a Aru con una pequeña ráfaga. Por desgracia, la «pequeña ráfaga» acabó siendo un huracán diminuto que hizo caer a Aru dando tumbos por la roca y aterrizar bocabajo en la tierra a tres metros del Durmiente.

Mientras Aru se ponía en pie como podía, pronunció una palabra que probablemente no debería haber dicho delante de una figura paterna.

«Ese elegante aterrizaje ha inspirado muchísima confianza», dijo Nikita por el vínculo mental.

Aru pasó de ella.

No le costó porque, en cuanto quiso darse cuenta, se encontró bajo las tres puntas brillantes del tridente de Kara. Su hermana la fulminaba con la mirada. Aru observó por detrás de ella el rostro asombrado del Durmiente.

—Sí, ¿ves? —dijo Aru—. Definitivamente, no está de nuestro lado.



CUARENTA

A tu izquierda

Aru sonrió.

En su cabeza, oyó a Nikita por el vínculo mental. «Que no dejen de mirarte, Aru. Necesito cinco minutos para que lleguen los soldados».

Aru levantó la vista hacia el Durmiente, que estaba boquiabierto.

—¿No vas a preguntarme cómo lo he hecho?

El Durmiente se recuperó. Chasqueó los dedos y el néctar de la inmortalidad se desvaneció..., pero no del todo. El espacio que había ocupado parecía arrugado, como si alguien hubiera corrido una cortina delante de ellos y ya. Aún olía su fragancia inmortal.

Puede que ahora estuviera escondido, pero lo encontraría.

—Kara, ¿qué modales son esos? —preguntó su padre—. Saluda a tu hermana.

—Hola —murmuró Kara, que tragó con fuerza y enarbóló más alto el tridente. El desdén había desaparecido de sus ojos; ahora era como si buscara algo con la mirada—. No tenía por qué ser así.

—Bueno —dijo Aru—, pues lo es.

—¿Has venido a unirte a nosotros? —preguntó el Durmiente, barriendo con la mirada el terreno vacío—. ¿Tal vez has descubierto tus errores? Ya hay quienes me llaman libertador, ya que los liberaré de la fealdad de este mundo. Los liberaré del silencio que les infinge, de las sombras con las que envuelve a aquellos que merecen algo mejor... Reharé el Tiempo, niña. Dime, ¿por fin has entrado en razón?

—¿Razón? —dijo Aru, sonriendo—. No. No la conozco.

El Durmiente frunció el ceño.

—He rastreado el perímetro. Estás sola. No tienes ejército.

—Mmm.

¿Eran imaginaciones suyas o el tridente de Kara había bajado ligeramente? Frunció las cejas con aire interrogativo.

—Ni siquiera llevas un arma, niña —dijo el Durmiente, con una sonrisa apenada—. ¿Qué puedes hacer?

Aru gimió. ¿Por qué estaba todo el mundo tan obsesionado con hacerle esa pregunta? ¿Por qué no podían cerrar el pico y...?

—Observa —dijo Aru.

Levantó la mano. La ilusión de oscuridad sobre sus cabezas se abrió limpiamente y dejó a la vista un cielo despejado. Un trueno retumbó en el cielo. Un relámpago fragmentó las nubes violetas y la lluvia salpicó el suelo.

«Ahora», dijo para sí.

Se oyó un rugido chirriante, como de metal contra metal. En torno a ellos, el irregular terreno de batalla se vio fugazmente iluminado y, después, se sumió en la oscuridad que sigue a cuando se enciende una luz ante tus ojos. Pero aquello era mejor que la luz. Era un relámpago, y Aru Shah lo acababa de arrancar del cielo.

—Hola, *vajra* —dijo—. Te he echado de menos.

Su rayo había pasado de manso a asilvestrado. Los latigazos de electricidad golpearon el suelo y sacudieron las rocas. Unos zarcillos de luz se enrollaron en el brazo de Aru con cosquillas y un suave apretón, como si el *vajra* ronroneara de felicidad.

En cuestión de segundos, el ejército del Durmiente hizo su aparición en el laberinto. Eran legión. Aru los oía jadear y gruñir incluso aunque estuvieran momentáneamente cegados por su poder.

Kara jadeó. Astro, su tridente, parecía una vela al lado del fulgor que despedía el rayo de Aru. Las dos hermanas mantuvieron sus posiciones, con las armas dispuestas y un ambiente tan tenso que una sola respiración podría cortarlo.

Por el rabillo del ojo, Aru observó al pálido teniente deslizarse hacia adelante.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor? —Seguido rápidamente de un—: ¿Ella tiene permiso para hacer eso?

«Vaya, pues ya estaría», pensó Aru.

—Antes de nada —dijo Aru en voz alta—, ella te puede oír. Y segundo, sí, lo tiene.

Por el vínculo mental, oyó que Mini y Brynne lo celebraban. Aru dejó que sus manos se recargaran de energía. El *vajra* (que había alcanzado la

imponente altura de cuatro metros y medio) lanzaba chispas por todo el campo de batalla.

—Te voy a dar una última oportunidad —dijo Aru.

Pero cuando habló, no se dirigía al Durmiente. Miraba fijamente a Kara. Su hermana, incluso aunque no quisiera estar así, parecía debatirse. La luz de su tridente parpadeaba; parecía más pequeño y debilitado.

Kara miró a Aru y al Durmiente antes de agachar la cabeza.

—Tal vez tengas poder, pero no tienes ejército —dijo el Durmiente con los dientes apretados.

—Todavía —dijo Aru.

—¿Qué?

—No tengo ejército todavía —dijo Aru.

«A tu izquierda», dijo Nikita por el vínculo mental.

—Pero no tardarás en conocerlo —añadió—. De hecho, está aquí en este mismo momento.

Aru volvió la cabeza. Y después frunció el ceño.

«¿Holaaaaaa?», dijo por el vínculo mental. «Acabo de decir algo superdramático. ¡Apoyadme!».

«¡He dicho a la izquierda!», dijo Nikita.

«¡Estoy mirando a la izquierda!».

«¡No, estás mirando a la derecha!».

—¡Me refería a tu izquierda, Aru! —dijo Nikita con más fuerza, con una voz que ya no estaba en su cabeza.

En ese preciso instante, el escudo violeta de Mini retrocedió como un ojo que se abre lentamente. El vórtice del poder eólico de Brynne los había dejado callados, pero ahora el inmenso ejército del Más Allá volvió a la vida con un bramido. A Aru se le desbocó el corazón, y durante los siguientes segundos antes de que se desatara el caos, observó a toda la gente que habían reunido Sheela y Nikita. Toda la gente que creía en ellas.

En un extremo, los vánaras del reino de Kishkinda, moviendo las colas de mono como látigos mientras enseñaban los dientes y pateaban el suelo. Por detrás de ellos estaba la reina Tara, alta como un rascacielos y diez veces más imponente con sus galas de batalla. Llevaba un antiguo casco de bronce y una armadura de cuerpo entero bañada en oro y cubierta de púas. Tenía una mano extendida sobre los centenares de vánaras congregados; en la otra, sostenía a escasos centímetros de los labios un cuerno de guerra en forma de caracola.

La reina Tara llamó la atención de Aru y asintió en señal de confirmación. En los cielos, decenas de Marut tocaban tambores de guerra hechos de nubes

de tormenta. Se entremezclaron, y sus dagas electrificadas lanzaron chispas sobre el campo de batalla. Las criaturas del Más Allá de grandes alas surcaron el aire, con sus arcos y flechas ya adiestrados por el ejército del Durmiente. Hordas de wag-a-r salieron deslizándose de charcos de agua en el suelo. Entre ellos estaba Rudy, con una armadura completa hecha de zafiros tallados. Tenía las manos llenas de gemas, y las piedras se quejaban con un sonido grave y airado, y con un ruido suficiente como para provocar escalofríos en la piel del más valiente.

—Creo que ahora ya estamos listas —dijo Nikita, saliendo por un portal que estaba a unos cuatro metros de distancia.

Aru se alegró de verla, pero frunció el ceño. ¿Dónde estaba Sheela?

«Sheela tiene su propio plan», dijo Nikita por el vínculo mental, como si le hubiera leído el pensamiento a Aru.

Por detrás de ella, apareció Hanuman con su altura completa de más de noventa metros. Aru no pudo verle la cara entre las nubes, pero oyó su gruñido, que sacudió el suelo. Urvashi apareció volando a su lado, bella y amenazante, esparciendo un hechizo de encanto somnoliento a su paso. Le lanzó un beso a Aru antes de desaparecer en el cielo.

Solo faltaba Aiden, pensó Aru con una punzada de dolor. Pero tendrían que hacer esto sin él. Por él.

El Durmiente observó todo aquello con una calma desapasionada. El único movimiento que hizo fue un repentino arqueo de la ceja izquierda.

Y luego se hizo el silencio.

La guerra tiene un protocolo, y de lo más profundo del interior de Aru surgieron esos viejos instintos. Con ese silencio llegó una cierta gravedad, un peso en el aire, un cambio en el pulso le decía que aquello podría ser un principio o tal vez un final. De cualquiera de las maneras, ya no habría vuelta atrás.

—Que así sea —dijo el Durmiente.

Alzó el brazo, lo dejó caer, y el mundo en torno a Aru Shah se convirtió en un caos.



CUARENTA Y UNO

No te preocupes,
tiene ayuda

Lo primero que pensó Aru fue en conseguir el néctar de la inmortalidad, pero en cuanto se lanzó hacia adelante, le echaron un lazo por la cintura con una cuerda de sombra y tiraron de ella hacia atrás. Aru derrapó, y con los talones levantó poivo y piedras. Cuando desapareció el lazo, cayó de bruces al suelo. Extendió los dedos en la tierra mientras hacía acopio de ingenio y energía.

Por encima, un grupo de Marut se enfrentaba a unas fieras criaturas con forma de serpiente. Unas partículas inflamables caían al suelo. El humo revoloteó delante de ella, y perdió la noción de dónde estaba en el campo de batalla.

Apretó los dientes y se puso en pie, vio a una decena dessoldados del Durmiente que corrían hacia ella y cerraban el espacio con jabalinas en las manos. El Durmiente y Kara estaban en mitad del caos. Kara permanecía casi oculta por la sombra de él. Parecía una vela solitaria en la oscuridad.

Cuando los soldados empezaron a proferir alaridos, Aru se preparó para el ataque. Del suelo brotaron unas enormes enredaderas, que se irguieron como cobras y se enroscaron en sus cuerpos.

—No te preocupes, yo te cubro —dijo Nikita, descendiendo ligeramente de una ola de tierra de seis metros de altura. Parecía una diosa de la guerra pequeña pero feroz.

Aru pestañeó al verla.

—¿Llevas... Llevas un vestido de gala?

Nikita se echó las trenzas por detrás de un hombro y extendió las mangas de lame dorado de su largo vestido, que iba bordado todo él con unas flores de mango.

—Tía —respondió—. ¿Qué me voy a poner para una batalla, si no?

«¡El *amrita* no está a la vista!», gritó Brynne por el vínculo mental.

—Esto ya lo hablamos luego —le dijo Aru a Nikita—. Tengo que irme.

Un grupo de soldados corrió hacia la gemela. A Aru le pareció peligrosamente fácil acceder al poder que le corría por las venas. Con un giro de muñeca, el *vajra* se aplanó y se convirtió en un enorme disco.

—Vamos allá —dijo Aru con calma.

El rayo salió disparado hacia el aire y trazó un gran círculo antes de atravesar una hilera de enemigos con el crepitante de la luz. Aru ni siquiera se molestó en mirar mientras saltaba. Momentos después, tenía los pies plantados sobre el *vajra*, que se había aplanado en forma de aerodeslizador. Pasó volando sobre el agitado campo de batalla, buscando alguna señal del néctar de la inmortalidad, pero era imposible verlo.

En vez de eso, se centró en los destellos de luz azul y púrpura que había a unos cien metros, que solo podían provenir de Mini y de Brynne. Mini salió volando, con un brillo púrpura en los ojos, ocultos por las gafas. De la parte superior de su de la Muerte se escapaban unas sombras que cogían a los soldados por el cuello y los arrojaban por todo el campo de batalla. Dio una vuelta, girando el cetro por encima de la cabeza y lanzando escudos allá donde lo creía oportuno.

Una esfera protectora rodeó a un grupo de vánaras mientras una horda de *rakshasas* aparecía por encima de ellos con guadañas afiladas en las garras.

—Sé que todo el mundo está superpreocupado y tal —gritó Rudy por encima del fragor de la batalla—, pero creo que debería aprovechar este momento para recordaros que ¡EN UNA MISIÓN ANTERIOR ME PROMETISTEIS QUE TENDRÍA UN ARCO Y FLECHAS!

Lanzó gemas encantadas a diestro y siniestro. Dondequiera que aterrizaran sus granadas antimúsica, las gemas emitían unos alaridos que obligaban a los soldados a dejar caer las armas y hacerse un ovillo en el suelo, tapándose con las manos en los oídos. Rudy resopló y se ajustó el canguro que había traído para llevar sujeto al bebé Bu. BB seguía durmiendo, ajeno al hecho de que Rudy lo había recogido. Echó un vistazo alrededor, antes de mirar suplicante a Mini, que flotaba por encima de él con los brazos levantados.

—¡Sería la caña con un arco y unas Hechas!

—¡Rudy, estoy segura de que eso puede esperar! —dijo Mini, apuntando su sombra mágica hacia un grupo de *asuras* alados—. ¡Eh, Aru! ¡Serpientes malignas a tu derecha!

Aru descendió del aerodeslizador y giró el rayo de luz para convertirla en una red de chispas. La lanzó y las serpientes chillaron cuando la electricidad les recubrió las escamas. El olor a humo y carne chamuscada impregnó el aire, y Aru arrugó la nariz.

—Quiero un arco con flechas... —empezaba a decir Rudy cuando la tierra y las piedras explotaron a su alrededor.

Aru se vio lanzada hacia atrás y se golpeó la cabeza dolorosamente contra un peñasco.

—¡Mini!

Un débil escudo parpadeaba en torno a Mini y Rudy. Él yacía de costado y miraba a Mini con gran asombro.

—Estoy bien —dijo Mini como pudo—. Pero no veo nada.

El humo y la oscuridad estaban atrapados con ellos dentro del escudo. Aru notaba el sabor de los hechizos tejidos en el aire, que eliminaban todo el sonido. Se le erizó el vello de la nuca. Unos diminutos puntitos de luz resplandecieron en el cielo. Parpadeó varias veces. ¿Eran estrellas que asomaban? Pero ¿no era demasiado temprano para que hubiera estrellas?

«¡FLECHAS DE FUEGO!», gritó Mini por el vínculo mental. Manipuló como pudo su escudo, pero las flechas eran más rápidas.

Aru transformó el *vajra* en una red, con las manos temblorosas por el miedo. ¿Y si explotaba la red? ¿A quién haría daño? Las Hechas silbaban, cada vez a mayor velocidad...

Y entonces los rodeó una cortina de fuego.

¡Pío! ¡Pío!

El bebé Bu pasó volando por encima, con un graznido furioso. No cabía duda de que al pájaro de fuego no le había gustado que lo hubieran despertado con tan poca ceremonia. BB exhaló una larga llama y la bandada de flechas quedó incinerada.

¡Pío!, añadió el pájaro de fuego.

Lo que Aru interpretó como un «¡CHUPAOS ESA!».

El bebé Bu batió las alas y el humo se apartó. La tierra estaba achicharrada, lo que les dejaba un claro de un radio de unos treinta metros. El pájaro de fuego voló con elegancia hasta el suelo y descendió a escasos centímetros de Rudy y su canguro abierto. El pájaro ladeó la cabeza de forma inquisitiva y eructó.

—¡Bien hecho! —dijo Rudy, y recogió de nuevo al bebé Bu. BB retomó su siesta de inmediato. Rudy juntó las manos—. ¿Ahora sí me dejaréis usar un arco con flechas?

—¡Vale, de acuerdo! —dijo Mini.

Hizo un complicado gesto con las manos. Un zarcillo de sombra se enroscó en torno a un asura en pleno vuelo justo cuando trataba de huir. El arco y las flechas del demonio cayeron directamente en las manos de Rudy.

—¡Sí! —dijo Rudy, dando saltitos de alegría. Frunció el ceño—. ¿Y qué hago con esto?

—¿Alguien ve el *amrita*? —preguntó Aru, ignorando a Rudy y girando a la vez para evitar un alud de piedras que venían desde arriba.

—No —dijo Mini, con los ojos aún relucientes, mientras escudriñaba el campo de batalla.

—¿Y Brynne? —preguntó Aru—. ¿Dónde se ha metido?

Aru obtuvo su respuesta de los calamitosos chillidos cercanos. Un chorro de luz azul recorrió el campo de batalla. El silencio reinó durante un momento antes de que un centenar de soldados de primera línea del Durmiente se alzaran en el aire y fueran arrojados hacia atrás por una gran ráfaga de viento.

El suelo retumbó. Una gigantesca osa azul cargó hacia delante con un enorme rugido y dispersó al ejército. Un grupo de soldados se dirigieron hacia ella. La osa Brynne sacudió la cabeza, apartando a los soldados a zarpazos a diestro y siniestro con sus enormes garras. Aru los remató con un latigazo limpio de su rayo de luz y, durante unos instantes, su sección del campo de batalla quedó despejada.

Y, aun así, pensó Aru mientras miraba a su alrededor la batalla no había hecho más que empezar. Los soldados enemigos desperdigados ocupaban más de la mitad del descampado. Por su parte, los vánaras, Marut, *raksasas* y *asuras* luchaban con valentía, pero no habían cerrado filas sobre el ejército del Durmiente. Los mantenían en una especie de limbo.

Brynne volvió a tomar forma humana y alzó la vista.

—¿Los convocamos?

Aru supo a qué se refería. El ejército Nairrata. La milicia dorada que le habían ganado a Kubera en el concurso de gladiadores.

—Podemos convocarlos ahora que volvemos a tener nuestras armas divinas —dijo Brynne.

—Pero Kara también puede hacerlo —dijo Aru, escudriñando la zona—. No sabrían de qué lado luchar.

—Supongo que tienes razón... —dijo Mini desde arriba.

—¡Coge el farolillo! Debería guiarte hasta el néctar —dijo Brynne, preparándose para lanzárselo a Aru—. En cuanto tengamos el *amrita*...

—Acabaremos con la guerra —dijo Aru.

Mientras cogía el reluciente farolillo de la Joya del Sol, Aru notó un hormigueo de incomodidad. Intentaría darlo todo, pero aún no había dado con una solución que le pareciera lo bastante buena. Si consiguiera el *amrita*, los esperarían que declarara en el acto que el néctar de la inmortalidad era para ellos. Pero de algún modo... de algún modo Aru sentía como si se hubiera saltado un paso.

—Ya lo tienes, Shah —dijo Brynne.

—Esperemos que así sea —murmuró Aru.

Brynne no pareció oír sus dudas. Con un destello azul se convirtió en un inmenso cocodrilo. Con una sonrisa traviesa, cargó directamente contra el tumulto.

«Yo te cubriré», dijo Mini por el vínculo mental mientras Aru saltaba de nuevo sobre su aerodeslizador.

Aru acababa de empezar a coger velocidad entre las filas de soldados cuando una espesa columna de sombras apareció en mitad del campo de batalla. La nube sombría era tan oscura que parecía que hubieran perforado un agujero en la tierra. La columna se expandió hasta el ancho de una casa y creció en altura hasta tocar el cielo.

El farolillo de la Joya del Sol resplandeció en las manos de Aru como un faro, tirando de ella hacia la oscuridad. A Aru se le aceleró muchísimo el pulso. Pues claro, pensó. Aquí era donde el Durmiente había escondido el néctar de la inmortalidad.

Que lo hubiera hecho de una forma tan obvia solo podía significar que estaba entrando en pánico, pero entonces, ¿por qué no lo había consumido todavía? ¿A qué esperaba?

Aru se acercó más y más. El ejército del Durmiente había rodeado la torre de sombras, pero ella avanzó desapercibida entre sus filas, oculta por el escudo de Mini.

«Esto es lo más lejos que llega mi poder, Aru», dijo Mini por el vínculo mental.

Aru sabía que no podía volar hacia esa oscuridad. Tenía que bajarse, orientarse...

En aquel momento, los soldados comenzaron a gritar por debajo de ella.

—¡Quítamelo! —chillaba uno—. ¡QUÍTAMELO!

Aru miró hacia abajo. De la tierra salían bichos. Arañas del tamaño de una caja de zapatos trepaban por arriba y por abajo sobre las dos decenas de soldados que había en la cara norte de la torre de sombras. Los arácnidos se escabullían entre sus piernas, se les colgaban de los brazos y comenzaban a caminar por sus escudos y viseras. Aru sintió unas ligeras arcadas mientras observaba cómo huían los soldados, chillando y gritando.

—¡Son venenosas!

—Argh, ¡bichos carnívoros!

En cuanto los soldados despejaron la zona, las arañas se volvieron a meter en la tierra. Aun así, ella se estremeció un poco mientras desmontaba de un salto de su aerodeslizador. ¿De dónde habían salido?

«¡De mí!», dijo Sheela, en su cabeza. «Me ha parecido que necesitabais una distracción».

«Espera», dijo Aru, anonadada. «¿Esa es tu magia?».

«¡Ajá!», dijo Sheela con su voz dulce y aguda. «Se ve que puedo meterme en la cabeza de un montón de bichos y, si se lo pido con educación, hacen lo que les diga».

«Eso no es para nada espeluznante, no qué va».

Sheela se quedó callada.

«¿Sheela?», preguntó Aru.

«Lo siento», le dijo.

«¿Eh? ¿Por qué?».

—¡ARU! —gritó una voz familiar—. ¡ESPERA!

Aru se volvió y se le encogió el corazón. Krithika Shah corría hacia ella. Una armadura encantada le brillaba sobre los hombros, pero llevaba la cabeza desprotegida y el largo pelo negro le corría salvaje por la cara.

—Mamá —dijo Aru, primero en voz baja y después levantando la voz—. ¡MAMÁ! ¿Qué haces aquí? ¡No es seguro! ¡Vete!

—¡No podía! —dijo Krithika, dándole a Aru un fuerte abrazo mientras los sollozos le sacudían el cuerpo—. No podía quedarme atrás sin saber si te había pasado algo. O a Kara. O incluso a... a él.

—Esto es para lo que me he estado entrenado, mamá. No deberías estar aquí. No tienes armas.

Krithika retrocedió y recorrió con la mirada hambrienta el rostro de Aru. Le acarició la mejilla, el pelo.

—Lo siento mucho —dijo, antes de dirigir la mirada a la torre—. No podéis entrar ahí.

—Pero —Aru levantó el farolillo— el néctar de la inmortalidad está ahí dentro...

—Y él también —dijo Krithika—. Tiene que haber otra manera.

A Aru la cabeza le empezó a dar vueltas. Pensó en eso tan poco concreto que le acababa de decir Sheela: «Lo siento».

«¿Por qué?», pensó Aru, con el pánico corriéndole por las venas. ¿Qué era lo que sentía?

—Ay, dioses —dijo Krithika, con los ojos abiertos de par en par.

Aru siguió su mirada hacia donde las sombras habían comenzado a desaparecer de la columna, dejando a la vista algo en sus adentros, algo retroiluminado por el brillo del néctar que estaba escondido al fondo, en su interior. Una torre de piedras se alzaba quince metros; sus piezas se deslizaban hacia dentro y hacia fuera, haciendo que se tambaleara peligrosamente.

Iba a caer.

Encima de ellas.

Ahora entendió Aru la disculpa de Sheela. Si golpeaba la torre con su rayo de luz, las rocas saldrían volando en todas direcciones y aun así les harían daño. Mini estaba demasiado lejos para desplegar un escudo y, aunque llevaba armadura, Krithika tenía la cabeza desprotegida. Aru podía convertir el *vayra* en un aerodeslizador y escapar rápidamente, pero no podría llevarlas a las dos. Podía desplegar una red de electricidad, pero no podría contener tantas rocas.

Las sombras se ceñían en torno a ellas. Por fuera del círculo, volvieron a oír los gruñidos y la cháchara de los soldados del Durmiente. Aru y Krithika no tenían por dónde escapar.

—Aru —le dijo su madre, con los ojos muy abiertos, a punto de llorar—. No pasa nada. Todo irá bien. Pero tienes que salir de aquí. Tienes que irte. Ya.

Aru se quedó aturdida. Estaba a punto de contemplar la muerte de su madre. Lo sabía con certeza.

No.

No.

No.

Aru cogió a su madre de la mano. Por encima, las rocas se deslizaron y empezaron a retronar contra el suelo. Se levantó una ola de tierra, y Aru no pudo encontrar el aire suficiente que llevar a los pulmones. Los guijarros le

golpearon la cabeza y el polvo le entró en los ojos. El *vajra* parpadeó, frenético, con chispas de luz que rompían contra la repentina penumbra.

Aru notó una repentina presión en las costillas y la sensación de volar hacia atrás, hasta que el *vajra* la atrapó y la dejó suspendida dentro de una red de luz.

—Mamá —balbuceó Aru, pestañeando rápidamente. Pero su madre estaba bien.

Y no estaba sola.

El Durmiente estaba ante ella, con la respiración agitada y la mano extendida. Unas espirales de oscuridad se arremolinaban en torno a ellos.

—Suyodhana —dijo Krithika Shah, dando un tímido paso hacia él. Su rostro contenía todo un mundo de sentimientos.

—¿Por qué? —preguntó el Durmiente, mirando a Krithika con ojos atormentados—. ¿Por qué, pase lo que pase, parece que no puedo evitar que me importe? No podía dejar que...

Hizo un gesto hacia las rocas, que ahora se habían reducido a arena gracias a sus poderes. No lejos de allí, Aru observó a Nikita enzarzada en combate contra Kara cerca del néctar de la inmortalidad. Una jaula de espinas se cerró a su alrededor e impidió toda visibilidad.

—No tiene porqué ser así, Suyodhana —dijo Krithika—. Tal vez haya algo de verdad, al fin y al cabo, en lo de empezar de nuevo..., pero así, no. No con tanto daño. Con el Tiempo anulado y el mundo arrasado.

—No veo otro modo de hacerlo —dijo el Durmiente, con la voz vacía. Sus ojos se encontraron con los de Krithika, y una frágil pregunta se coló en los pensamientos de Aru. Cuando la habían lazado y tirado de ella hacia atrás, ¿había sido porque él no quería que sufriera ningún daño? ¿La verdadera razón por la que no había probado el néctar de la inmortalidad era porque... porque no podía soportar hacerlo?

¿Era posible que él pudiera cambiar? ¿Era esta, tal vez, la solución que había estado buscando? ¿Que todo se reconstruyera de algún modo, y que incluso sus padres pudieran encontrar la manera de recuperar la alegría?

—Pues déjanos que te ayudemos a verlo —dijo Krithika, alargando la mano. En ella relucía su anillo de boda, y Suyodhana la miró.

Este levantó la mano.

Algo salió disparado en el aire. Una luz parpadeó. Un fulgor bañó a su madre y, mientras el objeto alcanzaba su objetivo, Aru gritó con toda su alma.



CUARENTA Y DOS

Dicha

Kara siempre había pensado que ese dicho de «La ignorancia es pura dicha» era descaminada. La cita completa era «Cuando la ignorancia es dicha, es una locura ser sabio», y procedía de un poema de 1742 de Thomas Gray. Kara lo conocía porque le encantaba leer. Le encantaba perderse por mundos imaginarios. Le encantaba que, con un libro entre las manos, entre el desayuno y la cena pudiera ser una princesa de buen corazón, una heroína perspicaz y una complicada hechicera. Le encantaba que el conocimiento le permitiera viajar con la mente a miles de kilómetros y centenares de años, y todo ello sin salir del cobijo de su manta.

El conocimiento siempre la había hecho sentirse más llena.

Hasta ahora.

—Tú —dijo, y la voz le salió como un graznido—. Todo este tiempo eras tú... la que estaba en mis sueños.

Sheela estaba a metro y medio de ella, con una camiseta de tirantes plateada, medias a rayas y deportivas con plataforma. Llevaba las trenzas recogidas en la cabeza en un moño que iba sujeto por detrás con un lazo plateado. Parecía que se hubiera vestido para una fiesta y no para una guerra.

—Era yo —dijo Sheela.

Detrás de ella, Nikita parecía furiosa.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

Sheela se encogió de hombros, completamente impasible pese a las rocas que volaban a su alrededor y los destellos de energía que salían disparados de ambos bandos en el campo de batalla.

—¿Unos diez minutos, quizá? —preguntó.

—Te concederé cuatro —dijo Nikita, sombría.

Nikita frunció el ceño y una enredadera brotó de su mano y atrapó a Kara por el cuello. Con la misma rapidez, la enredadera se replegó y luego se enroscó alrededor de su presa. Después, Nikita giró la muñeca derecha, y aún más oro y espinas retorcidas rodearon a Kara y Sheela. Enormes enredaderas trepaban sobre ellas y les tapaban la luz y los sonidos de la batalla que tenía lugar al otro lado.

—Así está mejor —dijo Sheela con un suspiro feliz. Se dejó caer al suelo y miró a Kara—. He pensado que necesitabas un descansito.

Kara tembló y Astro parpadeó débilmente en su mano. Su tridente, forjado de una sola gota de sol, había estado actuando de un modo diferente durante los últimos días. Tal vez se hubiera agotado tras abrir la esfera protectora del néctar de la inmortalidad. Pero en el fondo Kara sabía que esa no era la razón. El mal funcionamiento de su arma celestial venía de otro lugar en su propia alma..., una verdad de la que Kara no pudo soportar darse cuenta hasta ese momento, cuando se la habían restregado por la cara.

Sus reflejos eran lentos.

Se le había apagado el brillo.

Minutos antes, cuando la enredadera de Nikita le había quitado el collar *astra*, Kara casi no había notado la pérdida. Y cuando se dio cuenta de lo que había sucedido, no sintió un embriagador impulso de venganza, solo alivio. Sin la carga de su traición en el cuello, ahora podía volver a respirar libremente.

Sheela se la quedó mirando.

—Puedes decirlo.

—No puedo —dijo Kara, con unos sollozos que le desgarraban el pecho.

Kara intentó parpadear para sacudirse todas aquellas las lágrimas, pero cuando cerró los ojos, vio la vida que le habían robado. Algo se aflojó en su mente y, por primera vez en años, vio con claridad a la mujer en el jardín con las flores púrpuras de jacaranda y los fragantes árboles de lima. Vio su ancho rostro, su boca sonriente, el pírsin titilante que llevaba en el orificio nasal derecho. Vio el pelo entrecano y los ojos marrón chocolate. Se llamaba Rohini.

Pero Kara la llamaba *Amma*.

Mamá.

—Tenía una madre —dijo Kara en voz baja.

Reconocerlo la destrozó por dentro. En un destello, Kara vio el caos de prepararse por la mañana, de guardar el almuerzo en una mochila amarillo chillón, un padre (un padre gordito y aspecto distraído, de los de se quedan

dormidos con un libro sobre la cara) que le avergonzaba que fuera a recogerla al colegio. ¿Cómo se llamaba el centro? ¿Quién era su profe preferida?

Aquellos recuerdos, los verdaderos, enteros y reales, quedaban fuera de su alcance. Los podía ver con claridad, pero la magia del Durmiente los mantenía a cierta distancia.

El Durmiente.

Jamás volvería a llamarlo papá. Cada recuerdo de él a su lado cuando estaba enferma, cada viaje que habían hecho juntos, cada vez que le había llevado un libro... El veneno se inoculaba en cada uno de esos momentos.

—Me secuestró —dijo Kara—. ¿Verdad?

Sheela bajó la vista, abatida.

—Sí.

—¿Sabes cómo lo hizo? ¿Hace cuánto ocurrió?

—Sí.

—Muéstramelo —le exigió Kara.

—No te ayudará —dijo Sheela, haciendo una mueca de dolor—. No cambiará nada. Y lo sabes.

En ese momento, Kara se dio cuenta de muchas cosas. De demasiadas, tal vez. Sintió el peso de la culpa de Krithika Shah por abandonarla y supo que era auténtica. Reconoció la expresión de felicidad agridulce en la cara de su madre biológica, ahí en el exterior de la casa de la infancia de Kara, viendo cómo su primogénita había encontrado allí el amor.

El Durmiente había secuestrado a Kara; alguien que se atrevía a llamarse a sí mismo padre había vulnerado sus recuerdos, aquellos fragmentos vitales que la habían hecho ser quien era. Y, pese a eso, incluso después de todo lo que le había hecho, le agradecía una cosa: la había ayudado a encontrar algo valiosísimo.

Había encontrado a sus hermanas.

Había encontrado otra familia. Fines de semana viendo pelis. Tardes entre semana entrenando. Noches entre risas.

Y, después, también había perdido todo aquello.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Sheela—. Ahora desaparecerá.

Por encima de ellas, la jaula de rosas y de espinas doradas se partió por la mitad. El sonido de las armas que entrechocaban y los gritos se infiltraron en el espacio, y agitaron los pensamientos de Kara. En la mano, Astro resplandeció con un calor infernal. Luego su arma salió disparada por encima de ella. Sintió que le ardía la piel y le resplandecían las venas.

Por más que le encantaran las palabras, ni un sonido ni una frase podían expresar lo que sentía en aquel momento.

—Siento lo que te ha pasado —dijo Sheela, poniéndose en pie—. Lo siento, Kara.

Sheela alargó la mano, pero Kara no la aceptó. Recorrió con la mirada el campo de batalla, hasta dar por fin con el Durmiente. Krithika Shah estaba delante de él y estaban hablando. A Kara no la interesaba lo que se estuvieran diciendo. Las alarmas le atravesaron los sentidos. Lo único que sabía era que el Durmiente había destruido demasiadas vidas, había hecho daño a demasiada gente.

Kara se centró en la silueta que había detrás de Krithika. Era Aru, atrapada en una red suspendida en mitad del aire, con un brazo por fuera. La electricidad del *vajra* se esparcía por el cuerpo de Aru como si tratara de taparla con una manta. De protegerla. O tal vez, pensó ella con una repentina sacudida del estómago, para evitar cualquier daño a su cadáver.

De repente, el Durmiente relajó los hombros. Levantó una mano, Krithika cerró los ojos y...

Kara apuntó con el tridente y lo soltó.

No falló.



CUARENTA Y TRES

Con pedir perdón
no basta

Aru Shah se quedó aturdida.

Había demasiadas cosas que sentir, así que su mente se reprogramó para no sentir nada: ni la electricidad que te envolvía el cuerpo mientras el vajra la protegía de cualquier daño ni las lágrimas que sabía que debían de estar resbalándose por el rostro. Solo podía gritar. Gritó mientras veía las puntas de luz que atravesaban la chaqueta gris oscuro del Durmiente. Gritó cuando se le desorbitaron los ojos y cayó de rodillas. Al final, a ella se le acabaron los gritos y al Durmiente se le acabó la vida.

Lo último que hizo fue intentar agarrarse algo del cuello. Era el collar que guardaba sus recuerdos, el mismo que ella le había puesto cuando lucharon delante del Árbol de los Deseos. Su mano cayó y el collar de recuerdos se le desprendió y aterrizó junto a Aru. No lo cogió. Estaba demasiado ocupada mirando el rostro de su padre, intentando llamar su atención. Pero no sirvió de nada.

Suyodhana no apartó la mirada ni una sola vez de Krithika Shah.



Corre.

La palabra estalló en el cráneo de Aru, obligándola a salir de un salto de aquella red. Vagamente, percibió que Kara, aturdida, avanzaba a trompicones hacia el Durmiente. Su tridente, Astro, relucía sangriento como una puesta de sol. Krithika estaba inclinada sobre el pecho del Durmiente y le temblaban las manos sobre el lugar donde en su momento le había latido el corazón.

—¿Mamá? —preguntó Aru, sombría.

Su madre no se giró.

La mirada de Kara se cruzó con la de Aru.

—Pensé que... que él iba a... —dijo, antes de detenerse.

Aru lo entendió, pero ya no le quedaba consuelo que ofrecer. Lo único que quería era que todo aquello acabara de una vez. Había pensado que la muerte del Durmiente provocaría la interrupción de la guerra...

Y sin embargo, continuaba.

Algo pasó volando por encima de sus cabezas. Una criatura que era todo dientes y alas. Aru dio un respingo, cogió el rayo y la criatura hizo ¡plaf! contra un repentino y resplandeciente escudo violeta. Apareció Mini. Estaba levitando, con los ojos con un brillo púrpura mientras observaba la escena.

—Lo siento mucho, Aru.

«¡Ahora es nuestra oportunidad!» gritó la voz de Brynne en su cabeza.
«¡Aru! ¡Por favor!».

A nadie parecía importarle que el cuerpo del Durmiente yaciera en el suelo, solo protegido por la esfera violeta que Mini había lanzado momentos antes. Ninguno de sus soldados lo lloraba. En vez de eso, se volvieron los unos contra los otros, ansiosos por reclamar para sí el néctar de la inmortalidad.

—¡El néctar! —gritó uno de los del ejército del Durmiente—. ¡Cogedlo!
¡Tiene que ser nuestro! ¡Para los *nagas*!

—¡Para los *raksasas*! —gritó una criatura con cabeza de toro que arremetía contra el grupo de serpientes.

A Aru se le detuvo el tiempo. Observaba cómo combatían los grandes ejércitos. La torre de sombras en espiral del Durmiente los había desplazado, pero ahora el néctar de la inmortalidad resplandecía. Estaba solo. Visible. Al alcance.

Desde varios metros de distancia llegó el rumor de unas colas que rodaban sobre las rocas, de garras que dejaban surcos en la tierra, de alas que entrechocaban. Tenían al ejército del Más Allá pisándole los talones. En las alturas, unas *kinnaris* aladas tensaban sus arcos y disparaban flechas.

Aru observó que Rudy entraba y salía de entre los soldados. Seguía llevando su arco con Hechas en una mano, pero no parecía usarlos correctamente. Golpeaba con ellos a un enemigo en la cabeza, gritando:

—¡Arcado y hundido! ¡HE GANADO!

Por encima de él volaba el bebé Bu, que graznaba como si le diera la razón antes de expulsar una ráfaga de fuego e incinerar limpiamente una

jabalina que atravesaba el aire.

«¿Qué hacemos, Aru?», preguntó Brynne.

«Pedir refuerzos», dijo Aru. «Convoca al ejército Nairrata. Los rodearemos por los dos flancos, como el anillo de un donut».

Aru no estaba segura de dónde habían salido esas palabras. De algún modo, una parte de su cerebro seguía centrado en la estrategia de combate, siguiendo de manera robótica los pasos que habían planeado tiempo atrás. Detrás de ella, el farolillo de la Joya del Sol había caído al suelo y su brillo se apagaba ahora que había cumplido su finalidad. Aru no quiso tocarlo.

«Despejadme el camino», dijo.

«Voy», dijo Brynne.

«Te cubro», añadió Mini.

«Yo me ocupo del suelo», dijo Nikita. Su voz parecía venir de un lugar remoto.

Aru se dio cuenta de que Sheela estaba callada. Estaba de pie entre Krithika, aún arrodillada ante el cuerpo de Suyodhana, y Kara, que tampoco se había movido desde que había lanzado el tridente. En aquel momento, Aru se desconectó. Sus piernas se movieron solas, pasó junto a su desconsolada madre, su afligida hermana y su padre muerto. Llevaba en la mano algo brillante. Aru bajó la vista y vio que llevaba el collar de recuerdos fuertemente agarrado en la mano.

No recordaba haberlo recogido, pero ya se lo estaba metiendo en el bolsillo.

Tal como había imaginado la batalla que se avecinaba, así había sucedido.

Empezó a llover oro del cielo: el ejército Nairrata bajaba en picado de entre las nubes. Sus armaduras retumbaron como truenos mientras formaban un círculo perfecto en torno al néctar de la inmortalidad. Los cien soldados dorados se agacharon. Un demonio se abalanzó sobre uno de ellos y...

¡BUM!

Otro soldado dorado golpeó la armadura pectoral del demonio y la criatura salió disparada hacia atrás. Todos a una, los soldados Nairrata cerraron filas, transformándose en una barrera con una sola abertura que conducía, a unos treinta metros, al néctar de la inmortalidad.

Brynne y Mini se lanzaron hacia adelante. Pero, mientras el ejército Nairrata impedía que entrara nadie más, las Pandava seguían enfrentándose al ejército de demonios que se había abierto camino previamente hasta el santuario interior.

Uno de ellos apareció delante de Aru con una espada en la mano.

—Deberíasss darnosss lasss graciasss —dijo el *raksasa*. Tenía la lengua bífida, la piel roja y una cabeza brillante del color de una costra arrancada—. Podíasss ser una de nosotrosss. Podíasss ssser nuessstra nueva líder, ya que el anterior essstá fiambre. Qué lássstima, ¿no creesss? De hecho...

A Aru la poseyó la ira. Antes de que Mini pudiera darse la vuelta y desplegar un escudo, Aru lanzó su rayo hacia arriba y el olor a carne chamuscada impregnó el aire. El *raksasa* se esfumó y su espada cayó al suelo con estrépito. El humo se apartó al paso de Aru, que atravesó el pasillo que conducía al *amrita*, que estaba en el otro extremo.

No lo habían respetado, pensó. El Durmiente había muerto por ellos y por su causa y ni siquiera les importaba. Eso la puso furiosa. ¿De qué había servido?

Aru se preguntó si pensar en eso la convertía en una traidora para el Más Allá, pero era demasiado tarde para retirarlo. La furia guiaba sus movimientos. La ira le levantó el brazo. El rayo chisporroteó y sacudió a un grupo de *asuras* que había a su izquierda. Aru no se quedó para ver cómo caían. Solo percibió la falta de ruido.

Sus hermanas le habían allanado el camino.

—¡Ya lo tienes, Aru! —gritó Brynne.

Brynne se transformó en un enorme elefante azul. Barritó a todo volumen y pisoteó a una cuadrilla de *raksasas* que excavaban un túnel en el suelo. Aru hacía rodar piedras sueltas a su paso mientras corría y, aunque habría ido mucho más deprisa a bordo de su aerodeslizador, prefirió tomarse su tiempo. Tenía que librarse de todos sus demonios, no solo dejarlos atrás.

Mini lanzó un escudo protector sobre ellas mientras Nikita se acercaba, trepando por el aire como si fuera una escalera. Su vestido de fiesta flotaba a su alrededor. Estiró los dedos. A su orden, de la tierra salieron raíces. Las raíces treparon por encima del ejército del Durmiente y unos gritos estridentes resonaron en el campo de batalla.

Aru respiró hondo. El mundo apestaba a cosas que se habían dejado pudrir. Por encima, vio que una luz brillaba y se estremecía. De las armaduras de los soldados Nairrata salían arcoíris. El escudo de Mini se volvió iridiscente, como el ala de un escarabajo, y desvió flechas y lanzas, jabalinas y espadas.

Aru se tambaleó hacia adelante. Había corrido durante tanto tiempo que no se detuvo hasta que por fin tuvo justo delante el brillante fulgor del *amrita*. Tenía el *kalash* a escasos centímetros. En torno a él había un montón de

armas desperdigadas en el suelo. Unas llamas chisporroteaban en el suelo, y el humo, denso, impregnaba el aire.

Aru oyó a sus hermanas luchando de fondo para procurar que nadie la tocara. Pero, aun así, se sintió sola.

«¿Y ahora qué?», pensó.

El *vajra* crepitó y redujo bruscamente su tamaño al de una pelota de *ping-pong*. La pérdida repentina de luz la hizo sentir como si hubieran apagado un foco que le apuntaba a la cabeza. Inspiró hondo.

El olor del néctar era embriagador. El líquido se agitaba dentro de la gran vasija metálica.

«¡Cógelo! ¡Declara la victoria para los *devas*! ¡Para el Más Allá!», gritó un rinconcito de su cabeza.

Aru cerró los ojos. Alargó la mano hacia la vasija cuando un fuerte sonido metálico resonó cerca, seguido por el gruñido airado de un *raksasa*. Aru retrocedió y vio una cimitarra a pocos centímetros de su cabeza..., en una mano que conocía demasiado bien.

—No te preocupes —dijo Aiden, sonriéndole—. Yo te cubro, Shah.

Aru se quedó boquiabierta. ¿Cómo había...?

¿Y eso significaba que...?

Aru rebuscó en su memoria la advertencia de Nidra. «¿Qué sentido tiene devolverlo si no hay ninguna posibilidad de que haya un mundo al que merezca la pena volver?».

Un mundo al que merezca la pena volver. Eso tenía que significar que estaban a punto de ganar...

—Luego te lo explico —dijo Aiden, con una amplia sonrisa.

Cerca de ellos, el *raksasa* que había acechado silenciosamente a Aru no estaba liquidado. El demonio tenía cabeza de cabra montesa, con unos cuernos muy afilados y unos inexpresivos ojos negros. Rugió, dejando a la vista unos dientes planos y feos.

—¿Podrías hacer los honores? —le pidió Aiden a Aru, sacando sus cimitarras gemelas.

Aru tocó sus armas con el *vajra*: la electricidad salpicó alegremente el metal y el resplandor iluminó la cara de Aiden.

—Yo me encargo de este tipo, y de otros más —dijo Aiden—. Tú encárgate del néctar.

Aru le dejó con sus batallas y, a pesar de la alegría de verlo de vuelta, sintió una desgarradora sensación de desamparo.

«¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?».

Era el momento.

«ARU, ¿A QUÉ ESTÁS ESPERANDO?», le chilló Brynne por el vínculo mental.

Aru, más que alcanzar el néctar de la inmortalidad, casi se derrumbó contra él. El estaba medio enterrado en la tierra, era del tamaño de un caldero de bruja, y cuando intentó levantado, cayó y se dio un buen golpe en el hombro contra el meta) de oro fundido.

«Solo necesito un momento», pensó, sentada en el suelo. No compartió ese pensamiento y lo bloqueó de los canales mentales de comunicación entre ella y sus hermanas. «Un segundito. Tengo que recuperar el atiento. Voy a...».

«Me preguntaba cuando lo pedirías», dijo una voz.

La guerra que la rodeaba desapareció.



CUARENTA Y CUATRO

Interrumpimos la fatalidad y el pesimismo para tomar un helado. ¡Síííí, helado!

Cuando Aru abrió los ojos, se encontró sentada en un sillón orejero en el extremo de una mesa formal de comedor en una cocina. Bueno, en muchas cocinas (por lo menos quince) que se habían unido para crear una especie de gran anfiteatro... de cocinas. Había encimeras de granito, de mármol y de arce. Los accesorios de iluminación iban desde bombillas Edison hasta esferas brillantes y lámparas colgantes de aspecto moderno. Sillas de madera con respaldo, sin respaldo, taburetes de bar y butacas de terciopelo. Todas las ventanas, que eran de distintas formas, daban al vacío, y había montones (tal vez demasiados) de azulejos tipo metro que trepaban por las paredes que desaparecían tres metros más arriba en una extensión brillante y borrosa.

—¿Te gustan las reformas? ¡He estado viendo un montón en el canal de bricolaje! ¡Me voy a hacer un rincón del desayuno!

Aru sonrió y supo inmediatamente dónde estaba. El Palacio de las Ilusiones.

—Hola, palacio —le dijo.

—Hola, Aru —dijo el palacio.

Su voz salió del suelo y calentó la cocina. El olor a galletas recién horneadas y a velas de otoño impregnaba el ambiente, y Aru se sentó sobre los pies.

—¿Qué hago aquí? —preguntó, y luego hizo una pausa—. No estoy... muerta..., ¿no?

—Te prometí que te daría descanso y cobijo cuando lo necesitaras —dijo el palacio—. Y está claro que lo necesitas.

—Ah.

—¿Quieres helado? —preguntó el palacio, emocionado.

Antes de que Aru pudiera contestar, aparecieron en la mesa decenas de boles de helado; de menta con trocitos de chocolate, de chocolate con caramelo, de un delicado faludá de rosas y de crema de limón.

—¿Sí? ¡Espera, no! ¡No, este no es momento para helados! —dijo Aru. Casi lo lamentó cuando vio un sabor que llamaba Leche del Fondo del Bol de Cereales pero con Caramelo—. Estaba... ¡Estaba en mitad de una guerra! Acababa de coger..., bueno, casi de caerme dentro del néctar de la inmortalidad...

Se le revolvió el estómago de terror. ¿Qué iba a pasar con todos a los que había dejado atrás? ¿Estaban bien? ¿Quién se habría hecho con el *amrita*? ¿Eso significaba que la guerra se había acabado?

—No te preocupes —le dijo el palacio—. Solo será un momento.

—¿Qué? —preguntó Aru, mirando a su alrededor—. ¿Qué quieras decir?

—En el tiempo que estés aquí no pasará ni la mitad de un parpadeo —dijo el palacio, orgulloso—. ¿Estás segura de que no quieres helado?

Aru quiso decir que sí quería, pero ni la deliciosa tentación podía distraerla. Lo único que quería era tener un ratito para estar sola, y, ahora que lo tenía, se dio cuenta de que temblaba. Creía que iba a llorar, pero hacía horas que debía de haberse quedado sin lágrimas.

Repasó mentalmente lo que había ocurrido: la luz apagándose en los ojos de su padre, el tridente de Kara brillando como un rojo atardecer. Y, por último, la mano temblorosa de su madre por encima del corazón detenido del Durmiente. El corazón que, hasta el final, no había dejado de pertenecerles.

Aru se hundió aún más en el sillón e hizo una mueca de dolor. Algo afilado se le clavó en la parte superior de la pierna.

—Mírate los bolsillos —dijo el palacio.

Aru sacó, uno a uno, el brazalete de Aleesa, la garra de Jambavan, el pendiente de Menaka y la tobillera de Urmila. En el otro bolsillo había guardado (y olvidado con las prisas por conseguir el néctar de la inmortalidad) el collar de su padre.

Aru se los puso todos en el regazo, y una pesadez se le instaló tras las costillas.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —dijo el palacio, esperanzado—. ¡Puedo construir juegos de mesa!

¡Podemos hacer fuertes con almohadas! Aru, si quieras, podemos alargar un momento hasta un año entero...

Aru captó la esperanza que destilaba su voz.

—Quería que vinieran los demás también, pero las normas son muy estrictas. Aunque la más joven de las Pandava ha conseguido hacerme una visita en mis sueños, y es algo muy agradable. Es un descanso de las pesadillas con vallas blancas de madera. Las detesto.

Aru se rio un poco. Como siempre, el palacio sintió lo que necesitaba y en un periquete apareció en la mesa una taza de té humeante. Dejó el collar, el pendiente, la tobillera, la garra y el brazalete sobre la mesa, donde tintinearon ruidosamente. Después asió la taza de té con las dos manos e inhaló a fondo. A decir verdad, a Aru le daba igual el té (no era más que hojas en agua hervida), lo que le gustaba era la calidez de la taza, el vapor que le envolvía la cara y el ritual de esperar a que se enfriara.

Aru se centró en el vapor.

«Sería genial quedarme aquí un tiempito a descansar. Quedarme aquí sentada en silencio», pensó. Pero no podía dejar al mundo esperando.

—Tengo algo que hacer, ¿no es así? —preguntó, exhalando.

—Sí, antes o después —admitió el palacio.

Aru se arrellanó un poquito más en el sillón y se quedó mirando las cosas que tenía encima de la mesa. Como Pandava, su obligación era acabar con la guerra, y había jurado esforzarse al máximo para conseguirlo... Pero ahora que había llegado el momento, no parecía una victoria.

Además, ¿por qué todo el mundo quería ser inmortal? ¿Qué atractivo tenía eso? ¡Al final, te acabarías aburriendo!

¿Y si era como una de esas historias con moraleja donde alguien deseaba la vida eterna y se quedaba atrapada como una eterna adolescente y acababa marchitándose en una vergüenza eterna?

Si daba el néctar de la inmortalidad a los *devas*, estos trasladarían la vasija a otro lugar. Dentro de otro laberinto. Y aquellos a quienes se lo habían negado rabiarían aún más. Y habría demasiado poder concentrado en un solo lugar, y demasiada tentación en el mundo, porque el néctar no se podía destruir...

Aru inhaló con fuerza.

—Pero ¿y si...? —dijo en voz baja, con las manos entrelazadas en el regazo mientras contemplaba todos los recuerdos que había reunido durante los últimos diez días—. ¿Y si hubiera alguna otra manera?

Aru pensó en el dolor de la doncella del veneno, que anhelaba una vida distinta; el rey oso se hacía mayor y soñaba con las conquistas de antaño; la cayere que rechazaba su legado y estaba desesperada por no salir herida; la

princesa que había sacrificado todos sus sueños y ni siquiera podía vivir en el recuerdo de nadie; y, luego, por supuesto, estaba Suyodhana. Su deseo más profundo había sido vivir en un mundo en el que pudiera estar con su familia.

Tal vez lo que la mayoría de la gente quería no era la inmortalidad ni la fama, sino la convicción de que su existencia había significado algo. Por larga... o corta que hubiera sido. Tal vez ser eterno significara convertirse en una historia que mereciera la pena contar.

—¡Conozco esa mirada! —dijo el palacio, emocionado—. ¡Es una mirada taimada! Arjuna siempre tenía ese aspecto cuando se le ocurría una buena idea. ¿Tienes una buena idea?

Aru suspiró.

—Bueno, creo que no tengo ninguna mejor.

El palacio se quedó callado un segundo.

—¡Supongo que es mejor eso que nada!

—Ahora tengo que volver —dijo Aru, dejando la taza en la encimera y dando una palmadita en el brazo del sillón—. Gracias, palacio. Te has portado de maravilla.

Las luces del palacio resplandecieron, alegres.

—¿De verdad? ¡A lo mejor la próxima vez te puedes quedar más tiempo! Aunque espero que no vuelvas a necesitar una próxima vez... Ahora me siento muy confundido. Adiós, Aru Shah. Me alegro de poder darte cobijo una vez más...

De regreso al campo de batalla, el griterío inundó sus oídos. Le dolía el hombro donde se había golpeado contra el de metal. Cuando se puso en pie, el collar, el pendiente, el brazalete, la garra y la tobillera cayeron al suelo.

El *vajra* giró en sus manos mientras los zarcillos de electricidad se entrelazaban y fusionaban en forma de una tanza afilada. Aru notó el resplandor del *amrita* en la piel. Cerró los ojos e inhaló. Recordó la fricción fantasmal del tobillo de Urmila, el roce de las uñas de Menaka mientras le dejaba el pendiente en la palma de la mano, la calidez de la piel de Jambavan cuando le tendió la garra, el tono verdoso de la piel venenosa de Aleesa y, por último, los ojos de distinto color del Durmiente. Uno marrón, el otro azul. Exhaló.

Mientras el aire salía de sus pulmones, Aru Shah lanzó el rayo contra el néctar de la inmortalidad.



CUARENTA Y CINCO

¡Patatas, reuníos!

Con el primer disparo del rayo, apareció una grieta pronunciada en mitad de la olla que contenía el néctar. El líquido dorado empezó a colarse por la hendidura. El cielo se oscureció como si se hubiera accionado algún interruptor cósmico. Un viento protector barrió el santuario protegido por los soldados Nairata y, un momento más tarde, el se elevó a gran altura.

«¿QUÉ ESTÁS HACIENDO?», exclamó Brynne. Aterrizó junto a Aru, con el bastón de viento inclinado en ángulo hacia la vasija. Brynne la había movido de sitio.

—Sé lo que parece... —empezó a decir Aru.

—¿Tú crees? —inquirió Brynne.

—Aru... —dijo Mini, que apareció junto a ellas con un débil rastro de chispas violetas. Por encima, el escudo protector iridiscente que había desplegado parpadeaba como preso de la incertidumbre. Dirigió la mirada a la olla que goteaba *amrita*—. ¿Qué has hecho?

Aru inspiró hondo.

—Nuestro deber.

Brynne frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mini.

Antes de que pudiera contestar, Nikita y Sheela aparecieron con un parpadeo. Con ellas había alguien, Kara, solo que débilmente iluminada.

Aru siguió con la explicación.

—Nuestra obligación era acabar con la guerra —dijo, haciendo un gesto en torno a ellas—. Si destrozamos ese *kalash*..., si compartimos el néctar hasta el punto de que todo el mundo pruebe una gota, ¡entonces no quedará

nada por lo que luchar! A ver, sí, siempre habrá peleas, pero no esta inacabable guerra en concreto sobre quién se queda el néctar de la inmortalidad. Sobre quién va a ser inmortal. Sobre quién va a ser, no sé..., recordado. Pues bien, esta —agitó una mano hacia la olla— es la respuesta.

Se quedó callada un instante para recuperar el aliento.

—Acabamos con la guerra, no consiguiendo la inmortalidad para un bando, sino compartiéndola con todo el mundo.

Buscó una reacción en la cara de sus hermanas. De algún modo, siempre había sabido que llegaría este momento. Se lo había imaginado de mil maneras distintas, mil veces distintas. Había sido el telón de fondo de mil pesadillas desde que el Durmiente se lo había mostrado años atrás:

Aru, con su rayo en la mano, mirando a las cinco chicas que se habían convertido en su familia. Ella a un lado; las demás en semicírculo al otro lado, con las mismas expresiones de asombro e incredulidad. Un viento frío soplaba en torno a Brynne. La silueta de Mini se veía enmarcada por el chisporroteo de una luz violeta. Unas enredaderas se enroscaban debajo de Nikita, como una serpiente nerviosa e indecisa sobre a quién morder.

—Muy avisada, Aru —dijo Sheela, sonriendo.

Aru volvió a mirar a sus otras hermanas, pero no adivinaba lo que estaban pensando. ¿La odiaban? ¿La desterrarían?

Mini apartó la mano, sin dejar de mirar a Aru. Con un único movimiento suave, lanzó su *danda* de la Muerte como si fuera un bumerán. Golpeó un costado del con un ruido metálico. Aparecieron más grietas, que relucían como riachuelos de oro.

—¡Me toca! —dijo Nikita, tensando un arco de tallos de rosas antes de disparar una flecha—. ¿Sheela? ¿Te apuntas?

Sheela asintió y recogió una roca cercana. Apuntó y la lanzó. Instantes después, una cálida brisa las rodeó. Suavemente, el volvió flotando al suelo y aterrizó dentro de su círculo. El néctar de la inmortalidad burbujeaba en su interior, como si estuviera nervioso.

Al otro lado del líquido ardiente, Aru cruzó la mirada con Brynne. Tenía un rictus sombrío, pero cuando miró a Aru, asintió. Brynne levantó el bastón de viento por encima de la cabeza y después golpeó la olla con él. Rayos de luz dorada salieron disparados por doquier. Pero el recipiente seguía aún bastante intacto.

Tal vez un último golpe lo remataría.

Aru se volvió hacia su izquierda. Kara no se había movido de su sitio a unos cuatro metros. Estaba en el círculo y, sin embargo, de algún modo

también estaba fuera. Su tridente despedía un brillo pálido.

Aru alargó el brazo.

Un trueno retumbó en el cielo y comenzó a llover. No la sentía en la piel, pero vio que tintineaba y resbalaba en el exterior del escudo de Mini. La esperaba. De hecho, era ella quien la había invocado.

Kara parecía nerviosa mientras avanzaba y tomaba la mano extendida de Aru. No se dijeron nada, pero en esos momentos, antes de que el mundo cambiara, Aru se planteó que eran como las dos caras de la misma moneda. Una moneda muy muy mágica, obviamente. Tal vez esa era la razón por la que el Durmiente había querido mantenerlas separadas. Kara siempre había sido la calidez y el sol para el trueno y el rayo de Aru.

El mundo en el que habían vivido era un invierno eterno, un lugar congelado por la amargura de los demás. Pero el invierno desaparece en presencia de dos cosas: el sol y la lluvia. Juntas, Aru y Kara invocaban a la primavera...

Juntas, traían el cambio.

Aru y Kara tiraron sus armas. Mini retiró el escudo y se destruyó el Sin nada que contuviera el líquido, sin dos manos esperando a sacarlo o una boca deseosa de tragárselo, el *amrita* se evaporó en cuestión de segundos. Las brillantes gotitas doradas cayeron al suelo, se dispersaron entre las nubes y se las llevó el viento.

El néctar se mezcló con la lluvia y fluyó en corrientes de inmortalidad que poco a poco se fueron estrechando. Aru imaginó que recubría la tierra como una gran red brillante. Instantes después, cualquier señal de la existencia del *amrita* se había desvanecido para siempre.

Aru buscó alrededor de sus pies, pero ya no veía la tobillera ni el pendiente ni el brazalete ni la garra ni el collar. Se preguntó si el néctar se había apropiado de esos fragmentos de vida de las personas y si, incluso ahora, una alquimia inmortal las estaba traduciendo lentamente en leyendas..., en historias. Retazos de lo eterno que pudieran vivir para siempre en la imaginación de la gente. En algún lugar, Aru oyó un suspiro de alivio, pero no supo quién había exhalado el sonido.

Durante el resto de su vida, Aru no supo si había sido su rayo o el tridente de Kara el que había hecho añicos hasta el último pedazo de la olla que contenía el néctar de la inmortalidad. Pero, de algún modo, no importaba.

Al final, todo era luz.



CUARENTA Y SEIS

Aquí, donde todo acaba

Un silencio atónico se apoderó de la zona.

Cuando Aru levantó la vista, los soldados Nairrata se habían quedado inmóviles, con la cabeza inclinada como si les hubiera sorprendido lo que acababa de suceder. Ahora había huecos entre los soldados, y por los espacios Aru se percató de la incredulidad que se extendía tanto entre las tropas del Durmiente como entre el ejército del Más Allá.

Luego, decenas de voces alzaron la voz, voces que parecían venir de todas direcciones.

—Ha desaparecido...

—Lo noto en el suelo, en el ambiente... —dijo otro.

—Pero ¿qué han hecho?

Un puñado de *raksasas* que seguían por allí cerca bajaron las armas y se quedaron mirando con asombro a las Pandava. Unos cuantos habían desplegado la capucha y agitaban la lengua bífida con rabia. El *vajra* despedía nerviosas chispas de electricidad, y las hermanas Pandava se acercaron lentamente unas a otras, estrechando el círculo.

Aiden y Rudy aparecieron entre la multitud para unirse a ellas. El bebé Bu sobrevoló por encima, graznando alegremente. Una enorme sonrisa se dibujó en la cara de Aiden al ver al pájaro, y Aru también sonrió cuando una inmensa sombra engulló el campo de batalla.

Una potente ráfaga de aire, como la de un helicóptero que aterrizara cerca, les azotó el pelo e hizo que se agacharan.

—¡*Danda!* —chilló Mini.

Apuntó al cielo con su *danda* de la Muerte y desplegó un escudo que se extendió sobre los Patatas y el bebé Bu mientras una ola de tierra amenazaba con tragárselos a todos. Aru observó que, en el exterior de la pantalla crepitante, las armas salían disparadas de las manos extendidas. Los y los salieron volando. Pero no estaban solos. Las criaturas del Más Allá también volaron por los aires y perdieron las armas que solo pudieron empuñar con más fuerza cuando quedó claro que nadie iba a recibir el néctar de la inmortalidad.

El pánico se apoderó de Aru. ¿Dónde había ido a parar su madre? Urvashi y Hanuman aparecieron por encima de ellos. La bailarina celestial había lanzado un hechizo a su alrededor en el aire y Hanuman se había alargado, cerrando los ojos contra el viento. La ráfaga no podía haber durado más de medio minuto, pero al terminar, los Patatas y sus mentores eran los únicos que quedaban en pie.

Casi.

Hanuman abrió una mano y vieron a Krithika Shah sentada en la palma.

—¡Mamá!

Muy por encima de ellos, Krithika hizo un leve saludo con la mano y, aunque tenía lágrimas en los ojos, Aru supo que su madre estaba orgullosa de ella.

—Entonces..., está decidido —dijo una voz desconocida—. Me preguntaba qué sucedería.

Garuda, rey de las aves, aterrizó en el suelo. Sus inmensas alas de bronce, advirtió Aru, habían provocado una poderosa ráfaga. Se apareció con el mismo aspecto que cuando se conocieron: un hombre musculoso y bronceado con bermudas largas de seda y una gorra de béisbol de oro macizo. Tenía el rostro cubierto de plumas de un verde brillante, la nariz era un afilado pico dorado y sus manos y sus pies acababan en garras.

Cuando los Patatas buscaban el Árbol de los Deseos, casi les atacó. Rudy se acordaba bien porque se escondió a toda prisa detrás de Aiden y miró a Garuda (un autoproclamado enemigo de las serpientes) desde allí.

—¿No me vais a saludar, hijas de los dioses? —preguntó Garuda, clavándole una ardiente mirada.

De inmediato, Mini levantó el escudo y las Pandava juntaron las manos y tocaron el suelo que tenían delante.

Garuda hizo un gesto de asentimiento. Luego levantó la mirada hacia Hanuman y Urvashi.

—Está hecho —dijo.

Hanuman carraspeó.

—¿Y no se puede deshacer?

Aru se estremeció al oír aquello, preguntándose si su antiguo maestro estaba enfadado. Pero cuando le miró la cara, vio en ella la esperanza. La dejó confundida.

—No se puede deshacer —confirmó Garuda.

Hanuman esbozó una amplia sonrisa. Detrás de él, Urvashi resplandecía con fuerza y daba palmas de alegría. Con una mirada cálida hacia las Pandava, Hanuman colocó a Krithika Shah en el suelo con suavidad. Parecía como si quisiera echar a correr hacia Aru, pero se detuvo al ver a Kara. Aru notó que Kara contenía la respiración como si pudiera sentir la tensa mirada de su madre, y ninguna de ellas se movió.

—Aru Shah —atronó Garuda, y Aru dio un respingo de pánico.

«No la conozco», quiso decir Aru, pero ahora demasiado tarde para eso.

—Hola... —dijo al final, e inmediatamente es después deseó haber dicho cualquier otra cosa.

—Una vez te pregunté qué sabías de guerras y de ganarlas... Parece que hoy me has mostrado la respuesta —dijo Garuda—. Durante miles de años me han encomendado la tarea de proteger el néctar de la inmortalidad, y ahora ya no tengo nada que proteger.

Aru frunció el ceño e intercambió miradas de preocupación con sus hermanas.

—¿Has venido a castigarnos? —preguntó Brynne.

—¿Por qué haría tal cosa? —preguntó Garuda.

—¿Porque hemos..., digo, he... —corrigió Aru, para que los dioses no culparan a sus hermanas— destruido el néctar de la inmortalidad?

—¿Destruido? —preguntó Garuda, mirando en derredor como si estuviera buscando las piezas del destrozado—. Al contrario, lo has compartido de manera generosa con el mundo. Lo has convertido en una historia que Huye de una boca a la siguiente.

—Vuestra obligación como Pandava era acabar con la guerra —dijo Hanuman con su potente voz—. Eso es justo lo que habéis hecho.

—Erala solución más elegante —dijo Urvashi, sonriendo.

—Pero... Pero ¿qué pasa con los *devas*? —preguntó Mini—. Si el *amrita* era solo para ellos, ¿no significa que han perdido?

—Depende de cómo se mire —dijo Garuda—. Para mí, no hay pérdida. Solo veo ganancias para muchos. Habéis logrado una victoria para todos, hijas de los dioses.

Aru pensó en la gente del Más Allá que había empuñado las armas con más fuerza cuando vieron lo que habían hecho las Pandava. Pensó en el cadáver del Durmiente en algún punto del campo de batalla y en las cuchillas del tridente de Kara teñidas de un brillante atardecer.

—A mí no me lo parece —dijo Aru en voz baja.

—Tal vez esa desazón sea la marca de un verdadero héroe —dijo Garuda, antes de corregirse a sí mismo—. O heroína, en este caso.

Aru estuvo a punto de sonreír, pero entonces la mirada de Garuda se dirigió a Kara.

—En cuanto a ti, Kara... Puede que seas una heroína, pero eso no borra tu acto vil —dijo Garuda, y su voz resonó alrededor de todos ellos—. Te arrebataron la vida y en respuesta has quitado una vida. Se te recompensará por tus buenas acciones. Volverás al hogar de tu infancia con tu familia. Todo será como antes...

A Kara se le abrieron los ojos como platos, y dirigió una nerviosa mirada de refilón a Brynne, Mini, Aru, Sheela y Nikita. Una frágil sonrisa le crispaba los labios.

Sin embargo, Garuda no había acabado.

—Pero también tienes que ser castigada. Como consecuencia de tus actos, se te despojará de los recuerdos de esta época. No tendrás recuerdos del Durmiente ni de tener poderes concedidos por Surya. Desde ahora mismo se te despoja de tu arma celestial.

Kara ahogó un grito cuando su tridente, Astro, salió volando de sus manos. Su luz parpadeó, como si entrara en pánico, hasta que lo alcanzó un rayo de sol. Entonces se deshizo en partículas de luz.

—P-pero... —tartamudeó, mirando desesperada de Aru a Garuda—. Entonces ¿ya no recordaré a los Patatas? ¿No recordaré que tenía...?

Kara no pudo acabar, pero Aru sabía qué habría dicho.

«Hermanas».

La dura expresión de Garuda se suavizó.

—Es una gentileza, niña, aunque ahora mismo no te lo parezca —dijo—. Este es el equilibrio que hay que encontrar. A veces la vida está llena de pérdidas, pero al menos no lo sabrás.

—Pero si las acabo de conocer... —dijo Kara, mirándose los pies, y Aru sintió como si alguien le hubiera dado un martillazo en el corazón.

—Y quizá algún día os volváis a encontrar —dijo Garuda—. Puede que llegue una época en que demuestres que eres merecedora del poder que una vez tuviste. —Entrecerró los ojos por algo que vio en el suelo. Aru siguió su

mirada hacia el lugar donde el farolillo de la Joya del Sol se alzaba de la tierra y salía volando hasta la garra del rey pájaro. Garuda lo observó pensativo—. Habrá otras pruebas, otras maravillas y otros terrores. Y, tal vez, sus historias tropiecen con las vuestras. Pero hasta entonces, es hora de que os despidáis.

Garuda se retiró para hablar con Urvashi y Hanuman, y dejó a Kara mirando sin palabras a los demás. Rudy comenzó a decir algo, pero Aiden lo alejó sabiamente del grupo. Solo hizo una pausa un momento, como si fuera a mirar hacia atrás, a Kara. Pero, al final, siguió caminando.

Brynette no quería mirar a Kara a los ojos. Tenía la expresión desgarrada, entre la rabia por su primera traición y también, quizás, la tristeza. Mini la miraba con lástima, pero tampoco dio un paso adelante. Cuando Sheela hizo un gesto para consolarla, Nikita agarró a su gemela de la mano y le dijo que no, sacudiendo con fuerza la cabeza.

Kara permanecía alejada de las Pandava, y aunque llegaría un día en el que recorrerían esa distancia, ese no era el momento.

Dio un suspiro tembloroso y luego se volvió hacia Aru.

—Ojalá hubiéramos sido hermanas.

—Ojalá —dijo, Aru, intentando hablar a pesar del nudo que tenía en la garganta—. ¿Tal vez en otra ocasión?

—Sí —dijo Kara, con una sonrisa insegura—. En otra ocasión.

La última persona en despedirse de Kara fue Krithika. Aru no quiso escuchar la conversación. Le parecía demasiado invasivo.

«¿Podrías crearles una burbuja de intimidad?», le preguntó Aru a Mini por el vínculo mental.

Mini asintió y proyectó con suavidad una esfera sobre Krithika y Kara. Aru no pudo evitar asomarse un poco. Su madre y su hermana estaban a pocos centímetros de distancia mientras hablaban, y se acabaron abrazando. Kara comenzó a sollozar; le temblaban los hombros y el pelo castaño le caía por delante de la cara. Aru siguió observando mientras la luz del sol se hacía más potente y formaba un charquito a los pies de Kara. Mini retiró el escudo y Kara miró a las Pandava. Luego cerró los ojos, avanzó... y desapareció en la luz.

El anterior embotamiento de Aru no había desaparecido del todo. Parecía experimentar las cosas a cámara lenta, como si el propio Tiempo no la alcanzara. Se quedó desconcertada cuando sintió que unos brazos la rodeaban. Era su madre, que la abrazaba mientras el cielo se teñía de un azul brillante y los envolvía una cálida brisa. Aru no sabía qué haría después, pero ya no

sentía pánico. Se sentía arrraigada. El pasado contenía el dolor y el presente traía una paz pura y tierna, lo que dejaba una sola cosa para el futuro...

Esperanza.

Y, de eso, Aru Shah tenía un montón.



CUARENTA Y SIETE

Era una noche oscura de tormenta

SEIS MESES DESPUÉS

Tenemos que estar preparadas —dijo Mini, apoyándose sobre la mesa de comedor con una mirada tormentosa en los ojos—. Todo el mundo es nuestro enemigo. Nada es seguro. Y todo es una trampa.

—¡Mini! —dijo Aru—. Es un examen, no una guerra.

Los Patatas estaban en el ático de Brynne en su sesión semanal de estudio. A Mini no le gustaba nada. «¡Soy la única que se toma esto en serio!», solía lamentarse.

Aru tenía que reconocer que era cierto. Nikita y Sheela eran demasiado jóvenes para los diversos peligros que comportaba el instituto, como los exámenes y las «sorpresas» de la cantina, así que Sheela aprovechaba ese tiempo para leer mientras Nikita les ofrecía a los tíos de Brynne, que tenían un estilo horrendo, consejos de moda no solicitados.

—¿Podemos comer ya? —preguntó Brynne, repantigándose en su silla, en un extremo de la mesa.

Hira levantó la mano.

—Tengo hambre.

A veces, cuando Mini no miraba, Hira se ponía de pie detrás de ella, adoptaba la forma de Mini y gesticulaba tirándose del pelo y desmayándose teatralmente. Era muy divertido. Mini no pensaba lo mismo, claro.

—Ven a ayudarme en la cocina —dijo Brynne, sonriéndole a Hira.

Brynne pensaba de los estudios lo que las demás pensaban de comer coles de Bruselas: que era algo bueno para una y, por lo tanto, completamente insopportable. Aru cometió una vez el error de decírselo y se llevó una

discurso sobre las distintas formas en que el paladar estadounidense había faltado al respeto a las coles de Bruselas.

Todo fantástico y maravilloso.

—¡Chicos, concentraos! —dijo Mini, dándole un golpe al montón de folios que tenía delante—. ¡Esto podría ser determinante en lo que nos queda de vida!

—Eh —dijo Brynne, que reapareció por la puerta con una espátula en la mano—. De parte de nuestra vida. Siempre tendremos obligaciones como Pandava. Puede haber problemas en el camino. No es probable, pero sin duda es posible.

Mini carraspeó.

—Bueno, yo paso de vivir a la espera de que aparezca un demonio. Yo, y cuando digo yo, quiero decir nosotras...

Aru gruñó. Todo ese rollo típico de Mini asumiendo el mando de la situación había acabado teniendo malas consecuencias. Principalmente, que las demás se habían visto arrastradas por la estela de su ambición.

—¡... contribuiremos a la sociedad! ¡Iremos al instituto! ¡Y nos preocuparemos por la media de nuestras notas! ¡Y tendremos una hipoteca! —dijo Mini, juntando las manos con un júbilo salvaje—. ¿A que suena divertido?

—Pues no —dijo Aru.

—Estoy con Aru —dijo Brynne desde la cocina.

—Mmm, ¿y qué es una hipoteca? —terció Rudy.

Rudy estaba sentado al lado de Mini en la mesa, con unos auriculares colgados del cuello y una partitura vacía delante de él. Aru seguía sin saber por qué Rudy insistía en acompañarlos en sus sesiones de estudio. Lo veían durante los fines de semana de formación del Más Allá, y su palacio submarino se había convertido en el cine ideal para las noches de pelis. Los padres de Rudy estaban planteándose dejarle probar un año en un «instituto humano». Con Aiden.

Rudy estaba emocionado.

Aiden no.

—Una hipoteca es la manera que tiene la gente de pagar una casa —dijo Mini.

Rudy frunció el ceño.

—¿Porque les apetece?

—No precisamente —dijo Mini, amable—. Las casas son caras, Rudy.

Rudy parpadeó. No parecía entender ni una sola palabra.

—Si quieres una casa, ¡te puedo construir un palacio! —No.

—¡Tendrá oro por todos sitios!

—No, Rudy, no me refiero a eso —dijo Mini, con un suspiro.

Durante los últimos meses, la relación de Mini y Rudy no había evolucionado en absoluto. Aru y Brynne, claro está, le habían preguntado a Mini sobre el tema, y ella había respondido con un vago «aún no lo sé». Su indecisión no había desanimado a Rudy, que, la mayoría de las veces se dirigía a Mini como «mi sombría y benevolente reina».

—Es un poco bobo —decía Mini a menudo, sonriendo.

Ahora Rudy seguía con la matraca.

—O, tal vez, una serie de palacios que deletreen tu nombre...

Mini se dio por vencida y se llevó las manos a la cabeza.

Detrás de Aru se oyó un repentino zumbido y el clic de una cámara. Se volvió y de inmediato notó el aleteo de las mariposas en el estómago. Normalmente, le parecería una sensación desagradable. Las mariposas eran bonitas y tal, PERO ¿POR QUÉ ENROLLABAN LAS LENGUAS ASÍ? ¿Y cómo es que tenían el gusto en LAS PATAS? ¡Eso no estaba nada bien!

Pero lo que sí estaba infinitamente bien era la persona que estaba plantada en la puerta de entrada. Aiden. Sonrió a Aru y bajó a Sombragrís. El bebé Bu estaba posado sobre su hombro.

Pío, dijo el pájaro.

Lo que recientemente habían descodificado como «GALLETITAS. QUIERO. ¿ME DAS?».

—¿Dónde habéis estado, Querida? —preguntó Aru.

El puso los ojos en blanco al oír el apodo y se dejó caer en la silla que tenía al lado. La de Aru estaba un poco más alejada de lo que a Aiden le hubiera gustado, así que alargó el brazo y se la acercó a la suya. Aru se puso roja como un tomate.

—He ido a ver a mi abu —dijo—. Os envía saludos. También me ha dado una carta. —Aiden se la tendió a Aru—. Venga, que sé que eres curiosa.

Aru le cogió el sobre. Era de color crema y en el destinatario ponía lo siguiente:

PARA LAS HERMANAS PANDAVA,
QUE ME DEBEN UNA

Aru frunció el ceño.

—¿Mini? ¿Brynne? Creo que deberíais venir a leer esto. —Echó un vistazo a la estancia—. ¿Dónde están las gemelas?

—Gunk y Funky se las han llevado a tomar un helado —dijo Rudy.

—¡No pienso salir para ver cómo os hacéis ojitos durante cinco minutos seguidos! —gritó Brynne desde la cocina.

—¡Nosotros no hacemos eso! —dijo Aru.

«Sí que lo hacéis», dijo Mini por el vínculo mental.

Aiden fingía estar absorto con Sombragrís.

Le parecía una tontería llamar Aiden a su novio cuando al principio era «Querida», así que Aru prefirió quedarse con este apodo. Su madre se había muerto de la risa con el concepto de «salir» que tenían Aru y Aiden.

—¿Salir a dónde? —preguntó Krithika con una carcajada—. ¿Con qué dinero? Eres muy joven para tener novio.

Aru la había mirado fijamente y se había cruzado de brazos.

—¿Pero no demasiado joven para reencarnarme? ¿O para luchar en una batalla? ¿O para, literalmente, entrar en esta existencia con alguien que, hace miles de años, fue mi propia esposa?

Krithika frunció el ceño.

—¿Qué? —dijo Aru, fingiendo inocencia—. Dijiste que teníamos que ser más sinceras la una con la otra. Estoy diciendo la pura verdad.

—Demasiada verdad para las diez de la mañana —le había respondido su madre.

Habían pactado una tregua: habría una interacción supervisada. Rollo, nada de puertas cerradas en ningún momento, nada de estar a solas y lo más importante...

—Habla conmigo —le había dicho su madre—. No me ocultes nada.

Aru había sonreído.

—No lo haré.

Su madre y ella lo llevaban bastante bien. Tal vez demasiado bien, teniendo en cuenta las conversaciones que su madre había intentado mantener con ella últimamente.

Aru abrió el sobre. Mientras leía la carta, se empezó a reír. Brynne salió corriendo de la cocina y le quitó la nota. Mini saltó de la silla y pasó de estudiar para leer la carta por encima del hombro de Brynne.

A cobrar mi deuda he llegado.
¿Pensabais que me había olvidado?
Llego la hora, ¡y no está pagada!
Si me ignoráis, quedaré consternada...

∨

★ ★ ★

Pocas horas después, los Patatas salieron por el portal más próximo y entraron en un bosque oscuro. A Aru le resultó familiar enseguida, aunque solo había estado allí una vez, años atrás. Esperó junto al tronco de un viejo roble hasta que vislumbró una fila de hormigas.

«Por aquí», parecían decir.

Siguieron a las hormigas adentrándose en el bosque, donde el gran poeta Valmiki les estaba esperando. Tenía el mismo aspecto con el que Aru y Mini lo habían conocido y le concedieron el derecho a contar su historia. Se recolocó la gran bufanda que llevaba alrededor del cuello y se bajó las gafas de leer.

—Lo primero es lo primero —dijo Aru, levantando la mano—. No puedo hablar contigo en pentámetro yámbico. Estoy en el insti. Y me estoy formando en el Más Allá. Así pues, me quedan como tres neuronas, y para inventarme rimas necesitaría por lo menos cuatro.

Brynne resopló.

—Estás siendo muy generosa con lo de las tres, Shah.

Mini dijo nosequé de la absurdidad anatómica de la afirmación de Aru.

—Naciste, literalmente, con miles de millones de neuronas y están todas conectadas a través de millones de sinapsis...

Valmiki suspiró.

—Bien, bien. ¡Tu historia quiero oír! Siempre quise yo saber si el bien o el mal gana al fin... ¡No te lías con la trama! ¡O te cargarás su fama!

Aru se acomodó en el suelo y estiró el cuello de un lado a otro.

—Vale, empiezo —dijo, con su voz más dramática—. Era una noche oscura de tormenta...

Mini frunció el ceño.

—¿No fue un lunes a las cuatro de la tarde?

—¿Y no llevabas puesto todavía el pijama de Spider-Man? —añadió Brynne, riéndose.

—Espero que te deshicieras de él —dijo Nikita—. Era horrendo.

—Ay, pues yo quiero un pijama de Spider-Man —dijo Sheela, haciendo un mohín.

—¡Chsss! ¡A callar! —dijo Aru, aguantándose la risa—. Es mi historia. Y la voy a contar como me dé la gana.



GLOSARIO

Fiuuu. Fin de la saga. ¿Dónde estoy? ¿Cómo ha sido? ¿Qué es la existencia? Tengo... muchísimas emociones dentro. No quiero volver a escribir un glosario nunca más. (Narradora: Roshani Chokshi siguió escribiendo glosarios el resto de su vida). A estas alturas, estoy segura de que eres todo un experto, pero te ruego que me lo permitáis una última vez...

Este glosario no pretende ser un resumen exhaustivo de todos los matices de la mitología hindú. La India es GIGANTESCA y los mitos y leyendas cambian de un estado a otro. Lo que vas a leer a continuación es solamente un trocito de lo que yo entiendo de las historias que me contaron y de la investigación que he llevado a cabo. Lo fantástico de la mitología es que tiene unos brazos muy amplios, capaces de abarcar muchas tradiciones de muchísimas regiones. Espero que este glosario te dé cierto contexto para el mundo de Aru y, quizá, te anime a que tú también te pongas a investigar un poquito. ☺

Agní. Dios hindú del fuego.

Aíravata. Un elefante Manco. Y no, no tiene que ver con la tradición navideña en la que alguien te roba el regalo que te hacía ilusión porque es el típico Grinch aguafiestas. Se dice que Airavata es el rey de los elefantes y dedica el tiempo a tejer nubes alegremente. Se supone que surgió de las sacudidas del Océano de Leche.

Amaravatí. Tengo la mala fortuna de no haber visitado nunca esta legendaria ciudad, pero me han dicho que es espectacular. Y debe de serlo si

tenemos en cuenta de que es donde vive el dios Indra. Está repleta de palacios de oro y de jardines celestiales llenos de mil tesoros, entre los que incluso se encuentra un árbol en el que crecen deseos. Me pregunto a qué huelen las flores de allí. Supongo que a tarta de cumpleaños, porque es básicamente el paraíso.

Ammamma. «Abuela» en telugu, uno de los numerosos idiomas que se hablan en la India, más común en el sur del país.

Amrīta. Bebida inmortal de los dioses. Según las leyendas, el sabio Durvasa maldijo a los dioses con perder la inmortalidad. Para recuperarla, debían batir el Océano de Leche celestial. Para llevar a cabo la tarea, sin embargo, tuvieron que pedir ayuda a los *asuras*, otra raza de seres semidivinos que siempre estaban en guerra con los *devas*. Como recompensa por la ayuda prestada, los *asuras* pidieron a los *devas* que compartieran un poco del *amrita*. Que es, en fin, lo más justo. Pero para los dioses «justo» significa otra cosa. Así pues, engañaron a los *asuras*. Visnú, el dios supremo, también conocido como el protector, adoptó la forma de Mohini, una preciosa hechicera. Los *asuras* y los *devas* se colocaron en dos filas. Mientras Mohini repartía el *amrita*, los *asuras* se quedaron tan embobados con su belleza que no se dieron cuenta de que la maga les estaba dando todo el néctar de la inmortalidad a los dioses y no a ellos. ¡Qué egoísta! Por cierto, no tengo ni idea de a qué sabe el *amrita*. Seguramente, a tarta de cumpleaños.

Apsara. Las *apsaras* son bailarinas celestiales muy bellas que entretienen a la Corte de los Cielos. A menudo son las esposas de los músicos celestiales. En los mitos hindúes, el dios Indra suele enviar a las *apsaras* a interrumpir la meditación de los sabios que se están volviendo demasiado poderosos. Cuesta mucho seguir meditando si una ninfa celestial empieza a bailar delante de ti. Y si menosprecias su atención, como hizo Arjuna en el *Mahabharata*, a lo mejor te maldice y todo. Cuidadito.

Ashvin (gemelos Ashvin). Los dioses del amanecer y del atardecer, y de la sanación. Son hijos del dios del sol, Surya, y padres de los gemelos Panda va, Nakula y Sahadeva. Se los considera doctores de los dioses y se les suele representar con rostro de caballo.

Astra. Arma sobrenatural que suele invocarse en plena batalla mediante un canto específico y a menudo está relacionada con una deidad concreta. Actualmente, estoy bastante segura de que significa cualquier arma.

Asura. Raza de seres semidivinos que a veces son buenos y a veces son malos. Se los conoce sobre todo por la historia del batido del Océano de Leche.

Bansari. Una flauta, el instrumento que tocaba Krishna.

Bhanumatí. Esposa de Duryodhana, el principal antagonista del poema épico *Mahabharata*.

Brahma. El dios creador del hinduismo y parte del triunvirato representado por Visnú, el conservador, y Shiva, el destructor.

Carnática. Tipo de música con raíces en el sur de la India.

Danda. Vara gigantesca y castigadora que suele considerarse el símbolo de Yama, el dios de la Muerte.

Devas. Término sánscrito para la raza de los dioses.

Dharma Raja. El dios de la muerte y la justicia, y padre del hermano mayor de los Pandava, Yudhistira. Monta en un búfalo de agua.

Diadema. Tipo de corona, concretamente una banda ornamental que llevan en la cabeza los monarcas y otras personas como insignia de realeza.

Gandharva. Ser celestial; básicamente, un músico divino.

Hanuman. Una de las figuras principales del *Ramayana*, el poema épico indio, un personaje conocido por su devoción hacia el dios-rey Rama y Sita, su esposa. Hanuman es hijo de Vayu, el dios del viento, y de Anjana, una *apsara*. De niño cometió mil travesuras, como por ejemplo confundir el sol con un mango e intentar comérselo. Todavía hay templos y santuarios

dedicados a Hanuman, y muchos luchadores lo veneran por su increíble fuerza. Es hermanastro de Bhima, el segundo hermano Pandava.

Hímavant. Personificación de las montañas del Himalaya, también conocidas como Himavat. Es el padre de la diosa del río Ganga y de Parvati, una de las diosas más poderosas y consorte de Shiva. La esposa de Himavant es Menavati, hija del monte Meru. Si yo descendiera de una montaña, seguro que nunca me habrían elegido la última para jugar al balón prisionero.

Indra. Rey del cielo y dios del trueno y el rayo. Es el padre de Arjuna, el tercer hermano Pandava. Su arma principal es el *vajra*, un relámpago. Tiene dos *vahanas*: Airavata, el elefante blanco que tejía nubes, y Uchchaihshravas, el caballo blanco de siete cabezas. Creo que adivinaría cuál es el color favorito del dios...

Indraasana. El trono de Indra.

Ixtab. Diosa indígena maya del inframundo.

Jambavan. El rey divino de los osos, creado por el dios Brahma para ayudar al avatar Rama en su lucha contra Ravana, el rey de Lanka. Jambavan luchó contra Krishna durante veintiocho días seguidos... ¿Os lo imagináis? Solo de pensarlo me duelen los pies.

Kalash. Vasija de metal con una base grande y una boca pequeña.

Kalpaavríksha. Árbol divino lleno de deseos. Se cuenta que sus raíces son de oro y plata, con ramas cubiertas de joyas engarzadas, y que se encuentra en los jardines paradisíacos del dios Indra. A mí me parece algo muy útil digno de robar. O de proteger. No digo más.

Karna. Karna es el hijo de Surya y de la reina Kunti, madre de los Pandava. Es el archienemigo de Arjuna. Cuando Kunti descubrió que podía usar una bendición divina y pedir a cualquiera de los dioses que le diera un hijo, no se lo creyó. Así que... lo probó con Surya y acabaron engendrando a Karna. Pero Kunti estaba soltera y era adolescente. Por miedo, abandonó a Karna en una cesta junto al río, donde lo encontró y crió un amable auriga. Karna se

convirtió en uno de los guerreros más dotados y nobles. Fue el fiel amigo de Duryodhana, el archienemigo de los Pandava. Para mí, de niña, Karna fue una figura bastante trágica. Es alguien a quien rechazaron muchas veces porque lo consideraban de baja estofa, y sin embargo hizo todo lo posible por honrar y amar a la gente que le correspondía. ¿Era perfecto? No. Pero creo que intentó hacer más bien que mal en el mundo. Y quizá eso es lo más importante.

Kínnari. Músico celestial, en parte humano y en parte pájaro, del que se dice que es extremadamente bello.

Kíshkínda. Hogar de los vánaras, la raza de los semimonos.

Kríshna. Importantísima divinidad hindú. Se lo considera la octava reencarnación del dios Visnú y también un gran gobernante. Es el dios de la compasión, la ternura y el amor, y es famoso por su carácter encantadoramente travieso.

Kubera. El dios de las riquezas y gobernante de la legendaria ciudad dorada de Lanka. Se le suele representar como un enano lleno de joyas.

Kumbhakarna. Conocido noble *rakshasa* y hermano menor de Ravana en la epopeya hindú *Ramayana*. A Kumbhakarna se le trabó la lengua en el peor momento posible, por eso suele estar dormido.

Kuntí. Una de las *panchakayna*, o mujeres legendarias, y madre de los Pandava. De joven, Kunti recibió la bendición de invocar a cualquiera de los dioses para que la bendijera con un hijo. Así nacieron Karna, Yudhistira, Bhima y Arjuna. Nakula y Sahadeva fueron los hijos de la reina Madri, con quien compartía semejante bendición.

Lanka. La legendaria ciudad de oro, a veces gobernada por Kubera, a veces por su hermano demoníaco, Ravana. Lanka es un escenario importante en el poema épico del *Ramayana*.

Laxmana. El hermano menor de Rama y su ayudante en la epopeya hindú *Ramayana*. A veces se le considera un cuarto del dios Visnú. Otras veces se

le considera la reencarnación de Shesha, la serpiente de mil cabezas y rey de todos los *nagini*, devoto de Visnú.

Mahabharata. Uno de los poemas épicos sánscritos de la Antigua India (el otro es el *Ramayana*). Es una gran fuente de información sobre el desarrollo del hinduismo entre los años 400 y 200 a. C. y cuenta la historia de la batalla entre dos grupos de primos, los Kaurava y los Pandava.

Marut. Deidades menores de la tormenta a menudo descritas como violentas y agresivas, y que llevan siempre muchas armas consigo. La leyenda dice que los Marut una vez cabalgaron por el cielo y abrieron las nubes para que la lluvia pudiera caer sobre la tierra.

Menaka. Menaka nació mientras los *devas* y los *asuras* revolvían el Océano de Leche y se convirtió en una de las *apsaras* más bellas del mundo. La enviaron a distraer (guiño, guiño) al sabio Vishwamitra, lo que dio lugar al nacimiento de su hija, Shakuntula.

Mohíní. Una de las personificaciones de Visnú, conocida como la diosa del encantamiento. Los dioses y los *asuras* se unieron para agitar el Océano de Leche con la promesa de compartir el néctar de la inmortalidad entre todos. Pero los dioses no querían colegas demoníacos inmortales, así que Mohini engañó a los *asuras* y vertió el néctar en las copas de los dioses mientras sonreía a los demonios por encima del hombro.

Naga (nagas en plural). Un *naga* (género masculino) o *nagini* (género femenino) es un miembro de un grupo de seres mágicos serpentinos que en algunas regiones de la India se considera divino. Entre los *nagas* más famosos se encuentra Vasuki, uno de los reyes serpiente que los dioses y los *asuras* utilizaron como cuerda para coger el elixir de vida una vez batido el Océano de Leche. Otro es Ulupi, una princesa *nagini* que se enamoró de Arjuna, se casó con él y lo salvó gracias a una gema mágica.

Naga-Loka. La morada del pueblo *naga* o pueblo-serpiente. Se dice que Naga-Loka es un lugar sembrado de joyas preciosas. De nuevo, se me parte el alma por no haber recibido ninguna invitación.

Nárrata. Ejército enorme liderado por Kubera, dios de las riquezas y tesoros.

Nakula. El más apuesto de los hermanos Pandava y un maestro de los caballos, la espada y la sanación. Es el gemelo de Sahadeva, y ambos son hijos de los gemelos Ashvin.

Pandava. (Hermanos Pandava: Arjuna, Yudhisthira, Bhima, Nakula y Sahadeva). Cinco príncipes/guerreros semidivinos, los héroes del poema épico *Mahabhatara*. Arjuna, Yudhisthira y Bhima fueron hijos de la reina Kunti, la primera esposa del rey Pandu; Nakula y Sahadeva, de la reina Madri, la segunda esposa de Pandu.

Prasena. El hermano de Satyajit, que tomó la muy mala decisión de subirse a un árbol mientras cazaba y además llevaba una estupenda joya colgada del cuello. El brillo de la joya atrajo a un león, que se lo zampó.

Raksasa. Seres mitológicos, como semidioses, que a veces son buenos y a veces son malos. Son poderosos hechiceros y pueden adoptar la forma que deseen, *raksasa* es masculino y *raksasi* es femenino.

Rama. El héroe del poema épico *Ramayana*. Era la séptima reencarnación del dios Visnú.

Ramayana. Uno de los dos poemas épicos sánscritos (el otro es el *Mahabharata*). Relata cómo el rey-dios Rama, ayudado por su hermano y Hanuman, el semidiós con cara de mono, rescata a Sita, la esposa de Rama, de las garras de Ravana, el rey demonio de diez cabezas.

Ravana. Personaje del *Ramayana*, en el que se lo describe como el rey demonio de diez cabezas que secuestra a Sita, la esposa de Rama. Se cuenta que Ravana tiempo atrás fue devoto de Shiva. Y que también fue un gran estudiante, un gobernante formidable y un maestro de la *veena* (un instrumento musical), y que deseó tener más poder que los dioses. Para ser sincera, es uno de mis antagonistas favoritos, porque es un ejemplo de que la línea que separa a los héroes de los villanos es muy muy fina.

Reina Tara. La esposa *apsara* y consorte del rey Vali de los vánaras. Se dice que Tara lanzó una maldición sobre el dios rey Rama por el dolor que sintió cuando este mató a su marido.

Rey Valí. Vali, hijo de Indra, era el rey de los vánaras y esposo de Tara. Fue bendecido con la capacidad de sustraer la mitad de la fuerza de su oponente en cualquier pelea. Lo asesinó el rey dios Rama. Mientras luchaba contra su hermano, Rama se escondió detrás de un árbol y le disparó por la espalda.

Sahadeva. El gemelo de Nakula y el más sabio de los Pandava. Era famoso por su destreza con la espada y, además, era un gran astrólogo, pero le echaron una maldición: si revelaba los acontecimientos antes de que ocurrieran, le explotaría la cabeza.

Salwar kameez. Prenda tradicional compuesta por una túnica y un pantalón, a menudo con una *dupatta* (pañuelo) para rematar el atuendo.

Sánscrito. Lengua antigua de la India. Muchos textos y poemas épicos hindúes están escritos en sánscrito.

Satyajít. Noble que recibió la gema Syamantaka como regalo del dios Sol, pero se negó egoístamente a renunciar a ella para ayudar a su pueblo.

Shíva. Uno de los tres dioses principales del panteón hindú, a menudo relacionado con la destrucción. También es conocido como el dios del baile cósmico. Su consorte es Parvati.

Síta. La reencarnación de Lakshmi, diosa de la riqueza y la fortuna, y consorte del dios Visnú. Sita fue la sufrida esposa del rey Rama en el *Ramayana*. Su secuestro por parte del rey demonio Ravana desencadenó una guerra épica.

Sítar. Instrumento de cuerda de la familia del laúd.

Surya. Dios del sol y padre de muchos hijos divinos y del semidiós Karna.

Tabla. Instrumento de percusión compuesto por dos tambores.

Takshaka. Rey *naga* y viejo amigo de Indra que vivía en el bosque de Khandava antes de que Arjuna colaborara en su incendio, matando así a casi toda la familia de Takshaka. En ese momento, juró vengarse de los Pandava. No se me ocurre por qué...

Tumburu. El más hábil de los *gandharvas* (músicos celestiales) y a veces descrito como el mejor de los cantantes. Está obligado a actuar en las cortes de los dioses Kubera e Indra, así como a cantar las alabanzas del dios Visnú. Dirige a los *gandharvas* en su canto y, por razones que no he podido encontrar pero que me intrigan enormemente, a menudo se le representa con la cabeza de un caballo.

Urvashí. Célebre *apsara*, considerada la más bella de todas. Su nombre significa, literalmente, «la que puede controlar los corazones de los demás».

Vánaras. Una raza sobrenatural de personas parecidas a los monos que vivían en el reino de Kishkinda. En particular, ayudaron al dios rey Rama a construir un puente sobre el mar que iba desde Kishkinda hasta Lanka.

Vishakanyas/Doncellas venenosas. Mujeres jóvenes formadas para ser cortesanas y asesinas de élite.

Visnú. Segundo dios del triunvirato hindú (también conocido como *trimurti*). Los tres dioses son los responsables de la creación, la protección y la destrucción del mundo. Los dos restantes son Brahma y Shiva. Brahma es el creador del universo, y Shiva, el destructor. A Visnú se lo considera el protector. Ha adoptado muchas formas y personas diferentes, y en las más famosas fue Krishna, Mohini y Rama.

Xib'alb'a. Xib'alb'a traducido aproximadamente como «lugar del espanto», es el nombre que recibe el inframundo en la mitología maya, gobernado por los dioses mayas de la muerte y sus ayudantes.

Yaksha. Ser sobrenatural de las mitologías hindú, budista y jaina. Los *yakshas* son los asistentes de Kubera, el dios hindú de la riqueza, que

gobierna el mítico reino de Alaka, en el Himalaya. *Yaksha* es masculino y *yakshini* es femenino.

Yama. *Véase* Dharma Raja.



RICK RIORDAN PRESENTA

se

Aru Shah Y EL NÉCTAR DE LA INMORTALIDAD



DE LA AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

ROSHANI CHOK

Lectulandia